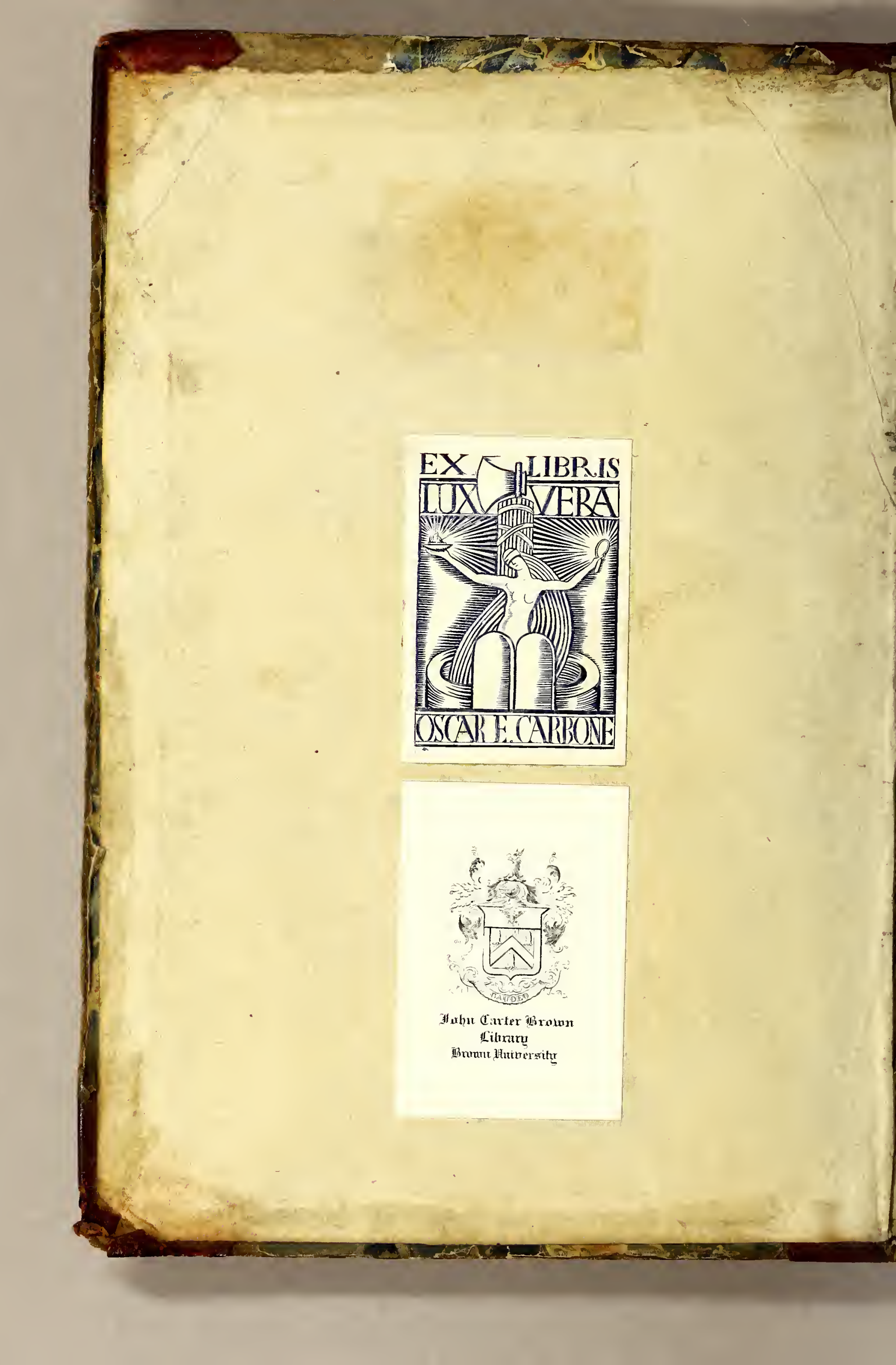



EX LIBRIS
LUX VERA
OSCAR E. CARBONE
GAUDEO
John Carter Brown
Library
Brown University

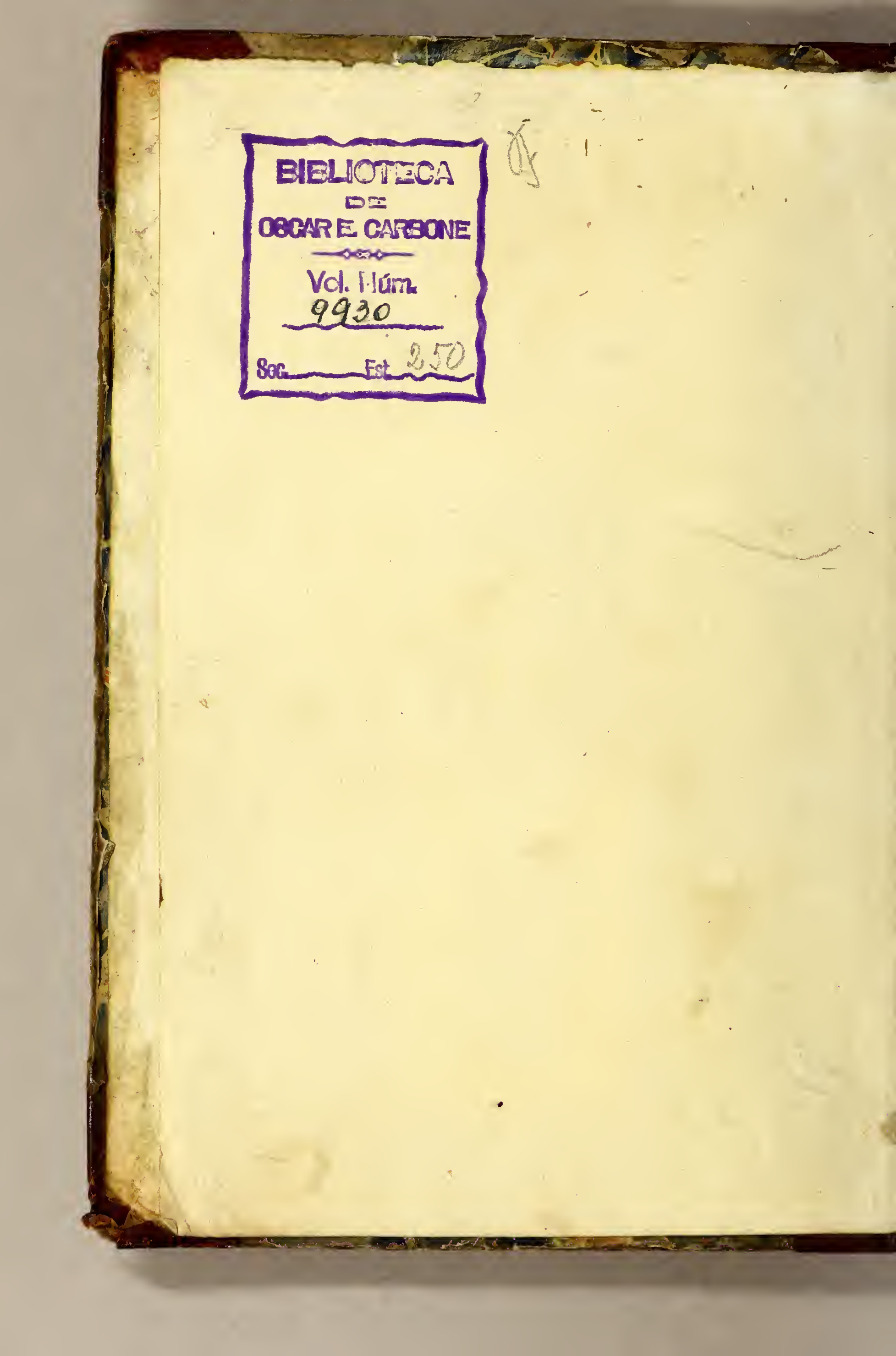
Redact[illegible] p[illegible] el Prof Pe[illegible]

[illegible]

1 Te

E Te 81

1781


BIBLIOTECA
DE
OSCAR E. CARBONE
Vol. Núm.
9930
Sec. Est. 250

SEMANARIO

1904.

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

BUENOS - AIRES,

DOMINGO 23 DE AGOSTO,

1829.

IMPRENTA ARGENTINA,

CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.



Este periódico se publicará en la Imprenta Argentina *todos los Domingos. Constará de cuatro pliegos, y su precio será el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, números 63 y 65, donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

PROSPECTO.

Emprendemos una tarea asídua, algun tanto penosa; al parecer llena de espinas; pero siendo tan útil y noble su objeto, nada nos arredra.

La verdad premeditada, con la experiencia que la ha confirmado, abre un camino anchuroso para poder manifestar al orbe entero, el descubrimiento mas grande que se ha hecho en favor de la humanidad afligida; así por principios fundamentales, como por el sin número de hechos ó casos, practicados y observados en ambos hemisferios por dignos y respetables profesores de la Ciencia Médica; é igualmente, debemos manifestar los adelantamientos que se hagan en lo sucesivo; que es el objeto principal de este *Semanario*.

La Medicina, hasta este nuevo descubrimiento, no ha sido mas, que un arte de curar congetural, sistemàtico, cuyas doctrinas se han ido destruyendo, segun se han suce-

dido unas á otras. Esto mismo prueba evidentemente, que si como no ha habido conocimiento de *la causa única y eficiente de las enfermedades*, ni del modo mas fácil y propio de desalojarla, espelerla ó evacuarla, lo hubieramos tenido, no nos hubiesemos visto precisados à navegar en un mar de incertidumbres; es decir, que hasta esta nueva y verdadera doctrina, no hemos tenido una base fija para fundar principios exactos, como se puede ver en la obra nuevamente publicada por el Profesor en Medicina y Cirugía D. Pedro Martinez, bajo el título de *Quinta esencia de la verdadera Medicina Curativa, ó el velo descubierto de los arcanos de la Ciencia Médica.*



Se ha dicho ya que, por falta de base en la Medicina, nos hemos visto precisados á navegar en un mar de incertidumbres; y la prueba es, que los estravíos del buen sentido, queriendo penetrar esa barrera, que se presentaba como insuperable, han mostrado con bastante frecuencia al mundo, sueños y teorías en lugar de observaciones exactas. Todo ha sido producido ó dimanado de desconocer el principio ó gérmen de la degeneracion ó depravacion humoral; y de haber observado cada cual á su antojo ó al del au-

tor sistemático, cuya doctrina practicaba. Pero lo mas sensible es, que aún suceda lo mismo, y que muchísimas veces es sumamente funesto á la humanidad.

No dejamos de estrañar cómo los autores sistemáticos, sin haber conocido la *única causa* eficiente de las enfermedades, se han avanzado á pretender dar idéas como ciertas para curar los enfermos, atacando *imprudentemente*, ó mas bien dirémos, siniestramente las *causas remotas*, que òtros dicen ser *ocasionales*, en lugar de desalojar y espeler ó evacuar el gérmen productivo de los males. Hemos dicho imprudentemente, porque entre todos ellos no se encuentra quien no señale *la efusion de sangre*, como un medio de curar la mayor parte de las enfermedades. Esta pràctica errónea y perniciosa, aún se observa con dolor en muchas partes, á pesar de los estragos que ha causado. Lo mismo dirémos del mercurio y otros enemigos de la naturaleza humana, que tan à manos llenas se prodigan á los infelices enfermos.

Pero si reflexionamos, si fijamos nuestra atencion sobre los inventores de esos sistémas, y los que siguen esos principios tan dañosos como perjudiciales, no les dirémos con demasiada justicia: ¿Por qué llega la audacia

del hombre à pretender destruir el efecto sin atacar la causa que lo produce? Y si esta le es desconocida ¿por qué aumentar los errores y hacerlos mas funestos? Pues que, ¿la humanidad, la vida de los hombres, no merecia mas consideracion? ¿La guerra destructora, no es suficiente á saciar á la Parca, que aún es preciso que haya nuevos motivos para la destruccion de la especie humana?

Es de todo punto cierto, que si echamos una ojeada sobre la historia de la humanidad, vemos y palpamos que á los hombres, la muerte que dieron á los animales, ó que estos sufrieron en su presencia, les suministró la primera idéa de la vida en la misma muerte; y desde entónces, pretendieron observar el órden con que se ejecuta el uso de nuestras facultades, como dice *Roussel*. Sobre estos conocimientos cada uno observó como quiso; y sobre esta clase de investigaciones formaron sus sistèmas ridículos, y algunas veces desfiguraron la Naturaleza.

Hipócrates, dirigiendo sus pasos con mas provecho, recogiendo las observaciones de *Esculapio* y añadiendo las suyas, dió á conocer al mundo una gran parte de los fenómenos de la vida.

Hará como un siglo, que todas las trompe-

tas de la fama proclamaron la *inoculacion* de las viruelas como el mas brillante descubrimiento que se hubiese hecho hasta entónces en favor de la Medicina. *Milady Montangüe*, esposa de un Embajador inglés, cerca de la Puerta Otomana, despues de varias observaciones en los viages que hizo con su esposo, de vuelta á Inglaterra se comunicó con un Cirujano nombrado *Maitland*, que habiendo estado mucho tiempo este en Turquía, habia aprendido el método de inocular; y bajo los auspicios de Milady *Montangüe*, guiada esta por los conocimientos y destreza del Cirujano *Maitland*, la inoculacion se introdujo en Lóndres en 1722. Allí se hicieron las primeras pruebas. Tomaron á cinco delincuentes sentenciados á la pena capital. En cuatro de estos inoculados aparecieron todos los síntomas de la viruela á los cinco dias; solo una muger que estaba en el número de estos infelices, no ofreció ninguno de los dichos síntomas que acompañan con precision à la inoculacion; mas ella confesó, que habia tenido las viruelas en su infancia. Un pueblo á quien no se le podia negar sin injusticia el raro talento de la reflexion, creyó señorear este ramo de pestes. Las primeras tentativas fueron coronadas por el buen éxito; y

en el tiempo en que este método estaba generalmente adoptado, de cien individuos inoculados, á penas sucumbian dos; (prueba de sus importantísimas ventajas) mientras que ántes era infalible, que la séptima parte de la poblacion perecia por el terrible efecto de este funesto azote pestilencial. La Francia y la Europa entera estubieron entónces como inundadas de escritos; y las medallas y demas premios se repartieron con profusion. No quedó academia Médica que no propusiese premios en favor de los adelantos de este preservativo de la viruela. Este ha sido, durante mucho mas de medio siglo, el alto favor que ha gozado la *inoculacion.*

Guillermo Harveo, nació en Folkston, en el Condado de Kent, en 1578, y murió á los 80 años de edad, en 1657. Fue médico de Jacobo y de Cárlos I., Profesor de Anatomía y Cirugía en el Colegio de Medicina de Lóndres. A este sábio se debe el descubrimiento de *la circulacion de la sangre.* El lo publicó en una obra titulada—*Egercilatio Anatomica, de motu cordis et sanguinis*, impresa en Leyden, en 1737. Los Médicos se opusieron vigorosísimamente á esta opinion y clasificaron infundadamente á Har-

veo, de quimérico ó visionario, queriendo perderle; pero él triunfó manifestando con entereza la verdad. La sangre, sabemos ya, es el bálsamo vital, principio motor de la vida, y que es, sin contradiccion, de una naturaleza pura, incorruptible, é incapaz por sí, de ser nociva à la salud. Así lo manifiestan los verdaderos observadores de la naturaleza humana, autores prácticos de la Ciencia Médica.

Eduardo Jenner, hijo del Rever, hizo varios descubrimientos; pero el que le atrajo el nombre de inmortal, segun la espresion de *Waterhouse*, fue el de la *vacuna*; no solo por su importancia, sino tambien por la perfeccion con que continuó sus investigaciones y por su estrema modestia. Este hábil Profesor fue nombrado en Lóndres *Maire de Cheltenham*, y le asignó el Parlamento 10000 libras esterlinas, como una pequeña muestra del agradecimiento nacional. Algunos Profesores cavilosos quisieron disminuir su mérito, diciendo que el hecho no era desconocido; pero lo cierto es, que *Eduardo Jenner* fue el primero que lo dió á conocer, señalando las reglas de su administracion y, finalmente, borrando, en mucha parte, del catálogo de

los males afligentes á la humanidad, *la viruela*, que es uno de los mas formidables.

Como anteriormente hemos dejado expuesto, todos los sistémas se han ido destruyendo unos á otros segun se han sucedido, á excepcion de aquellos descubrimientos que se han confirmado con los hechos, tales como los que acabamos de designar, y otros que no espresamos por no ser difusos. Estos no ha podido nadie obscurecerlos, porque la experiencia constante los ha ratificado cada vez mas y mas; y cuando así ha sucedido, han sido protegidos por las autoridades los trabajos de esta naturaleza. En este número debe contarse con la mayor preferencia, como que es el mas útil de todos y establecido por principios fundamentales é infalibles, *el método general de la verdadera Medicina Curativa*, que ha arrebatado á la muerte tantas víctimas; que ha prodigado asombros en todas partes donde se ha bien conocido, practicado y observado; y abisma, ciertamente, que en este país, donde dia por dia se están palpando sus admirables efectos en beneficio de la humanidad, no solamente no haya sido protegido, sino es que algunos impávidos, alucinadores, temerarios é incautos, lo hayan calumniado clandestinamente á la vista de

sus brillantes resultados. Sobre todo, es preciso convenir por ser un axioma, que donde hablan los hechos, callan, y deben callar, los argumentos.

Hace ademas, la verdadera Medicina curativa, un servicio importante, útil y muy esencial.—Con superioridad á todas las demas Ciencias Físicas, y á las otras artes que se apoyan en la delicada observacion de la Naturaleza, ella mira directamente á disipar cuantas fantasmas, y errores fascinan y martirizan la imaginacion. Acostumbrando este método el ánimo de los hombres á no ver en los hechos mas que los hechos mismos, y sus evidentes relaciones, ahoga en su principio muchas equivocaciones que no se deben sino á unos hábitos viciosos, é infundados; destruye mas particularmente, cuantas se hallan enlazadas con algunos absurdos físicos; y en este íntimo trato con la naturaleza, contrae la razon una independencia absoluta, y el alma la entereza que deben poseer los Médicos, dignos de este nombre.

Esto nos ha hecho reflexionar, que en el tiempo en que los estudios comienzan á recuperar un nuevo esplendor, seria cosa sumamente útil, el dar á conocer mejor la su-

perior importancia de este plan de curacion general, y al mismo tiempo, publicar sus progresos, haciendo un servicio de la mayor consideracion con presentar á los alumnos, que se dediquen á él, algunos motivos particulares de celo y atencion, tomados del grado mismo de certeza, á que la Ciencia Médica ha llegado; porque esta posibilidad bien reconocida, trasforma en otras tantas sagradas obligaciones todas nuestras tareas, y las investigaciones relativas á los métodos mas exactos y confirmados con la experiencia.

No ha mucho tiempo, que los diarios de esta Capital empezaron á promover una cuestion sobre investigar la causa de la excesiva mortalidad, que se ha observado en estos últimos meses.—Se ha guardado á este respecto un silencio sepulcral, á pesar de ser lo mas natural que se hubiese tratado de ventilar un asunto tan importante. La poca extension de nuestro prospecto no nos permite detallar minuciosamente todo lo que nos podia conducir á la mejor comprension de las causas de estos funestos sucesos; pero presentaremos nuestra opinion reservándonos la esplanacion precisa para lo sucesivo.

No solamente en los arrabales de la poblacion, sino tambien en muchas de las principales calles de la Ciudad se ven animales muertos, pantanos hediondos, reuniones de basuras &c. En todo esto se obra una fermentacion pútrida, que exhala miasmas corrompidos, y que infectando el aire, cargan la atmósfera de efluvios putrefactos. Estos los reciben los habitantes de la poblacion ya por la aspiracion, ó por los poros absorventes que tienen todos los cuerpos; degeneran ó corrompen la masa humoral del que los recibe; se fermenta y desarrolla la causa eficiente, y he aquí verificada una enfermedad. Tampoco deja de contribuir á lo dicho, la mala calidad de los alimentos, ó la escasez que en ellos se nota. Estos son los que, segun la verdadera doctrina de *la Medicina curativa*, se llaman *agentes promotores nocivos*, *ó causas ocasionales* de las enfermedades.—Verdad es, que no solamente lo que hemos indicado puede ser causa ocasional de una enfermedad; que hay otros agentes, que tambien pueden fermentar y desarrollar la *causa eficiente* cuando hay predisposicion en esta; pero como el estado lamentable de la poblacion, es lo que mas importa remediar



co, *Clínico*, en *cuarto*, y cada doce números formarán un tomo.

Los individuos que quieran suscribirse daràn por escrito al repartidor de este Prospecto, su nombre, calle y número de la casa que habitan; ó pueden acercarse al parage donde se reciben las suscripciones; y los que no tuviesen voluntad de hacerlo, se servirán devolver el Prospecto á los repartidores.

Los Editores,

AMANTES DE LA HUMANIDAD.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

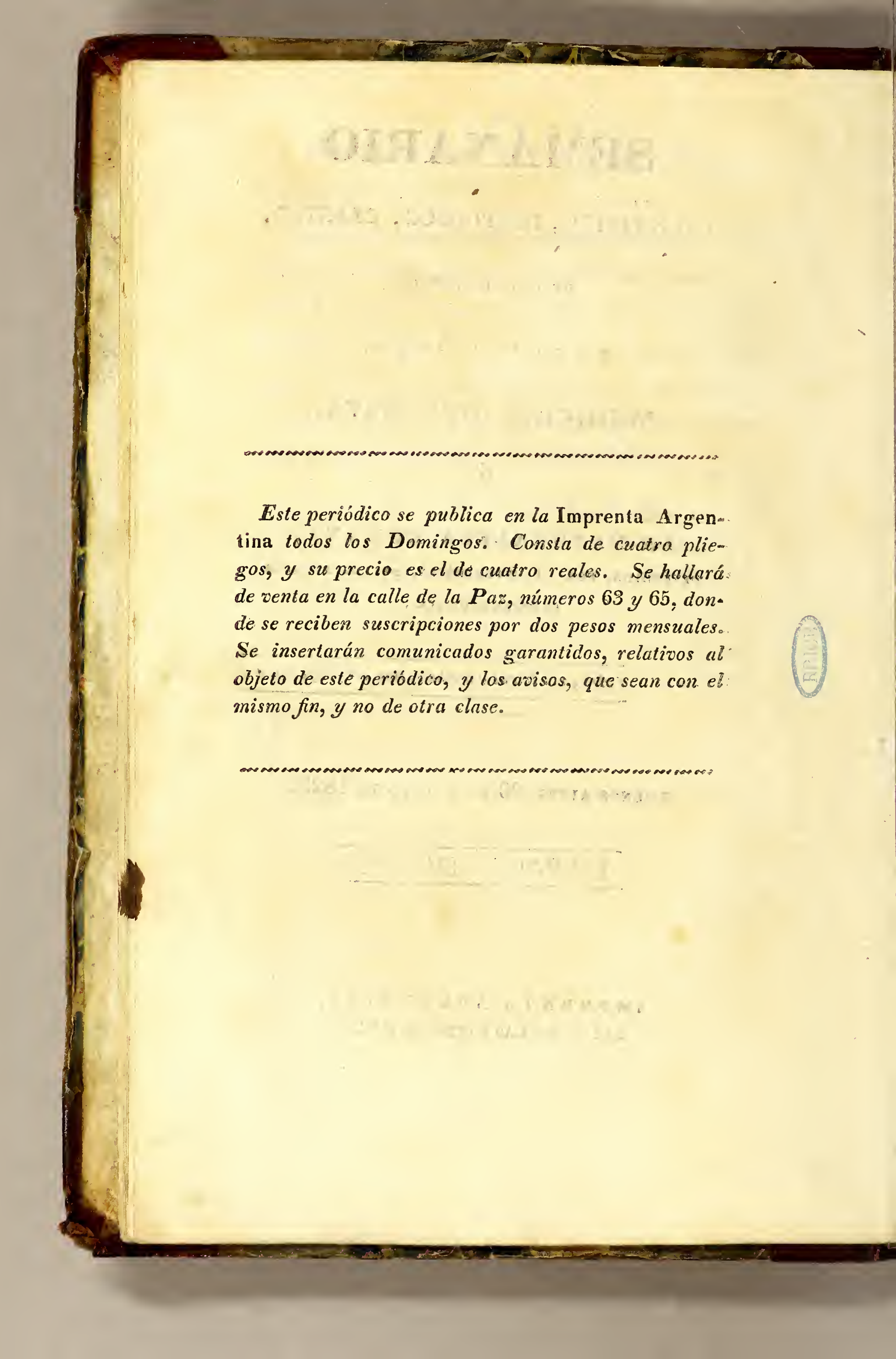
DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

BUENOS-AIRES, 30 DE AGOSTO DE 1829.

[NUM.° 1.°] [TOM. 1.°]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.



Este periódico se publica en la Imprenta Argentina *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, números* 63 *y* 65, *donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

PROPAGACION DEL DESCUBRIMIENTO DE LA CAUSA DE LAS ENFERMEDADES.

Parece sumamente difícil y aún repugnante, el poder creer que haya hombres que estando ya íntimamente convencidos del principio infalible en que se funda *la verdadera Medicina Curativa*, nieguen que en sí tiene la calidad de *descubrimiento.* Alegan mil proposiciones que el buen sentido resiste abiertamente. Hacen como si creyesen ser imposible, que desde el principio de la medicina, hasta el positivo reconocimiento de *la verdadera Medicina curativa,* no hayan llegado à conocer (tantos y tantos hombres científicos que han escrito en esta ciencia) la causa, la *única causa* de las enfermedades tal, como el mismo Criador la colocó en la naturaleza humana, cuyas leyes no pueden absolutamente contrastar los hombres. Que haya Facultativos que la atribuyan à la sangre, y por eso la derramen de diferentes modos; que otros, opinando de diversa manera, usen del mercurio, de los diuréticos, aperitivos &c., y algunos de vegigatorios, ventosas, sedales, ó de otros medios externos; todo esto no prueba mas que una contradiccion,

que manifiesta lo distante que se hallaron de co-conocerla.

Bajo cualesquier aspecto que se miren los sères vivientes, hemos de conocer, precisamente, que su *fin* procede de la degeneracion putrefactiva; puesto que no hay ninguno de ellos que, despues de la muerte, no sea descompuesto y totalmente destruido por la *corrupcion*, que es el *fin* de todo cuanto hay con vida. Lo que tiene *fin* tuvo *principio*; y à este *principio*, mas ó mènos degenerado ó depravado, es al que debemos dar y damos el nombre de *única causa eficiente morbífica ó mordaz de los males que padece ó puede padecer el cuerpo humano*.

¿Pero què pruebas se podràn aducir, que sean suficientes para hacer ver, que no es *un descubrimiento* el de *la causa* de las enfermedades?.... Absolutamente ningunas; y sino, indíquese la obra, la pàgina, la línea, en donde algun autor antiguo ó moderno nos la haya dado à conocer del modo ya explicado, ó de otro que se le parezca. Es verdad que han hablado de *causas*, y que tenemos varios tratados de *Etiología*; pero falta saber si esas *causas*, que unos llaman *remotas* y otros *ocasionales*, son *verdaderas*; y cuando lo sean, convendremos en que ninguna de esas *causas verdaderas* es la *única eficiente innata*; pues que sabemos, à no poderlo dudar, por la experiencia, que las que se han llamado

causas por esos autores sistemàticos que han hablado de ellas, son solamente agentes promotores nocivos, que fermentan y desarrollan el orígen morbífico ó mordaz, produciendo la enfermedad; pero esta absolutamente no podrà verificarse si no existe *la predisposicion* en la causa eficiente. Establecida esta diferencia ¿ resta mas que hacer para demostrar que el descubrimiento de la causa de las enfermedades y de la muerte prematura, es debido esclusivamente al benèfico é inmortal *Pelgas*, y no à ningun otro?....

Algunos verdaderos Profesores, observadores de la naturaleza y amantes de la humanidad, han dado mayor estension á estos principios fundamentales; han observado con exactitud á la cabecera de los pacientes los progresos de la Ciencia médica, *bajo los felices auspicios de la verdaaera Medicina curativa;* y habiendo estado, por decirlo así, en un continuo trato con la naturaleza del hombre, se han convencido à la vista de los hechos; han arrebatado à la muerte millares de víctimas; han enriquecido su entendimiento, y han propagado el plan admirable à quien tantos deben la conservacion de su existencia en medio de la calumnia y demas elementos que la envidia, la malignidad y el interés personal, han puesto contra él en juego; enc-

migos mas crueles de la humanidad doliente, que la misma ignorancia.

Copiamos del *Charlatanismo desenmascarado, ó la medicina apreciada en su justo valor, por un amigo de la verdad y de la humanidad;* obra escrita en frances, y publicada en Paris en 1824, el siguiente artículo, que à nuestro juicio es anàlogo en mucha parte al anterior. La traduccion al pie de la letra es la que sigue:

,, Examen de una verdad fundamental.

La antigua Grecia ha producido grandes ingenios, que han esparcido vivas luces sobre los diversos gèneros de Ciencias y Artes, à que se habian dedicado. Con tales títulos han adquirido derechos à nuestra estimacion y reconocimiento; mas pretender que los antiguos nada han dejado que descubrir à los que les habian de suceder en el curso de los siglos, sería una injusticia para con la especie humana, y tratar de paralizar la facultad que recibió el hombre del autor y principio de todos los dones.

La Filosofia de Aristóteles, que ha sido universal y esclusivamente enseñada en nuestras escuelas, ha desaparecido à la luz de la antorcha que Galileo, Descartes, y Newton han

hecho brillar à los ojos de sus contemporàneos. Las luces que extendieron por todas partes disiparon las espesas tinieblas en que la Ciencia estaba envuelta.

Se estremeció la ignorancia à la voz de esos hombres superiores en su clase, à cuantos habia producido la Grecia ; se coaligó con la envidia, llamàndola à su socorro ; todo se hizo para sorprender à la autoridad ; y si los monumentos históricos mas incontrastables, no depusiesen por la verdad de un hecho tan importante, se hubiera visto bajo el mas bello gobierno de nuestros Reyes, en el siglo de Luis XIV, la doctrina del filósofo de Stagire, mantenida todavia en virtud de un grave decreto del Parlamento, que era entonces Tribunal supremo. Esto prueba que es verdad, que los que crean leyes sobre cosas estrañas à sus luces, estàn expuestos, no solo à errar, sino tambien à cubrirse de un ridículo, del cual nadie podrà sustraerlos à los ojos de la posteridad. Empero, nada ha impedido à que por efecto de tramas urdidas, y persecuciones suscitadas por sus enemigos, Descartes haya abandonado à su patria forzosamente, y haya ido à morir en un pais estrangero ; à que Galileo haya sido precipitado en los calabozos de la Inquisicion con las manos cargadas de prisiones, por haber enseñado una doctrina à la sazon tachada de he-

regía, y reconocida à la fecha como verdad demostrada, y conforme à todas las observaciones astronómicas.

Mas dichoso entre los mèdicos de lo que ha sido Aristóteles entre los filósofos del penultimo siglo, *Hipócrates* se ha conservado un crèdito, una especie de poder de que no ha disfrutado el Ayo del vencedor del Asia. Casí creemos que *Atropos* le habia entregado esclusivamente y para siempre su tigera. Es *Hipócrates* à quien citan; siempre *Hipócrates*; no juran sino por los manes de *Hipócrates*. Si èl manda que se saque la sangre, le obedecen todavia ciegamente. Es preciso confesarlo; el instrumento acerado y cortante, no se abre ya tan frecuentemente à los ojos del paciente ó valetudinario; pero inmundos reptiles se emplean en su lugar para chupar la sangre de las víctimas; y ¡desgraciado el atrevido que osase contradecir un aforismo! Sería bien pronto agoviado bajo el peso de los anatemas de los que son adherentes à las antiguas rutinas, y tendria el dolor de verse escluido para siempre jamas de lo que llamamos *sociedades sábias y juntas medicales*. ¡Es tan dulce, tan agradable, tan cómodo encontrar una opinion recibida, y observada, que lo dispensa à uno de meditar! Se sigue la via ya trillada, sin darse el trabajo de consultar

àla naturaleza, y tomar lecciones de la experiencia.

A pesar de algunos descubrimientos útiles, se puede afirmar que la Medicina en este siglo de luces, se ha quedado mui atrasada, y quedarà así aun mucho tiempo, sino abre los ojos à la verdad que se la ofrece.

¿ Pero, à dónde encontrar esta luz? Un hombre pareció al concluirse el último siglo; un hombre del cual se puede decir, que parece haber sorprendido la naturaleza en el lecho mismo; pues, y que! Este hombre, que le nombramos=PELGAS, ha hablado en el lenguage siguiente à la numerosa clase de los Mèdicos: ,, El arte que vosotros habeis ejercitado hasta la fecha, esta ciencia que tiende tan de cerca à la felicidad del hombre, y à su conservacion, no descansaba sobre base alguna sólida. No habeis trabajado sino con sistemas diariamente contradichos por aquellos que ejercian la misma profesion. Ya es tiempo que desaparezcan los sistemas para dejar el lugar à un principio fundado sobre la esperiencia, y sobre los hechos. Este principio es tan sencillo como la misma naturaleza.

,, *Todas las enfermedades á que está expuesto el cuerpo humano, derivan de una causa fundamental y única.*

Esta causa son los humores degenerados, vi-

ciados ó depravados, que en razon de la intensidad mayor ó menor de corruptibilidad ó corrupcion, determinan accidentes mas ó mènos graves. Siempre que no espeliereis el gèrmen de los humores depravados y que estàn para corromperse, no curareis jamas á persona alguna; id, pues, mediante tinturas anàlogas y propias del caso, en busca de la eficiente causa, donde se halla; desalojadla y espeledla. Si el mal resiste, tened mas constancia que el mal mismo. No os desanimeis en las primeras tentativas. Atacad de nuevo, y volved à atacar, hasta triunfar de su tenacidad, y hasta que vuestro enfermo goce, sino de todos, à lo mènos de los principales caractères de salud."

¡Cual habrà sido el asombro de mas de veinte mil médicos esparcidos sobre la haz de la Francia cuando han oido proclamar una verdad de tanta importancia, y mas ampliamente esplanada en el tratado titulado—*La Medicina curativa* del Mèdico y Cirujano *Le Roy*! ¡Cual habrà sido el exceso de su sorpresa cuando han visto que un hombre ignorado, desconocido hasta entónces, ha osado, con mano audaz, desgarrar el velo denso de las antiguas preocupaciones! ¡Cuando han oido de un estremo al otro de este vasto Reino, millares de enfermos publicando, à voz en cuello, su curacion completa

de las enfermedades reputadas incurables, debida solamente al tratamiento fundado sobre este principio! Entónces todas las pasiones, han subido al mas alto punto de exasperacion. Los adictos à un mètodo ciego y de rutina, han dado altos gritos, porque se han visto heridos en sus mas grandes intereses. Han hecho lo que hicieron los antagonistas de *Harveo,* autor del descubrimiento de *la circulacion de la sangre;* lo que han hecho los antagonistas de *Cristoval Colon,* despues de haber descubierto un nuevo mundo. Han tratado de sorprender à la autoridad, y de aprovecharse del ascendiente que les dà una ciega credulidad; han desmentido à la experiencia; à la evidencia, y à sus propias luces; y ultimamente han dicho algunos: Perezca la especie humana àntes que ceder jamas y cercenar un punto de lo que llamamos *los principios.* Han visto con pesar, pronto à despedazarse entre sus manos, el cetro de la muerte. Roidos interiormente de rabia, han dicho, como los Fariseos en la ocasion de la resureccion de Làzaro....¿Què se harà de nosotros?—Nuestros beneficios disminuyen; una multitud de enfermos valetudinarios se agarran de esta novedad, y publican sus sucesos. Armemonos para la defensa comun, y cortemos por todos los medios posibles los progresos de esta perversa doctrina. Luego: ¿cuales son esos medios?—Embustes, no solo los mas ridículos,

sino tambien los mas absurdos que se pueden dar. Todos los medios son buenos, cuando se trata de llegar al fin que uno se propone; ¡ y hombres de esta clase no se sonrojan de calificarse con el pomposo título de conservadores de la salud de sus semejantes !!!"

El artículo que acabamos de traducir del *Charlatanismo desenmascarado*, nos ha parecido de mucha importancia; èl descubre un fondo de moral mèdica nada comun, y su contexto abre un espacio casi interminable à nuestras reflexiones. Segun los datos que hemos podido adquirir, el autor del *Charlatanismo desenmascarado*, es un Profesor de los de mas celebridad è importancia en Paris; y goza de un empleo de distincion entre los Mèdicos de aquella capital. Aunque no ha puesto su nombre en la obra que hemos citado, ha colocado en ella su retrato, y varios individuos franceses que lo han visto, nos han asegurado de lo que de él hemos dicho; aunque à nuestro juicio basta leer la obra para formar de su autor el concepto mas sublime. Indicado esto, pasaremos à observar lo que nos ocurre à cerca del precedete artículo.

¿ Què estraño es que en *París*, haya tenido enemigos la verdadera Medicina Curativa, cuando en *Buenos Aires* la envidia, la maledicencia, y el interès han pretendido refutarla

valièndose para ello de toda clase de arbitrios? Aquí es donde la ignorancia y la osadía han creido poder dar sentencia definitiva sobre el mèrito de esos grandes hombres, que han auyentado las tinieblas de la Ciencia Médica. Aquí es donde esas gentes de que habla el *Charlatanismo*, han llegado al estremo de insultar à un público ilustrado con presentarle *carteles* que muy bien podian llamarse *pasquines*, con el objeto de desviarlo de la senda que unanimemente tomaba para curarse de sus enfermedades. Por último ningun recurso ha quedado por agotarse, à fin de anonadar en el olvido *la Medicina Curativa*; la única que se ha descubierto capaz de curar radicalmente los males que afligen la salud humana; *siempre que se sigan las huellas de la Naturaleza, pues que el que no lo haga, sabemos es su enemigo.*

¿Pero que han conseguido sus antagonistas? ¿Què fruto han sacado de sus diatribas y persecuciones? ¿Acaso los hombres por vulgares, por preocupados que sean, no tienen ojos para ver, y razon natural para discurrir?—Es preciso estar mas que ilusos, para haber creido que con esas maniobras innobles, se pueden contrastar, ni obscurecer los hechos.

En todas las obras últimamente publicadas en la Francia sobre *la Medicina Curativa*, se encuentran muchos millares de casos pràcticos,

garantidos con las firmas de los enfermos que se han curado, y confirmados por algunas autoridades.—En la obra, que acaba de publicar el Profesor *D. Pedro Martinez* en esta capital, hay muchos que excitan la admiracion. En otras pàginas de este número, se leerá alguno de bastante consideracion, como tambien en los demas que publiquemos; y si fuèramos à enumerar todos los que han sucedido, y de que tenemos noticias fidedignas, seria preciso escribir muchas resmas de papel.—Siendo ciertísimo, que en tantas, y tan diferentes partes donde se ha practicado *la Verdadera Medicina Curativa* segun todas las reglas, ha triunfado al mismo tiempo de las enfermedades, que de sus antagonistas inermes, preguntamos: ¿ No es mas que necedad el empeño de oponerse à sus principios fundamentales?—Si sus bases no fueran sólidas, los hechos no estarian en consonancia con ellas. Si sus principios, no fuesen conformes à las leyes y necesidades de la Naturaleza, no se curarian, *como se curan* los enfermos.—Creemos haber dicho sobre esto lo bastante; y en verdad que no es muy poco.

LA VERDADERA MEDICINA CURATIVA, CALUMNIADA POR LA INEXPERIENCIA.

Por una desgracia, ó mas bien diremos por una malicia consumada, se han mirado los eva-

cuantes prescriptos en *la verdadera Medicina Curativa,* como nocivos, atribuyéndoles las incomodidades que los enfermos sufren durante su accion que la mala fè quiere calificar de dañosa. Esto procede precisamente, como ya lo hemos dicho, de una malicia consumada, ó de una crasísima ignorancia.

Si los enfermos prestan oido à la voz de la inexperiencia, y à la de hombres que tienen las calidades de que acabamos de hablar, no dejaràn de oir que *la Medicina Curativa, enardece, irrita, acalora, corroe, y aun quema las entrañas.*—La mayor parte de los pacientes, segun su mayor ó menor degeneracion ó depravacion humoral, experimentan unas sensaciones, que parecen justificar imposturas tan perjudiciales; pero el uso reglado de *la verdadera Medicina Curativa,* desmiente muy pronto con los hechos à sus ignorantes ó maliciosos calumniadores.—El calor que el enfermo siente, solo es efecto de la *serosidad* sumamente acre ó corrosiva puesta en movimiento por el estímulo de los evacuantes. Pero estos mismos evacuantes repetidos con todo el órden debido, sutilizan *la serosidad ó fluxion,* libran la naturaleza del calor ardiente, de la sequedad, de la sed vehemente, de la consuncion, de la inflamacion, y por último, de todos los dolores, y padecimientos de que un enfermo puede hallarse aco-

metido. Los evacuantes indicados en *la verdadera Medicina Curativa y ningunos otros de los conocidos hasta esta fecha,* dando tono, desalojan y expelen ó evacuan esa *serosidad* ardiente como el mismo fuego ; y los contrarios à ellos, y que calumnian la verdad, usan *los refrigerantes,* que cuando mas pueden embotar la *serosidad* ardiente, dejando à sola la Naturaleza el cuidado de descargarse del enorme peso que la abruma.

No puede siempre usarse la verdadera Medicina Curativa *purgante,* sin que se experimenten algunas incomodidades en el arca del cuerpo ; y muchos creen, que *el evacuante* es *la causa* de ellas. Bien fàcil es disipar este error, en las personas de buen juicio.—La *serosidad* ardiente es un *fluido* esparcido en la masa de los humores. La verdadera Medicina Curativa *purgante,* atrae este fluido de las partes mas distantes del cuerpo, al canal intestinal, por medio del *gran sistema de los vasos absorventes ;* así es que esta materia acumulada, en un punto, aumenta la intensidad de su accion ; y las incomodidades del enfermo son mayores ó menores, segun la *serosidad* acumulada es mas ó menos corrosiva. Lo mismo puede suceder, y con el mismo motivo en el uso de *la vomipurga ;* y así se observa en algunos enfermos que al evacuar por arriba ó abajo, se llagan la boca, ó se

escorian el ano. Dicho se está, que lo que es mordaz, ardiente ó corrosivo à su salida, no lo era menos, cuando estaba dentro del cuerpo; y de aquí se infiere à no poderlo dudar la causa de las incomodidades del enfermo al removerla y expelerla, ademas que las incomodidades cesan luego que se evacua completamente esta dicha causa mordaz ardiente ó corrosiva que las producia; así como el obrar en sentido contrario à este respecto, será capaz de dar por resultado la muerte, puesto que no se quita del cuerpo lo que puede ocasionarla.

Los enemigos de *la verdadera Medicina Curativa,* no deben ser ingratos con los que les prueban evidentemente de qué modo ella obra, y produce ese efecto, que arbitrariamente han querido llamar *corrosion ó quemazon.*—Pero, regístrese la obra titulada—*Quinta esencia de la verdadera Medicina Curativa, ó el velo descubierto de los arcanos de la Ciencia Médica,* y se verá claramente el error de los enemigos de esta verdadera doctrina.

Ya es llegado el tiempo en que la verdad triunfe, como debe, de la ignorancia, è impostura; y de que las ambigüedades misteriosas, empiecen à desterrarse de la sociedad, como inútiles y perjudiciales.—Los CASOS PRACTICOS, que vamos à describir, pondrán fuera del prestigio y à la clara luz la evidencia, y utilidad

incomparable de los principios fundamentales, como tambien del modo de obrar de *la verdadera Medicina Curativa.*

CORRESPONDENCIA.

Señores Editores del Semanario Científico, Histórico-Clínico de los progresos de la verdadera Medicina Curativa.

Mui Sres. mios: El Prospecto que he visto de Vds. me ha impulsado à tomar la pluma, à pesar de mis muchas atenciones, para dirijirles el siguiente remitido, por parecerme que èl contribuirá mucho à desvanecer algunos errores sumamente perjudiciales, y à poner la verdad de manifiesto, al travez del prestigio y de la envidia. En mi esposicion encontrarà la humanidad una decision à toda prueba, à la cual debo la conservacion de mi fragil existencia; la buena fè con que la publico, y el objeto noble que me propongo, creo me pondràn à cubierto de los defectos que tenga, aunque por otra parte, un enfermo de edad adelantada, no puede derramar las flores del estilo sobre los escritos, por mui interesantes que ellos sean. Empezarè a hablar con el lenguage de la verdad, porque juzgo que nada es difuso con ella.

Habiendo yo mirado, no como debiera, en

mi adolescencia los ligeros ataques originados de mi mala constitucion, à causa de no haber tenido entonces los conocimientos que actualmente posèo, he padecido una completa degeneracion ó depravacion humoral, resultàndome de ella síntomas terribles, é inexplicables en toda mi organizacion física. Lo principal de mis males consistia en una constante y casi fija indisposicion en el estómago, con relacion al cerebro, vomitando bilis amarga de continuo, y ponièndome en la cruel ansiedad de no saber què alimento elegir para mi sustento. Llegó esta al estremo de reducirme à no tomar sólido alguno, y solamente me sostenia con chocolate, ó con una sopa de galleta pisada, aderezando antes el caldo con uno, ó dos huevos del dia. Si alguna vez se suspendian los crueles padecimientos del estómago, sentía otros con mas fuerza, y eran tan insoportables, que me hacian llegar al estremo de la desesperacion. Unas veces me afectaban la dentadura en general; otras, en un solo lado, comprendiendo sus terribles dolores, hasta la cabeza, particularmente en su parte central.

Con tales padecimientos, cuya causa es bien inferible ser una degeneracion, ó completa depravacion de la masa humoral; mi naturaleza se resentía en sumo grado tanto en lo moral, como en lo físico, resultando de todo esto, tris-

teza inexplicable, languidez, abandono, pereza, dejamiento, disgusto y negligencia para todo; no siendo àrbitro ni aun à tomar la menor parte en las cosas peculiares de mi interes; no deseando mas que estar acostado aunque sin sueño, y como en modorra; disgustàndome hasta la sociedad de las gentes, de mis amigos, y aun de mi propia familia; cosa demasiado estraña en mi caràcter naturalmente alegre, y festivo en los periodos en que me han dado treguas los padecimientos.

Muchos años pasaron de los males ya referidos, que se repetian periodicamente, y con bastante frecuencia, hasta que las infinitas, y prodigiosas curaciones de *la verdadera Medicina Curativa*, llegaron á mi noticia. Descubrimiento, à mi juicio, admirable, segun me lo ha patentizado la experiencia; y el mas importante y benèfico à la afligida Humanidad, como que directamente tiende, à su conservacion, y dilatada duracion de su existencia.

Hallàndome sin la menor esperanza de alcanzar mejoría en mis padecimientos, me resolví à entrar en curacion por este mètodo benéfico, dirigièndome à un Profesor de Farmacia, quien me lo acreditó, aunque confesàndome francamente, no conocer bien su administracion.— Sin embargo, con lo poco que este señor me dijo, concebí gran esperanza, me hice de los

medicamentos, y me decidí à administràrmelos. Habiendo tomado como 30 dósis, unas del *vomi-purgante*, y otras del segundo grado del *pur-gante*, me sentí sumamente aliviado, de los padecimientos de estómago; y estando persuadido à que me hallaba curado, suspendí completamente.

¡Cual fuè mi sorpresa, cuando, à causa de no haber tomado las dósis necesarias por ignorancia, pasado algun tiempo me sentí atacado de un *reuma errante*, que en seguida se hizo periódico, y que desaparecía falsa ó ciertamente cuando tomaba una docena de dósis evacuantes, que volvia à abandonar de nuevo por ignorancia, ó por esos ridículos miedos, ó por la repugnancia que me causaban!!!

De esta falta de règimen, me resultó un dolor de muelas insoportable, el cual cesó por el uso de unas cuantas dósis de los evacuantes; pero como volví à suspender su continuacion, por no entender bien el mètodo, me estaba causando un verdadero mal, pues dejaba los humores removidos, y sin espelerlos. Así es, que de tiempo en tiempo, aparecía una pequeña enfermedad, aunque ligera en su principio.— Efectivamente renació en seguida, la mas grave de todas las que, hasta entonces, habia experimentado. Esta fuè una extraordinaria tristeza, languidèz, pereza, abandono, disgusto, &c.

Esta deplorable situacion, sufrí mas de dos años; si se sostuvo tan tenaz fuè por no haberme resuelto à emprender una sèrie larga y continuada de los evacuantes cual se necesitaba para destruir una afeccion moral que me atacaba tan cruelmente, que me encontré poco menos que *opa*, y por consiguiente sin accion, ni desicion para ocurrir à la verdadera fuente de salud, y restablecimiento.

No habiendo hecho en el dilatado espacio de mas de dos años una sola toma por mi total abatimiento, resultó por último la *gota* en pies y manos, cosa que no esperaba, ni aun sabia que enfermedad era. Poco me molestaba, por ser reciente el desarrollo de humores degenerados que la ocasionaba; solo sentia un hormigueo ligero, y cierto adormecimiento; pero esto no me privaba de ejercitarme en algo que me distragese y divirtiese; porque al poco tiempo de sentir la gota, cesó la afeccion moral, y mi ànimo volvió à recobrar una buena parte de mi natural alegría.

Acometido de la gota, y cesados los padecimientos morales, seguí aun sin resolverme à tomar *la verdadera Medicina Curativa,* por el periodo de tres meses; pues creia que era siempre el reuma fijo, y no la gota la enfermedad que padecía.—Sin embargo de mi erronea persuacion, como mi ànimo se hallaba despejado,

y me agitaban ya los dolores de la gota, hice una firme resolucion de volver à tomar los evacuantes, pero cometí la falta de no tomar mas que tres ó cuatro dósis por semana.—Como no sintiese alivio alguno despues de tres ó cuatro semanas por este règimen, sino que antes bien los dolores se aumentaron hasta serme insoportables; emprendí con firmeza una seria, prolija y metódica curacion. Debo advertir, que mi insensibilidad era tanta, que fuè indispensable hacer dósis de la vomipurga, hasta de 9, 10, y 12 cucharadas de à media onza; y del cuarto grado del purgante, habiendo principiado por nueve, à causa de mi expresada insensibilidad, fuí aumentando, hasta llegar à tomar en cada dósis media libra, esto es, diez y seis cucharadas.

Con efecto, empezè à tomar las dósis, como dige antes, con una resolucion inaudita.—Mi físico estaba en un grado de desórden; mi insensibilidad queria tocar el estremo, pues cuando tomaba hasta doce cucharadas, el primer efecto demoraba diez y once horas, y todos los demas, desde la dósis tomada, diez y seis, diez y ocho horas, y algunos dias hasta veinte.—Entonces suspendía un dia, por no poder hacer dos buenas comidas en las 24 horas. Estos alimentos, consistian en una taza de sopas en caldo muy substancioso aderezado con un par de

huevos, ó una taza de leche, ó de candial, por parecerme alimentos muy nutritivos, y de fàcil digestion.

Mis padecimientos se iban aumentando; y à mi juicio, esto consistia en mi poca sensibilidad, lo que se manifestaba en la escasa expulsion de humores con respecto á los que se removian por el estímulo de los evacuantes.—En este estado aumentè las dósis à catorce cucharadas, y así mismo, poco me prometian sus efectos. Mis padecimientos y dolores llegaron à tal estremo, y fuè tal la falta de articulacion en pies y manos, que lleguè à no poder dar absolutamente un paso, y à verme imposible tener un cigarro en las manos, ni hacer una pequeña línea con la pluma en el papel, ni aun abrocharme un boton de mis vestidos.—Así baldado enteramente, me echè en la cama, resuelto à hacer una sèrie de dósis de los evacuantes, de à media libra, por todo el tiempo que me fuese posible. Efectivamente en ciento cincuenta y seis dias continuos, tomè ciento y cuarenta dósis de à media libra todas; y hubiera tomado los 156 dias sin interrupcion, si, en todos ellos, me hubiera quedado tiempo suficiente para hacer dos buenas comidas en las 24 horas.

Despues de cinco meses veinte dias de cama, y siguiendo el règimen de curacion ya dicho, por haber adquirido con las dósis de à media

libra mucha sensibilidad ; me vestí yo mismo, y creyèndome entumecido todavía por la gota, como tambien por el mucho tiempo de cama, tomè un bordon, pensando no poder caminar sin èl ; pero al primer paso que dí, conocí no necesitaba de tal auxilio, pues caminè solo con soltura y presteza, llegando al poco tiempo à correr en el patio de mi casa, como lo hace un robusto jóven. Esto lo han presenciado muchos, llenos de admiracion.

Como adquirí tal sensibilidad con las tomas, ó dósis de los evacuantes luego que las aumentè à la cantidad que he dicho, pues cada una de ellas me daba por resultado, dos y medio y tres frascos de expulsion humoral ; se halló restablecido el apetito y el sueño, que por mas de tres meses no pasaba de una hora, ú hora y media, y en este corto espacio de descanso (si así le puedo llamar) experimentaba crueles agitaciones de imaginacion, turbulencias, y espanto ; hasta que estando mas mejorado, se hizo el sueño mas apacible, y en adelante cuando dormía, puedo decir, que mi imaginacion rodaba sobre escenas de placeres.

Mil circunstancias se oponian à la prontitud de mi curacion.... El mèdico * *Lagosta*, en

mi juventud, me habia administrado el mercurio, cuando me asistió en mis enfermedades, y seguramente existia todavía en mi cuerpo este metal que yo miro como muy pernicioso.—Así es que tuve que ocurrir en el transcurso de mi curacion à los caústicos; por dos veces me puse de à cuatro; uno en cada pantorrilla, y uno en cada lagarto de los brazos. Estos los tuve en la segunda vez ocho dias; en los cuales purgaron demasiado; y aun los hubiera tenido mas tiempo, sino se hubiesen corrompido, tanto por lo ardiente de los humores, como por lo de la estacion, pues que se aproximaba el Estío. Aunque los humores poco mejoraban pues seguia echando bilis negra como tinta, y hubo ocasion en que echè *la bilis azul,* suspendí las dósis por siete dias, despues de 270 tomas sin interrupcion; me alimentè bien; descansè de una tan grande tarea: y volví à emprender otra, ya con menos empeño, de quince dósis, y suspendiendo uno dos ó tres dias.

Con este règimen, logrè una suma sensibilidad; y entonces fuí bajando en las dósis diariamente una ó dos cucharadas, hasta quedar reducidas à cuatro.—Siendo todavía mucha dósis por el tan grande aumento de sensibilidad, amalgamè los grados 4.° con 3.°; luego 3.° solo;

despues 3.° con 2.° llegando à ser suficiente esté último.

Hace mucho tiempo que mi estómago se halla bien puesto, y todo el sistema descargado de tantos malos humores, à esfuerzos de reiterar *esos benéficos evacuantes,* ese regalo el más precioso que se le podia haber hecho á la Humanidad paciente.—Con todo, como el canal està poco cubierto para poder continuar tan empeñadamente como antes, he adoptado el uso de cuatro cucharadas del 3.er grado, que por lo general me dan un resultado de uno y cuarto, ó uno y medio frascos de expulsion humoral. Actualmente llevo un règimen de precaucion muy pausado, pues tomo las dósis, cada cuatro, seis, ocho, ó quince dias por hallarme tan notablemente aliviado.—Es verdad, que no me puedo llamar completamente sano, con todos los signos de perfecta salud; pero tales son las circunstancias que lo impiden, demasiado esplicadas en esta exposicion, y à mas mi edad avanzada. Cuando el tiempo amenaza, siento algun entorpecimiento; pero en el momento tomo un par de tomas, cuyos efectos se concluyen en 4 ó 5 horas, y quedo expedito. Esto es, en invierno; que en el verano, voy à mi quinta con mas diligencia que los que van

conmigo, y allí me egercito en trabajos activos.

Desde que empecè la curacion de la gota que fuè à mediados de abril de 1827, hasta el presente, he tomado 371 dósis; todas hacen 165 libras, que reducidas à cucharadas de à media onza son *cinco mil doscientas ochenta,* tomadas en 27 meses; tiempo verdaderamente empleado con utilidad, que me ha salvado la vida, dejàndome una completa accion para ejercitarme en lo que guste, fuerzas como las de un mozo robusto y bien nutrido, y el ànimo sereno, y despejado, haciendo mi vida apacible, gustosa y sin penalidades.

Se me olvidaba exponer, que habièndoseme operado, hace 10 años de una fistula cerca del ano, sostenida por el tèrmino de 12 años, temiendo que el humor acostumbrado à hacer sus ataques à aquel punto, fuese à causar daño à otra parte y con el fin de prevenir en lo sucesivo este inconveniente; me abrí dos fuentes, las que mantube por cuatro años, hasta la llegada de *la Medicina Curativa.*—Nunca tuve novedad en la fístula, despues de hecha la operacion, en cerca de ocho años que habian corrido; pero al año noveno, estando en lo mas

empeñado de la curacion de la gota, me sentí acometido por siete ú ocho dias de fuertísimos dolores en la parte operada, sin ninguna erupcion de humor; pero estos dolores cesaban conforme se fuè expeliendo la causa que los producia, y cesados, ni han vuelto, ni creo se repitan por la razon demasiado clara, de estar mi cuerpo tan depurado de humores depravados.

Estoi intimamente convencido segun el estado de salud que actualmente disfruto, que si emprendo un règimen de treinta, ó cuarenta dósis sin interrupcion, quedarè perfectísimamente sano; pues estoy lo mas del tiempo tan agil, como si tales incomodidades hubiera; pero mis atenciones, y lo mucho que me ha arredrado mi dilatadísima curacion no me permiten, una nueva decision.

Dirè en conclusion, con el fin de hacer desaparecer el error, que à tantos retrae de usar de *la verdadera Medicina Curativa,* porque *dicen* que es ardiente, y abrasa el interior; dirè

(repito) que habiendo yo tomado 165 libras, que son (como antes queda expresado) 5280 cucharadas de à media onza, en 27 meses; si fuese cierta esa pretendida calidad ardiente, *mî interior y exterior se habria puesto á manera de carbon.* En contra de esa calidad que la impostura atribuye à estos evacuantes, vèame el que guste, cuando y à la hora que quiera, y notarà (como todos los que me han conocido) haberse restablecido el color de mi tez à su primitivo y natural blanco, con rubicundez en el rostro que se habia perdido hace muchos años; todo debido à esos benèficos evacuantes que la mala fè se ha empeñado en hacer creer que *corroen y queman,* à pesar de desmentir diariamente los hechos, tan inaudita falsedad.—Con respecto à la virtud atractiva de *la Medicina Curativa* mucho podria escribir; pero este remitido es ya demasiado largo, y por tanto solo pondrè un hecho, el cual es la desaparicion total de siete callos, que tenia en los pies, entre ellos uno muy mortificante. Esto mismo les ha sucedido à infinitos.

He concluido, señores editores mi exposicion,

y solo me resta ofrecerles la sincera consideracion con que se repite de Vmds.

Ildefonso Paso.

Calle de Cuyo, número 170.

El remitido que acabamos de insertar, conduce à varias reflexiones; pero expondremos solamente, las que nos parecen mas oportunas.

Vèase aquí un enfermo, que en el principio de su curacion se vió tan dañado por la ignorancia del mètodo como por sus males. ¡ Que hubiera sido de su existencia, si el convencimiento, no le hubiese mostrado la senda que debia seguir !—Seria infaliblemente víctima de lo que tantos han sido, y que à mas de haber caminado al sepulcro, han hecho un mal real à la verdadera *Medicina Curativa* y à la Humanidad; porque la maledicencia se ha aprovechado de esos sucesos funestos, para atribuirle calidades nocivas que nunca tuvo, como lo ma-

nifiesta la experiencia.—Pero ciertamente hay personas que por su posicion ejercen un positivo influjo sobre los dolientes; y si se encuentra en estas la ignorancia, unida à la envidia y mala fè, disponen el ànimo de los enfermos à dejarse arrastrar à la tumba antes que asirse de la única ancla que se presenta en el mar de incomodidades y enfermedades, en que navega la naturaleza del hombre. ¡Que bien tan grande recibe la Humanidad, cada vez que se le muestra un cuadro como el presente! ¿Y habrà todavía quien se atreva à atacar los principios de *la Medicina Curativa*, haciendo un mal incalculable à los mortales, que gimen bajo el cruel peso de los males? No creemos que llegue à tanto el colmo de la audacia. Contra la justificada aseveracion de los hechos, no hay diatriva que prevalezca. El público no se alucina; juzga por lo que vè, y su fallo es tan irrevocable, como la doctrina en cuyo obsequio hemos escrito estas líneas.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

Ó

LA NATURALEZA HUMANA,

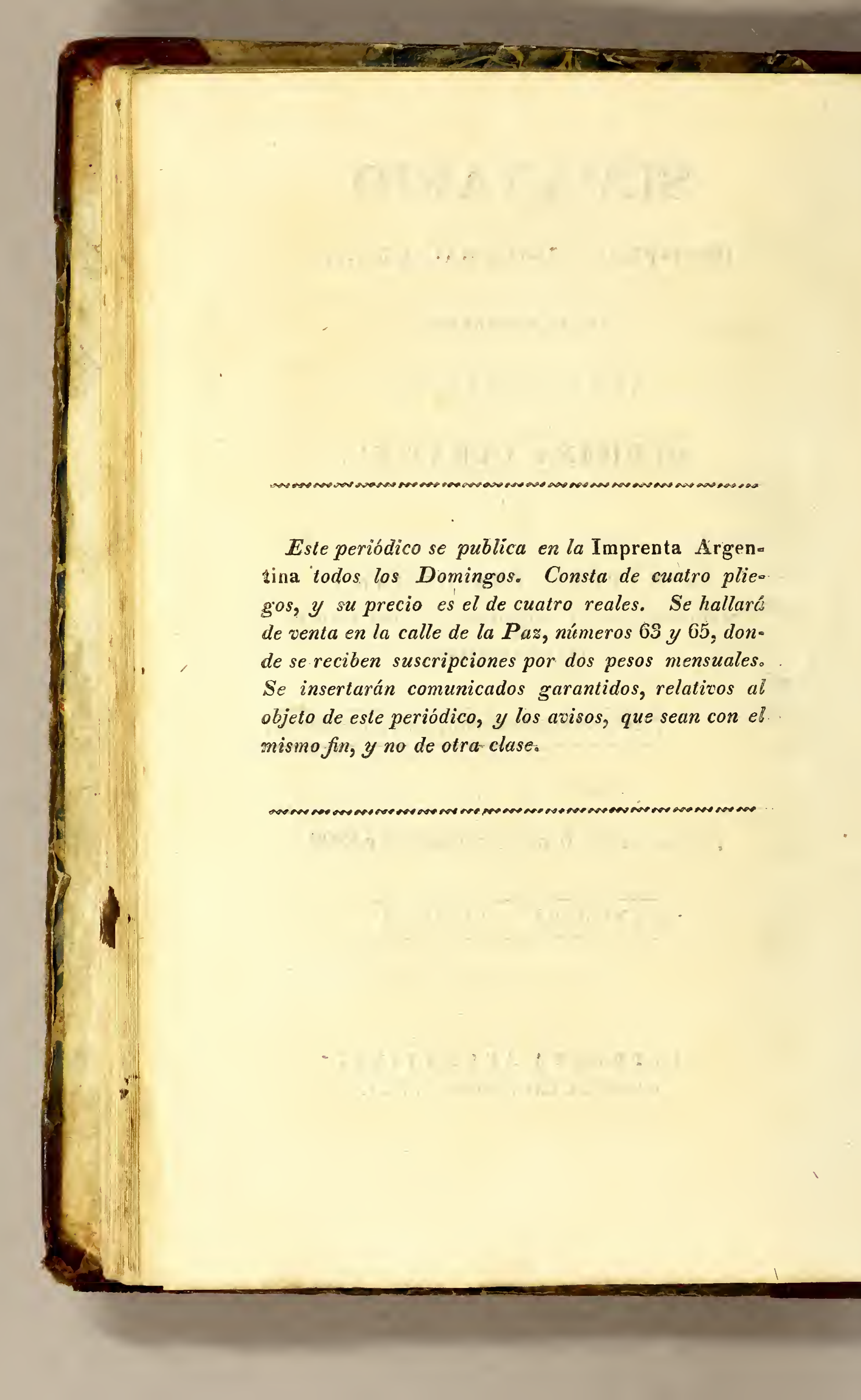
DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

BUENOS-AIRES, 6 DE SEPTIEMBRE DE 1829.

[NUM.° 2.] [TOM. 1.°]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.



Este periódico se publica en la Imprenta Argentina *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, números* 63 *y* 65, *donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

MUCHO PUEDE LA PREOCUPACION EN LAS ENFERMEDADES.

Una de las cosas que mas se oponen à la propagacion benèfica *de la verdadera Medicina curativa,* es la preocupacion de los hombres que componen las clases elevadas, que por lo regular no son muy adictos à lo que es sencillo, y necesitan, segun la etiqueta, mèdicos que les libren del trabajo de pensar en su salud. Si los facultativos que los asisten, no los deslumbrasen con frases brillantes, y las preocupaciones de la educacion y de la sociedad no tuviesen tanto influjo sobre ellos, podrían lograr *las mayores satisfacciones con las conocidas ventajas* de la arreglada administracion del plan *verdaderamente curativo.* ¿ No se podrà decir, que en lo general los facultativos son muy reservados, cuando se trata de hablar con los enfermos de *la causa* de las enfermedades, ó lo que es lo mismo, de aquello que les hace padecer los dolores que experimentan ?

Se ofendería el oido de un enfermo de clase distinguida, si se le dijese que su cuerpo contiene una masa de humores degenerados, putrefactivos ó corrompidos.—Este funesto amor propio; ¡à cuantos habrà hecho bajar à la tumba!

Es muy sensible que esta clase de personas, gusten mas de un règimen recetado con mucho aparato, y que parece anuncia grandes combinaciones, que no de un mètodo, ó plan sencillo, y que es el único que cura, hablando con propiedad. Entre las clases de que tratamos, se encuentran pocos que quieran descomponer à cada momento su gravedad para ir à la secreta à evacuar la putridèz que los mata; y asi es como generalmente vienen à perecer víctimas de las preocupaciones; pues que la enfermedad sigue sus progresos, y mientras se engaña la parte moral, el enfermo muere.

Por estas consideraciones, que pesan lo suficiente en la balanza de la razon, seria de desear que los facultativos encargados de la asistencia de los enfermos de distincion, y de todas las demas clases de la sociedad, no usasen con ellos de aquellas voces, y de aquel aparato, que solo sirven para aumentar los recelos, y la ignorancia con respecto à *la causa* de sus males. Los facultativos todos, deben estar obligados, constituidos, comprometidos, y juramentados à no perdonar medio ó arbitrio à favor de la humanidad afligida en sus enfermedades; y esta obligacion sagrada que se han impuesto, les dà un influjo positivo sobre toda clase de enfermos.—Pero no se debe desconocer, que es incompatible con la ingenuidad que debe caracterizar à los médicos, el abusar de ese influjo; al paso que tampoco es de lo mejor, dejar à los

enfermos en el error en que se hallan muchos de ellos sobre *la causa* de sus enfermedades.

Si los Profesores à la vista del convencimiento y de los hechos, se proponen usar de *la verdadera Medicina curativa* (como lo creemos) podràn, con este conocimiento de *la causa* de los males, hacer un *diagnosis* ó diagnóstico fijo, y un *prognosis* ó pronóstico probable. Segun las doctrinas sistemàticas, los facultativos que las han adoptado, no han podido con seguridad hacerlos, y esto les ha traido algunas desventajas; pues sabemos muy bien, que la reputacion bien establecida de un profesor de la Ciencia Médica, depende casi esclusivamente de estas calidades que tanto le favorecen; así como el que yerra en ellas, recibe una disminucion notable en el concepto de los que le observan. Por nuestra parte, humildemente opinamos, que los señores profesores, en cuyas manos està, nada menos que la salud pública, tomaràn en consideracion nuestras observaciones, y daràn el lugar que tan justamente se merece, à *la verdadera Medicina curativa.*—Si así lo hacen, seràn escasas nuestras pàginas para escribir en su elogio, pues que haràn curaciones, que de otro modo no pueden lograrlas; pero si desgraciadamente, fuesen desoidas las voces de la verdad, y apartasen la vista de los hechos, nos consolaremos, con haber cumplido con el sagrado deber à que nos hemos constituido, propagando con nuestro dèbil eco la espresion del conven-

cimiento.—Afortunadamente la *verdadera Medicina curativa*, cuenta con ilustrados prosèlitos en toda la Amèrica del Sud, como tambien en otras muchas partes; y la opinion pública, que ha formado ya con sus brillantes curaciones, le harà la justicia que tan dignamente se merece.

Nos ha parecido oportuno insertar à continuacion del artículo precedente, el capítulo 17 de la obra titulada—*El Charlatanismo desenmascarado, ó la Medicina apreciada en su justo valor*, cuya traduccion literal es la siguiente—

Prueba demostrativa de la nulidad de los medios empleados por la mayor parte de los prácticos en las enfermedades agudas.

Llàmase enfermedad *agudá*, aquella que en muy corto espacio de tiempo, conduce ó puede conducir, un hombre à la tumba. Tales son las enfermedades nombradas, *epidémicas, fiebres pútridas, fluxion de pecho, pleuresía, viruela confluente* &c. Ellas se manifiestan espontaneamente. Un individuo que estaba sano por la mañana se vè obligado à hacer cama en la tarde del mismo dia. La primera noche la pasa en desasosiegos, temblores, y el sueño es interrumpido y fatigado. El dia siguiente el enfermo hace esfuerzos para levantarse con la esperanza de vencer el mal; mas la laxitud le obliga à volverse à acostar. La noche que sigue viene acompañada de mayor fatiga, y una fiebre bas-

tante fuerte se hace sentir. Como que se debe temer que esta situacion venga à ser la mas sèria, se llama al Doctor. Si el enfermo es de clase elevada ó distinguida, manda aprontar el coche; si es un artesano, la visita se hace ordinariamente à piè. Llegado à la cabecera.... ¡ con que !.... ¡ como ! ¿ V. se deja enfermar ?... Es muy malo para V..... su pulso.... ¡ eh ! tiene V. fiebre.... la lengua.... he visto mejor. ¿ Siente V. opresion ?—Mucha....— Así ha de ser....— ¿ Las evacuaciones naturales y diarias, cómo se hacen ?—Paradas, Señor....— ¡ oh ! es efecto de la fiebre.... es preciso meditarlo.... ¿ tiene V. aquí pluma y tinta ?.... Daràn Vdes. al enfermo, cada dos horas, dos cucharadas de la pocion prescripta; y volverè à la tarde.

....¡ Y bien ! ¿ Cómo ha pasado el día nuestro enfermo ?—Bastante mal.—¿Cómo mal? ¿El *Looch* no ha hecho nada?—Nada, nada Señor.— Es estraño.... à ver la botella. Oh !, oh ! queda todavía un poco, y yo os habia ordenado dàrselo todo. No me admiro ya. He aquí lo que hacen la mayor parte de los enfermos ó de los que estàn à su lado; rebajar siempre algo de nuestras órdenes, y despues nos echan la culpa de lo que es efecto de su indocilidad.... ¿ Duerme ?—No, està adormecido.... ¡Chiton!—Veamosle.—Aquí se hace mucha bulla; eso cansa à un enfermo; sería menester andar mas quedito.—Le deja con cierta sonrisa que dirige à la

persona que le asiste. (1)—Se entre-abre suavemente el cortinado—.... ¡Y bien! ¿Cómo se halla V?—Siempre en el mismo estado. Tengo mucha sed; siento un gran calor en todo el cuerpo....—*Nueva receta.*—Pasarè por aquí mañana temprano; no tenga V. cuidado.

A pesar de esta bella seguridad, los parientes, no dejan de alarmarse un poco; y de interrogarle al Doctor sobre el presente estado del enfermo.—¡Oh! al presente no hay peligro alguno; sino hubiese tanta fiebre, ordenaria los baños; pero entretanto se le pueden aplicar sanguijuelas.—¿Quisiera Vmd. señor designar en que parte del cuerpo las hemos de aplicar?—Es justo; està en el órden. ¿A donde siente

---

(1) Un jóven médico, ó cualquiera otro facultativo que dá principio en un país, por poca viveza que tenga, no puede ser indiferente al uso de los medios que conducen á la celebridad. Conoce la influencia de una asistenta de enfermos acreditada, y el ascendiente que ejerce en la imaginacion de ciertas mugeres, aún de aquellas que se llaman de *buen tono*. Estas se consultan muchas veces, lo mismo que al médico, y mas de una ocasion su dictámen se lleva la palma. ¡Cuantas veces se ha visto el tono doctoral atemperarse con docílidad á las observaciones, ó mas bien dirémos, á las prescripciones de esas comadres! Y como el punto esencial es el de conservar la confianza, uno se hace de buena gana, en caso necesario, tributario de esas zalameras incansables, que, comiendo bien, durmiendo otro tanto, y bebiendo aún mejor, se descargan, casi siempre, con los criados de la casa, de las funciones inherentes ó anexas á su empleo.

mas dolor ?—Se queja mucho de la cabeza ; à mas de eso grande opresion.—Es bastante ; no dejen Vmds. de ponerle cuatro detras de cada oreja ; y por la opresion, le aplicaràn Vmds. las mas que puedan en el pecho.... veinte, treinta, y mas si es preciso.... ¿ Pero señor, quien se las aplicará ?.... ¡ bueno ! ¿ No tienen Vmds. Cirujano ?—es mucho descuido ; llamen à Fulano ; es hombre hàbil ; sumamente experimentado, y que puede hacer mis veces en caso urgente.

.... ¿ Mas que enfermedad cree Vmd. que tenga ?—Es preciso ver—(un mèdico prudente y precavido, no se aventura jamas à dar nombre à una enfermedad). En fin, despues de seis ó siete dias, de idas y venidas ; despues de otras tantas recetas, que en nada se parecen, llega à decir, cuando la fluxion ya està formada, que *es una fluxion de pecho*, con todos los caracteres de una fiebre biliosa, gástrica, adinàmica, espasmódica, è inflamatoria. Los que gustan de altisonantes palabras, pueden encontrar aquí con que saciarse. ¡ Pobres humanos !!!

Entretanto, la enfermedad, toma un aspecto sèrio, à pesar de la variedad de recetas que se ha sucedido sin resultado ninguno.—En los casos arduos, difíciles, ó embarazosos, queda siempre un camino abierto para salir sino es con honor, al menos sin ignominia. Mucho tiempo ha, que se ha dicho por la primera vez, que una necedad comun à varios, no es peculiar à

persona alguna; es la tontería de la comunidad; es preciso apurar la muerte à pesar de todas sus injusticias, y se propone finalmente al efecto, como cosa indispensable, convocar una junta de mèdicos.

Esta junta, es una cosa que es preciso haberla presenciado para formarse una idea de ella, y aun incompleta. ¡ Cuantas particularidades no escapan al ojo del mas experto observador! Primero, gran discusion sobre el nombre, que se ha de dar à la enfermedad. Si el pràctico es un jóven principiante, ó un Doctor de poco crèdito, ¡ desgraciado del pobre enfermo!—Aun cuando el plan seguido, hubiera estado plenamente conforme à las fórmulas en rigor, estarà siempre expuesto á todas las contradicciones imaginables. La envidia es una pasion que no duerme jamas, especialmente en las corporaciones en que no hay caja comun. Se hubiera podido (dice uno) agregar esto; cenar aquello, (dice otro).—Suma total, uniformidad, *cero*; base fundamental, *cero*. Sin embargo, en esa divergencia de opiniones, adoptaràn un principio falso, ó fundado.... poco importa; pues es menester ganar el dinero que resulta de la junta à cada uno; y toman por última determinacion, la de aplicar los vegigatorios. En medio de todas esas oscilaciones, el hombre sensato hecha de ver, que el enfermo corre el mas inminente peligro, y no puede disimularse à sí mismo, que los preten-

didos depositarios de la Ciencia, no tienen punto fijo de salida, y que no hacen mas, que vagar en el vasto campo de las conjeturas.

Los dias reputados críticos; esos dias tan temibles; los quince, los diez y siete, llegan; si pasan sin mayor desgracia, una chispa de esperanza empieza à bislumbrar en el ànimo de la familia; pero llega el veinte y uno y se lleva al enfermo.—Mas, todos aquellos que son atacados de enfermedad *aguda,* no sucumben del mismo modo.—Enhorabuena; pero, en conciencia, ¿se puede atribuir el restablecimiento al tratamiento que se le ha administrado?—Cada mèdico de buena fè, convendrà en que la naturaleza ha hecho mas que èl; y si la naturaleza ha triunfado, es porque la masa de los humores depravados, no estaba todavía en un grado capaz de causar la muerte del enfermo. Si el mèdico es de honradèz, convendrà en que la naturaleza, que siempre hace esfuerzos à depurarse, expelió por la transpiracion, y otras evacuaciones naturales, todo ó parte de *la causa* de la enfermedad. Mas ¡que convalecencia! ¡que larga es! ¡que penosa y lànguida! ¡de cuantos tristes resultados viene acompañada!—¿Cómo, y porque es eso?—Es porque el cuerpo del enfermo sano en apariencia, ha detenido en sí una levadura, que comunica, à los nuevos humores adquiridos despues de la enfermedad, parte de su degeneracion.—De ahí se siguen esas recaidas frecuentes, y que

se manifiestan algunas veces con diferentes caractères, pero que acaban, tarde ó temprano, por comprometer al mas alto grado, la salud y vida del enfermo.—Si el Mèdico hubiese sido de aquellos hombres que reconocen *la causa* de las enfermedades, hubiera trabajado eficazmente en espelerla y destruirla, sin contentarse con una tentativa; antes bien reiterando hasta plena y total expulsion de los humores degenerados; y hubiera conseguido el restablecimiento de su enfermo.

¡Y què! ¿Osarian acaso los mas hàbiles pràcticos, aquellos que la Fama aclama como los corifeos de la ciencia, contrastar la verdad de un principio que su conducta diaria consagra?—Hay tambien muchos que en seguida de una enfermedad *aguda*, y ya en estado de convalecencia, administran à sus enfermos por lo menos *una purga*.—¿Por què es esta prescripcion? ¿Es absolutamente necesaria? ¿Es solo por la forma? No: mandando *la purga*, admiten *el principio*; conocen, que es preciso acabar de espeler lo que la naturaleza dejó tras de sí.—¿Y porque no hacer al principio, lo que se juzga necesario al fin de la enfermedad? La purga que obra mas eficazmente sobre mayor cantidad de humores depravados, hubiese procurado un vacío, cuyos buenos efectos experimentaría el enfermo.—Sí: *la causa* de las enfermedades, de todas las enfermedades allí està; en vano es buscarla en otra parte....Apelo à

vuestros cauterios, ventosas, sedales, vegigatorios, sinapismos, y moxâs. ¿ Por què se procede así ? ¿ A què fin se emplean ? ¿ No es con el objeto de desalojar los humores y de procurar su pronta evacuacion ?....

Algunos pràcticos, admiten pues, à su pesar, *la causa* de las enfermedades, no exactamente como existe en la naturaleza, ni como la indica el autor de *la Medicina curativa*, sino de un modo superficial è imperfecto. ¿ Y por què pararse en tan buen camino, en lugar de seguir marchando con paso firme en la senda ya trillada por sus razonamientos y observaciones ? ¿ Acaso existe otro medio para espeler la materia putrefacta encerrada en los cuerpos enfermos y agotar su manantial ?

Pocas enfermedades *agudas* hay que se resistan à un tratamiento de ocho dias, siendo bien ordenado y ejecutado segun los principios de *la Medicina curativa*.... ¿ A cuantos millares de enfermos volveriais la salud y la vida, si por un generoso esfuerzo hecho en vosòtros mismos, tuvieseis la suficiente fuerza de alma para no considerar mas que el bien de la humanidad, despreciar los vanos miramientos, y abjurar esas fórmulas góticas, que consagró la rutina, ó cualquiera otro proceder nocivo, sometièndolo todo al dictàmen de la razon ? ¡ Que tesoro de bendiciones de parte de tantos milès de huèrfanos á quienes conservariais el padre ! ¡ Cuantos agradecimientos de parte de tantas madres de

familia, cuyos esposos os debian su salud !.... Pero ¡ oh vanas, oh frívolas esperanzas ! En el tratamiento de las enfermedades los Mèdicos no gustan de la prontitud, ni de las marchas expeditivas, y mènos aún de un mètodo que desgarra el velo misterioso que encubre los arcanos del arte al crèdulo vulgo. Seguiràn aborreciendo y detestando al amigo de la humanidad, que puso la ciencia al alcance de la multitud. Seguiràn haciendo oposicion à que se cure sin la intervencion de los Mèdicos. Llegarà la animosidad hasta el estremo de perseguir al autor y adherentes à un mètodo, cuyo mèrito y eficacia son bien fàciles de conocer. Yo no soy Profeta, ni hijo de Profeta ; pero un poco mas tarde ó mas temprano, muchos enemigos de este mètodo se haràn sus mas ardientes defensores ; y se verà tomar plaza bajo las banderas de la verdad, à los biznietos de esos hombres que la persiguen, ó que la profesan los sentimientos del mas injusto desden. Sí : àntes que se pasen dos generaciones, la Francia dirà gloriosa y agradecida—*Tengo un grande hombre mas que citar* ; y este hombre durante su vida habrà tenido la suerte de los Galileos, Colones, y Descartes ; es decir, las persecuciones de la envidia.

Esta ha sido siempre la recompensa que han tenido los hombres que han aclamado grandes verdades. No han podido lucir sino por medio de la borrasca y de las tempestades. Siempre estos hombres útiles se han atraido los anatemas

de la envidia; pero redoblan sus furores, cuando ademas del orgullo humillado el interès pecuniario se halla igualmente resentido. El ilustre *Fontenelle*, ha conocido y apreciado bien à los hombres, cuando ha dicho: *Aunque tuviese todas las verdades encerradas en mi mano, me guardaría muy bien de abrir un dedo, por no dejar escapar una sola....* ¿ Por què es este lenguage ? Es que tenia miedo à los necios, y mucho mas temor à los malos."

En todo estamos de acuerdo con el artículo que acabamos de traducir; pero no tiene consonancia con nuestras idéas la espresion del célebre *Fontenelle*. ¡ Hasta donde se perpetuarian las desgracias de la especie humana, si todos pensasemos de igual modo con respecto à la verdad !

Sean cuales fuesen los motivos que indugeron á producirse así à este hombre cèlebre, no nos es permitido dudar, que descubrió en el texto citado una alma comun. Si los hombres à quienes el trabajo ó la casualidad reveló grandes verdades, las hubiesen ocultado à sus semejantes en lugar de ponérselas de manifiesto, el estado del mundo sería, en cierto modo, invariable, y el mismo Señor *Fontenelle*, no hubiera figurado entre los literatos.

Nos vemos muy distantes de pensar como el grande hombre que nos ocupa; ántes bien quisieramos tener en nuestro poder todas las ver-

dades, para proclamarlas à voz en cuello, en beneficio de la especie à que pertenecemos. La prueba mas evidente de que nos animan estos sentimientos, es la carrera que hemos abrazado, y el deber que nos hemos impuesto. Para cumplir con èl, es indispensable decir verdades muy amargas para los que tengan identificada su suerte con los misterios y los abusos. ¿ Pero cómo preferir vanas consideraciones, cuando la salud pública es nuestro asunto en cuestion? ¿ Hay algo que no deba sacrificarse à tan importante objeto? ¿ Temerémos tanto las persecuciones de la maledicencia, que nos retraigamos de combatir los errores, cuando llevamos en una mano la verdad. y en la otra los hechos que la sancionan? ¿ Habrà algun ser tan olvidado de sí mismo que nos ataque, *garantiendo con su firma, la defensa de la impostura ?*—Permítasenos dudarlo ; pero si así fuese, habría un nuevo motivo para que resplandeciese mas la justicia de nuestra causa, que es la de la humanidad doliente.

Hace tiempo sabemos, que la ingratitud es el patrimonio de una buena parte de la especie humana ; que *la envidia nunca duerme* como observa *el Charlàtanismo* ; que *la ignorancia es atrevida*, como vulgarmente se dice ; pero nosotros siempre atacarèmos à la ingratitud, à la envidia, y à la ignorancia, bajo cualesquier aspecto que se presenten como nuestras antagonistas. El fallo irrevocable de la opinion pública, cal-

culará la nobleza de nuestro objeto, y hará justicia à quien la tenga. Los hechos instruyen à un Pueblo algo mas que las teorías; nosotros constantemente presentarèmos aquellos, y à su vista desaparecerà el error y la calumnia.

Si no se sembrase el trigo por miedo de los gorriones, se quedaría sin comer pan la especie humana.

Prueba demostrativa de la inutilidad de los medios que regularmente se emplean en las enfermedades crónicas.

Las enfermedades llamadas *crónicas*, son aquellas que han tenido principio en una època remota; y se comprenden bajo este nombre todos los dolores, obstrucciones, depósitos, úlceras, todos los achaques, y en general todos los afectos é incomodidades, que se han apoderado parcial ó totalmente del enfermo, constituyèndole en un estado habitual de padecimientos, cuya duracion escede de cuarenta dias.

La enumeracion de las enfermedades conocidas bajo esta denominacion, seria demasiado difusa, y de nada serviria à nuestro objeto; pero sí diremos, que toda enfermedad *crónica*, es producida por una congestion, ó *fluxion* humoral depositada, y estacionada en una ó mas partes del cuerpo. Estas especies de enfermedades, cuando son inveteradas, piden una curacion mucho mas dilatada, y debe ser mas ó menos activo el règimen curativo, segun la na-

turaleza del enfermo, cuyas huellas han de seguirse, si quiere lograrse un feliz resultado.

Las enfermedades *crónicas* pueden considerarse como el escollo en que naufraga y naufragarà siempre, todo profesor, que no admita el incontestable principio de *la verdadera Medicina curativa,* reproducida tan amenudo como sea posible, segun el estado del enfermo, y como la necesidad lo exija. ¿ Què cosa mas estraña hay que la curacion de un epilèptico, de un asmàtico, de un paràliptico, de un baldado de pies y manos &c. &c. ? ¿ Cuantos de estos se han curado segun las doctrinas sistemàticas ? ¿ No vemos diariamente el fin de estos infelices ? ¿ Podrà vanagloriarse ningun autor de que bajo su mètodo se ha triunfado de estas terribles enfermedades ? ¿ No es verdad que solo la naturaleza, y nada mas que ella, ha mejorado algunas veces la triste situacion de los enfermos, acometidos de estas dolencias ? Dígalo la esperiencia constante que tenemos hasta la fecha. Sin hacer otra cosa que echar una lijera ojeada sobre lo que nos rodea, encontraremos desmentido con los hechos, todo lo que pueda oponerse en contra de nuestras aserciones.—No solamente son inútiles los medios usados en las enfermedades de que tratamos, sino es que muchas veces, se administran à los enfermos medicamentos que les hacen un nuevo mal sobre los que padecen ; pues si en un enfermo, en la curacion que se haga segun cos-

tumbre, se obra un *metástasis* por el medicamento que se le ha administrado; un *metástasis* decimos, por cuyo efecto la *fluxion*, retirada del punto que ataca, vaya à ocupar otra parte del cuerpo, donde pueda obrar mas hóstilmente; no cabe duda alguna en que mejor hubiera sido dejar à sola la naturaleza el cuidado de descargarse de lo que le era nocivo.—¿Pero por qué no se han de ayudar las crisis favorables de la naturaleza con tinturas purgantes propias y anàlogas al objeto que se propone el pràctico que asiste à un enfermo, que es el de curarlo, el delibrarlo de sus padecimientos, y aun de la muerte? ¡Y no vemos diariamente tantas enfermedades *crónicas* reputadas incurables extirparse con el règimen benèfico de *la verdadera Medicina curativa!* ¿Por quê no ocurrir pues, à la fuente de la vida, en lugar de ocuparse de doctrinas, que todos los dias reprueban los sucesos?—¿Serà porque no se quieren conocer sus efectos? Si es así, ya llegó el tiempo de publicarlos; y el artículo remitido que và à continuacion, es uno de los que pueden fijar la atencion de nuestros lectores.

CORRESPONDENCIA.

Sres. Editores del Semanario Histórico-Clínico.

El objeto tan laudable que Vdes. se han propuesto de propagar una verdad que, por des-

gracia se ha oido poco hasta el presente, ó mas bien dirè, no se ha querido oir, como tambien la invitacion que se hace en su apreciable prospecto, y à mas, el bien positivo que puede resultar à la humanidad, me han decidido à remitirme à Vdes, manifestàndoles mi curacion radical de varias enfermedades, que me han atacado de un modo bastante cruel.

Mis padecimientos han durado el período ó espacio de diez años, à pesar de no haber perdonado ningun medio para conseguir mi curacion, pues que he sido asistido por varios profesores de esta capital; entre ellos se encuentran algunos con quienes estoy íntimamente relacionado; de consiguiente no puedo mènos que persuadirme que han hecho por mi salud cuanto ha estado de su parte y à sus alcances.

Mis males eran los siguientes: Tenia una especie de temblor que no me dejaba escribir; y cuando tomaba la pluma en lugar de letras hacia garabatos. La vista se me ponia turbia, y me daban unos bahidos tèrribles de cabeza, con un sudor frio. Ninguna memoria; sueños turbulentos y espantosos; inapetencia, tristeza ó melancolía estremada; gran dolor y debilidad en el estómago; dolor en el pulmon del lado derecho; como tambien en las coyunturas de los brazos y piernas. Un ardor estraordinario al orinar, y el orin espeso ó turbio; horribles calambres, y un desmadejamiento general en todo el cuerpo. Un cansancio que no podia casi

caminar una cuadra sin descansar, y algunas veces se me nublaba la vista, me cubria de un sudor frio y me caia al suelo. Para decirlo todo, hasta la lengua la tenia torpe y no podia pronunciar bien. Con este cúmulo de padecimientos, estaba en un contínuo disgusto y algunas veces tenia tales raptos de furor, que aborrecía hasta mi existencia.

En este estado deplorable, y viendo que à pesar de tantos remedios que se me habian administrado, por hábiles profesores, iba cada vez de mal en peor, formè la resolucion de tomar *la Medicina curativa.* Salí de mi casa dirigièndome al establecimiento del Profesor en Medicina y Cirugía *D. Pedro Martinez;* pero en el camino me dió un feroz ataque de los acostumbrados, y caí en tierra. Un negro que casualmente pasaba, creyó que estaba èbrio; me levantó, recibí algun consuelo con el aire atmosfèrico, y despues de unos momentos de descanso lleguè al establecimiento del Profesor citado. Luego que el dicho facultativo me reconoció, y me examinó prolijamente, me dijo: "V. tiene cura, y yo le prometo sanarlo radicalmente de todos sus males en cinco meses, siempre que V. observe religiosamente el plan que yo le prescriba; si en el espacio referido no lo curo, perderè mi honorario, y las medicinas que le administre. V. es un pobre; por tanto le costarà à V. su curacion 200 pesos papel moneda; y aunque yo gaste algo mas con V. poco importa."

Con efecto, empezó à curarme el dia tres de abril del presente año, bajo el plan *de la verdadera Medicina curativa;* pero yo estaba tan insensible que tuvo que usar el Profesor *Martinez* con migo del 6.° grado. Empezaron à desarrollarse los humores de un modo incalculable; me acometió el vicio pedicular; pero, por último resultado, el Profesor *Martinez* me curó radicalmente de todos mis males, aunque gastó conmigo algo mas de lo que le habia dado. Estàndome curando, se me enfermaron tambien dos hijos mios de viruelas; y con el mismo mètodo, bajo la direccion del dicho Profesor, que no quiso llevarme nada por su honorario, tambien sanaron.

Este es, Sres. Editores, uno de los casos que era preciso haberlo presenciado, para formarse una idèa exacta de la verdad; y saber hasta donde llega la eficacia *de la Medicina curativa.* Hay muchos en el país que me han visto padecer y despues sano y bueno; pero como no faltan enemigos de la verdad, y lo que le sucede à un pobre suena poco, me ha parecido oportuno dirigir à Vdes. el comunicado que concluyo, ofrecièndoles mi amistad y aprecio.

(Firmado.) *Santiago Argerich.*

Calle del Cerrito, núm. 260.

OBSERVACIONES.

El caso precedente, y, à mayor abundamiento, una dilatada esplicacion verbal que nos ha he-

cho el sugeto que lo firma, nos conduce à reflexionar y comparar del modo siguiente—

Parece que hasta la misma humanidad se resiente al contemplar que haya padecido diez años quien se ha curado en 5 meses; y en su principio se hubiera puesto bueno en ocho, diez ó doce dias de buen règimen. A mas de esto; diez años de padecimientos, hacen casi preferible la misma muerte, à sufrirlos. Por otra parte ¡que gastos habrà hecho este individuo en tan dilatado espacio de tiempo! ¿podràn compararse con la cantidad que ha desembolsado en la curacion radical que se le ha hecho? Antes se quedó sin su dinero, y en un estado lamentable è incapaz de volver à adquirirlo con su trabajo; mas al presente gastó poco, se curó al fin, està en una situacion de adquirir, y pasando una vida sin incomodidades ni trabajos.

Nos consta que à este individuo se le habia administrado el mercurio y otros remedios que nosotros no miramos con el mismo respeto que los que los administran; remedios que nunca miraremos sin mucha prevencion. Pero à pesar de todo, *la Medicina curativa* ha hecho triunfar à la naturaleza en el caso que nos ocupa.

Lo que mas nos llama la atencion en *D. Santiago Argerich*, es el cúmulo de enfermedades que padecía; y al fijarnos en esta consideracion, no podemos olvidar el artículo 33 de la obra titulada *Quinta esencia de la verdadera Medicina curativa*. El artículo citado prueba la

justicia que tuvo su autor para escribirlo. En este enfermo, que padecia tan gran número de males, si fuese à clasificar su enfermedad un Profesor de Medicina, ¿à donde llegaría el número de los nombres de ella? Y, sobre todo, ese confuso hacinamiento de nombres para hacer la clasificacion de las enfermedades, ¿serviría de algo en la curacion del enfermo? ¿No sería mas sencillo, mas natural, y mas justo decir que este individuo padecia una degeneracion, ó depravacion humoral general, y aplicarle el único plan qne es propio para estinguirla? ¡Hasta cuando los hombres querran vivir entre las tinieblas! ¡Cuando cesarà el empeño de desoir los hechos y la voz de la razon, que siempre està en consonancia cón ellos!!!

Por otra parte; si se toman en consideracion los bienes, que ha conseguido *D. Santiago Argerich*, todos son de tal naturaleza, que podemos llamarles impagables. Se han curado sus hijos y à mas su esposa; pues que esto nos consta. Ha formado un convencimiento pràctico de la verdad que proclamamos; y ha conocido, que los que fundan el arte de curar en *metonimia*, y à su consecuencia han obrado con èl en la direccion de sus males, no solamente no lo hubieran ni aun mejorado nunca, sino que era muy natural, que sus hijos hubiesen tambien sufrido tal vez la muerte, ó los efectos que èl por tantos años ha experimentado en sí mismo.

Pero por desgracia es mayor siempre el número de los malos que el de los buenos, à pesar de que nadie quiere dejar de contarse entre estos últimos; y es preciso trabajar algo para que se generalice la verdad, toda-vez que hay personas interesadas en obscurecerla. Cerraremos este artículo con las palabras del cèlebre *Cabanis* en su obra escrita en París en 1826, titulada: *Grado de certeza de la Medicina*—pàrrafo X pàgina 171.—“ *Atrévome á pronosticarlo: con el verdadero espíritu de observacion, el filosófico que debe dirigirle, vá á recaer en la Medicina, y lá ciencia vá á tomar un nuevo semblante. Se reunirán sus fragmentos esparcidos para formar de ellos un sistema simple, y fecundo como las leyes naturales.*”—*Esto ya está hecho; pero no es sistema; sino sobre principios fundamentales*, apoyados en la misma naturaleza de las cosas.

Sres. redactores del Semanario.

Ninguna tarea mas noble y laudable, que la de contribuir cada hombre con sus luces, y su íntima conviccion, à la conservacion de sus semejantes.—La que Vdes. han emprendido, no dejarà de contar innumerables prosèlitos; y los hombres de bien y amigos de la humanidad affi-

gida, se daràn el parabien de un proyecto tan útil, como serà indudablemente fecundo en sus benèficos resultados.

Desde que la Medicina ha dejado de ser una vision misteriosa tras de la que han corrido tantos siglos como generaciones sin poderle dar alcance; desde que el inmortal *Pelgas* descubrió la causa, la única causa de las enfermedades; desde que en fin, se ha *descubierto el velo á los arcanos de la Ciencia Médica*, como propiamente ha dicho el autor de una obra recientemente publicada, (1) los hombres no tendràn que afanarse en sondar una *superficie sin fondo*, ni empaparse en *doctrinas* mas ó menos absurdas: doctrinas, que no han hecho mas, sino descarriar la razon de los que se han impregnado de ellas, y perjudicar enormemente à la desgraciada especie humana.

La verdad no es una ilusion pasajera; la *evidencia* de los *hechos*, no podrà ya contrastarse; y el que intente oponerse à este convencimiento irresistible, cometerá mas que un error, un crímen.

---

(1) La del Profesor en Medicina y Cirujía *D. Pedro Martinez*, mèdico de la sanidad del puerto.

Pero desgraciadamente parece que *algunos hombres* han desconocido este principio; mas francamente hablando, se han desviado de èl por sus *particulares intereses:* intereses bien vituperables por cierto, cuando se hallan de por medio los de la comunidad.—¡ Que móvil tan poderoso es el del vil interes para apagar la sed de la codicia humana! pero, ¡ que mancha tan vilipendiosa la que cae regularmente sobre los seres abyectos que obran en este sentido!

¿ No valdria mas acercarse à la fuente pura de la verdad, que el encenagarse en lagos *putrefactos* y nauseabundos, solo porque su superficie parece que contiene un líquido puro, cuando en efecto no se halla en ellos sino materias corrompidas? (1) ¡ Cuantos infelices se

---

(1) Algunos Galenistas modernos han escrito volúmenes enteros sobre los nombres que debe darse á las enfermedades; pero en cuanto á *la causa* de ellas, guardan el mas profundo silencio.—Es verdad que algunas de estas obras están escritas con una pomposa magestad, y adornadas de un lenguage florido. ¿ Pero, no podrá decirse con justicia que semejantes flores han sido arrojadas sobre una tierra esteril, que no ha hecho sino marchitarlas, en

substraerian à una muerte temprana è inmatura, si los hombres en quienes se deposita, nada menos que la vida de los demas, se apercibieran de la luz diafana y verdadera, que indudablemente los guiase al fin benèfico de su institucion! ¡Que de bendiciones no recibirian! ¿Y es posible que una consideracion tan satisfactoria, pueda tan poco en algunos hombres, que prefieran una *fortuna elevada,* à costa de la ruina y existencia de sus semejantes? ¿Ruina y existencia que debieran evitar à todo trance, só pena de faltar à los deberes mas sagrados, à que se hallan solemnemente comprometidos al

---

vez de darlas vivificacion?—Otra idea me ocurre de paso. Muchos autores se han devanado los sesos por encontrar una figura adecuada á nuestra alma; pero la cuestion está aun sin resolverse. No seria, pues, estraño, que hubiese aun algunos curiosos, que quisieran seguir una investigacion tan penosa como estéril; mas, que descubierta á todas luces la causa de las enfermedades, tal, cual la ha revelado el autor de la *verdadera Medicina curativa* de un modo irresistible al talento mas limitado, haya hombres que se empeñen en impugnar una doctrina que no necesita comentarios, no merecen sino una execracion eterna. ¡Y que no merecerán los que ciegamente quieren abrogarse el título de *dicípulos* de tan *bellos maestros*!!!

optar al cargo terrible, pero honroso, de propender à la conservacion de sus iguales !....(1)

Con todo, desde que los hechos, acompañados de mil saludables experiencias, han hecho palpable la luz de una verdad, que muchos han querido desconocer, cesaràn esos fútiles prestigios de que se han servido para alucinar à los incautos: el arte de curar, no serà como hasta aquí, un *efecto* de especulacion y de lucro: los subterfugios y la superchería correràn à encerrarse en el abismo de donde salieron; y al fin, la humanidad conocerà sus verdaderos defensores, y los enemigos acèrrimos é implacables de su existencia.

Tengan Vdes. la bondad, Señores Redactores, de insertar en su estimable periódico estas cor-

---

(1) En efecto, ¿ qué remuneracion mas grata, que satisfaccion mas dulce, que arrebatar una víctima de los filos de la parca? Esto puede hacerse fácilmente abjurando esos absurdos, llamados *métodos paliativos*, hijos solos de máximas erroneas como vertidas en la época que se caminaba á tientas por la senda de la incertidumbre. ¿ O será mejor dar *pasaportes* á menudo para la eternidad, por tal de persistir en el error? ¡ Que estupidez, ó que malicia!

tas observaciones, y admitir las protestas mas sinceras de—

Uno que ha experimentado en sí mismo, los saludables efectos de la VERDADERA MEDICINA CURATIVA.

(Està garantido.)

REFLEXIONES.

¡ Que diferente es el lenguage de la verdad al de la calumnia ! ¡ Que elocuencia brilla en la expresion del convencimiento ! Su fuerza irresistible empieza à preparar el triunfo de los principios, y la humanidad afligida recogerà el fruto que cultivan los defensores de sus derechos sagrados.

Desde que se levanta el velo que cubre errores tan antiguos como el mundo ; desde que la parte sensata empieza à tomar en consideracion el sentimiento innato de la conservacion de su existencia ; desde que los hechos justifican una verdad encerrada en los arcanos de la naturaleza, y cuya llave han pretendido tener los que

debian ayudarnos à propagarla; puede decirse, sin temor de equivocacion, lo que el autor del remitido que acabamos de insertar; esto es, que los *subterfugios y la superchería, correrán á encerrarse en el abismo de donde salieron.*

En el número anterior hemos dicho, que *el público no se alucina y juzga por lo que vé.* Si nosotros no fuesemos capaces de presentar constantemente hechos incontrastables, que no dejasen la mas leve duda de los benèficos efectos del mètodo que proclàmamos ¿ nos atreveriamos à publicar aserciones de esta naturaleza? No; por fortuna no somos tan impàvidos, como los que batallan con principios fundamentales, cuyos resultados estàn à la vista de todo el que quiere ver y no carece de ojos. Si todos los hombres del país que deben su salud y su vida à la *verdadera Medicina curativa,* nos favoreciesen con la relacion de sus curaciones, ó los individuos que posean luces sobre la materia, nos ayudasen à ilustrar la opinion sobre los verdaderos principios en que aquella se apoya, como lo ha hecho el autor del precedente remitido; es indudable que los errores que han de desaparecer precisamente mas ó mènos pronto, acelerasen su

marcha por el camino del olvido. Hasta ahora no tenemos el menor motivo de dudar, como hemos empezado à verlo; y es de esperar que àntes de mucho tiempo veamos, para bien de nuestro país, establecida generalmente *la verdadera Medicina curativa,* siempre que los hombres no aparten su vista de los hechos, y piensen con seriedad en la conservacion de sus dias.

De lo contrario, serà en vano que nosotros constantemente estemos poniendo en conocimiento del público sucesos que no dejan la menor incertidumbre sobre la verdad que nos hémos propuesto propagar; pero no podemos creer que una materia tan interesante, (cual es la que tratamos) como que directamente tiende al primer bien del hombre, tenga tantos obstàculos para propagarse en beneficio de la especie humana; y que uno de ellos sea la indiferencia con que la mayor parte de los vivientes miran la vida única que tienen. No sucederà así cuando estèn valetudinarios; entónces no tendràn mas objeto que ser vueltos à la salud.... pero, ¡cuidado con acudir à la fuente de la vida en tiempo oportuno, y no cuando ya no haya remedio!!!

E MANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

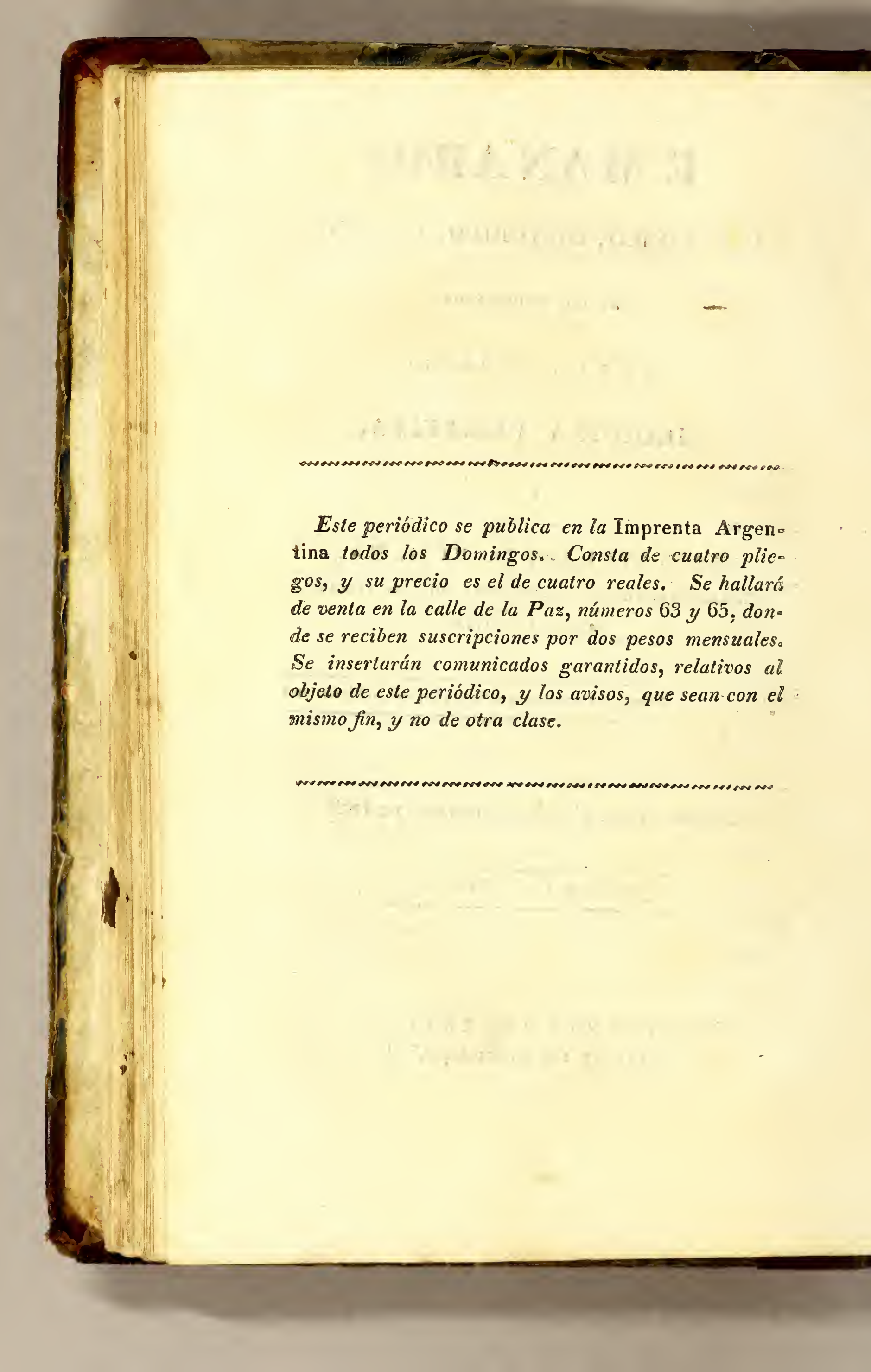
DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientiâ medica, non est conjectura.)

BUENOS-AIRES, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1829.

[NUM.º 3.] [TOM. 1.º]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.º 31.



Este periódico se publica en la Imprenta Argentina *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, números* 63 *y* 65, *donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

DESVANECIMIENTO DE UN ERROR PERJUDICIAL À LA AFLIGIDA HUMANIDAD.

Es muy singular la idèa que hemos oido verter à algunos sobre la aplicacion de *las estaciones del año* à la administracion de *la verdadera Medicina curativa.* No podemos atinar ciertamente con los motivos que tengan los que reusan este mètodo en el invierno ó en el verano.

No negarèmos que la *primavera* es una de las estaciones que mas favorece à la naturaleza, para mudar en los vivientes el estado de enfermedad en el de salud. Pero no por eso, cuando estemos enfermos, debemos esperar el tiempo de *la bella estacion* para atacar la *causa* del mal que padecemos ; porque el resultado de esta demora puede ser funestísimo.

En la obra escrita por el Profesor *D. Pedro Martinez,* titulada—*Quinta esencia de la verdadera Medicina curativa, artículo* 17, se dice : que muchas veces es preciso dar esta *Medicina* à un individuo en el instante en que acaba de comer, porque así està indicado, siempre que en tales momentos sufra algun ataque que lo ponga en inminente riesgo de perder su vida. En este caso, sea en *invierno, otoño,* ó *verano,* ¿ se aguardarà à que llegue *la primavera* para librarlo de

la muerte que debe suceder àntes de muy pocas horas?

Lo mismo dirèmos de las demas enfermedades. ¿Por què un mal reciente, que puede curarse en pocos dias, segun este plan, se ha de dejar apoderar de un enfermo, y tomar un caràcter sèrio por aguardarse à que llegue una estacion ú otra? ¿No es esto hacerse un verdadero mal? ¿No es permitir que llegue à *crónica* una enfermedad *reciente*? ¿No se originan de este procedimiento incomodidades continuas, padecímientos, gastos, y otros daños que se evitan con la pronta y oportuna aplicacion del mètodo en el principio de la manifestacion de la enfermedad?

El plan general de la *Medicina curativa* solò exige una temperatura regular en su aplicacion à los enfermos. Es verdad que *la primavera*, y aún *el otoño*, son las estaciones que mas le favorecen; (como ya hemos dicho) pero cuando la estacion sea otra, puede conseguirse la temperatura indicada, artificialmente. Por ejemplo: en el invierno es bien conocido el modo con que puede abrigarse la pieza donde està el enfermo, y este mismo puede usar su vestido de manera que su cuerpo estè en la temperatura de la primavera; y lo mismo en el verano, aligeràndose de ropa, y teniendo la pieza que habite en el estado que pudiera hallarse si la estacion fuera mènos ardiente.

Bajo estas reglas, en todo tiempo debe admi-

nistrarse *la verdadera Medicina curativa*. El esperar estaciones es desconocer el convencimiento.

Hemos escrito estas líneas, porque nos ha parecido oportuno desvanecer un error que no solo ha estado recibido por ignorancia, sino que ha sido una de las armas de que se han valido los enemigos de èste mètodo para atacarlo con impunidad. Sería bueno preguntar à quien quisiese contestarnos, ¿Si los demas tratamientos usados tienen estacion propia para aplicarse, y si un enfermo, por ser el tiempo frio ó caliente, debe aguardar à ser incurable para ponerse en cura ?.... ¡Que error tan garrafal!

No habrà faltado quien le haya parecido imposible que pudieramos presentar constantemente hechos en favor de la verdad que proclamamos. Pero sin duda será por lo acostumbrados que hemos estado à mirar la Medicina como una cosa congetural. Mas, desde que han aparecido nuestros dos primeros números, nos lisongeamos que los que avanzaron su juicio no tendràn que hacernos el cargo de que no cumplimos lo que tan solemnemente hemos prometido.

Es muy arriesgado juzgar por las primeras impresiones; y quizà no faltan grandes talentos que han tenido esta debilidad; pero si sentimos su ligereza, por otra parte nos remuneramos con haberlos desengañado.

Los Editores del *Semanario*, no tienen otro

objeto en vista, que el bien de la humanidad; no reconocen otra obligacion que la de manifestar la verdad. Aprecien sus trabajos como quieran los enemigos de sus principios; dèsele cualesquier valor à un papel ocupado en tratar sobre el primer bien de los sères vivientes; ellos no desistiràn de un propósito con que se creen honrados.

Es verdad que es empresa muy dificil la de destruir errores envejecidos, propagados sobre toda la especie humana, por personas que tendràn interès en sofocar la voz del convencimiento; mas, ¿habrà satisfaccion mas dulce que la de combatir vicios de esta naturaleza, y establecer sobre sus ruinas el triunfo de los verdaderos principios? Respondannos los mismos enemigos de la verdad que defendemos, y confiesen, si son ingenuos, que el dèbil contra el fuerte, puestos en contienda, merece respeto aunque sea vencido; pero estamos muy lèjos de pensar que lleguemos à tal estado, porque nunca creeremos que la verdad no triunfe de la ignorancia è impostura.

Nos parece que nuestros lectores no miraràn con indiferencia la traduccion que vamos haciendo de algunos artículos de la obra titulada: *El Charlatanismo desenmascarado ó la Medicina apreciada en su justo valor, por un amigo de la verdad y de la humanidad*—porque ella sirve demasiado para descubrir las persecuciones con

que los enemigos de *la verdadera Medicina curativa,* han querido anonadarla en el olvido. Otro tanto que en París, se ha pretendido hacer en Buenos Aires; pero la misma suerte corren en todas partes los enemigos de la verdad. Traducimos, pues, el capítulo 7 de dicha obra: dice así—

,, *Maniobras de ciertos médicos para anonadar el nuevo método.*

Justamente asombrados à la vista de enfermos tratados por los médicos sin suceso, y radicalmente sanados por la eficacia de un proceder nuevo; humillados por el testimonio fidedigno de hombres que les decian: ,, He observado re-
,, ligiosamente el mètodo de tratamiento así co-
,, mo està indicado en el libro titulado—*La Me-*
,, *dicina curativa del Médico y Cirujano Le Roy,*
,, y ahora estoy bueno y muy bueno"; esos mismos mèdicos han manifestado luego un poco de mal humor. Esperanzados en que tales sucesos no se sostendrian, han dicho: *Sucederá á este modo de tratar á los enfermos, lo que ha sucedido á otros varios pretendidos descubrimientos que lo han precedido.* Mas, cuando un acontecimiento no aguarda al otro; cuando las curas se suceden con una rapidez portentosa, se han visto en la precision de oponer un dique à lo que llamaban *el torrente del error.* En diversas ciudades se han juntado *en Colegio;* han tenido sesiones, à fin de concertarse sobre los medios

propios de atenuar el mèrito de las curas cuya existencia no podian negar. No podian decir claramente à un enfermo curado: *V. se hace ilusion sobre su estado actual.* ¿ Cómo persuadirle de que no està sano y bueno, cuando todas las funciones naturales se hacen regularmente; cuando el sueño es suave y pacífico, cuando le saben bien los alimentos de que usa? No importa; se tratarà de sorprender su confianza, y se insinuarà hàbilmente à sus interesados, que semejante curacion podrà muy bien tener los mas alarmantes resultados; que un restablecimiento pronto, no està jamas fuera de peligro; que es temeridad adoptar ciegamente *la purga* que los grandes maestros del arte han desechado como contraria à los principios establecidos; de modo que, aprovechàndose del ascendiente que ejercen sobre ciertos entendimientos, esos mismos mèdicos han tentado amedrentar las imaginaciones dèbiles, y substituir terrores pànicos, al sentimiento de salud, sobre el cual es imposible hacerse ilusion.

Esta maniobra, á cuyo respecto han estado acordes los mas de los mèdicos, casi en toda la Francia, parecia suficiente para retardar la demasiado ràpida marcha de sucesos diarios y mas asombrosos unos que otros; efectivamente ¡ tantos hombres hay que tienen à bien que se piense en ellos! Llenos de una ciega confianza cuando el doctor ha pronunciado que no queda observacion alguna que hacer; se figuran buena-

mente que caminan en las vias de la Providencia, y el mèdico se sonrie callandito de su tontería; por no decir, de su ciega credulidad. Sin embargo; apesar del obstàculo de los vanos terrores qne se han esforzado á insinuar, el *tal error* seguia propagàndose. La campaña, como las ciudades se aprovechaban del beneficio de unas curas prontas y radicales; las visitas afuera iban hacièndose menos frecuentes. Las carrozas no molian ya, como era costumbre, el empedrado de las ciudades. Los mas de los boticarios, el herbolario, hasta el mèdico que juzga por *la inspeccion del orin,* prorrumpian contra el tal método, y gritaban à cual mejor.

¿Què dique oponer à lo que llamaban *fanatismo?* ¡es cosa que horroriza! (decian ellos), ¡es un escàndalo! ¡es una abominacion! ¡á grandes males grandes remedios! ¡y! ¿quièn sabe mas bien aplicarlos que los hombres que se consideran como esclusivamente poseidos del título pomposo de *conservadores de la especie humana;* y que creen de buena fè, ó parecen creer, que no se debe vivir ó morir sino segun su beneplàcito, y en virtud de sus ordenanzas? Pero no nos apartemos demasiado de nuestro asunto. Cuando un enfermo ha tenido bastante felicidad para recobrar el beneficio de la salud; envano se le insinuarà que su cura y estado actual de sanidad, son el pronóstico seguro de una recaida próxima é inevitable. Cuando coteja su estado primero con el presente, el sen-

timiento del bien estar lo asegura contra los vanos terrores con que se hubiera intentado infundirle miedo; no contento de gozar del primer bien terrestre, parece convidar à sus semejantes à que participen de su alegria; y lleno de reconocimiento hàcia el que se lo devolvió, publica en alta voz la eficacia de un mètodo sin el cual hubiese gemido bajo el peso de sus males. La conmiseracion: ese sentimiento tan natural à todos los seres doloridos, le hace enternecerse sobre la suerte de aquellos que, como èl, son víctimas de los sufrimientos de que ha salido. Por la frecuencia y multiplicidad de las curas es que la verdad ha penetrado, apesar de los numerosos obstàculos que ha encontrado en su carrera. En efecto, ¿cómo hacer callar à hombres baldados, epilèpticos, paralíticos, gotosos, séres atormentados por violentísimos cólicos, y diversos otros dolores? ¿Cómo refutar el testimonio de hombres no movidos por otro interès que el amor à la verdad; y que publican altamente no deber su estado de salud mas que à la eficacia de este mètodo? ¿Necesitan mas los amigos de la verdad y del adelantamiento de las luces, para determinarse à examinar los hechos, *único medio de estender la esféra de los conocimientos útiles?* Pero algunos prefieren elevar entre ellos y la verdad una muralla de separacion; es mas simple y espeditivo cansar la autòridad con relaciones falsas y mentirosas, como si cada ciudadano no tuviese el derecho

de dar su confianza à un medico mas bien que à otro; de hacer elaborar los medicamentos que ha ordenado, por este boticario mas que por aquel; de tenerse en su casa esos mismos medicamentos, tanto por sí como por los suyos. ¿Podría aún existir, entre un pueblo civilizado, una ley dirijida contra la persona intermedia, benèvola y complaciente que, para disminuir los gastos del transporte (siempre considerables) se concertase con sus amigos, para transmitirles con los mènos gastos posibles, los medicamentos que este mèdico hubiera hecho confeccionar para ellos; ó cualquiera otro remedio *de oficina,* de que la misma persona intermedia se hubiese provisto en casa de un boticario cualquiera?

Con todo; contra este mismo derecho tan simple y tan natural es, que ciertos prosèlitos de la facultad han tentado vanamente el ataque. ¿No se han visto en muchas de nuestras ciudades formar conciliàbulos, cansar à los magistrados y jefes de administraciones con el objeto de cortar la marcha demasiado ràpida de un mètodo que desordenaba sus combinaciones? Hasta ante los tribunales, donde muchos de ellos habian sido citados para esclarecer la conciencia de ciertos magistrados; han mentido en la cara de las leyes, calificando con el nombre de *veneno activo* y *muy activo,* medicamentos elaborados por un hombre del arte, con toda conformidad à los reglamentos de la farmacia.

¡Hombres de poca fè! ¿Cuando se os ha interpelado sobre la naturaleza y calidad de ese supuesto *veneno*, no habeis contestado que no lo conociais? ¿Y quisierais todavía, con una alegacion tan vaga, tan desprovista de fundamento, tan odiosa, merecer una confianza ciega y sin límites? Cuando la calumnia enseña su frente à las claras; sus rasgos tienen algo muy feo y repugnante para conciliarse votos y hacerse de prosèlitos. ¡Antagonistas tan ardientes como sois implacables! Aborreced la verdad; sois libres en hacerlo, y nadie tiene el derecho de impedirlo; mas otra cosa es aborrecerla y perseguirla; otra cosa es destruirla y sofocarla: ella subsistirà apesar vuestro. Cuanto mas redoblaseis los esfuerzos, tanto mas mostrareis la debilidad è inutilidad de vuestros recursos. *Nada puede destruir una verdad fundada sobre los hechos y la esperiencia*; especialmente cuando tiene una conexion tan íntima con el alivio de las enfermedades y padecimientos, que son la triste herencia de la condicion humana."

Cada artículo que traducimos del *Charlatanismo desenmascarado*, nos da un nuevo motivo para admirar el noble empeño de su autor; pero no sucederà lo mismo, à la verdad, *á los que les caiga el sayo.*

¡Antagonistas de *la Medicina curativa*! Descended à la arena à investigar sus principios.... ¡Que! ¿no quereis hacerlo? ¿Y por què? Sin

duda porque son preferibles los misterios que hacen el patrimonio de los sères abyectos. Pero os contentais con obrar en secreto contra la verdad; quereis destruirla con maniobras clandestinas. ¡Que iniquidad! ¡Que proceder tan criminal!

MODO DE OBRAR DE LA VERDADERA MEDICINA CURATIVA.

Estímulo.—Rebulsion.—Desalojamiento.— Acumulacion.— Expulsion.— Reposacion.— Reposicion.

Si fueramos à escribir este artículo con todas las minuciosidades de que es susceptible; si nos pusieramos à detallar todo lo que es concerniente à su objeto; cuando mènos ocupariamos un par de tomos de nuestro semanario; pero no pensamos por ahora en enfrascarnos en doctrinas sino recoger de estas lo mejor, y poner el modo de obrar de *la verdadera Medicina curativa* al alcance de nuestros lectores.—Conviene advertir para la mejor inteligencia de este artículo, que segun los experimentos hechos por los mas célebres anatómicos, hay en el cuerpo humano, una gran cantidad de vasos blancos, quilíferos, linfàticos ó absorventes, y que de estos vasos hay doce veces mas que de los sanguíneos. Esto es lo que se llama, *el gran sistéma absorvente.* Hecha esta observacion, pasarèmos à dividir el modo de obrar de *la verdadera Medici-*

na curativa en *siete períodos,* que son los siguientes—

Primer período.—ESTIMULO.—Tomada la Medicina curativa por el enfermo, y habiendo llegado al estómago, toniza y estímula, abriendo los orificios de los vasos linfàticos.

2.° *período,*—REBULSION.—Se introduce en todo *el gran sistéma absorvente ;* circula por medio de las arterias à todas las partes del cuerpo, y vuelve por las venas del dicho *gran sistéma.*

3.^{er} *período.*—DESALOJAMIENTO.—En el movimiento rebulsivo es donde *el gran sistéma,* empieza à absorver la *serosidad humoral,* y à traerla de cualesquiera parte del cuerpo donde se halle.

4.° *período.*—ACUMULACION.—Los humores degenerados ya removidos, desalojados y estraidos por *la absorcion,* empiezan à acumularse en el *piloro* ó fondo del estómago, y en *los intestinos,* particularmente en los *delgados.*

5.° *período.*—EXPULSION.—Acumulados estos materiales, luego que se forma un volúmen suficiente, la misma naturaleza se desprende de èl por las vías que encuentra mas dispuestas; sea por el vómito, sea por *secesum* ó el ano, ó por otras partes; (como se vè repetidas veces.) Este período suele ser mas ó mènos durable, à proporcion de la cantidad de materiales removidos, segun el mayor ó menor ejercicio del *gran sistéma absorvente,* y la sensibilidad del enfermo.

6.° *período.*—REPOSACION.—Concluido el pe-

ríodo de *expulsion,* los materiales degenerados, ó depravados, que han quedado, en el cuerpo del individuo, por haberse concluido ya la accion del evacuante que ha tomado, se aposan ó asientan.

7.° *período.*—REPOSICION.—Este se verifica del modo siguiente—Luego que el enfermo se ha alimentado, la primera parte de los alimentos que ha tomado, ó lo que es lo mismo, su quinta esencia, por el trabajo de la digestion, se convierte en un líquido homogeneo que se llama *quilo.* Este es el reparador de las pèrdidas que ha tenido la economía animal.

La segunda parte de los alimentos forma de su primera porcion bílis, flema, y fluido humoral, y de la segunda resulta una materia viscosa ó mucosa que queda pegada à las membranas internas del estómago y à las de los intestinos, mientras que la primera porcion se filtra en la circulacion. La tercera parte de los alimentos no es buena para nada, y se expele produciendo la materia fecal ó estercorosa.

Sentadas estas bases se vè claramente hecha la *reposicion,* supuesto que por medio del alimento que ha tomado el individuo, se han repuesto el quilo, la bílis, la flema, y el fluido humoral que habia perdido.

Debemos aquí observar, que como aún existen en el cuerpo del enfermo humores depravados que no se han evacuado completamente; estos, luego que se mezclan con los nuevamente

adquiridos por medio de los alimentos, los vician ó degeneran; pero la arreglada continuacion del règimen curativo và poco à poco regenerando toda la masa de los humores, hasta que no existiendo en el cuerpo nada de lo degenerado, queda purificado el individuo, sus humores en el estado natural, y por consiguiente, la salud restablecida à su perfecto equilibrio; siendo esta la situacion dichosa encargada por el autor de *la verdadera Medicina curativa.*

Ahora nosotros preguntamos, à quien quiera respondernos, ¿se conoce alguna composicion evacuante que tenga este modo de obrar tan admirable como diariamente lo manifiestan los hechos? ¿Habrà una medicina mas propia y anàloga para destruir *la causa de todas las enfermedades?* ¿Hay entre los medicamentos conocidos, alguno mas conforme à las leyes y necesidades de la naturaleza humana? Sobre todo, ¿no es el que ha arrebatado mas víctimas à la muerte, que les iba à dar el puñal de la ignorancia?....

¡O vosotros que debeis la conservacion de vuestra existencia à *la verdadera Medicina curativa!* Publicad sus brillantes resultados; y ayudadnos à confundir al que se presente como enemigo de la humanidad. Probadle con los hechos la falsedad de sus teorías. Nuestras pàginas se os franquean, y la humanidad afligida os prepara su respetuoso agradecimiento.

CORRESPONDENCIA.

Sres. editores del Semanario.

El noble y benèfico deseo que han tenido Vdes. en vista para con la afligida humanidad, al publicar su *Semanario* ; es el que me ha impulsado à la vez, à manifestar, sincera y evidentemente, los benèficos resultados que he experimentado en mí mismo, por medio de la *verdadera Medicina curativa.*

Omitirè hacer una relacion, que seria demasiado larga, de las incomodidades que he sufrido en mí desde 19 à 23 años : baste decir que esta ha sido sumamente quebradiza en todo ese intèrvalo, à pesar de mis cuidados y desvelos para hacerla menos penosa. Sin embargo, me parece del caso mencionar una enfermedad grave que tuve el año pasado de 1828, y que me parece como accesoria à la que he sufrido el presente de 829.

Una inflamacion de garganta con síntomas terribles me hizo caer en cama. Un Doctor de crèdito vino à visitarme, y me recetó un vomitivo. Con todo, la enfermedad tomó mas cuerpo, y ya no pasaba los alimentos sino por medio de una bombilla : estos se reducian à *caldos, compota de manzanas, orejones cocidos, y naranjas dulces exprimidas :* se me aplicaron tambien algunas cataplasmas de lino, leche &c. ; *gárgaras,* y últimamente, el remedio de *moda*— LAS SANGUIJUELAS.

A los 23 dias salí à la calle, habiendo estado 19 de estos, con el règimen extricto de los alimentos referidos.

Apesar de que se me habia anunciado ya la salud, mi estado era el de una languidez grandísima: inapetencia à la comida, y un vacio, ó desconsuelo terrible en el estómago. Así permanecí, cuando menos un mes, hasta que este tomó su curso ordinario.

No obstante, desde esta enfermedad he padecido mas que nunca incomodidades infinitas en algunos periodos. Y recientemente me han acometido fuertes dolores de muelas, de cabeza, descomposiciones de estómago, desgano de comer &c. Por último, en mayo de este año fuí asaltado de una fiebre ardiente, y à penas se mitigó, se desarrollaron unas llagas en la lengua.

Llamè entonces à un Profesor amigo, (à quien estoy reconocido por sus cuidados) y à pesar de un mètodo prolijo (segun la rutina ordinaria), el mal tomaba mas cuerpo de dia en dia; tanto que en los últimos dias de junio me hallaba desesperado, pues el mal se habia apoderado hasta de los ojos, y la noche me era sumamente mortificante por la comezon y fluxion que me atormentaba.

En estas circunstancias, pasè felizmente un dia por el establecimiento del Profesor D. Pedro Martinez. Mi amigo D. Manuel de Araucho, empleado en èl, conoció en mi semblante la tristeza de que me hallaba poseido: me pre-

guntó què tenia, y le hice una exposicion de lo que habia sufrido y sentia.—Entonces me aconsejó con todo el fuego de la amistad, à que tomase la *verdadera Medicina curativa:* que èl la habia experimentado pràcticamente, y que por último, se atrevia à vaticinar un èxito feliz en mi curacion. Para forzar mas mi convencimiénto me dijo meditase la doctrina de *Mr. Le Roy,* y à demas, me hizo ver una multitud de casos pràcticos, de enfermos incurables, sanados radicalmente por el profesor ya dicho D. Pedro Martinez.

Mi resolucion fuè hecha irrevocablemente, y me decidí á tomar à todo trance la *verdadera Medicina curativa.*

Al siguiente dia, fuí al referido establecimiento con el objeto de empezar mi curacion: encontrè allí al Profesor D. Pedro Martinez, y habièndome examinado prolijamente me dijo: "Yo lo curo à V. *sobre seguro,* observando el „ mètodo que le prescriba."—En fin, llegó hasta decirme:—" Responderia con mi cabeza del èxito de su curacion sin el mas mínimo temor de perderla.—Tal es la seguridad que me asiste."

Empecè, pues, à curarme, y à beneficio de 24 tomas, me hallo completamente restablecido; sin vestigio de llagas, ningun afecto à la nariz, ni à los ojos, y con una apetencia à la comida como nunca.

No estarà demas decir para que se tranqui-

licen algunos espíritus tímidos, que durante mi curacion, al menos hasta las 14 tomas, sentí síntomas terribles por la serosidad puesta en accion; habia dias que me parecia me abrasaban con *ascuas* el pecho y la garganta; (1) las llagas parecian mas irritadas, (2) y en fin, todo parecia anunciar una crisis mas terrible que nunca. Sin embargo, con la *expulsion* de la causa, han cesado los efectos, y me hallo como he dicho antes, completamente restablecido.

Tampoco he tenido que guardar durante mi curacion, el *funesto* règimen de la *compota de manzanas, orejones &c.*; he comido bien, pues por fortuna de los estómagos, esta medicina es enemiga de la dieta, y en vez de debilitarme me he nutrido; de modo que muchos de mis amigos se admiran, aun en mi estado presente de *precaucion*, ó convalecencia, por decirlo así, de la metamórfosis que se ha obrado en mi físico.

Esta, es, señores editores la relacion sencilla y verídica de lo que me ha pasado; la que espero tendràn Vdes. la bondad de publicar, pues

---

(1) Me parece oportuno copiar testualmente lo que á este respecto espresa *Mr. Le Roy.*—"Si unos carbones (dice) ardiendo separados, se reunieran, formarian al instante un fuego ardiente."—En efecto, esta comparacion es exactísima.

(2) Esto sucede regularmente segun el mismo *Le Roy*, cuando las materias que se expelen por medio de la accion vómica, son de una naturaleza acre, ó corrosiva.

creo no dejará de contribuir en algo al benèfico objeto que se han propuesto.

Sírvanse Vdes. entretanto admitir las protestas de mi mas cordial afeccion.

H. M. Moreno.

Calle de Córdoba número 68.

Poco, ó nada nos deja que reflexionar el artículo preinserto; porque su autor ha hecho en èl las mas de las observaciones que se nos ocurren. Sin embargo; no dejaremos de advertir que el Sr. *Moreno*, ha debido una gran parte de sus padecimientos à lo mismo que los deben los demas que, ó ignoran los benèficos efectos de *la verdadera Medicina curativa* (como à èl le sucedía segun se expresa;) ó han prestado oido deferente à los que no quieren entender la verdad. Pero por fortuna el Sr. *Moreno* curó de sus males; y al publicar el remitido con que nos ha favorecido, deseamos vivamente que sirva de un ejemplo á los desgraciados, que gimen bajo el cruel peso de las enfermedades.

Sres. Editores del Semanario Científico, Histórico-Clínico.

He visto el apreciable prospecto de Vdes. en donde se hace una invitacion à los particulares que usen de *la verdadera Medicina curativa*, à fin de que les comuniquen las curaciones practicadas por medio de ella; y persuadido que de su publicacion resultaràn los mayores bienes à

la humanidad, en su estado mas deplorable, he resuelto participar à Vdes. algunas curaciones hechas en mi propia familia, y otras en personas estrañas; omitiendo todas aquellas de poca consideracion, por haber carecido de los signos de gravedad. Por ahora presentarè las siguientes;

A fines del año de 1824, ó principios del siguiente, hallàndome algo indispuesto por la digestion tardia y sudores abundantes y bastante continuos, lo que jamas habia experimentado; una tarde me sobrevino de improviso una tos estraña, y en seguida principiè à arrojar sangre en forma de vómito. Yo habia leido la obra de *la Medicina curativa* repetidas veces, y de sus resultas estaba decidido à valerme de su doctrina en mis enfermedades, hasta que la experiencia del desengaño me hiciese variar de propósito, y esto mismo habia dicho à mi familia y al mèdico que me la asistia.

A las nueve de la noche principiè, pues, à tomar la medicina indicada, y en diez y seis horas me administrè siete dósis en esta forma: dos vomitivos-purgantes y un purgante; y en seguida dos de cada clase. En los cuatro dias inmediatos volví à tomar de à dos dósis; por la mañana vomi-purga y al medio dia purgante. El dia siguiente que fue de descanso, caminè à caballo mas de cuatro leguas, regresando à mi casa lleno de vigor; y principiando de nuevo desde el inmediato dia, tomè en cuatro mas seguidos de à dos dósis; los primeros tres en el

órden anterior, y el cuarto dos purgantes, quedàndome, de sus resultas, perfectamente bueno. Màs de un año pasó sin que experimentase la menor novedad en mi salud; pero despues, en las ocasiones que he sido atacado de alguna pequeña indisposicion, he dejado, por el tèrmino de seis ú ocho dias, à los recursos solos de mi naturaleza su reparacion; pero pasado este tèrmino, he recurrido à dicha Medicina, tomàndola en cantidad de cinco dósis en dos dias y una mañana; primera y tercera vomi-purgas, y las demas de purgantes. Este règimen siempre me ha salido bien.

La muger de un peon mio llamado *Alejandro Barrera*, que actualmente reside en San Josè de Flores, tenia en su poder criando un niño huèrfano; y habièndosele enfermado, vino à la ciudad y paró en mi casa. Le asistió diez y siete dias el mèdico nombrado por el tutor; y el último, que fue el domingo anterior al de Carnaval del año 25, le dijo que estaba en agonía, y por consiguiente, no se le podia hacer nada.

Viendo yo abandonada esta criatura me resolví à administrarle *la verdadera Medicina curativa*, segun las reglas prescriptas por su autor. Al efecto le dí una dósis de vomi-purga, con la que, al cuarto de hora arrojó, en el primer vómito, un pedazo de flema de pulgada y media de largo, y un tercio de diàmetro, cesando en el acto los signos de la agonía. En el resto del dia le dí tres dósis mas; dos de purgante y una

de vomi-purga. El siguiente le dí cinco dósis, primera y tercera, vomi-purgas, y las demas purgantes. En el dia inmediato cuatro dósis; dos de cada clase. En los cuatro que siguieron, tomó por la mañana vomi-purga y à la tarde purgante, y despues tres dias mas de à una sola toma de purgante, y de este modo concluí su curacion el màrtes de carnaval. El jueves de la misma semana fue presentado este huèrfano *al Médico que lo habia abandonado;* è impuesto por la nodriza de la Medicina y règimen con que fue curado; á su regreso me refirió que el dicho facultativo habia reprobado y vituperado mi procedimiento. Lo cierto es que el huèrfano desde aquella fecha no ha experimentado ninguna enfermedad; existe hoy en San Josè de Flores, y con dificultad se encontrarà en la Provincia otro de su edad mas robusto y corpulento.

D. José Rivero, que vive en la calle de la Victoria, número 206, sabedor de la curacion que acababa de hacer al citado huèrfano, y hallàndose con un hijo de cuatro años sin esperanzas de vida, despues de una enfermedad de sobre cinco meses con asistencia de uno de los mèdicos de mas crèdito; me hizo llamar á su casa el lúnes de la semana de Dolores del mismo año de 825; y mostràndome el enfermo ví el vivo retrato de un esqueleto, que con ansia extraordinaria estaba tomando una taza de caldo. Me dijo que esta especie de hambre canina hacia

fecha que la tenia, y que estaba con evacuaciones continuas. Le notè ademas dos manchas carminosas en las mejillas, y un sudor abundante y frio, que, segun su padre, era continuo. Me refirió, que con motivo de haber sabido la curacion del citado huèrfano, le habia propuesto al Mèdico la aplicacion de alguna dósis de evacuante; y que le habia contestado, *que lo mismo sería darle una purga que sepultarlo.* Que en vista de todo ello, y no tener la mas dèbil esperanza de su vida, por estar satisfecho de que el Mèdico habia hecho uso de todos los medios que se acostumbran en tales enfermedades, me habia solicitado para que le digese si yo lo encontraba en situacion de aplicarle *la verdadera Medicina curativa.* Le contestè que, segun el autor de ella, en todas ocasiones se podia administrarla sin peligro del paciente; pero que no siempre podia curar; que si se resignaba à permitirme la aplicacion de todas las dósis que yo le prescribiese, sin contrariarme por ningun motivo ni pretesto, se la administraria al enfermo desde el dia siguiente, en la inteligencia: que de allí á cuatro dias, tenia que ausentarme por unos doce; pero que èl quedaría en el intermedio instruido de su asistencia. Convenidos en ello le administrè al enfermo desde el màrtes al viernes *inclusive,* dos dósis diarias del purgante del segundo grado; y le encarguè desde el siguiente hasta el viernes santo *inclusive,* le diese la sola dósis de por la mañana, alimentàndole

por la tarde con líquidos sustanciosos, incluyendo la leche. Le hice especial encargue para que aumentase ó disminuyese las dósis, para no pasar de diez evacuaciones, ni dejar de llegar à ocho. Regresè el tercer dia de Pascua, y en los dias inmediatos se le dieron dos dósis con lo que se concluyó su curacion perfecta.

Ahora dos años estuvo este mismo niño atacado de una inflamacion de vientre de mucho cuidado; pero habièndosele administrado en cinco ó seis dias unas diez dósis, entre ellas dos solas de vomipurga, quedó sano.

En estos dias, ha sido tambien acometido de *viruela alfombrilla,* con el aparato de dos dias de delirio; y habièndosele dado en cuatro dias, ocho dósis, y entre ellas, tres del vomipurgante, ha quedado perfectamente bueno.

Al cerrar este artículo ofrezco à los señores editores mi consideracion y aprecio—

(Firmado)—*Norberto de Quirno y Echeandia.*

REFLEXIONES.

Pocas veces se encontrarà una ocasion como la que nos ofrece el remitido que acabamos de transcribir, para dar à conocer hasta donde llega la aversion que tienen algunos hombres inhumanos à *la verdadera Medicina curativa.*— Pero no podemos desconocer tampoco, que ella se venga en silencio de sus enemigos. Algo nos cuesta el decirlo, pero es preciso. El enemigo de *la Medicina curativa,* ya mas tarde ó

mas temprano, viene à pagar con la vida, el haber desoido la voz imperiosa de la verdad manifestada en ella. Si supieran sus antagonistas, la enorme responsabilidad con que cargan cada vez que en las conversaciones familiares declaman contra sus verdaderos principios, y encuentran almas dèbiles que les creen como à oràculos; sino fuesen tan desnaturalizados, que viesen con frente serena fenecer sus semejantes, víctimas de las ideas que les han inspirado; ellos serian los mas entusiastas defensores de este mètodo benèfico, que podria aumentarles una reputacion bien merecida y no vacilante, y grangeada (como la tienen algunos) à fuerza de voces pomposas y misterios, que desnudos del velo que los cubre, solo presentan la mas clasificada ignorancia pretendiendo un respeto que solo debe merecer la verdad y los hechos. Pero no nos distraigamos con digresiones, y vamos à lo que mas importa.

Parece moralmente imposible, que un facultativo haya vituperado, el que un particular arrebate una víctima à la muerte. ¿ Es creible que llegue à tanto la pasion innoble de la envidia? ¡ Y si fuera esto solo !—No trepidaremos en asegurar, (porque nos consta;) que la nodriza indicada en el remitido que nos ocupa, dejó morir à un hijo suyo de muy tierna edad que se le enfermó, por no administrarle la Medicina curativa, estando à muy corta distancia de donde se hallaba el sugeto que habia salvado al niño que tenia à su cargo ! ¡ Tanto puede la voz de un hombre del arte, sobre el obscuro vulgo ! Un mèdico que al cabo de *diez y siete dias* de asistencia, deja en agonia un paciente; lo desahucia; y despues un particular lo cura

en *once dias*, ¿ seria el mas propio para reprobar *la Medicina curativa administrada segun reglas ?* ¿No es el colmo del atrevimiento, el vituperar un tratamiento de curacion, por el cual, un enfermo que *él* conducia à la tumba, fuè arrebatado à la Parca ? ¿ No serà un criminal, el que obrando de este modo haya causado la muerte de la otra víctima de sus maniobras innobles ?—Tal vez ese hombre feroz (cualquiera que sea) leerà estas líneas de indignacion, que nos arranca la defensa de la justa causa de la humanidad. ¡ Tiemble de volver à cometer otro crímen semejante ! Nosotros lo delataremos ante el tremendo tribunal de la opinion pública, y la execracion mas horrible caerà sobre su cabeza culpable.

¡ Cuando un enfermo es librado de la muerte que iba à recibir por un tratamiento erroneo, hay almas que vituperan el medio de haberle salvado la vida, *solo porque el método curativo no ha estado en consonancia con sus ideas y sus intereses !* ¿ Què quiere decir esto ? Júzguelo el público sensato ; que à nosotros, reflexiones de esta clase son capaces de hacer caer la pluma de las manos ; porque son precisos esfuerzos muy violentos para escribir sobre un suceso tan repugnante.

No dejaremos por esto de hacer las observaciones que se nos ocurren acerca del caso sucedido en casa de D. *José Rivero* con el niño enfermo.

Parece que una íntima union se hubiese establecido à modo de *logia*, entre los enemigos de la verdad ; pero estos hombres incautos, se ponen sin pensar en unas disyuntivas terribles. En el enfermo de que tratamos que habia sido

asistido *cinco meses por un profesor de crédito*, hallamos que habièndole propuesto el padre la administracion de *un purgante* à su hijo, lo sentenció el médico à muerte si el dicho *purgante* se le daba al enfermo. Despues vemos, que el Sr. *Quirno*, que no es profesor, lo primero que administró al paciente fueron *ocho dósis del purgante en cuatro dias*, y por último, que solo con *purgantes* y nada mas que *purgantes* lo salvó no solamente de esa enfermedad (que no supo curar *el profesor de crédito*), sino de las que le acometieron despues à este niño, en quien los males querian dar repetidos triunfos à *la verdadera Medicina curativa*. ¿ Què diremos à estos sucesos ? Este facultativo, en primer lugar, no debe conocer *la causa única* de las enfermedades, ó no querrà conocerla. En segundo ; ó no sabe de què modo obran los *purgantes de la verdadera Medicina curativa*, como se explica en otras pàginas de este mismo número ; ó tal vez no quiere saberlo. En tercero ; no distingue la diferencia de unos evacuantes à los otros, ó no quiere distinguirla. En cualesquiera de los dos casos, falta este facultativo à sus deberes. Sino conoce, sino sabe, sino distingue, ¿ à que fin se pone à dar una sentencia terrible en contra de la verdad ? Si el padre del enfermo hubiese sido de una alma débil, y hubiese creido lo que le dijo el mèdico, estaria el infeliz niño reducido à polvo. Por otra parte, si el facultativo, conociendo (como por obligacion debe) el modo de obrar de los medicamentos, y estando al corriente de sus benèficos efectos, se pronunció abiertamente en este caso contra ellos, es doble mas criminal.—¿ No es justo cla-

sificarlo así à la vista de lo que dice el remitido que nos ocupa?

Bajo cualesquier aspecto que se mire la presente cuestion, es de tal naturaleza, que nos lleva à reflexiones casi interminables.

Dado el caso, que al Sr. *Quirno* se le quisiese reprochar el haber puesto mano en la curacion de un enfermo, no podria menos de decirse, que solo miras innobles serian el objeto de tal procedimiento.

Los facultativos, tienen sus títulos que no ofrecen à los enfermos *ninguna garantia.* El Sr. *Quirno,* ú otro que posea su talento natural y despejado, y que estè muy versado en este mètodo por una experiencia constante, presentarà los augustos de *la verdad y de los hechos.* ¿No serviràn de díploma à este hombre benèfico las repetidas curaciones que ha hecho en el país con la arreglada administracion de *la verdadera Medicina curativa?* Sobre todo: cuando un profesor recibido deja en agonía un individuo, despues de haber hecho con èl uso de todos los recursos de las doctrinas sistemàticas; ¿no està en los deberes de la humanidad, echar mano de lo que se juzga mas propio para salvar una vida que camina al sepulcro? ¿Un hombre como el que nos ocupa, ¿no serà digno de la confianza de los dolientes, despues de haberse curado èl mismo de sus males y haber asistido à su propia fàmilia y à otros muchos, con los mas brillantes resultados? ¿O mereceràn mas respeto los díplômas de un facultativo, que los hechos, que à vista de muchos de ellos han sucedido? ¿Puede contar nadie con títulos mas justos, para creerse capaz de asistir à

un enfermo?—Pero *la envidia* es pasion que ejerce un imperioso influjo sobre la ignorancia; y el interes personal puede contribuir tambien á que la verdad se vea atacada por *los mismos que debian investigarla.* Ese profesor que vituperó el procedimiento del Sr. *Quirno*, debia no solo haberlo aplaudido (si tiene alma noble), sino haber investigado detenidamente el règimen con que aquel enfermo se habia curado, para abjurar con los demas que se pusiesen en sus manos los sistemas errados, que sin duda seguirà hasta el presente; y en su lugar haber dado acogida à un mètodo que con los hechos le acababa de probar su eficacia hasta la evidencia. Pero reprobar el acierto; huir de investigar la verdad; cerrar los ojos à la luz del convencimiento, y detestar un tratamiento que le enseñaba la senda que debia seguir; esto no prueba otra cosa que una malicia sin lìmites, un orgullo humillado, y resentimientos innobles, que solo la falta devirtudes puede reunir en el corazon de un hombre. Los facultativos (mas que ningunos otros) deben poseer un ànimo desprendido; un corazon dócil al convencimiento; un anhelo incansable à investigar todo lo que sea útil al bien de la humanidad, y observar en la carrera de su profesion lo mejor que acredite la experiencia. No deben dar lugar por ningun motivo, à que un particular los avergüence arrebatando à la muerte las víctimas que, segun sus preceptos, marchan à la tumba. No deben permitir que llegue el caso en que la sociedad, (que no se engaña impunemente por mucho tiempo) proscriba de su confianza à algunos hombres que miran la salud de sus semejantes como *un artículo de especulacion comercial*, y

¡que otra cosa pueden esperar persiguiendo à *la verdadera medicina curativa*, y à los que la administran! ¿Por què no se hacen cargo de sus verdaderos principios, y observan con los enfermos este plan admirable? Si un particular con solo haber estudiado la obra de *la medicina curativa*, consigue tantos lauros en las curaciones que ha verificado, ¿que brillantes laureles no ceñirian á los profesores adornados de luces, que ejercitasen en beneficio de la humanidad este mètodo benèfico? Si hubiese alguno tan temerario que contestase à nuestras preguntas, lo mas que nos podría decir, es lo siguiente— „Cuando los facultativos no administran *la medicina curativa*, apesar de esos lauros que se les ofrecen, es porque no es buena; pues que ellos no son tan ignorantes que no quieran adquirir reputacion; luego, si desprecian sus ventajas, es porque no ofreceràn todas las que ellos pueden sacar de otro modo." Esta es la única respuesta que nos darian. Pero nosotros (llegado este caso) contestariamos del modo siguiente— *La Medicina curativa*, en las enfermedades *agudas*, dà pocas visitas; la *paliativa*, muchas; y como de algo se ha de vivir, deben preferirla. No queremos decir mas sobre esto, hasta que llegue el tiempo en que algun opositor nos dè motivo para hacerle conocer lo que puede la verdad, cuando la experiencia la justifica.

Cerrarèmos nuestras reflexiones con aquel texto que està mas en armonía con los derechos de los hombres. *Salus populi suprema lex est.* La salud del pueblo es la suprema ley.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

BUENOS-AIRES, 20 DE SEPTIEMBRE DE 1829.

[NUM. 4.] [TOM. 1.°]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.

Este periódico se publica en la **Imprenta Argentina,** *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, número 63 y 65, donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

UNAS PALABRAS AL OIDO DEL INTEGRO Y GRAN PUEBLO DE BUENOS AIRES.

No es estraño, ni està fuera del órden natural, que los defensores de la verdad, hayan escrito acremente contra sus implacables enemigos, si se consideran los males que la sociedad recibe constantemente por el empeño que se toman los antagonistas de la *verdadera Medicina curativa*, en sepultarla en los abismos del olvido.

Pero no podemos desentendernos de vituperar un procedimiento que degrada à todo hombre ilustrado, y que lo vemos puesto en pràctica hasta el presente. ¿Por què los Sres. Facultativos de nuestro país guardan sobre *la Medicina curativa* el mas profundo silencio? ¿Por què no descienden à la arena à ventilar un asunto que les es tan competente? ¿No hay prensas en Buenos Aires? ¿O no hay nada que contestar à nuestros asertos? Esta es la disyuntiva: Si *la verdadera Medicina curativa* llena todos los objetos que se propone la ciencia Mèdica, que se reducen à curar las enfermedades, ¿por què razon no la adoptan todos los Mèdicos en beneficio de la afligida humanidad? Y si aquellos la creen nociva, y sus principios falsos, ¿por què no publican por la estampa lo que conside-

ren necesario para refutarla, en vez de contentarse con influir clandestinamente en que el Pueblo no use de un mètodo acreditado constantemente por los hechos, y ratificado todos los dias por la experiencia, en el seno de nuestras mismas familias?.....

Entendamonos, pues, de una vez con los Sres. Facultativos de la ciencia Mèdica: ¿Por què huyen de entrar con nosotros en contestaciones sobre un asunto que les es tan peculiar? ¿Por què temen llegar à las manos en los papeles pùblicos con los que defienden la verdad? ¿Serà porque nos desprecian, ó porque à ellos les falta la justicia?

Nosotros, en el nombre de la humanidad, los llamamos à que nos contesten por la prensa à las preguntas siguientes:—

1.ª—¿La *verdadera Medicina curativa* es buena, ó mala, para curar las enfermedades que no sean absolutamente incurables ó mortales de necesidad? (*No hablamos aquí de los casos puramente Quirúrgicos.*)

2.ª—¿Ofrece, ó no, garantías positivas à la sociedad *la verdadera Medicina curativa,* como se debe practicar segun sus principios fundamentales?

3.ª—¿Què garantías ciertas ofrecià la Medicina como se practicaba sistemàticamente àntes que el inmortal *Pelgas* descubriese *la única causa eficiente,* morbífica ó mordaz de las enfermedades?

4.ª—¿ Es, ó no, indispensable y ventajoso á los Pueblos el adoptar el mètodo general de curacion que proclamamos?

A solas estas cuatro interrogaciones reducimos todos nuestros anhelos. Siempre que los Sres. Profesores, bajo sus firmas, nos contesten pública y unànimemente à ellas, y con *la claridad é ingenuidad* que demanda un asunto, considerado como el primero y mas útil de la sociedad, nos prometemos el mas feliz resultado en bien de la especie à que pertenecemos, y para quien escribimos. Si guardan silencio à estas preguntas, cualquiera puede fallar de què parte està la justicia, y por la nuestra habrèmos llenado el sagrado deber que nos hemos impuesto al escribir este artículo.

Sería avanzar muy arbitrariamente nuestro juicio, el suponer que los Sres. Profesores, con quienes habla el artículo precedente, no tuviesen los debidos conocimientos sobre *la verdadera Medicina curativa.* El espacio de años que ha pasado desde este inapreciable descubrimiento; las numerosísimas reimpresiones que se han hecho de la obra de *la Medicina curativa;* el decidido empeño del público en adoptar el mètodo para curarse de sus enfermedades; el infinito número de curaciones conseguidas; *la obra reciente publicada,* y la marcha propuesta por nuestro Semanario, con *la verdad* en una mano y *los hechos* en la otra; todos estos poderosísi-

mos motivos no nos permiten dudar, por un momento, que los Sres. Profesores estèn al completo conocimiento, tanto de los principios incuestionables en que se apoya este plan verdadero y benèfico; como de los sucesos que los han justificado hasta la evidencia. Sentada esta base indestructible, observarèmos lo conveniente en apoyo del articulo que encabeza este número.

Basta pues; basta el silencio de seis años que hace sabemos en Buenos Aires de este grande è importantísimo descubrimiento, y que no disfruta la generalidad de nuestro país, de la beneficencia del uso bien reglado de èl. Pero, ¿es posible que nos hayamos visto precisados à hacer la anterior invitacion por medio de la prensa, para que los Sres. Profesores traten de discutir lo que, sin mas que cediendo al convencimiento de los hechos, debian haber puesto en pràctica ya hace mucho tiempo?

Pareceria ponderacion lo que vamos à poner en conocimiento del público, si no declarasemos que estamos prontos á probarlo en caso necesario. Es lo que sigue—

Hasta esta fecha en que contamos con una buena parte del país, suscripta á nuestro Semanario, no se ven en la lista de suscriptores sino dos nombres de Facultativos. Si hay mas no figuran bajo su verdadero nombre en la citada lista.

Esto creemos que puede dar alguna luz sobre la consideracion que merece à los Sres. Profesores el asunto de que tratamos. Pero el Pueblo,

interesado en la conservacion de su existencia, nos favorece; y esta reflexion nos remunera de aquel sentimiento. Mas cualesquiera observarà como nosotros, que siendo el asunto que continuamente nos ocupa, tan peculiar à los Facultativos, es de todo punto estraño que ellos no tomen la menor parte por la negativa ó afirmativa, ya para hacer desaparecer la verdad ó para ayudarnos à establecerla generalmente.

La invitacion que hemos hecho en nada alterarà la marcha que nos hemos propuesto seguir. Ella es reclamada por el bien de la humanidad doliente; por ese sentimiento sacrosanto que tiene un poder tan irresistible sobre el corazon del hombre de bien—la conservacion y felicidad de sus iguales. *El verdadero estudio de la humanidad es el estudio del hombre*—dice un filósofo inglès. (*)

Cuando son los Profesores invitados para una materia tan adherente al bien público, deben señalar con energía todo aquello que consideren perjudicial à la sociedad à quien deben su subsistencia y à quien se deben ellos mismos. El obrar contrariamente à este sentido no los pone en el mejor punto de vista. En una materia en que se trata nada mènos que de la salud pública, no admite disculpa el silencio de los que estàn encargados de ella, y mucho mènos el influjo clandestino en contra de un plan de cura-

(*) El cèlebre Pope.

cion cuyos principios han respetado hombres que deben considerarse muy superiores à nosotros en sus luces.

Partiendo de estas consideraciones, y siendo indudable que un verdadero y humano Profesor de la ciencia Mèdica no debe tener à la verdad ódio, ni envidia; nos preparamos à esperar la respuesta de los Sres. Facultativos, ó à deducir lo mas justo que podamos, si tienen à bien no contestarnos al articulo que precede al presente.

Cada vez que traducimos un capítulo de la obra titulada el *Charlatanismo desenmascarado*, creemos hacer un presente recomendable à nuestros lectores; porque su elocuencia, su lenguaje, y todos los puntos de que trata esta interesantísima obra, son suficientes para ilustrar las imaginaciones descarriadas en la materia que constantemente nos ocupa. Pero una de las cosas mas plausibles que hemos hallado en *el Charlatanismo* es el discurso que à continuacion traducimos.

CAPITULO XVI.

INDIFERENCIA DE LOS HOMBRES SOBRE LOS MEDIOS DE CONSERVAR SU SALUD Ó RECOBRARLA DESPUES DE PERDIDA.

El primero, el mas precioso de los bienes terrestres, es *la salud*. Todos los demas vienen despues. El hombre acometido de enfermedades,

aunque se vea sentado en un trono, cambiarà de buena gana su estado con el del último de sus súbditos que estè gozando una salud robusta y vigorosa. Un enfermo, acostado en un lecho de dolor, daria cuanto posee para recobrar este primer bien. ¿ Por què serà, pues, que cuando lo goza se reusa à emplear algunos momentos desocupados para adquirir conocimientos sobre conservarlo ó salir lo mas pronto posible del estado de enfermo, si ha tenido la desgracia de caer en èl? ¡Cuantas penas! ¡Que aplicacion muestra para adornar su entendimiento con vanas futilidades! ¿Y no sería mucho mas ventajoso emplearlo en precaverse contra los golpes de una muerte prematura, ó contra esas indisposiciones que vuelven al hombre insoportable à sí mismo y, muchas veces, á los que le rodean? Se concibe fácilmente que en aquellos tiempos en que la ciencia de la medicina (y ese tiempo aún no ha pasado) no ofrecia mas que un agregado confuso de sistèmas erizados de abstracciones engastadas en palabras griegas y àrabes; de contradicciones de todo gènero y de toda especie; se concibe (repito) que semejante empresa era bastante para amedrentar à los aficionados à la ciencia, mas resueltos y osados. (1) Sus alrededores presentaban un caràc-

(1) Estamos muy distantes de condenar y proscribir los términos del arte, especialmente aquellos que son mas propios para fijar las idéas. Cada ciencia tiene sus términos y espresiones consagradas á ella; pero á lo ménos, no

ter demasiado espinoso. ¿Cómo determinarse à trabajar sobre cosas ininteligibles para el comun de los lectores? ¿Què partido abrazar en semejante situacion? Era mas sencillo y natural, el referirse al decir de esos hombres reputados por haberse consagrado al estudio de los medios propios de conservar la salud. La opinion fortalecida por las preocupaciones de la edad juvenil, acreditaba una medida consagrada por el discurso de muchos años.

---

se empleen sino á propósito, y solo entre hombres de la misma profesion. Si algunas veces se permite, fuera de este caso, el usarlos en presencia de personas que no son capaces de entenderlos, ¿no estaría en el órden que se esplicasen? El que gusta instruir y no engañar á los hombres, debe hablar su lenguage. ¿Habrá cosa mas ridícula que la de ver un médico de villa ó aldea, que muchas veces no entiende palabra de griego ni de latin, cansar su enfermo ó aquellos que se interesan en su suerte, con alocuciones que entiende tal vez ménos que el aldeano, en presencia de quien las profiere? No se me olvidará jamas la respuesta de un cierto médico, por otra parte, afamado en su lugar; y que hacia entrar en cualquiera salsa, las voces *homogeneo* y *heterogeneo*. Como le preguntaban un dia, estando á la mesa, no la etimología, lo que queria decir por esas voces favoritas, respondió: lo *homogeneo* son los alimentos fáciles á la digestion, y *heterogeneos*, son aquellos de digestion costosa. ¿Cuantos hay, aún en el dia, que se asemejan á este singular personage? ¿Cuantos hombres hay cuyo saber consiste únicamente en un caudal de palabras inútiles? ¿Cuantos otros han logrado hacer fortuna por tener una cabeza llena de una brillante nomenclatura? *El entendimiento cargado del peso de una sábia ignorancia, no puede elevarse hasta la verdad.*

En el dia, gracias al mas bello, mas útil, mas precioso descubrimiento, cada hombre sensato, que sabe entender lo que lee, puede ser su propio médico, el de su familia y amigos. Todo el sistema de destruccion de todas las enfermedades, ya agudas, ya nuevas ó crónicas, descansa sobre un principio único y fundamental, del modo que se ha esplicado. No hay mas que proporcionarse la obra poco voluminosa, titulada, *la Verdadera Medicina Curativa*; Leerla con atencion, y seguir puntualmente la marcha de tratamiento, como està indicada relativamente à las diversas enfermedades. Conducido al conocimiento de la verdad, con la cual vienen à estrellarse todos los dardos de la ignorancia y mala fè, cada hombre sensato se persuadirà que no es cosa tan dificil, como lo imaginan algunos, el conseguir lo necesario para sobrepujar las trabas en que *el Charlatanismo* tiene tanto interes de envolver à la especie humana. Entonces ya no se veràn repetir esas inepcias tan decantadas: *mi médico conoce mi temperamento.* Vosotros lo conocereis mejor que él; y ya no sereis la víctima de una ilusion sin fundamento. ¿Acaso este mèdico os sigue paso à paso para observar las diversas vicisitudes à que estais espuesto? ¡Conoce vuestro temperamento! ¿Quien os lo ha dicho, sino aquel que està muy interesado en haceroslo creer ciegamente? Lo conoce, poco mas ó menos, como siente las penas que os aflijen. "Si

tambien lo conoce ¿por què os deja sufrir tanto tiempo en presa de tan crueles enfermedades? Este supuesto conocimiento, no es pues mas que una palabra sin sentido, al tiempo que no sirve para libertar mas pronto à un enfermo de los males que lo acaban."

REFLEXIONES.

El capítulo que acabamos de traducir, nos dà una suficiente idea para juzgar de lo que contribuyen las voces misteriosas, para curar los enfermos; y de lo inútiles que son cuando se emplean delante de personas que no las entienden.—¿No se podrà decir que el modo de producirse, segun las voces tècnicas de la Facultad, es en cierto modo incomprensible?—¿Y que ventajas resultan á un enfermo de no entender lo que el facultativo que le asiste opina con respecto à los males que sufre?—Las mismas, que de no saber el remedio que se le administra. De estos dos puntos partiremos para hacer las observaciones que se nos ocurren.

Un enfermo recibe una completa satisfaccion cuando el mèdico que le asiste se pronuncia con claridad, así en la clasificacion que hace de la enfermedad como en su pronóstico; y si el facultativo habla entre sombras, con un lenguage obscuro y cargado de tèrminos misteriosos, siendo el enfermo hombre sensato, se persuade que este procedimiento tiene su origen en la falta de base que ha habido en la

Medicina, y en que los que la profesan andan à tientas en la asistencia de los enfermos.—Esto es perjudicial al último estremo à la reputacion de un verdadero profesor.—Si el paciente es hombre vulgar, à la impresion que le hacen expresiones que nunca ha oido, se queda en extasis, y no saca por consiguiente fruto alguno de todo el pomposo discurso, que le ha hecho el hombre de quien espera ser vuelto á su estado de salud.—¿No seria mucho mejor hablar claramente con los enfermos, señalarles la causa que produjo sus males y formar en ellos el convencimiento, para que así prestasen mas docilidad al tratamiento propio para extinguir sus dolores y padecimientos?—Por otra parte; ¿por què razon no ha de tener el enfermo alguna garantia de la certidumbre en que està el facultativo que le asiste, con respecto al mal que le acosa y al tratamiento que se le vá à administrar? ¿Y por què motivo no han de perder su honorario los profesores, cuando sea la enfermedad curable, y los enfermos mueran? ¿No son llamados para curar al enfermo?—Pues sino lo cüran, no cumplen con su ministerio; y por tanto nada se les debe.—Por todas estas razones nos parecen demasiado fundados los artículos 31 y 33 de la obra titulada—*Quinta esencia de la verdadera Medicina curativa, ó el velo descubierto de los arcanos en la Ciencia Médica.* En los artículos citados, su autor establece una garantia justa y debida à

los enfermos que pagan su dinero para ser curados de sus males; y reprueba, de un modo muy natural, los misterios y abusos introducidos en el lenguage facultativo.

Otro tanto diremos en contra del modo de recetar.—Hay profesores, que ponen sus recetas en una gerigonza abreviada, à la cual no se le puede dar el nombre de latin, inglès, francès, griego, ni castellano. A mas hay letras de tal figura que no puede adivinarse lo que representan. De aquí nace una gran dificultad, sumamente perjudicial à los enfermos; y es que suelen tener que tomar lo que el Farmacèutico despacha por estas incomprensibles fórmulas, ó recetas. ¡Cuanto mejor seria ponerlas en el idioma del país, y con la mayor claridad, para evitar inconvenientes, como se hace ya en Francia, Inglaterra, Portugal, y otras partes!

Nos ha parecido muy oportuno el hacer esta indicacion, porque debe contribuir poderosamente al desvanecimiento de los abusos y misterios que aun estàn en pràctica en nuestro pais, y que deben ser desterrados al olvido por no conducir en nada al bien de la Humanidad.

DEBERES DE UN PROFESOR DE LA CIENCIA MEDICA.

No hay un ministerio mas noble que el de *Médico*. El hombre científico y verdadero observador en esta profesion, puede considerarse, indisputablemente, como uno de los dones mas inapreciables que puede hacer al mundo la na-

turaleza. Los hombres lè deben nada mènos que la conservacion de su existencia. El padre le confia la de su hijo; el esposo la de su consorte; en todas las èpocas de su vida, el hombre llama los socorros de la Medicina; y esta, ejercida por la honradez y los conocimientos que actualmente están al alcance del mundo ilustrado, presenta las mejores garantías al desgraciado valetudinario.

No podemos decir lo mismo de los Facultativos inhàbiles ó *inhumanos.*—Esta clase es la que mas mal puede hacer à la sociedad.—El modo de juzgar de unos y de otros con acierto, està en la clase y número de curaciones que hacen; porque los hechos no pueden desmentir los verdaderos principios. No consiste la ciencia en hablar solamente lo que se ha estudiado; sino en practicarlo, pronosticando en las enfermedades resultados ciertos, ó al menos los mas probables Esta calidad es una de las bases que han de cimentar el crèdito de un verdadero profesor. Este debe desvelarse en investigar lo mas anàlogo á la naturaleza del hombre, y lo que estè mas en armonia con sus leyes invariables, para socorrer à la humanidad doliente. La ingenuidad en la asistencia de los enfermos; la rectitud en las marchas espeditivas, y un desprendimiento honrado cuando la evidencia de los hechos le muestre algun error en que viva encenagado, le aseguraràn el puesto distinguido que un *Médico* virtuoso debe ocupar

en la sociedad.—Sobre todo: un verdadero Profesor en Medicina como en todas las otras ciencias, debe estimar al hombre íntegro è ilustrado que le contradiga, mucho mas que al necio que le aplauda sin tener conocimientos para juzgar sobre una facultad que, por muchos siglos, ha sido cubierta de un velo impenetrable, hasta que el cèlebre è inmortal Pelgas la sacó de entre las tinieblas.

Ha habido infinitos profesores que merecen nuestra mayor consideracion por lo que se han desvelado en trabajar por el bien de la Humanidad, aunque no todos han escrito con tanto acierto como el Príncipe de la Medicina—*Hipócrates.* Este hombre no ha dejado de ser cèlebre, por no haberlo visto todo; y si volviese à la vida, no dudamos un momento que su honradez è ingenuidad lo hubieran conducido al pleno convencimiento de la verdad, y hubiese sido el mas firme apoyo de *la verdadera Medicina curativa.*

Pero, por una fatalidad, los hombres que se han enfrascado en los vanos sistemas, tienen que luchar para convencerse con ideas envejecidas en sus entendimientos desde el tiempo en que recibieron su primera educacion; y (desengañèmonos,) por la razon fuertísima de que á todos les duele su trabajo, les cuesta mucho el resolverse à creer, que han perdido algun tanto de su patrimonio y una buena parte del tiempo de su vida estudiando errores; y de aquí nace à

nuestro modo de ver, uno de los principales motivos que han tenido los enemigos de *la verdadera Medicina curativa* para no darle la mejor acogida; á pesar de justificar constantemente los hechos la solidez de los principios en que se funda.—Mas en el supuesto de que estos son incontrastables, creemos mil veces peor que no abracen los opositores una verdad que tanto menos podrân destruir, à medida que los hombres vayan poseyèndose de ella; para lo cual los sucesos constantemente presentan las pruebas mas evidentes.

DEMOSTRACION DE LOS PRINCIPALES OBSTACULOS QUE PUEDEN OPONERSE A LA CURACION DE UN ENFERMO.

El objeto principal de *la verdadera Medicina curativa*, *es la curacion radical de los enfermos*; y el resultado de su arreglada aplicacion serà muy feliz, siempre que no concurran circunstancias como las que vamos à exponer, en los pacientes à quienes se les administre; son las que siguen:

Siempre que el mal no haya tomado un caracter tan mortal cual se describe en el artículo cuarto de la obra, titulada—*Quinta esencia de la Verdadera Medicina Curativa* &c., en donde se explica en quê consiste el *fin* de todos los vivientes.

Tambien *la verdadera Medicina curativa*, producirá todo su efecto en los enfermos, à menos

que una viscera ó entraña, ó cualesquiera otra parte orgànica no estè dañada ó corroida por la putrefaccion.—Esto absolutamente no podrà suceder sino cuando *la serosidad* es sumamente maligna, ó ha estado estacionada mucho tiempo en la parte dañada; lo que prueba que la curacion del enfermo no se ha emprendido à tiempo oportuno.

Tampoco podrà producir su efecto *la verdadera Medicina curativa,* si el enfermo estuviese muy trabajado por los años, pues que una edad muy avanzada, es un agente natural, y muy invencible de la cesacion de la vida. No menos se debe considerar como obstàculo inexpugnable à la curacion de un enfermo, el que carezca de movilidad la parte donde la *serosidad* se haya fijado; porque entonces no trabaja la absorvencia ya explicada en aquel punto; y por consiguiente no puede desalojarse y espelerse.

Otro tanto sucederà siempre que la union entre los humores depravados y la parte afectada sea de tal naturaleza que estèn los unos con la otra enteramente identificados; por ejemplo: no se podrà restablecer la vista, si el nervio óptico, està inutilizado; ni se destruirà un afecto nervioso antiquísimo, ni una *anquilosis,* cuando estàn perfectamente unidos dos huesos, en fin sucederà lo mismo, en todos los casos en que la causa no se pueda separar del efecto que ha producido, porque entonces se puede decir con sobrado fundamento que ya la

causa y el efecto son una misma cosa; y la *verdadera Medicina curativa*, no tiene objeto.

Hay otros dos obstàculos poderosísimos à la curacion de los enfermos en quienes la naturaleza puede ayudarse con este mètodo. Primero: si la *Medicina curativa* no està perfectamente elaborada, con todos los medicamentos de que consta, y con el conocimiento de todas las reglas que la hacen benèfica. Este punto es esencialísimo. Segundo: si la administracion de ella no se hace siguiendo las huellas de la naturaleza, con el completo conocimiento de la enfermedad, y exactamente arreglado à lo prescripto en las obras que tratan de la materia.

No podemos prescindir en este artículo de delatar como una audacia perjudicialísima, el que algunos hombres se han creido que con hacer vomitar y obrar por abajo à los enfermos, pueden curarlos. Este es un error muy funesto; y es preciso que los que se manejan de este modo, conozcan que *cada medicamento en sí tiene su modo de obrar*; que los evacuantes dados en sustancia, no pueden filtrarse en toda la economía animal, y por consiguiente no trabaja *la absorvencia*; en fin, es preciso hacer mil distinciones químicas para esplicarnos, que estàn casi demas, cuando los efectos prueban, que ningun evacuante conocido cura como los prescriptos en *la verdadera Medicina curativa*. Estos estàn en consonancia con las leyes y necesidades de la naturaleza, y por el parage que

esta quiera depurarse de la causa de la enfermedad, favorecen su accion; cuando los otros evacuantes en *sustancia,* violentan su marcha, sin absorver de los puntos distantes del cuerpo la *serosidad* que estè dañando alguna de sus partes.

En vista de lo expuesto se deja conocer, que la *verdadera Medicina curativa,* cuando no està exactamente elaborada, mas vale no usar de ella; y lo mismo decimos si el règimen no se ha de seguir estrictamente arreglado à lo que se establece en las obras ya citadas.

Estos son pues, los obstàculos que hay que superar; cuando no hay ninguno de ellos, se puede contar con un seguro triunfo. Lèase para corroborar lo expuesto, el último pàrrafo de la obra titulada—*Quinta esencia de la verdadera Medicina curativa ó el velo descubierto de los arcanos en la Ciencia Médica.*

DESVANECIMIENTO DEL ERROR EN LA ADMINISTRACION DE LOS EVACUANTES YA INDICADOS.

Consecuentes con lo que digimos en nuestro número 3, no podemos dispensarnos de manifestar lo errados que van los que administran los medicamentos que entran en las composiciones de *la verdadera Medicina curativa,* en agua ó en sustancia.—Es un error muy perjudicial el que induce á obrar así à ciertas personas; porque esta administracion es sumamente arbitraria; y el que use de tales medicamentos

del modo que nosotros lo reprobamos falta à las reglas prescriptas por los grandes observadores de la naturaleza humana, y manifiesta no tener la menor idea de la Química, ciencia tan necesaria para saber juzgar con acierto de las composiciones de esta clase.

Empezaremos, pues, nuestro discurso por *la vomipurga*.—Para hacerla del modo debido, es indispensable que el vino blanco sea de la mejor calidad, y el Sen de la Palta, igualmente. Puesto el último en infusion fria, por tres ó cuatro dias en el vino, este se impregna con la parte gomosa, y mas sutil del Sen llamada *colorante*. Despues de bien extraida esta parte colorante, se pone à reposar la infusion por 24 horas en vasija proporcionada; en seguida se decanta, se tira el *caput mortuum*, ó residuo, y à la decantacion se le agrega *el tártaro emético* bien elavorado que corresponda. Se agita fuertemente la vasija donde se ha colocado y se deja aposar. Despues se vuelve á decantar, y se tira tambien el *tártaro emético* que se ha precipitado al fondo de la vasija, por no haberlo podido disolver el vehículo del vino.

De este modo es que la parte purgativa de esta composicion domina à la parte vómica algun tanto, para así favorecer la accion de la naturaleza y ayudarla à depurarse de la causa de la enfermedad por las vias que ella encuentre mas dispuestas, y segun la calidad de los fluidos que se pongan en movimiento por su estímulo.

Por el contrario; *el tártaro emético* en agua, se disuelve todo el que se eche, à no ser una cantidad muy desproporcionada, de manera, que dado de este modo à los enfermos violenta al último estremo la naturaleza.

La *hipecacuana*, es otro vomitivo que se dà en polvos y en agua, la cual no los disuelve; y esto es peor todavía que dar en ella, *el tartrite antimonial de potasa*, para los que tienen conocimientos de su administracion. Despues de dado el medicamento de que tratamos, sigue el baldeo del estómago, con hacer beber agua tivia en mucha cantidad al paciente y con ella va arrojando los polvos de dicha *hipecacuana* de un modo visible. Si no salieran estos polvol, se pegarian à las túnicas internas del estómago, y el pobre enfermo sufriría grandes incomodidades.—¿Què efectos no causa un vomitivo de esta clase cuando el estómago del doliente no es dispuesto à vomitar, y sus humores no son de calidad vómica....?

No se tocan, pues, estas dificultades con la *vomi-purga* ya indicada; porque cuando encuentra con un enfermo de esta clase, obra solamente por abajo; de suerte que aunque la parte emètica de esta composicion ponga en movimiento los humores que estàn en primeras vias por medio del gran sistèma absorvente; la parte purgativa que domina algun tanto à la vómica, favorece la accion de la naturaleza, para espeler los humores depravados por *secesum* ó el

ano, como tambien por la transpiracion, vias de la orina &c.

Partiendo de estas observaciones descendemos al convencimiento que ningun *vomitivo* debe usarse en las enfermedades sino la *vomipurga* indicada, pero que ella y no los otros està en consonancia con las necesidades de la naturaleza humana.

Ya hemos esplicado lo que, à nuestro juicio, es suficiente para disipar el error de los que creen que todos *los vomitivos* obran del mismo modo. Ahora pasarèmos à exponer lo que hay con respecto à la administracion de los medicamentos que entran en las *composiciones purgantes de la verdadera Medicina curativa,* dados en agua, ó en sustancia.

En primer lugar es preciso que todos los medicamentos sean verdaderos; que el Turbit sea *la raiz del Alipo,* y no *Tapsia,* ni *Turbit negro;* que la *Escamonea* sea de *Alepo,* y no de *Esmirna* ni de *San Juan,* y que la Jalapa, sea de *la provincia de Jalapa* en *Mèjico,* por ser la mejor.—Todos estos medicamentos reunidos constan de dos partes; una *gomosa* y otra *resinosa,* que es la mas principal. Se ponen en infusion en el baño de María por doce horas, à una temperatura de 20 grados de calor, con la cantidad de aguardiente que se prescribe segun el grado que se và à elaborar. Es sabido que el aguardiente (que debe ser de la mejor calidad) consta de dos principios; *espíritu y agua.* El *agua*

disuelve la parte *gomosa* mas sutil que entra en la composicion; y el *espíritu* la parte *resinosa*. Si solo se hiciese la infusion en espíritu ó en agua, no se disolvería mas que una sola de las dos partes de que consta la reunion de estos vegetables; por consiguiente, siendo hecha la infusion en aguardiente, que consta de los dos principios dichos, se extraen con èl las partes mas sutiles gomosas y resinosas.—El jaràbe que se agrega à la tintura despues de hecha y colada debe incorporàrsele caliente, para que, de este modo, se mezcle bien con ella.

Tambien debemos advertir que las tinturas purgativas de que hablamos, deben ser bien decantadas, con el fin de que puedan entrar à circular en todo el gran sistema absorvente. Por otra parte; habièndose ya extraido lo mas útil y eficaz de los simples de que se componen; es de suma necesidad tirar el *caput mortuum*, ó residuo, como inútil.—Establecidos estos principios recibidos por los autores clásicos mas modernos, descenderemos à discurrir sobre el error que nos hemos propuesto impugnar.

Si se dà la Jalapa y demas medicamentos indicados, en sustancia à los enfermos, no pueden desocuparles mas que el canal intestinal; y el pretender que circulen, dados de este modo, en todo *el gran sistema absorvente*, es querer convertir el estómago de un enfermo en *Elaboratorio Químico*. Pero, si se dàn en *agua*, esta no puede disolver mas que la parte *gomosa*

(como ya està dicho); y tampoco obrarà muy favorablemente; porque el poco ejercicio que dèn à *la absorvencia*, solo servirà para poner en movimiento *fluidos* que no evacuarà el enfermo por faltarle la parte mas sutil *resinosa* que dà la suficiente accion y energia al evacuante que se ha administrado; y, por una consecuencia demasiado evidente, sino puede este circular por todas las partes del cuerpo, no podrà tampoco atraer *la serosidad humoral* de puntos distantes, y en este caso, no se lograrà el fin que el director de la curacion debe proponerse.

Nos parece que lo dicho, es lo muy suficiente para desengañar à los que se han metido á innovadores. ¡ El Cielo permita que el error huya de la imaginacion de semejantes hombres, y que la humanidad recoja el fruto que deseamos, y cuya consideracion hemos tenido presente al escribir este artículo !!!

Lo cerraremos recordando, que el querer innovar todo lo que han escrito los grandes genios que se han desvelado tantos años en investigar los mas ocultos secretos de la Naturaleza, antes de dar à la estampa el fruto de sus asiduas meditaciones, es, no solo digno de reprensiones acres, sino tambien del mas justo vituperio; principalmente cuando la experiencia ha desarrollado con los hechos constantemente la verdad en que se apoyan sus doctrinas fundamentales, y á cuyos prodigios no puede resistirse el ànimo mas prevenido. Si la expe-

riencia constante no puede convencer el corazon del hombre, las teorias poco podràn sobre su alma por muy fundadas que sean ; pero, *Ars, vel scientia medica non est conjectura.*

CORRESPONDENCIA.

Sres. Editores del Semanario.

Hace como cuatro años que me solicitó Don *Manuel Serna,* que vive calle de la Florida, número 224, para que le viese un criado suyo enfermo de dolor de costado y desahuciado del Mèdico que lo asistia. Le encontrè, en efecto, en el estado mas deplorable, con un dolor muy agudo, tanto en el costado como en la cabeza, y una fiebre terrible, arrojando abundantes esputos muy sanguinolentos. Le administrè, à las cuatro de la tarde, una dósis de *vomi-purga,* y cuando volví à las nueve de la noche lo encontrè mas aliviado de los dolores ; el esputo con mènos sangre y sudando copiosamente. En el acto le volví à dar otro *vomitivo purgante,* dejàndole para por la mañana, otra dosis del *purgante.* A la tarde se le dió *vomi-purga,* y el dia siguiente otra por la mañana, y à la tarde *purga.* En los dos dias que siguieron *purga* por la mañana ; y de este modo, à los cinco dias, consiguió su curacion perfecta, pudiendo, à los tres dias mas, entrar à trabajar en una velería, segun recuerdo que me dijo entónces su amo.

En el mismo tiempo D. *José Ramon Bernar-*

dez, que vive en la calle de Chacabuco, núm. 15, me dijo que tenia una niña de diez meses, enferma; y en su concepto de mucho peligro, à quien estaba asistiendo un mèdico de crèdito; pero que deseaba que yo la viese para darle *la Medicina curativa* en caso que creyese conveniente su aplicacion. En el acto pasè à verla y le observè una fatiga sospechosa, pero, sin embargo, crei que procedia de la acumulacion de las viscosidades en los órganos de la respiracion, mas bien que de una lesion en ellos. En este concepto ofrecí curarla, mas estando la madre preocupada contra dicha Medicina, bajo el supuesto de que era fuerte y ardiente, y que la niña estaba consumida de debilidad y con mucha fiebre; en apoyo de mi opinion de que ella era la que con seguridad la salvaria; ofrecí llevarla à mi casa con la nodriza, y que, en caso de no volverla sana dentro de seis dias, perderia cierta cantidad de dinero que previamente depositaria en poder de su marido; pero que en caso de curacion perfecta se me devolveria con una quinta parte de aumento. Viendo que à dicha señora nada le persuadia ni consolaba, tratè de retirarme, y entónces convino en que se le administrase. Le dí una dósis de *vomi-purga* y dejè designada la hora en que se le debia dar otra en el mismo dia; pero no tuvo efecto, pues que no se la dieron.

A la noche del dia siguiente volvió à decirme dicho *Bernardez,* que à su parecer la niña esta-

ba cada vez peor; entónces le hice algunas preguntas sobre los signos que le hacian formar aquella opinion, y contestàndome à ellas deduje que efectivamente estaba peor que el dia anterior, y tal vez de peligro eminente; y le hablè en este sentido, dicièndole que el depósito que habia propuesto el dia anterior no lo haria de presente mi à la par de compensacion.

A la madrugada del inmediato dia me dirijió una carta haciéndome relacion de las novedades, cada vez de peor aspecto que le notaba, y exijiendo de mí le dijese lo que yo haria en aquel caso à ser hija mia. Habiéndole contestado; al poco rato me hizo llamar, despues de darle èl una dósis de *vomi-purga.* Al medio dia se le dió un *purgante* y á las once de la noche *vomi-purga:* al dia siguiente *purgante* por la mañana y *vomi-purga* à medio dia; y el inmediato *vomi-purga* por la mañana y *purgante* à la tarde. Continuó tres dias mas de à un *purgante* y quedó enteramente sana.

¡¡ Considèrese cual sería el aspecto de esta niña en la madrugada en que me escribió su padre, cuando la madre, por no verla morir, toda consternada, pasó á casa de una hermana suya!!

Un año despues, hallàndose la madre de la citada niña recien parida me hizo llamar para decirme que hacia cuatro dias se le habia suspendido la evacuacion de los *loquios,* con el fin de saber mi opinion sobre si era à propósito para su curacion *la Medicina curativa:* contestàn-

dole afirmativamente, se encontró en medio de mil obstàculos por la oposicion que hallaba en la ternura de varios parientes; y su hermano mismo D. *Pedro Lezica,* tan afecto al uso de la misma Medicina, temia su aplicacion, porque en su opinion ya no podia curarla y creia que con este motivo se desacreditaria en su familia. Efectivamente, los signos exteriores eran temibles: el rostro abotagado y encendido; una continua salivacion espumosa; pulsacion sumamente viva, y el vientre elevado y muy dolorido. Tuve, pues, el trabajo de persuadirle à dicho Señor que aún cuando la Medicina no alcanzase ya à librarla de la muerte, no por eso dejaria de ser de una eficacia preferente à los demas purgantes que era con los únicos que se le podia salvar, y que no habiendo espirado todavía era de su deber el administràrle en el acto una dósis de *vomi-purga* que yo le habia dejado medida. Volvió al poco rato con la noticia de habèrsela dado. A las cinco horas pasè à verla, y se me dijo que el mèdico acababa de estar y habia dicho que à no haberla encontrado tan mejorada de la fatiga y fiebre *la hubiera hecho sangrar.* En el acto que eran las nueve de la noche, le dí otra dósis de lo mismo, dejando medida otra de purgante para por la mañana. En fin no me acuerdo si fueron cuatro ó cinco dias los que tomó de à dos dósis, mitad *vomi-purgantes* y la otra *purgas,* excepto la primera tarde que fueron dos *vomi-purgas* como se ha

dicho.—En seguida seis ú ocho dias de à una toma, la mayor parte *purgantes*: de lo que si me acuerdo es, que à los cuatro dias aparecieron los *loquios* en abundancia, y à los doce se levantaba, quedàndose inmediatamente buena.

(Firmado)—*Norberto de Quirno y Echeandia.*

REFLEXIONES.

A la vista del precedente artículo remitido, no es dificil juzgar con acierto sobre el merito incuestionable de *la verdadera Medicina curativa* administrada con los precisos conocimientos.

En el primer caso que contiene el artículo, sucedido en un criado de *D. Manuel Serna,* se vè una curacion de *un enfermo desahuciado por un Facultativo, y curado en el escaso tiempo de cinco dias, por un particular*....¡Que diràn à esto los enemigos de la verdad! ¿Todavía pensaràn en refutar testimonios que tienen lugar, por decirlo así, à vista y paciencia de ellos mismos?

En el segundo caso, sucedido en casa de *D. José Ramon Bernardez,* encontramos una oposicion decidida en la madre de la niña enferma y curada; que solamente cedió al ver que el

autor del remitido, la abandonaba à su suerte cansado de haber tocado todos los resortes que estaban de su parte para reducirla al convencimiento; y aun todavía contrarió lo prescripto por el Sr. *Quirno;* puesto que no le dió la segunda dósis.—¿ De que procedería esta resistencia? Sin duda del defecto de conocimiento; ó de algunas sugestiones familiares. Nuestro juicio no parecerà avanzado siempre que se considere lo que trabajan subterraneamente los enemigos de *la verdadera Medicina curativa* para sepultarla en el olvido, desde su feliz llegada à Buenos Aires. No pueden desmentir los hechos; no pueden tampoco obscurecer lo que pasa entre nosotros mismos; y acuden à la intriga, *porque siempre queda algo de ella....* Pero volvamos à nuestro propósito.

La madre de la citada niña se desengañó con la experiencia que adquirió con la curacion de su tierna hija, y con la suya misma cuando el Sr. *Quirno* la restituyó del estado de enfermedad al de salud; y es preciso convenir en que la enfermedad de dicha señora era de bastante consideracion, segun lo que se lee en el caso de que hacemos mencion. ¿ A que punto hubiera llegado su estado deplorable, si *la sangría* en que pensó el Facultativo se hubiera puesto

en ejecucion, como hubiera sucedido à no habèrsele administrado la *vomipurga* que le procuró el alivio conocido por el mismo facultativo ?....

Pero si descendemos à reflexionar sobre los sucesos que han tenido y tienen lugar entre nosotros, no podemos menos de admirarnos, tanto por los prodigios que se observan constantemente con la arreglada administracion de *la verdadera Medicina curativa,* como por el poco interes que toman en la verdad los que debian tratar de investigarla. Tan laudable ha sido el procedimiento del *Sr. Quirno,* como felices los resultados que ha obtenido ; y si el volver la salud à los enfermos merece tributar consideraciones à los que por humanidad se toman un cargo tan noble, nosotros no podemos menos que elogiar su conducta, al paso que deseamos sirva de modelo à los encargados de la conservacion de la salud pública.

NOTA DE LOS EDITORES.

Con el presente número concluye la primera suscripcion, y los repartidores presentarán los recibos.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES

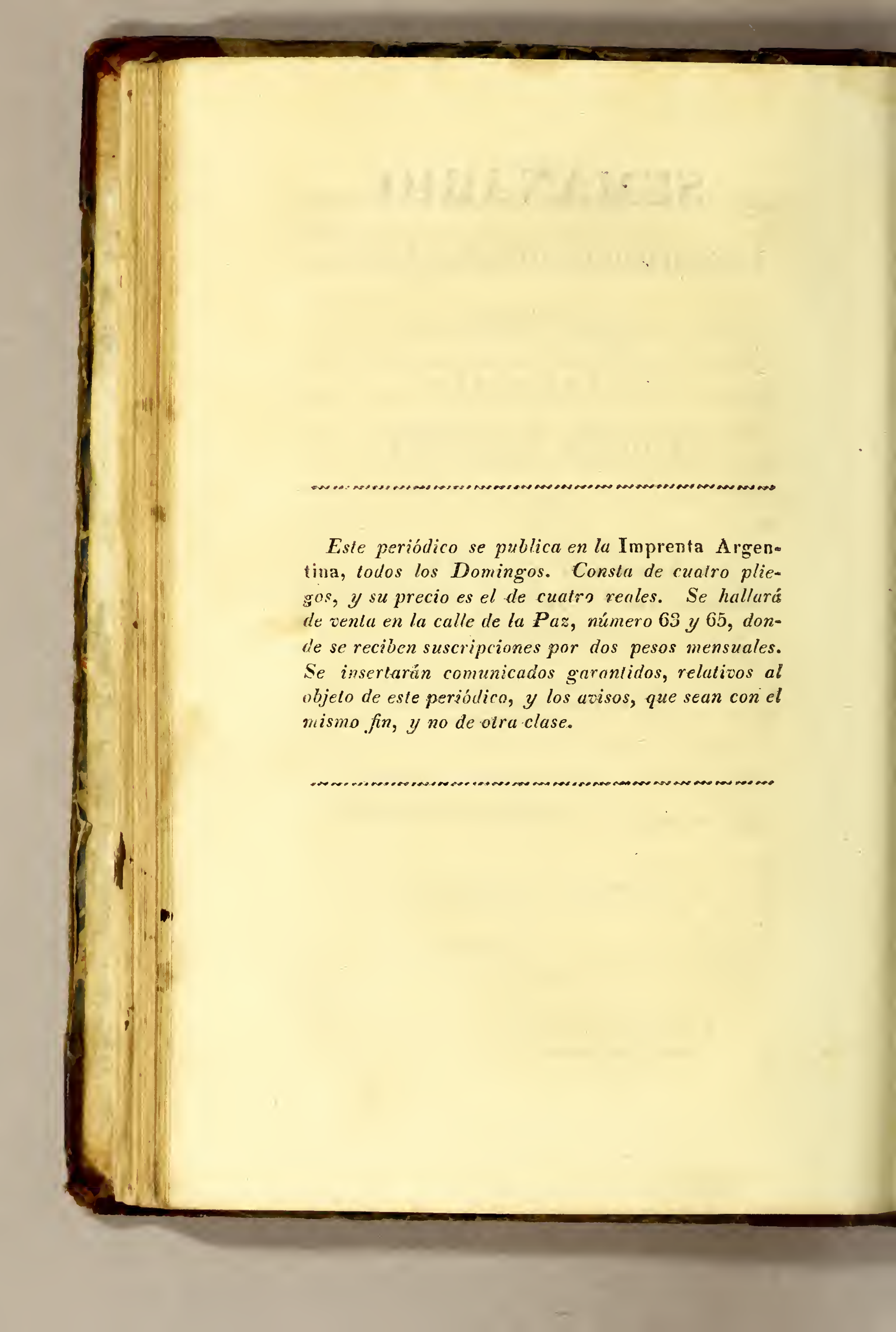
PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medicâ, non est conjectura)

BUENOS-AIRES, 27 DE SEPTIEMBRE DE 1829.

[NUM. 5] [TOM. 1.°]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.



Este periódico se publica en la Imprenta Argentina, *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, número* 63 *y* 65, *donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

VERDAD DEMOSTRADA, QUE NO AGRADA A TODOS.

Es admirable à todo hombre sensato, y sumamente perjudicial à la afligida humanidad, que la mayor parte de los Sres. Profesores no se presten obsecuentes al plan general de curacion establecido segun los principios infalibles de *la verdadera Medicina Curativa.* Decimos *infalibles,* puesto que son hechos fundamentales los que los justifican diariamente. Son incalculables los males que resultan à la sociedad de este procedimiento de los encargados de la salud pública. Expondrèmos, pues, lo que, à nuestro modo de ver, es mas pernicioso en el asunto que motiva este artículo.

Son muy pocos los Mèdicos de esta capital que, sin la menor innovacion, administran de buena fè à los enfermos *la verdadera Medicina curativa,* tal como nos la han prescripto los respetables observadores de la naturaleza. Si hay otros que hagan lo mismo exactamente, todavía no ha llegado à nuestra noticia. Pero estos solos Facultativos, absolutamente no pueden asistir à todos los que los desean. La *Medicina curativa* tiene, con fundadísima razon, innumerables prosèlitos; estos de manera alguna no quieren ser tratados en sus enfermedades bajo

otro règimen; y como conocen la oposicion infundada de muchos Profesores, reusan dirigirse à ellos. Si los que la administran sin la menor alteracion, no pueden hacerse cargo de asistirlos, se aventuran mas bien à administràrsela ellos mismos, que no à ponerse en manos de los que no pueden dudar que son enemigos del mètodo y de los verdaderos principios en que se apoya. ¡ Que males no trae este proceder! ¡ Que abusos no se cometen por esa arbitraria administracion! ¡ Pues que! ¿ todos tienen el suficiente discernimiento para tratar una enfermedad segun las reglas fundamentales del mètodo verdaderamente curativo?....

Si los Facultativos estubiesen decididos unànimemente à administrar à los pacientes *la verdadera Medicina curativa*, todos los adictos à ella les darian su confianza; pero, por una fatalidad, parece que la han proscripto muchos, à pesar de no haber manifestado hasta ahora la menor prueba en contra de su beneficencia, y cuando constantemente se presentan los hechos en su favor. El orígen de este procedimiento no es incomprensible, y en nuestro número 3 damos una idèa de èl; pero debemos tener presente que la sociedad en general debe disfrutar de un bien precioso aunque sea à costa de una parte de la fortuna de algunos individuos. El pensar con oposicion á este sentido, manifiesta el mas culpable egoismo.

El Mèdico que toma la experiencia por guia,

vale mucho mas que aquel que se pierde en vanas abstracciones ó en congeturas mas ó mènos escasas de fundamento. El hombre no puede raciocinar con exactitud sino tiene principio fijo fundado en la evidencia ó en hechos que no lo desmientan.

Nos parece habernos dejado entender lo bastante, sobre el asunto que nos ha ocupado, para todos los que quieran comprendernos.

DESVANECIMIENTO DE LOS ERRORES COMETIDOS POR
LA EFUSION DE SANGRE.

En todas las edades una multitud de Profesores de la ciencia Mèdica se han mostrado muy prosèlitos de los sistèmas absurdos que han colocado en *la sangre* el sitio ó lugar de las enfermedades. Esto no es muy estraño, si traemos á consideracion la ligereza con que algunos se han echado à nadar en el inmenso mar de la incertidumbre en que pusieron la ciencia Médica los Sres. autores sistemàticos, que en lugar de enseñar no han hecho otra cosa que envolver en obscurísima noche la Medicina, hasta que el inmortal *Pelgas*, encendió la brilladora antorcha que la sacó de ese tenebroso abismo donde la habian sepultado hombres que, con la mas buena fè, observaban à su antojo.

Un momentaneo dolor de cabeza; una palpitacion del corazon; en fin, la mas leve indisposicion que necesitaba la visita de un facultativo, daba por resultado *una sangría*. ¡Dicho-

so del enfermo à quien no costaba mas que su sangre y su dinero el conservar su vida! Esta ha sido una de las mas funestas consecuencias del modo de observar sobre principios erroneos.

Si el sitio de las enfermedades estubiera en *la sangre*, es indudable que cuando se sintiera un dolor, no lo sufririamos en un parage solamente, puesto que *la sangre circula por todo nuestro cuerpo, y que vá continuamente del centro á las estremidades, y de las estremidades al centro.* De aquí se sigue que, recibiendo todas las partes del cuerpo *el principio morbífico ó mordaz si estubiera en la sangre,* todas ellas sufririan el dolor igualmente. Lo contrario està demostrado por la experiencia.

Preguntamos à los partidarios de la estraccion de sangre: ¿Quien os ha dicho que *el sitio de las enfermedades* està en el principio motor *de la vida?* ¿Vosotros que tantas veces habeis visto correr la sangre de los enfermos à vuestros ojos, habeis hallado *diferencias esenciales* entre la sangre de un hombre levemente enfermo y la de otro amenazado de próxima muerte? Ninguna diferencia podeis indicarnos; porque los esfuerzos de las mas prolijas analísis, por los mas grandes observadores de la naturaleza, no han tenido mas fortuna que vosotros. Si se han señalado algunas diferencias en la circulacion de este fluido de la vida, tambien en las circunstancias morbíficas, siempre ha presentado la sangre los mismos principios que la constituyen.

Si sucediera que *la sangre* fuese corruptible, ningun remedio podria volverle su pureza y retardar el instante de la muerte. La sangre, entre los antiguos, era la vida; y el proclamar ahora que ella es *su principio motor,* no es otra cosa que el reconocimiento de una verdad confirmada por la experiencia de muchos siglos.

Parmentier y Deyeux, han analizado la sangre que habian extraido de las venas del brazo de algunos enfermos de *calenturas adinámicas;* y de esta analísis nada ha resultado que pueda probar que el estado morbífico ó preternatural estè en el bàlsamo vital. Las alteraciones de este fluido, por consiguiente, son *el efecto* y no *la causa* de la enfermedad.

Sentados estos principios fundamentales, descenderèmos à demostrar que, cuando fuese posible que el sitio de las enfermedades estubiese en *la sangre* (que no lo està como se ha probado, y todos los dias lo manifiestan repetidísimos hechos) aún en este caso *la sangría* no podria volver la salud à un enfermo.

No hablarèmos por menor de los numerosísimos casos en que *los partidarios de la efusion de sangre* prohiben absolutamente su aplicacion à los pacientes; ni tampoco citarèmos aquellos, en los cuales la estraccion de la sangre causa la muerte. Nos contentarèmos solamente con una reflexion que echarà por tierra todo cuanto se pueda decir en favor de la materia que impugnamos en este artículo.... ¿Cuando un terreno

se halla demasiado trabajado y el brazo del labrador no puede volverle su primera fecundidad, ¿podrà dârsele vigor quitàndole al campo una parte de la poca sustancia fortificante que le queda? Ningun agricultor es tan demente. Agrega y no quita nada; sabe que el terreno ha perdido sus jugos nutricios; procura darle otros; y el estièrcol con que cubre la superficie corresponde à sus deseos. Ahora bien; estè el cuerpo de un paciente apurado de sangre en todas las canales por donde esta circula; *la sangría* no se lleva solamente la porcion alterada. De consiguiente, sacando una cantidad cualquiera no se purifica el resto; esto es haber empobrecido y no haber reparado nada; haber disminuido al enfermo sus lànguidas fuerzas, y haber robado à la vida un resto de calor, del cual la sangre es el conductor benefico. ¡Desgraciados! ¿Què esperais de vuestra temeridad?.... Solamente remordimientos tardíos, de los cuales ningun bien refluye à los que ya han perecido.

Para un entendimiento racional, queda incontestablemente demostrado que, *aunque en la sangre estubiese el sitio de las enfermedades, la sangría no curaria los enfermos*; porque, sentado este absurdo, no se podia quitar el gèrmen morbífico, sino *sacando de los cuerpos toda la sangre*; esto es, quitando la vida à los enfermos.

Si *la sangría* habia en otro tiempo declarado una guerra horrorosa á la humanidad doliente,

no es mènos terrible la que hacen *las sanguijuelas,* en nuestros dias, à los pobres enfermos. El hombre que se hubiera atrevido, hace veinte años, à anunciar este sistèma bàrbaro, se hubiera tenido por un loco.

Sujetemos al càlculo la operacion de estos reptiles inmundos.—Es sabido, que regularmente *una sanguijuela* saca *una onza de sangre.* No entrarà tampoco en el càlculo, la cantidad que *las ventosas* pueden sustraer despues de *las sanguijuelas,* ni la que corre luego que estas han soltado la presa; pero poniendo solamente en cuenta, lo tragado por estos vichos, resulta; que si à un enfermo se le han aplicado cincuenta, habrà perdido tres libras y dos onzas de sangre; tres libras y dos onzas de este bálsamo vital y reparador, destinado por la naturaleza à alimentar toda nuestra organizacion. Cuando se practica esta operacion despues de una dieta prolongada, juntamente con un desmadejamiento de las fuerzas vitales; ¿cómo es posible reparar una pèrdida tan considerable, una vez que las vias digestivas no tienen tanto quilo que suministrar, porque no reciben casi nada mas que líquidos, y participando del estado dèbil que afecta toda la economía, son incapaces de elaborar una cantidad tan grande como antes?....Segun lo expuesto, està demostrado que la extraccion de sangre, *de cualquier modo que se verifique,* es muy nociva, y por consiguiente debe abolirse, lo mismo que

la sangría, la moda odiosa y perjudicial de *las sanguijuelas y ventosas sajadas.* A mas de esto, ¿ no observamos muchas veces, que un accidente ó movimiento involuntario arranca con esfuerzo à *las sanguijuelas* de la parte que estàn devorando, y que habiendo dejado estas en la llaga su venenosa señal, se complica la enfermedad ? Tambien puede suceder, que una *sanguijuela* se extravie del camino, y se introduzca sin que lo sepa el paciente en algun órgano, donde la mano no pueda alcanzarla, y cuyo tejido no pueda atacar sin comprometer la existencia del enfermo. ¿ Què se harà en este caso funesto ?— Respondan los prosèlitos de esos gusanos sanguinarios.

Por otra parte ¿ quièn no vè que semejantes peligros son mas inminentes cuando el enfermo se halla en una crísis violenta ? Aletargado en el parasismo, ó privado en el uso de los sentidos, no es de estrañar que *una sanguijuela* se introduzca en su interior, sin que los distraidos y preocupados concurrentes se aperciban de ello ; que el mèdico despues, equivocado sobre los nuevos síntomas, causados por la accion desgarradora de aquellos vichos, complique la enfermedad por falta de conocer su orígen ; y que *la sanguijuela* acabe con impunidad la obra de apuramiento y destruccion que ha empezado chupando *el principio motor de la vida.*

¡ Ojalà nuestros lectores reflexionen detenidamente sobre estas observaciones, y no permi-

tan que lancetas y vichos horribles saquen la sangre de sus cuerpos ; y los verdaderos Profesores humanos, tomen en consideracion estos principios, haciendo desaparecer de entre nosotros esa pràctica funesta que por desgracia (por no decir mas) todavía està en uso !!

No podemos menos de recomendar à la atencion de nuestros lectores, el capítulo que vamos à copiar y traducir del *Charlatanismo desenmascarado, ó la Medicina apreciada en su justo valòr*. En èl se vè la distincion que su autor hace de los facultativos humanos, y el mal punto de vista en que coloca à los Apóstoles de los misterios, y à los alucinadores, y enemigos de la ingenuidad. Un artículo de esta clase, dà la suficiente instruccion para juzgar de lo bueno y lo malo en el asunto de que trata ; y nadie debe desconocer la utilidad de un juicio cierto, principalmente en una materia en que el público no debe estar muy al corriente. Conviene aquí observar, que tambien es *un Profesor* el autor de la obra de donde traducimos el capítulo ; pero un Profesor, cuyo desprendimiento y honradèz lo hacen al último punto recomendable ; por tanto, hablar la pura verdad, ha sido su principal objeto ; vituperar lo malo ha sido su intencion. ¡ Ojalá todos imitasen su ejemplo !—¡ Ojalà todos pesasen sus razones !—La humanidad aceleraría menos la carrera de su existencia.

La traduccion, pues, que hemos indicado, y que insertamos integra, es la siguiente—

CAPITULO XV.

LOS ARCANOS DE LA CIENCIA MEDICA, É INDUSTRIA DE ALGUNOS QUE LA EJERCEN.

Hablando de LOS ARCANOS DE LA CIENCIA MEDICA, no son aquellos que tienen por objeto el procurar al enfermo, en el mas breve plazo posible, el alivio ó curacion por la cual suspira tan ardientemente. No faltan mèdicos que prometen, ni supuestas gentes del arte, que lisonjean á sus enfermos con las mas dulces y halagüeñas esperanzas; pero ¡ que distancia hay entre la promesa y la realidad !!! ¡ Cuantos enfermos al solo hablar de los doctores, han aguardado con una especie de impaciencia, la vuelta de *la bella estacion;* vuelta que no ha hecho sino agravar sus penas y tormentos ! Cuando el doctor ha pronunciado esas palabras sacramentales: *la bella estacion lo remediará todo;* el pobre valetudinario se alimenta de esperanzas. Entretanto que lleguen esos dias lindos tan deseados, las visitas siguen su tren; los beneficios del boticario crecen en lugar de minorarse. ¡ Cuantos hay à quienes se ha mandado respirar el aire natal, únicamente para alejar à un enfermo del cual querian deshacerse, enviàndole à morir à cien leguas y mas del pa-

raje de su residencia! Seria un abuso manifiesto de tèrminos, dar el nombre de *arcanos* á esas pequeñas maniobras. Mas, hay de otra naturaleza, que son lo que se llama, en tèrmino mas que vulgar, la *gerigonza* del oficio ó profesion; y es lo que todos no saben. Ilustremos pues, à nuestros semejantes; (bien entendido) á los que lo quieran.

Existe entre los médicos de provincia y los de la capital, relaciones mas ó menos íntimas; una correspondencia mas ó menos activa, siempre subordinada à *la necesidad de las necesidades*; es decir bastante.

El mèdico de París no es indiferente en cuanto al efecto de las relaciones è influencia, mas ó menos estensa, que sus corresponsales de provincia ejercen sobre los enfermos. La capital perfectamente bien servida, conoce el mèrito naciente de un jóven pràctico. Luego, pocas personas estàn al alcance de conocer en què consiste este mèrito en su aurora. Primero: un gran caudal de lijerezas oculto bajo una delgada capa de gravedad, que no es mas que de circunstancias. Segundo: una elocuencia lisa y fácil, modales agraciados, bellos contorneos, talle bien tomado; en una palabra, cuanto concurre para formar un bonito hombre; un gracioso y amable caballero. Tercero: una memoria feliz, cargada de una brillante nomenclatura, fundada en tèrminos recien inventados. Con esas prendas un jóven mèdico està

seguro de hacer fortuna. Tendrà *pregoneras* à manos llenas, y con su proteccion no le faltaràn *pregoneros*.

Todo eso siempre se cuenta por algo: se puede llamar *buen principio;* pero no es eso todo. Nuestro jóven Esculapio siente la necesidad de ser publicado, elojiado, apoyado y preconizado por *los matadores. Loame que te loaré.* Tal jóven doctor empezando y recien llegado de la capital, alimenta una correspondencia con los grandes maestros del arte à quienes tiene buen cuidado de consultar sobre enfermedades reales ó imaginarias. Recibe una respuesta de *convenio* la cual comunica con toda la reserva de la circunspeccion dirijida por la prudencia. No la produce indistintamente à los ojos del profano vulgo. Hay amigos privilejiados, y validos de predileccion ; y esos amigos, esos validos, ó *validas* (para hablar mas propiamente) son tan vociferadores que, en los ecos de nuestros estrados, publican que el jóven doctor *fulano,* tiene correspondencia amistosa con la crema de los mèdicos de la capital. ¿ Cómo no dilatar su confianza, toda su confianza hasta un hombre que puede lisonjearse de entretener relaciones con todo lo que hay de mas distinguido entre los mèdicos de París ? De ese modo, es que se hacen y establecen las mas brillantes famas, especialmente en este ramo.

Hay enfermedades de diferentes especies.

Hay personas que no son bastante ricas y opulentas, para llevarse consigo al doctor; y que quieren sin embargo, emprender el viaje de la gran ciudad, con la esperanza, muchas veces ilusoria, de hallar una salud que no pueden lograr de los mèdicos de la tierra que los ha visto nacer. El doctor que ha agotado toda su ciencia, y que no sabe ya cuales medios emplear; en lo interior de su conciencia no vè este viaje con mucho sentimiento, porque teme, con justos motivos, de que el enfermo muera bajo sus ojos y que es ventajoso para èl, que vaya à morir à 30 ó 40 leguas de su morada habitual. Tiene buen cuidado de hacerle portador de poderosas cartas de recomendacion; „no deje V. sobre todo, (le dice) de verse con el doctor *fulano*; es lo que se llama *un hombre*; es el primer mèdico de Parìs; no sabe à quien responder; la corte le ha buscado; ha preferido consagrar sus penosos servicios al público, àntes de atenerse à otros demasiado obligatorios, y que le hubiesen contrariado la inclinacion que le lleva à dedicarse únicamente à la clase indigente. V. podrà visitar tambien al doctor *Fulano* y *Zutano*; son amigos mios, y con mi recomendacion, estè V. seguro que le prodigaràn todas las atenciones mèdicas posibles; y que no dejaràn de hacer cuanto puedan para volverle á V. la salud y la vida." El pobre enfermo no tiene cosa mas urgente que la de llevar esas cartas à quienes van; pero emplea mal su tiempo. Se pre-

senta à la hora de las visitas.—El doctor no està en casa.—Vuelve.—El caballero aún no està de vuelta.—¿A què hora....?—A eso de las dos de la mañana.—Mi salud no me permite salir à esas horas...—Deje V. señor las señas de su casa; el doctor irà à verle mañana por la mañana, siguiendo el curso de sus visitas.

Es bueno que los provinciales sepan, que los doctores acreditados en la capital suelen hacerse pagar un poquito mas caro que los de la provincia; si bien que estos últimos hacen pagar sus servicios mas abundantemente. Un doctor acreditado en la capital sale muy raras veces de su casa por mènos de veinte francos por cada visita. Por una consulta escrita, igual cantidad. Es precio establecido para las personas poco cómodas, teniendo buen cuidado de advertirlas que *les prodigan consideraciones en razon de sus cortos medios.* (1) Estas especies de rèdito casual, mas ó ménos raro, mas ó mènos repe-

(1) Cuando un enfermo de provincia vá á consultar á un médico acreditado en la capital, raras veces se le entrega la consulta escrita el dia de la visita. No se omite avanzar la necesidad de meditar y reflexionar profundamente sobre su situacion. El asunto se deja para el dia siguiente; pero aquel dia el doctor se hace invisible. Un lacayo muy vivo, muy bien entallado, está encargado de la custodia de la puerta. Depositario de las consultas *tasadas*, entrega á cada uno su pasaporte para el otro mundo. Con esta difeencia, una cabeza copetuda paga mucho mas caro que un bonete redondo ó un simple *bavolet.* (Especie de adorno de cabeza que usan los muchachos del campo.)

tido, no son frioleras, en comparacion de esos felices hallazgos que traen à los lazos los enfermos de predileccion, esos hombres ricos, opulentos, que no sabiendo ya què medios emplear para halagar su existencia, son demasiado felices. Su doctor, despues de haberles hecho entender la indispensable necesidad de un viage à la capital, tiene á bien dispensarles el alto favor de acompañarles. ¡Oh! ¡Como sabe hacerse rogar ocho dias àntes! ¡Oh! ¡como sabe hacer sobre salir la necesidad de su presencia al lado de numerosos enfermos por quienes tiene el mas vivo interès! ¡Como inculca sobre los perjuicios que puede causarle la ausencia de algunos dias! Sin embargo, en su disposicion natural à ser útil, se reusaria con sentimiento à instancias repetidas, y à las solicitaciones de una familia afligida. ¡Que combates! ¿En favor de quien se inclinarà la victoria? Consiente por fin en que, para el dia siguiente, se manden tener prontos caballos de posta. ¡Ved ahí, pues, al pobre enfermo embarcado, empaquetado con su doctor al lado, dirigiendo la marcha de los caballos y de los postillones, para que un movimiento demasiado ràpido y acelerado no sea perjudicial à su salud! En el camino, el doctor tiene buen cuidado de entretenerle sobre la ventaja infinitamente preciosa de tener à su lado à un hombre capaz de evitar los accidentes que podrian sobrevenir. Al cabo llegan à los mejores mesones de la capital; y nada hay que sea

demasiado caro para un enfermo que tiene como pagar.

El doctor que conoce la topografía mèdica de la gran ciudad, despues de haber depositado à su enfermo en parage seguro, y colocado una custodia à su lado, corre al instante con gran priesa à anunciar la venida del pàjaro que tiene puesto en jaula. Para que todo se haga, segun las fórmulas y usos admitidos, và desde luego à ofrecer sus respetuosos homenages al mas acreditado. Díscutese la cuestion, y recibe equivalentemente la órden de avisar con quien ha de consultar. La gerarquía es una bella cosa aún en medicina. La hora y la comodidad del primero son motivos mas decisivos para el segundo. *Hay como ganar dinero*; no se puede decir mas: la rivalidad y pretensiones desaparecen. A la hora señalada llegan nuestros doctores. Demuestran en la frente un aire de gravedad en que no cabe nada de repugnante para el enfermo. La dulce esperanza está pintada en sus ojos. El arte de componer y descomponer su rostro eclipsaría à *Preville* (1) si volviese à la vida. ¡Que agraciado es su porte! ¡Que enmeladas son sus palàbras! ¡Con que finura insinuan al enfermo que su mèdico habitual es digno de toda su confianza! ¡que gusto es ver como este pone erguido el cuello con modestia al dulce vapor del incienso que se quema à su honor!

---

(1) Famoso cómico del último siglo.

Al fin, despues de un torrente de cumplimientos hechos y recibidos, poco mas ó mènos como los jóvenes niños de escuela despiden la pelota de viento; nuestros inspectores generales de las saludes destrozadas comienzan el noble ejercicio de sus funciones....

Està V. enfermo, señor..— ¡Oh! si no lo estubiese no me verian Vdes. aquí..— ¿Desde què tiempo?— Desde mas de un año..— ¿Pero el principio de su enfermedad?— Es de mas tiempo..— Lo pensamos como V.— Desde mas de diez años arrastro una vida lànguida; he tenido una indisposicion; una plètora humoral; desasosiegos à no saber què hacer de mi cuerpo; digestiones difíciles aún cuando usaba alimentos ligerísimos..— Està muy bien.... basta, basta.... su doctor, nuestro apreciable cólega, responderà por V., para que no se canse demasiado hablando.

¡Con que! compañero, V. que ha seguido muy à menudo el estado sanitario del señor, en los diversos períodos que ha corrido su enfermedad, se servirà suplir lo que ha podido omitirse en el detalle que acaba de hacèrsenos. A V. le toca darnos noticias ciertas sobre tan importante asunto.— Silencio: que empieza el doctor—

Señores:—

Es honor inapreciable para mí, el tener que discrtar sobre la enfermedad del señor, en pre-

sencia de hombres investidos de la confianza de cuanto mas distinguido encierra la capital en su recinto; en presencia de doctores cuya reputacion bien merecida fue llevada sobre las alas de la fama, hasta el último rincon de nuestras mas remotas provincias. Yo dirè primero, que no fuí encargado de dirigir la cura en el principio de la enfermedad. La marcha que se habia seguido me pareció diametralmente opuesta à los grandes principios universalmente adoptados y reconocidos por la pràctica de los insignes maestros de nuestros dias. Hasta entonces, *los purgantes* habian sido empleados, sino frecuentemente, á lo menos de cuando en cuando. He rechazado este mètodo como poco conveniente, por no decir enteramente perjudicial. El calor ardiente resentido durante la accion del medicamento, era la señal *diagnóstica* del defecto de analogía entre este mètodo y estado sanitario del enfermo. He creido pues obrar segun los principios de rechazar los *Drásticos*, los *Emeto-Cathárticos* y de sostituirles los *diaphoréticos*. Como el enflaquecimiento comenzaba à manifestarse de un modo sensible, yo he empleado los *analépticos* y los *cordiales*; y à fin de determinar poderosa y eficazmente la salida ó evacuacion del humor morbífico que se encaminaba hàcia las estremidades, las *Epitimas* y los *Epispásticos* no han sido olvidados. En diferentes ocasiones, y conforme lo prescriben los grandes maestros, he

cubierto su cuerpo de sanguijuelas; (1) ya veinte, y cuarenta, en razon de la necesidad. Esta ha sido, señores, la marcha del tratamiento constantemente observado respecto al individuo que me ha revestido de su confianza. A Vdes. les toca, como *padres de la ciencia*, pronunciar sobre la conformidad del tratamiento con las reglas del arte. Añado aun que el agua de *tila* de *azahar*, el caldo de gallina, las emulciones ó pociones refrigerantes, han sido prodigadas en todas las *exacervaciones* que han acometido al enfermo que es el objeto de la presente consulta.

Dixi. " *Como se habrá hinchado produciendo este* Dixi.

Respuesta.

Ahora van á hablar los grandes maestros del arte; pero si se quita la corteza, no queda mas que un tronco de leña podrída que no sirve ni para quemarla.

" Doctor: su sagacidad de V. nos es conocida. Su correspondencia frecuente y habitual con los mèdicos mas distinguidos de la capital, no nos deja dudar un instante de que V. sea un tesoro verdadero para la provincia que tiene la dicha, la felicidad de poseerle. Numerosas veces hemos admirado la estension inmensa de sus luces; esa delicadeza de tacto poco comun

---

(1) Porque le cubrió de médicos, que saben chupar todavia mejor.

en las consultas que nos han llegado, y no necesitàbamos mas que la sabia exposicion que acaba V. de hacernos para conocer, que su enfermo ha sido tratado, segun todas las reglas del arte (1); mas, tributando à sus luces de V. el testimonio que las es debido, le diremos, por forma de observacion solamente, que con el enfermo, estando en un estado *Caquético*, se hubieran podido emplear con suceso, los diurèticos.... Los *Epiphenómenos* que se han manifestado en el curso de una enfermedad de grandes caracteres, eran muy idóneos para determinar esta medida.

En resumen, la enfermedad del señor exige que nos concertemos descansadamente; ella presenta caractères que mandan imperiosamente las mas profundas meditaciones; mañana à estas horas nos tendrà V. aquí; y V. doctor asista cuidadosamente à un enfermo que nos deja vislumbrar las mas lisonjeras y mas consoladoras esperanzas. (1)

Fieles á su palabra, nuestros doctores que han tomado su tiempo para meditar, no faltan de volver el dia siguiente. El pobre enfermo

---

(1) Si le dicen mas, es capaz de reventar como la rana ante el buey. (*)

(*) (*Fábula del célebre Samaniego*). Nota de los Editores.

(1) Sí, las de aumentar su hacienda con algunos cientos de pesos.

embobado por los tèrminos científicos que han herido su oido, con la cabeza llena de *exacerbaciones* y de *Epiphenómenos,* aguarda con impaciencia la vuelta de hombres en la ciencia de los cuales funda su curacion. Llega la hora tanto tiempo deseada, y si el mismo carrocin no los trae à ambos, se siguen de cerca; se diría que salieron juntos. Pasmado de tanta puntualidad el pobre enfermo escucha con una docilidad, que no se halla sino en èl mismo, la lectura de una disertacion, de la cual no entiende nada. Con tono grave y cortès, la entregan al doctor que se ha complacido en abandonar á sus demas enfermos para concentrar todos sus servicios à un privilegiado. Como el aire de la capital es espeso y cargado de miasmas mas ó menos contrarios à su estado actual; le aconsejan que acorte, cuanto mas le sea posible, el tiempo de su morada en la capital. Y catalo pronto à volverse poco mas ó menos tan ligero como cuando llegó. Sí; pero queda una clausulilla que llenar, antes de subir à la silla volante, ó en la *dormense* (1) que le ha conducido. Disertaciones verbales se pagan; lo mismo sucede con las consultas escritas; y cuanto mas largas son, tanto mas monedas se tiene que contar. La plata es demasiado vil y comun para pagar tan importantes servicios;

(1) Especie de coche en que se puede dormir en el viaje.

es preciso buscar *oro* ¿ y cuanto por una consulta escrita, y una visita ? El doctor de la provincia insiste con fineza sobre el mèrito verdadero ó supuesto de aquellos de la gran ciudad ; y como tiene grande interes à que inspire alta idea de la ciencia mèdica y de los hombres que la ejercitan, fija el mismo à veinte y cinco Luises (1) el honorario que conviene dar à cada uno de ellos.

El pobre enfermo impaciente de volver à sus penates, y que à mas de eso, teme horriblemente el aire de la capital, que le han pintado como muy contrario à su restablecimiento ; se apresura à montar en el coche que le han traido ; paga los gastos de la posada, donde no se han ahorrado, y lleva à cuestas una bella consulta que no le impedirà bajar al sepulcro, ni mas presto ni mas tarde de lo que hubiera hecho antes. No siente su dinero, porque no tiene ya la vida ; pero èl puede servir de ejemplo à cualquiera enfermo que deje su provincia para venir à buscar en la capital lo que no hallarà. Parece decirles en cada posta : " vosotros todos quienes, como yo, dejais vuestra tierra natal para hallar lo que busquè en vano, sino teneis un cambista en casa de quien tengais crèdito abierto ; proveos de una bolsa muy bien guarnecida. Si fuese necesario, se pudieran citar enfermos de provincia muertos à los ocho dias

(1) Cien pesos.

despues de su llegada à sus hogares, que dos mil francos (1) no les habian bastado para cuatro dias. Si es permitido comparar las pequeñas cosas con las grandes no hay en el dia villa, pueblito, departamento, ó distrito que no nos pinte exactamente el cuadro fiel que se acaba de dibujar, de las relaciones de las provincias con la capital. Ved al mas ínfimo *medicastro* de aldea, si es un tantito vivo, alimenta relaciones con el mèdico acreditado dèl *gefe-lugar* del departamento. Cuando sus asuntos lo llaman allí, se guardarà muy bien de dejar la visita del hombre del arte que, en la ocasion, puede ser su apologista ; como tambien el mèdico de la villa tiene en sí el sentimiento de que el mèdico de aldea puede servirle en ciertas ocasiones. Una comida nunca fuè perdida ; dá su fruto tarde ó temprano ; y el mèdico queda como el que recibe. Sabe muy bien hasta donde se *estienden los resultados.*"

Hemos insertado este capítulo del *Charlatanismo,* porque tiene una íntima conexion, con el primer artículo de nuestro número segundo. Allí se dàn à conocer los perjuicios que resultan de las voces pomposas, que algunos mèdicos amigos de los misterios usan generalmente para expresarse en la asistencia de los enfermos.

Pero nos admiramos ciertamente del manejo

(1) Quinientos pesos.

que ha habido en París, entre los Facultativos; de esos precios exorbitantes impuestos à las consultas, y de la falta de garantias en la asistencia de los enfermos que les prestan su confianza.— ¡ Dios nos libre de que entre nosotros pueda suceder exactamente lo mismo !

Al observar sobre este capítulo, no nos parece inoportuno citar los artículos 31 y 32 de la obra titulada—*Quinta esencia de la verdadera Medicina curativa.* Establecido el órden que su autor se propone, desaparecerian los misterios y los abusos, porque los enfermos y los interesados podrian juzgar con exactitud sobre las aptitudes de los profesores, y al mismo tiempo la sociedad tendria garantias positivas de sus aciertos.

El médico es llamado por el enfermo para que lo cure. Justo es remunerar los trabajos de aquel, si este consigue su objeto ; pero de lo contrario nada debe recibir.—El que no dá garantias como las establecidas en el artículo 31 de la obra que hemos citado, poca ó ninguna seguridad debe tener en conseguir un feliz resultado en la curacion de los enfermos que le franqueen su confianza.

Por el contrario ; el que se compromete à perder todos sus derechos á una retribucion justa y debida al servicio que hace, siempre que no logre el paciente que asiste las ventajas que le prometa ; merece ser mirado con la

consideracion debida à la integridad ; y en ninguna profesion esta es mas estimable que en la Medicina, y en los hombres que la ejercen.

Nos hallamos obligados por el solemne compromiso que hemos contraido con el público à manifestar un caso que, aunque no es *fenómeno*, no deja de ser bastantemente particular.

D. Francisco Acosta Pereira, del comercio de esta capital, de una avanzada edad, que vive en la calle del Perú, número 144, padecia unos dolores fuertísimos en el estómago, que estos se estendian à todo el bajo vientre con una diarrea disentèrica. Dicho señor (nos consta) no habia perdonado medio ó arbitrio para su alivio, pues que su enfermedad era crónica è inveterada. Todos los remedios que los Facultativos que lo habian asistido habian puesto en prâctica para su curacion, fueron infructuosos, hasta que fue à asistirlo el Profesor en Medicina y Cirugía *Don Pedro Martinez*, que lo encontró en el estado mas deplorable. Le administró inmediatamente *la verdadera Medicina curativa* dàndole las garantías de que habla la obra que recientemente ha publicado en el artículo 31.—Ello es, que à beneficio de cuarenta y seis tomas, empezó à echar por *secesum* ó el ano *una lombriz solitaria* en pedazos. Ha continuado tomando hasta el número de sesenta y dos dósis, y ha conseguido arrojar toda la lombriz, que (por un càlculo prudente) tendria de largo de *veinte y sie-*

te á veinte y ocho varas. Todavía se halla dicho señor en el plan de precaucion que el Profesor que le asiste le ha ordenado ó mandado guardar; mas, de un estado de suma estenuacion se halla ya vigorizado y capaz de atender à los deberes de su ministerio. Segun lo que sabemos, à no poderlo dudar, su curacion deberà efectuarse radical; pues que el *diagnósis* ó *diagnóstico* lo manifiesta con la mayor claridad.

LOS EDITORES.

CORRESPONDENCIA.

Sres. Redactores del Semanario.

Muy Sres. mios: el decidido empeño con que Vdes. trabajan en propagar la verdad, me ha estimulado à tomar la pluma, y referir à Vdes. un caso que por sus particularidades no desmerecerà la atencion de los Sres. Editores; mucho mas cuando sus asíduas y constantes tareas, no tienen otro objeto que el alivio de la triste humanidad. ¡Cuantas personas incrèdulas, y otras de mala fè, han pretendido desacreditar la eficacia de *la verdadera Medicina curativa!* La verdad estubo algun tiempo oculta; pero al fin se disiparon las tinieblas que ofuscaban su brillo, y hoy resplandece mas clara que la luz del dia. No ha faltado quien diga con tono imperioso, que esa benèfica Medicina era *un veneno de los mas activos;* pero si aún insiste en tal error, se avanza demasiado con tanta equivocacion como

ligereza: el caso que voy à referir, dà suficientes materiales para echar por tierra tamañas imposturas. No me esplicarè de un modo elocuente, pues mis escasas luces no me lo permiten; pero hablarè con la espresion franca y sencilla de la verdad.

En el mes de marzo del año 1826, se hallaba conchavado *en la fonda del Mercado*, un jóven como de 15 años llamado *Rafael Barnes*, hijo del curandero nombrado *Adivino;* este jóven y otro francès tambien de la fonda, pero cuyo nombre ignoro, por descuido comieron un dia unos porotos guisados el dia anterior y guardados por ellos mismos en una cacerola de cobre sin estañar. El resultado fue, que dos horas despues de haber comido, comenzaron ambos à esperimentar un hipo acompañado de chucho y un sudor frio; el pobre francès à las dos horas de experimentar estos síntomas, falleció sin tener remedio, y *Rafael* tuvo la dicha que unas señoras lo trajeran à casa del Dr. *Gaffarot.* Luego que fue reconocido por dicho profesor, dijo estar el tal jóven envenenado y próximo à espirar. En estos momentos llega la madre del referido jóven y lo halla en tan terrible situacion; al momento se encamina à casa de mis padres, llega; y luego que mi madre se entera de lo que le sucedia, les dice se dirijan à la botica de *D. Diego Gallardo,* para que le aplique algun remedio. Al momento que este vè al infeliz jóven, dice que era preciso dar parte à la Policía. En efecto, así lo hizo; vuelve el enfermo à mi casa sin socorro alguno; se llama inmediatamente al Presbítero *D. Marcelino Herrera,* para que lo confiese; lo efectua, y luego que concluye, dice que era preciso darle algun an-

tídoto para librar de la muerte aquel desgraciado jóven. Yo me hallè en aquel momento, y como nadie se atreviera à darle algun remedio, sin que el mèdico lo ordenase, pues se habia ido à buscar con prontitud y no parecia; con el convencimiento íntimo que tenia y acompañado de la esperiencia en mí mismo, de la eficacia de la verdadera Medicina curativa, me resolví à darle algun alivio, y si me era posible libertar de la muerte aquel enfermo. En mi casa todo era confusion y laberinto; hasta que le administrè una dósis de la vomi-purga en cantidad crecida, pues llegaban à nueve cucharadas; tomó la dósis y à pocos momentos comenzó el enfermo con un desasosiego estraordinario; mi madre creia que la Medicina lo habia empeorado; y no faltó persona de mi casa que vituperase mi conducta.

A mí no me quedaba otra contestacion que dar, y les decia: mi ànimo no ha sido matarlo; un poco de calma y aguardemos los resultados; y à la verdad, en aquel momento me pesó ser humano, por lo que tanto me incomodaban. En fin, vino el *Dr. D. Roberto* (ignoro el apellido), que vivia en la casa del Cónsul Americano, y dijo, que si habia tomado la Medicina de *Leroy*, no podia recetar. Despues de pasada media hora comenzó el enfermo con grandes vómitos, y todos los que se hallaron presentes, vieron salir del cuerpo de aquel infeliz, la causa de su mal, es decir, el veneno.

Arrojó los porotos y entre ellos unos cuajarones que parecian *grasa*, tan verdes y tan fètidos, que solo por humanidad se podia haber asistido aquel enfermo. El medicamento hizo efecto en gran cantidad por las vias superiores è infe-

riores; el enfermo se alimentó; aquella noche durmió tranquilo y libre de la causa que pudo haberlo conducido al sepulcro como le sucedió à su compañero. La Policía hizo las diligencias que eran consiguientes en este caso, y resultó que la causa de aquella fatalidad se atribuyó à herrumbre que conservaria la cacerola donde hicieron la comida. Por conclusion; para asegurar mas la curacion de mi enfermo, le administrè al dia siguiente cuatro onzas de purgante del cuarto grado, y yo mismo fuí à casa del Profesor *D. Pedro Martinez,* le contè el suceso, y en compaña de èl vinimos à casa à ver el enfermo; lo reconoció; lo halló libre de peligro y me dijo: *lo que se debia hacer ya V. lo ha hecho;* y se despidió.

El enfermó paró aquel dia en mi casa; se alimentó bien, y al dia siguiente se fuè bueno y sano, ha estado embarcado en la escuadra en la goleta *Maldonado,* ha sufrido como sus demas compañeros una penosa campaña, hallàndose en algunos combates gloriosos que dió nuestro almirante Brown al enemigo, especialmente en el *Juncal.* Si alguna persona duda algo de lo espuesto, vive el jóven; existe su madre, y algunas personas mas que lo vieron en el momento que antes he dicho. Al concluir esta verídica. pero sencilla exposicion, solo me resta saludar à los señores editores con mi mas alta consideracion y aprecio—

Santiago Albarracin.

Calle de la Florida número 125.

Los dos casos pràcticos que se vèn en este número, son de tal naturaleza, que podemos contarlos entre los de mayor consideracion.

En el primero hallamos que *la verdadera Medicina curativa*, administrada segun sus reglas fundamentales, ha destruido una *lombriz solitaria de veinte y siete á veinte y ocho varas;* y en el segundo que con el mismo medicamento llamado *veneno activo* por sus enemigos, se le salvó la vida à *un envenenado.*—¡ Que contraste forma esta curacion con lo que dicen en los sótanos los enemigos de este mètodo benèfico !

¿ Habrà que responder à estos sucesos? ¿ Nos podràn desmentir todavía los antagonistas de la verdad? ¿ Habrà entendimiento tan limitado que no ceda á la evidencia de los hechos tan palpables como nosotros los presentamos? ¿Todavía se encontrará quien persista en desconocer la razon? ¿ Habremos de tocar los últimos resortes, para que la Humanidad afligida se vea libre de los sistemas absurdos que la persiguen, y conozca lo que le es mas conveniente y cuales son sus derechos sagrados?..........

Llamamos la atencion de nuestros lectores à que reflexionen detenidamente sobre los dos casos pràcticos que incluye este número; la estrechez de nuestras pàginas no nos dá lugar à estendernos en ellas; pero considerando al público tan interesado en su conservacion, dejamos á su recto juicio el fallo sobre el mèrito de *la verdadera Medicina curativa*, y sobre la justicia de la causa de la Humanidad, defendida por este papel, contra los subterráneos manejos de la envidia, y la ignorancia.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

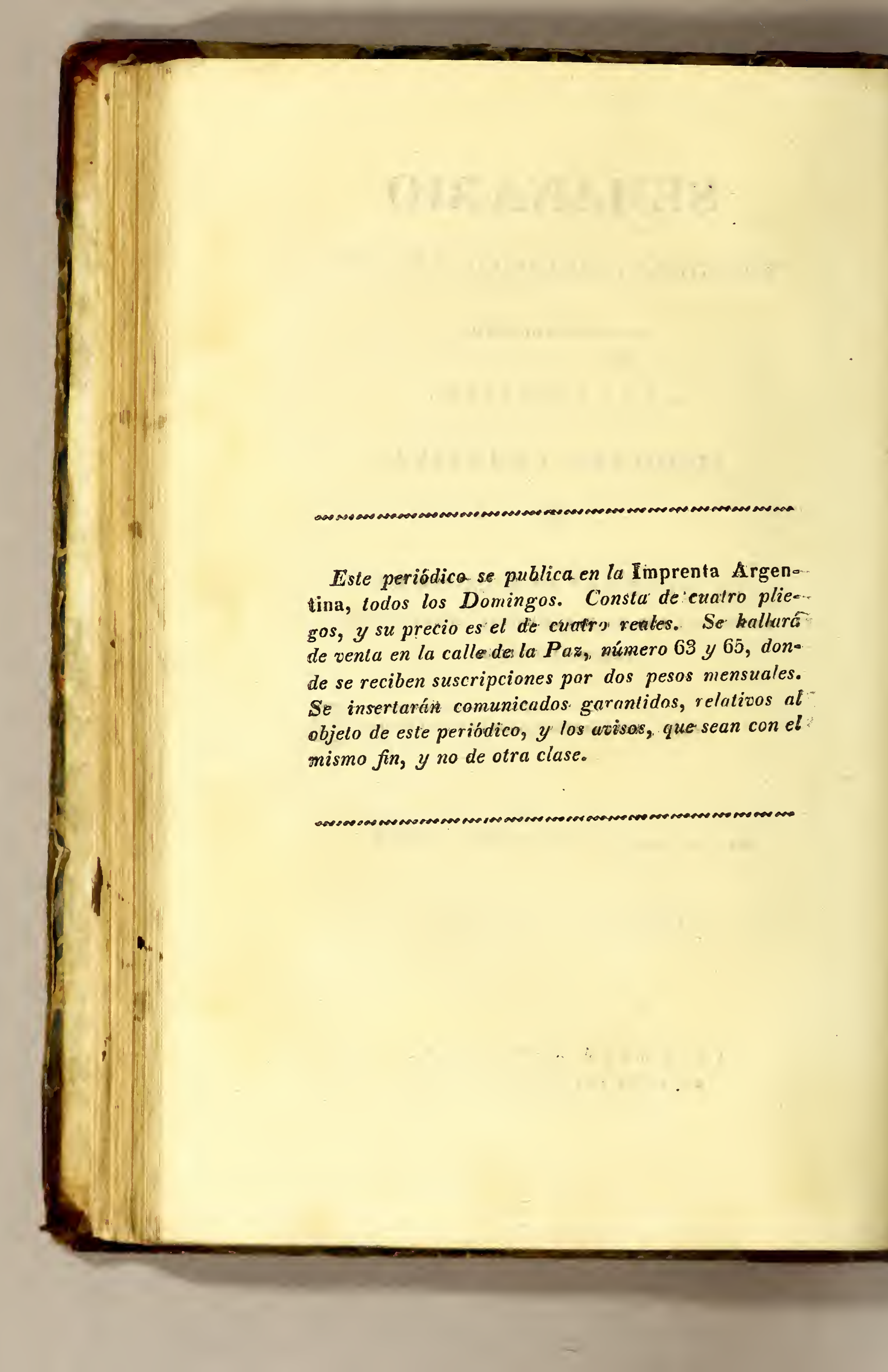
DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

BUENOS-AIRES, 4 DE OCTUBRE DE 1829.

[NUM. 6.] [TOM. 1.°]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.



Este periódico se publica en la Imprenta Argentina, *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, número* 63 *y* 65, *donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

MARCHA DE LA VERDADERA MEDICINA CURATIVA A SU TRIUNFO.

No puede negarse sin temeridad, lo benèfico de *la verdadera Medicina curativa*, ni la solidez de los principios en que se apoya. Los hechos que estàn à la vista de todos, no dejan la menor duda sobre la verdad que nos hemos propuesto propagar. Por esto es, que và tomando terreno à medida que se van desarrollando las ideas, y aun creemos firmisimamente que muchos de los señores Profesores, no dudan de la eficacia de este plan general de curacion.

Nosotros no nos proponemos alucinar, ni los hechos son capaces de ofuscar à nadie; lo que deseamos es instruir, y si tenemos la fortuna de concluir la grandiosa obra que hemos empezado, y que nos promete favorables resultados en favor de la humanidad, habremos satisfecho nuestros mas vehementes deseos.—Aguardamos, por otra parte, la contestacion de los señores Facultativos à las preguntas hechas en nuestro número 4, y nos lisonjea la consideracion de que ellas seràn enteramente satisfactorias; por que estamos persuadidos, que la ingenuidad moverá sus plumas, y la integridad resplandecerà en sus respuestas.

Tampoco dudamos que el Tribunal de Medicina deje de tomar en consideracion este asunto, porque es tan inherente à su ministerio, y no debe desconocer las ventajas que resultaràn al país de la ventilacion de nuestras razones, para formar un juicio exacto, sobre lo mas interesante à la felicidad de los hombres. La autoridad de que hablamos, ha dado pruebas de que sabe cumplir con su ministerio; y esta es otra razon que nos impele á no dudar de que tome parte en una materia tan peculiar à su institucion.

Las últimas obras impresas en París, nos presentan el mejor resultado en favor de la verdadera Medicina curativa como en toda la Francia,despues de haber luchado tanto tiempo contra sus antagonistas En Pavia, y otras muchas ciudades y pueblos, goza de la mayor estimacion. En Madrid tiene mucha aceptacion. En Lima està del todo establecida, segun los impresos que últimamente hemos recibido. En Montevideo, tambien goza de una general aprobacion, como tambien en su campaña, à consecuencia de las infinitas curaciones que se han conseguido. En la Havana, ha destruido el *vómito negro,* que ha aflijido continuamente à sus habitantes, y por consecuencia se halla generalmente establecida. En esta República, así en Mendoza, como en San Luis, y otras provincias goza de tanto crèdito, que sus beneficios han llegado por escrito à nuestro co-

nocimiento. En fin; en nuestro mismo país, cuenta con mas de dos terceras partes de la poblacion en su favor. El pueblo de Buenos Aires, ha cedido à la evidencia, y ha dado su confianza à este mètodo demasiado benèfico, à pesar de los obstàculos que ha tenido que superar para propagarse.—Su campaña ha recibido un bien incalculable con *la verdadera Medicina curativa*, y à favor de sus repetidísimas curaciones, se halla generalmente adoptada.

Por todo lo espuesto, creemos firmemente, que el plan general de curacion de que tratamos, irà cada vez mas y mas formando un completo convencimiento en la imaginacion de los hombres, màxime si los encargados de la salud pública, nos ayudan, como lo esperamos, à su propagacion. Bien sabemos que la perfeccion de cualesquiera variacion, y mucho mas en una ciencia tan ligada con la felicidad de la especie humana, es obra del tiempo y del convencimiento; pero este se và adquiriendo á pasos agigantados con los repetidos casos pràcticos que justifican à no poderlo dudar la certidumbre de los principios que proclamamos; y supuesto que los sucesos no se dàn lugar unos à otros en favor de esta verdad, no podemos racionalmente dudar que los encargados de la salud del pueblo no se decidan en obsequio de ella por la justicia de nuestra causa, consultando el sentimiento íntimo de su conciencia, la cual debe pronunciarse constantemente en favor de

la verdad. Por tanto, nos preparamos à recojer el fruto que debemos esperar, supuesto que la razon siempre ha vencido y vencerà.

¡ Que cosa mas laudable, que propender á la conservacion de nuestros semejantes ! ¡ Que satisfaccion mas dulce que la de propagar la luminosa verdad de que depende la conservacion de nuestros dias ! ¡ Que de bendiciones no recibiràn de la posteridad aquellos à quienes se debe la institucion del plan ó mètodo en cuyo apoyo escribimos ! ¿ Y abandonariamos un objeto tan noble por temor de la envidia ? No ; nuestros votos serán constantemente los de contribuir cuanto mas podamos à que nuestro país goce de los bienes que *promete la verdadera Medicina curativa.*

Desde que los enemigos de sus principios se muestren dóciles al convencimiento que arrojan todos los dias los sucesos ; desde que los que hasta ahora los ignoran, empiecen à tomar en consideracion la verdad que constantemente defendemos ; podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que *la verdadera Medicina curativa* se verà establecida con el mayor esplendor ; de tal modo que ninguno quede sin gozar de los bienes que ella ha proporcionado à tantos infelices, que ha hecho retroceder del borde del sepulcro.

A pesar de la invitacion franca y decidida que hemos hecho en nuestro número 4, à los

señores profesores para que se sirvan contestarnos à la preguntas que hacemos en el artículo con que principia, no tenemos aun la satisfaccion de recibir respuesta alguna. Por esto nos hemos decidido à ventilar este asunto.

En cuanto à la primera pregunta, no hay mas que leer *los casos prácticos*, que continuamente insertamos, para conocer la eficacia demasiado probada de *la verdadera Medicina curativa*. En cuanto à la segunda responderà por nosotros el capítulo XI del *Charlatanismo* que traducimos literalmente à continuacion; y de la tercera y cuarta pregunta nos ocuparemos en los siguientes números.

TRADUCCION.

"SI LA MEDICINA EJERCITADA COMO HA SIDO HASTA AHORA, OFRECE GARANTIAS A LA SOCIEDAD.

Un arte que no reposa mas que sobre conjeturas, segun dicen aquellos mismos que lo ejercen ¿puede ofrecer à la sociedad otra cosa, mas que *conjeturas* por garantia? ¿Y como es que la ciencia que debia ofrecer la mas, la ofrece menos?

Desde aquellos que se dan el título, ó que la voz pública pone al rango de los grandes maestros, hasta el último *mediquillo* de Aldea, no echo de ver mas diferencia que un poco mas, ó un poco menos de esta gerigonza científica, con la cual se arroja polvo à los ojos del vulgo ignorante.

El mèdico de ciudad, llamado á la caas del campesino enfermo, reforma ó enmienda algo en las prescripciones del cirujano de aldea. Vuelve à subir en su carrocin despues de haberse hecho pagar gruesamente y deja à los interesados en la suerte del enfermo este último consuelo: *tal vez escapará; es lástima que no haya sido llamado antes.* Pero la tal *escapatoria* nada menos es que *una garantía,* al paso que no hay oficio alguno en la sociedad que no la ofrezca mas ó menos segura de parte del que lo ejerce.

¡Pobres enfermos! Ademas del peso de los dolores que sufrís, estais al cabo sentenciados à sujetaros à ciegas à la ley del capricho y de la ignorancia que especulan con la duracion de vuestras penas. ¿Què es lo que pedis à vuestro mèdico? La salud.—¿Què recursos teneis contra èl sino os la dà; y si por desgracia sucumbís bajo los golpes del mal, ó de los de su impericia?—Ningunos.—Con la ley en la mano, el notificarà à vuestros herederos que le pagueis sin regatear la cantidad prefijada por haberos llevado al sepulcro....¡Ved ahí *la garantía* que os està ofrecida!!!

¿Es verdaderamente aquella que os ofrece el Arquitecto, ó el empresario à quien encargais de construir ó componer vuestra habitacion?—Si el edificio cuya construccion ó reparacion le habeis confiado no està construido ó reparado conforme à las reglas del arte, queda el per-

juicio para èl. Los gastos de construccion y los daños que resultan de su impericia quedan por su cuenta. Un retratista encargado de dibujar la semejanza exacta de un hombre, perderà su trabajo, sino acierta à retratarlo. El mas ínfimo de nuestros artesanos, queda responsable à la construccion de la obra que se le encarga. Sino ha llenado los deseos del que la mandó hacer, ó se queda con ella, ó està expuesto à una rebaja considerable.

¿ Pero adonde nos conduciràn semejantes principios? ¿ Podrà decirse que sean aplicables en su especie?....Suspendamos su desarrollo; para su aplicacion habrà despues lugar, y tal vez entonces no dejarà de ser juiciosa. Por ahora, volvamos à nuestro asunto, al punto principal de la cuestion; esto es, *al defecto de garantía.*

¿ Cual nos ofrece esa turba de jòvenes lanzados en medio de la sociedad con un pergamino en la mano que les dà derecho de vida y muerte, sobre los miembros que la componen?—Estudios, exàmenes, y grados de nuestras academias. ¡ Bueno! Admitamos por un instante, que el anfiteatro de la escuela los vea tan à menudo como el de *las variedades divertidas* (1); que el *escalpelo* y el *bisturí*, siempre en movimiento, les haya facilitado conocer el juego de los músculos, la accion de cada uno de ellos, de las

(1) Teatro de París.

menores fibras, arterias grandes y pequeñas; sus situaciones respectivas, su correspondencia mutua, y sus comunicaciones. Todo eso es bello y admirable; se puede hablar dos ó tres horas, sobre estas cuestiones algo ociosas, y hacer alarde de memoria y volubilidad en la locucion, sin haber por eso adelantado mucho en el grande arte de curar. Añadamos à esos conocimientos anatómicos, un curso de química; porque es de suma necesidad que un jóven mèdico, que deja los bancos de la escuela en que ha asistido à las lecciones de los grandes maestros, tenga una mediana tintura de ella. Y ¿con que cara se atreveria à presentarse ante las juntas sociales, sin tener siempre disponibles para un caso urgente los tèrminos de *alkalì, gaz, azoe, muriate, sulphate de magnesia, carbonate de potasa*, &c. &c., y una llana de &c.? Mas; debe tambien tener una leve tintura de *Lineo* sobre la clasificacion de las plantas; y últimamente un curso de medicina *Clínica* en uno de nuestros primeros hospitales.

Es bueno y útil, que cada cual sepa lo que significan esas voces—*Medicina Clínica; Profesor de Clínica. La Medicina Clínica,* es la que se ejercita à la cabecera de un enfermo; y el que la ejerce ó la practica en nuestros hospitales, acompañado de un cierto número de practicantes, *es Profesor en Medicina Clínica.* Tan vivo como un capitan de húsares, el profesor corre en un abrir y cerrar de ojos las cinco

filas de camas de una sala, fuera del alcance de la vista. Los alumnos mas privilegiados estàn à su lado, y debe ser así; los otros le siguen de lejos y no oyen mas que la mitad de lo que pasa. *Las tablillas,* no presentan mas que el bosquejo de unas prescripciones informes....es preciso llenar las lagunas como mejor se pueda.

El doctor toma el pulso à este, encuentra fiebre y ordena *tisana y dieta;* hace sacar la lengua à aquel y prescribe un purgante para el dia siguiente; al uno caústicos en los brazos, à otro la mostaza à los pies; à algunos la media racion, y à esotros (cuando les queda un poco de religion) los últimos sacramentos. ¡Pobres hombres! ¡pobres enfermos! (1)

---

(1) Un cierto profesor *en Medicina Clínica,* haciendo su visita en el *Hotel Dieu,* (Hospital) de una de nuestras ciudades de provincia, habia ya corrido media fila de camas donde yacian pobres desgraciados que no aguardaban mas que la salud, y este hombre del arte, todavía no habia ordenado cosa alguna. La monja guardíana de la sala, que lo acompañaba para recojer sus órdenes y prescripciones, se permitió sacarlo de su estraña y meditada distraccion, diciéndole que aguardaba sus órdenes relativamente á los enfermos que habia pulsado, y á quienes habia hecho mostrar la lengua....“¡Oh! V. dispense, querida hermana; ,, (así se llaman las monjas que sirven en los hospitales de ,, Francia) estaba profundamente engolfado en la compo- ,, sicion de una pieza poética, cuya lectura tengo que hacer ,, esta noche en la reunion que se tendrá en casa del pre- ,, fecto.” (¡ Dios nos libre de médicos embutidos en la *metromania!)*

....Señor autor, V. me dispensará; pero debo adver-

Con tales lecciones tomadas ó recibidas con tanta precipitacion ¿ cual es, pues, el jóven mèdico bastante osado para presentarse, con solas sus luces, à la cabecera de un enfermo, y dictar órdenes ? ¿ Acaso con una arma tan dèbil osarà avanzarse à combatir la muerte ? ¿ Y se cree de buena fé que esta temerà mucho à un campeon de esta clase ?......Luego, *los estudios de vuestra primera época de la vida, no ofrecen garantía alguna suficiente á la sociedad.*

......¿ Se hallarà *en vuestros exámenes ?* ¿ Quièn mejor que vosotros està en el caso de sentir y valorar su nulidad ? ¿ Què exijen de vosotros vuestros examinadores ?—Una poca ciencia (pues ès preciso no ser injusto ;) pero el dinero no es allí, mas que en otras cosas, un mueble inútil. Se sabe muy bien, que tal número de iniciados ó aspirantes à los grados, dà la cantidad de....cada trimestre, ó cada año ; es mas lucrativo usar indulgencia, que demasiada severidad, y puede, debe haber, y hay

---

tirle que se le olvida hablar de las famosas juntas, en que se decide de la vida ó muerte de un enfermo, en estado crítico. ¿ De que tratan allí ?—De asuntos políticos ; de las noticias del dia. ¡ A cuantas juntas han asistido (se entiende á 4 pesos cada una) mas bien para lo que se les ocurre, que para el asunto que, por parte del enfermo, las ha motivado !.... Despues nombran á uno para qne quede asistiendo al enfermo, y que siga con el mismo plan.—Esto no negará V. señor autor, por mas incrédulo que sea, por que lo he presenciado, no una vez, pero sí diez ; y veinte tambien.

acomodamientos con la facultad. (1) Hubo tiempo, y no està muy distante, en que la interrupcion de los estudios en nuestros colegios, habia puesto à los viejos doctores en la necesidad de rebajar un poco el rigor de las fórmulas antiguas. La lengua admitida en otros tiempos, era solamente *la latina* en los exàmenes. Por motivos conocidos se derogó esta ley; pero se ha creido que la dignidad exijía la vuelta de los viejos usos y el recuerdo de que la lengua de los antiguos dueños del mundo, no pegaría

---

(1) En una ciudad donde existe un colegio medicinal de recepcion de los jóvenes estudiantes ó aspirantes al derecho de ejercitar el arte de curar, un alumno habiendo hecho regulares estudios, se presenta para ser examinado. Se permite citar en latin algunas frases de *Galeno*, en comprobacion de lo que vierte. El superior del colegio, un poco enmohecido sobre el particular, ó porque no hubiese aprendido esta lengua, ó porque el defecto de ejercicio se la hubiese hecho pasar por alto, le apostrofó en estos términos: "Apreciable jóven: bien vemos que está V. muy impuesto; quedamos ampliamente satisfechos; está V. recibido y bien recibido. Dentro de muy poco tiempo su título le será despachado."—No hay necesidad de preguntar, si el colegio medicinal participó de la resolucion del señor presidente.

Un profesor en medicina, decia á un jóven, que durante su curso de estudios se habia entregado á diversiones que no cuadraban con la profesion de médico. "Yo conozco á su padre de V., es amigo mio; le ha gastado V. mucho dinero: *en el dia que está V. recibido de doctor, espero que estudiará V. la medicina.*".... *Aviso al lector que piensa.*

mal en las Tesis públicas ni en los exàmenes; y que antes por el contrario contribuirà à dar realce al nuevo mètodo de recepcion. ¿Què ha sucedido?—Las Tesis, antes escritas y discutidas en latin, en el dia son escritas y discutidas en el idioma del país; pero por respeto al uso antiguo se cita al fin de cada una, cinco ó seis aforismos de Hipócrates conformes à la version ó traduccion latina que se ha hecho. Entretanto el texto original està bien adonde està; en el polvo de las librerias.

Un jóven doctor, que las mas veces no sabe palabra de latin, vuelve à su provincia; inunda el paraje donde ha resuelto fijar su residencia, con una disertacion impresa por *Didot*, en caracteres brillantes, y sobre papel vitela. La obra es demasiado mesquina para merecer el honor de ser encuadernada; pero un bello papel rosado estimula la curiosidad; cualquiera desearà ver lo que se encierra bajo tan bonita carpeta. El opúsculo se desparrama en los palacios de campo de la vecindad; no se olvidan todas las autoridades circunvecinas; los curas del distrito reciben tambien el homenaje del autor, y el de su científica produccion. ¿Estarà uno para creer, que esas *Tesis* ofrecen al lector un agregado de verdades útiles de las que son inherentes à la conservacion de los hombres?

Desengañaos; no es mas que una proposicion árida, aislada, y que no tiene base alguna;

una oscilacion de ideas, y opiniones inciertas y vacilantes; una nube de autores ingleses, escoceses, irlandeses, alemanes y teutones discordando de opiniones y de sentimientos, de los cuales, unos son por la afirmativa, y otros por la negativa. ¡ He aquí el cuadro que nos ofrecen las *Tesis* de este enjambre de jóvenes, que diariamente vienen de la capital à las provincias !—Ademas: una bella dedicatoria.... En otro tiempo era á personajes mas ó menos ilustres, mas ó menos distinguidos por sus cargos y talentos &c. En el dia es muy diverso; es à mi amigo, à mi hermana, à mi tía, à mi padre adoptivo, ó *á mi primo*; es à un niño aun en la cuna; luego serà à mi comadre; y ¡ quien sabe si algun dia nuestras remendonas y lavanderas no tendràn el honor de una dedicatoria !!!

¡ Cuantas cosas mas asombrosas quedan que decir !—Cuando la nueva organizacion de la Medicina en el año de 803, se han visto hombres hinchados de gloria futil y vanidad mezquina, que cansados del simple título de *cirujanos*, con que se habian considerado muy honrados durante muchos años, tuvieron pretensiones muy subidas. ¡ El título de *Doctor* en Medicina, tiene un sonido tan armonioso y tan lisonjero al oido ! ¿ Y que no se hace para conseguirlo ?—Por consiguiente han hecho el viaje de la capital; no se han sonrojado de mandar imprimir *Tesis* finalizadas con la rúbrica en latin, cuyos primeros rudimentos ignoraban. Las

han repartido con una profusion que hace piedad, en la misma villa donde su crasa ignorancia estaba conocida, à lo menos en aquel idioma, y han vuelto despues de una ausencia de ocho dias, investidos del título pomposo por el cual tanto suspiran.

Vuestros títulos y diplomas, no presentan pues, à la sociedad, mas que *una garantía ilusoria.* Luego ; una garantía que no ofrece mas que ilusiones, *no es garantía.*

Admitamos no obstante, que esta multitud de jóvenes que se desparraman de la capital à los departamentos, llevan consigo el buen deseo y la aplicacion à los útiles estudios ; que lejos del tumulto de una inmensa poblacion se dediquen en el silencio del gabinete á esa aplicacion de que resultan ó deben resultar las mas lisonjeras ventajas para aquellos que les dispensen su confianza, que cotejen mètodo con mètodo ; los principios de estos con los de aquellos ; mas arden naturalmente en el deseo de darse à conocer. Mèrito obscuro è ignorado, no es mèrito ; es absolutamente necesario exponerse á la luz del dia, porque cuando uno està en la obligacion de vivir en el mundo, es preciso connaturalizarse con sus màximas, lo mas que se pueda.... En horabuena ; pero el modo de hacerlo, no es el mismo en todas las cosas. ¿ Pues no serà bueno, ver à un mèdico lucir en los primeros palcos de nuestros teatros, y hacerse juez de nuestros actores, y de nuestras

comedias?—Un mèdico en un baile, sesenta años ha, hubiese sido una verdadera *caricatura*; en el dia, si habla bien, si es galan y caballero, es uno de los principales adornos de la reunion. Ahora pregunto, ¿si es, de buena fè, en el baile ó en el teatro donde se aprende à parar los tiros de la enfermedad, ó de la muerte?......¿Encuentra, pues, la sociedad en estos hombres suficientes garantias?

En una cuestion tan delicada, y que pone à la clara luz pequeños misterios que se hubieran querido envolver en un velo impenetrable, no dejarà de producirse el negro humor de esos hombres que no veràn sin pena el espejo de la verdad, reflectiendo, rasgo por rasgo, todas las maniobras, juegos de manos, y pequeñas astucias del oficio. Bastante tiempo han abusado de la sencillez de un crèdulo vulgo; la adhesion à la vida es la base de nuestra confianza en ellos, y muchas veces de su fama, porque si en seguida de los esfuerzos de la naturaleza, el enfermo resiste à los ataques de una enfermedad grave, no se deja de tributar el honor de la victoria al mèdico, y à las muchas visitas que habrà hecho. Aquí les damos una prueba de credulidad, de la cual estamos muy distantes de participar.

¡Censor tan importuno como exagerador!

¿Os figurais, pues, que un Mèdico tiene en su mano los destinos de los hombres, y que es el àrbitro de la vida y de la muerte?.... No; bien sè que la vida y la muerte estàn en las manos de Dios; pero sè tambien, que la vida puede ser dilatada y la muerte alejada por los medios que sugiere un Mèdico hàbil y experimentado. Nadie puede sustraerse à la ley de destruccion; està dada indistintamente para todos; y es preciso que todos nos sometamos à ella. Sin embargo, aunque la muerte sea natural al hombre, en el sentido que deba sujetarse à sus leyes, bien puede conocerse que la muerte que llega àntes de la vejez ó decrepitud es contra la naturaleza, y que los recursos del arte pueden dirigirse con suceso contra *la causa productiva*. Estais íntimamente convencidos de esta verdad. Cuando habeis abrazado esta profesion con preferencia á cualquiera otra, esta era, sino vuestra única idèa, al mènos una de las principales. ¿Por què pide el enfermo vuestro auxilio cuando se vè atacado de una enfermedad *aguda*? ¿Por què cedeis à sus instancias cuando os ha manifestado un ardiente deseo de veros à su cabecera? Este modo de proceder mutuamente; esta identidad de voluntades, ¿no es prueba evidente, de que exis-

ten remedios contra la enfermedad que pudiera traer una muerte prematura?.... Pero si, fluctuando en lo vago de las congeturas, abandonais à la naturaleza, demasiado impedida por el peso de los humores, ó debilitada por causas que no es aquí el lugar de nombrarlas, el trabajo demasiado penoso de salir por sí del embarazo, no empleando mas que vanos paliativos, cuya principal virtud consiste en no hacer mal ni bien; jamas sanareis à vuestro enfermo. Os apartareis mucho de vuestro fin, siempre que no tengais un punto fijo de salida; siempre que no conozcais bien el camino que habeis de seguir; y el fin à que debeis aspirar. No causareis mas que desastres siempre que vertais la sangre; ese motor de la vida; y que proscribais la evacuacion de los humores depravados, hogar de las enfermedades humanas. (1) Si,

---

(1) *La vida está en la sangre.* Esta verdad está consignada con todas letras en el mas antiguo y respetable de los libros conocidos. ¿Nos atreveriamos á decir que es una de las verdades que Dios se dignó revelar á los hombres por el órgano de *Moyses*, en el capítulo 17 verso 11 del Levítico: *anima omnis carnis in sanguine est?* El alma en esta frase se entiende por la vida, y no esa sustancia espiritual que distingue al hombre de un vil pedazo de materia. San Agustin, explicando este texto del *Levítico*, se produce en estos

pues, siguiendo vuestros antiguos mètodos y sistèmas *mas que góticos,* dejais perecer à vuestros enfermos en el principio ó à la mitad de su carrera vital ; resistis à la voluntad de la naturaleza, y mereceis que cada víctima que no habeis arrancado de las garras de la muerte, haga resonar dia y noche estas terribles palabras à vuestros oidos—

„ *Non sanasti: occidisti.*"

CORRESPONDENCIA.

Sres. Editores del Semanario.

Muy Señores mios—

El deseo de poder contribuir al objeto benèfico que Vdes. se han propuesto, me hace tomar hoy la pluma para instruirles de las curaciones que he practicado *con la Medicina curativa.*

Empezarè por la de un hijo que tengo de nueve años de edad, llamado *Mariano.* Este niño, à pesar de haber nacido sano y hermoso

---

términos : „ Nuestra vida está de tal modo encerrada en „ la sangre, que mantiene el calor natural y los espí„ritus que nos hacen vivir ; que se pierde la vida al „ mismo tiempo que sale toda la sangre del cuerpo." Aug. in Lev. quæstio 57. *Anima sanguine tenetur in corpore, nam si fuerit effusus absedit.*

en un parto de Gemelos, fue inficionado por las distintas amas cuyo pecho hubo de tomar, à tèrminos, que desde esa tierna edad manifestó los síntomas mas funestos en su salud. El no podia andar precipitado el ancho de una calle, sin que le causase una sofocacion: su sueño era tan inquieto y desasosegado que causaba afliccion el observarlo en la cama: una criatura de mènos de cuatro años atronaba la habitacion en que dormia con sus ronquidos y pesadillas; y finalmente le cargó una fluxion en la vista que nos hizo temer enceguecíese.

En estas circunstancias apelamos al Dr. *Montufar* para medicinarlo. El hizo entónces lo que, à mi parecer, tenía mas analogía con la enfermedad, segun los sistèmas que se seguian àntes del benèfico descubrimiento de *la Medicina curativa*: èl lo tuvo à obscuras por mas de dos meses en una habitacion abrigada, y le aplicó un caústico en toda la cabeza. Haciamos pruebas diarias de dejarle entrever algun pequeño rayo de luz, y al principio le causaban tales dolores que le arrancaban gritos espantosos; pero gradualmente se fueron mitigando esos dolores à favor de la disipacion que producian el abrigo de la habitacion y el rigor del estío, acompañado del desahogo de los humores, ocasionado por la continuacion del caústico de la cabeza. En este estado se me dió el niño por sano, mas no

quedaba sino modificada la fluxion irritada de la vista, quedando en piè todos los demas síntomas que he indicado; pues que apènas entramos al otoño, se renovó la misma fluxion en los ojos, con mayor vehemencia que nunca.

Felizmente yo me había impuesto ya del divino sistèma del inmortal *Pelgas*, escrito por *Mr. Leroy*, y ocurrí á la administracion de la *Medicina curativa*. Parecerà cosa increible, pero lo cierto es, que con solo dos vomi-purgas y dos purgantes del 2.° grado, administrados en cuatro dias sucesivos, bastó para curar ese niño radicalmente de todos los males que arrastraba desde los primeros meses de nacido. Su sueño, hasta el dia de hoy es el mas tranquilo y sosegado, no ha tenido, en todo el tiempo corrido do desde aquella fecha, ni un dolor de cabeza, ni un solo granito en todo su cuerpo; no se darà quizà otro niño de su edad mas voraz para correr y juguetear, sin sentir la menor fatiga; y en cuanto à la vista es un Lince, capaz de mirar de hito el Sol sin pestañar.

La segunda curacion que practiquè fue con un pardo, criado mio, llamado *Antonino Reyes*. Despues de mas de cinco años que arrastraba unos pujos de sangre que lo tenian postrado, cayó, por fin, en un estado tal de relajacion, que no le paraba alimento alguno en el estómago. Recibió todos los Sacramentos y el Dr.

Montufar, que lo asistia, desesperó enteramente de su vida; pero à favor de su juventud, y del gran cuidado que se tuvo en sus alimentos y demas asistencia, consiguió conservar por algun tiempo mas una salud achàcosa. El no podia tomar otro alimento que líquidos, se le prohibió todo licor, el que anduviese descalzo, que se mojase; y en fin, el criado no quedaba bueno sino para vivir en el estrado. Pero á pesar de seguirse con èl todo el sistèma prescripto, volvió la misma enfermedad à los pocos meses con peores síntomas que nunca. Ocurrí entónces à la *Medicina curativa*, y con cuatro vomi-purgas y ocho purgantes del 2.° grado que tomó en doce ocasiones, y con intèrvalos de uno y de dos dias quedó tan sano que no ha vuelto à tener un dolor de cabeza, à pesar de haber hecho la campaña del Brasil à bordo de una cañonera en clase de grumete, y hoy dia es capaz de beberse una azumbre de aguardiente, sin mas resultas que el embriagarse.

La tercera curacion que practiquè fuè con un niño de diez años, que estaba al cuidado de *Doña Barbarita Salas*, prima hermana de mi esposa.—Este niño tenia un tumor sobre el espinazo mas grande que un huevo de avestruz, y mas duro que un pedernal: tres facultativos lo habian asistido, y lo habian abandonado del mismo modo; y hacian ya mas de dos años que

el niño no podia pararse sobre sus pies, ni podia moverse sino arrastràndose por el suelo, ó gateando.

Cuando Doña Barbarita Salas se acercó à mí para informarse sobre el modo como podria administràrsele *la Medicina curativa*, y me hizo ver el niño al mismo tiempo, la dije si creía que la Medicina pudiese hacer milagros.—Con todo, por no dejarla desconsolada la propuse que se la diese de un modo suave, pues que aun cuando no se obtuviese el resultado que ella deseaba, no le habia de causar daño alguno.—Así lo practicó *Doña Barbarita*; mas habièndose observado que à las cuatro ó seis tomas del purgante del segundo grado el tumor se habia hablandado mucho, y que se habia achatado un tanto, concebimos las mejores esperanzas de una curacion completa.—Con efecto; antes de las veinte tomas ya el tumor se habia disipado completamente; el niño empezó entonces à caminar solo y por sus pies largas distancias, y el barrio entero, que hacia dos años largos que no lo veia sino gateando por el estrado, se asombró de aquel milagro.—Hoy dia es ya un mocito hecho y derecho, útil para todo trabajo, y vive reconocido à mi favor y à *la eficacia de la Medicina curativa*.

La cuarta curacion fuè con un dependiente mio llamado *D. José Sueldo*, natural de Tucu-

man.—Tenia dicho mozo una ulcera muy antigua en una pierna, y de tan mal caràcter, que le habia penetrado hasta el hueso.—A las tres tomas del purgante del segundo grado el caràcter de la ulcera varió enteramente: la callosidad de sus bordes desapareció, la llaga tomó un color encarnado y hermoso, y empezó à subir la carne desde la profundidad de pulgada y media que tenia la ulcera, y à las 20 tomas ya estuvo completamente curado.

La quinta curacion fuè *á mi esposa.*—De resultas de muchos partos, y sobre todo del último en que dió à luz dos Gemelos, y tambien de una caida que dió en el suelo sobre las caderas, la sobrevino un flujo de sangre que la llevó al borde del sepulcro.—Los facultativos que en junta la asistieron juzgaron su situacion del mayor peligro, y en esta ocasion fuí deudor à la entereza del facultativo de cabecera de la conservacion de los dias de mi compañera.

Con los baños de agua fria la entonó, contuvo el flujo, y dió lugar à su restablecimiento, pues estaba ya tan estenuada, que parecia un cadáver; mas no quedó radicalmente curada. Ella no podia hacer una larga caminata, ni comer picante ni salado, sin sentir en el interior ardentias insoportables.—Al cabo de algunos meses se volvió à presentar dicho flujo de sangre, y entonces acudí yo mismo à los purgantes

del segundo grado. A la primera y segunda toma el flujo se aumentó considerablemente, acompañado de cuajarones de sangre corrompida y fètida; mas à la tercera empezó à disminuir, y à la cuarta desapareció completamente.—El quinto dia hizo una caminata de mas de 30 cuadras sin esperimentar la menor novedad; y sigue lo mismo hasta el dia de hoy, aunque tome salados, picantes ó licores, y aunque ande à pie leguas enteras.

En enero de 1826, cayeron enfermos de la fiebre maligna, que llevó tantos jóvenes al sepulcro, tres hijos mios; todos en un mismo dia, y con los mismos síntomas.—El uno de ellos era *Juliancito*, como de 7 à 8 años de edad; y los otros dos eran *Máxima y Casiana;* la primera de unos quince años, y la segunda de 14.

Acudí inmediatamente á *la Medicina curativa.* El niño *Julian* tomó cuatro tomas del purgante del segundo grado en los cuatro primeros dias, y en el quinto se levantó bueno y sano à jugar como siempre.—Pero respecto à las niñas, yo no pude conseguir que tomasen sino tres tomas, una del vomipurga y dos del purgante, en el periodo de los siete primeros dias.—Con todo, sino habian triunfado completamente de la enfermedad, habian conseguido ya el reducirla á una pequeña sombra de lo que fuè en su principio, y yo esperaba que en el segundo periodo

bastasen una ó dos purgas mas, para acabar de triunfar de ella; mas era tanta la repugnancia que esas niñas tenian à la toma de la Medicina, que me hicieron decidir à llamar un facultativo para que siguiese, con otros específicos menos ingratos al paladar, el sistema de evacuantes.

Así se lo hice entender al facultativo que llamè, y èl me protestó ser un gran partidario de ese sistema.—A consecuencia, pues, de esta aprobacion, yo le entreguè las dos niñas, habiendo vencido ya el primero y mas peligroso periodo, en esa clase de enfermedades *agudas*, con una mejoría casi completa.—Por las noches no habian necesitado de ninguna asistencia, pues que las dormian tranquilas; se les habia despejado ya la cabeza, á tèrminos de no apetecer sino compañía y con quien conversar; y tenian el vientre blando y la traspiracion corriente.

Pero, la primera cosa que las recetó el facultativo fueron *orchatas de pepa de sandía, y agrazadas, ó refrescos de agraz.*—En vano fuè oponerme à ellas, arguyèndole con los principios que habia leido en la obra de *Monsieur Le-Roy*: à todo me contestaba, que supuesto que hacia ya mas de 24 horas que habian tomado la Medicina, ya el estómago la habia digerido y espelido; y mil otras cosas de este jaez, en lugar de haber pedido una junta, siquiera por delicadeza.

Cuando las niñas oyeron hablar al facultativo de un modo que las halagaba, en vano fuè presentarles el espectàculo de su hermanito, que por haber sido mas dócil en tomar la Medicina andaba ya jugando bueno y sano; ellas empezaron à clamar por refrescos, y toda mi familia se cegó à tèrminos de no bastar despues à desengañarlas los funestos efectos que sobrevinieron inmediatamente.—Esta primer noche la pasaron ya en una inquietud, que fuè preciso velarlas, y succesivamente se fueron declarando la fiebre, el delirio y últimamente la convulsion.

Una noche me sorprendió el mismo facultativo en un fuerte altercado con mi familia, reducido á sostener; que las niñas se morian sin remedio sino se volvia prontamente al sistema de evacuantes; pero que la enfermedad habia tomado ya tal caràcter, que yo no me determinaba à verificarlo por mí solo, sin que precediese antes una media junta con el Dr. *Carrasco.* El facultativo entró à la habitacion despues de haber oido todo mi altercado, que le repetí de mi boca, y en vez de apoyar mi pensamiento, siquiera sobre la media junta para su propio descargo, procedió à pulsar à las enfermas y à propalar tal mejoría en ellas, que toda la familia se sublevó contra mí por la manía que decian me habia dado de que las niñas iban peor.

Por la mañana del siguiente dia vino el facultativo muy temprano, y despues de haber

reconocido á las enfermas, procedió à dar un abrazo à la madre, à presencia mia y de muchas personas, porque las niñas estaban ya fuera de todo peligro, con lo que me hizo callar enteramente respecto à mi pretension de una junta, à pesar de que la convulsion era tal, que les temblaba todo el cuerpo.—Mas cuando el facultativo volvió en esa misma noche, ya la gangrena de la niña mayor saltó à la vista de todos en un grado muy intenso.—Entonces le preguntè yo, si era posible, que la gangrena hubiese tomado aquel cuerpo, no habièndose manifestado por la mañana ningun síntoma; y èl me contestó, que ya tenia algunas pintitas en la lengua.—Lleno de la indignacion mas justa contra un proceder de tan mala fè, tratè à ese facultativo como merecía, à presencia de muchos testigos; y atolondrado entonces, hizo tomar à la enferma un purgante de la Soda-Water, y la hizo sacar y poner en una corriente de aire, en la que se hubiese quedado muerta si èl mismo no la hace sacar corriendo, y sino se ponen en pràctica todos los recursos para entrar su cuerpo en calor.—A esas horas no fuè posible reunir la media junta, porque el Dr. *Carrasco,* que era el que yo quería, no se halló en su casa; pero quedó acordada para la mañana del siguiente día.

Empezose la junta cuando la niña mayor estaba ya *en las agonías de la muerte*; y reconocida la menor, se halló tambien con las mismas pintitas en la lengua, que habia tenido la mo-

ribunda en la mañana precedente. En este estado de cosas el mèdico de cabecera insistia todavía en que la niña mayor estaba tan mejorada ,, *que si fuese esclava la compraria seguro de no perder su dinero ;*" y esto lo decia y lo repetia à voces delante de una inmensidad de testigos, que la miraban agonizando.

Entónces el Dr. *Carrasco*, que hasta allí se habia resistido à hacerse cargo de ninguna de las dos niñas, me dijo: en cuanto à la mayor siga V. con los remedios del compañero, seguro de que ni con ellos ni con otros se puede ya librar de la muerte en cuyas agonias se halla. Trate V. tan solo de mudar de este lugar inmediatamente la cama de la otra para que no presencie la muerte de su hermana, y se pierdan las pocas esperanzas que de ella tengo; y dèle V. esa toma de purgante. En efecto, apènas tuvimos lugar de pasar su cama à la habitacion inmediata, y los facultativos no habrian andado seis cuadras, cuando la que estaba tan mejorada ,, *que si fuese esclava la hubiese comprado el facultativo que la mejoró, seguro dè no perder su dinero,*" *espiró.*

A las cuatro horas que la menor habia tomado el purgante que le recetó el Dr. *Carrasco*, le sobrevino un parasismo, de que no se creyó que volviese, y se le puso la Santa-uncion; mas habiendo vuelto à dar señales de vida pidió el vaso, y con los sudores frios de la muerte llenó la escupidera de cuajarones de sangre corrompida, y quedó, al parecer, un tanto aliviada de

la convulsion. Se le dió sobre la marcha otra toma de purgante, que le produjo otro parasismo; y, vuelta de èl, otra espulsion considerable de panes de humores blancos y corrompidos. Se continuó este mètodo por unos cuantos dias consecutivos, y algunas veces decia que se abrasaba al largo rato de haber tomado una dósis de purgante, mas en estos casos se le daba, sobre la marcha, otra dósis igual, y se quedaba tranquila pidiendo al poco rato la escupidera. En resúmen, por espacio de ocho dias la tuvimos batallando continuamente con la muerte, y cubierta del sudor frio y espeso que suele precederla.

Al cabo de esos ocho dias la enfermedad hizo su última crisis fijàndose el resto de sus humores corrompidos en la espalda, sobre el hombro izquierdo, en donde apareció como un tumor empedernido y tan dolorido, que no podia sufrir que ni la sàbana se lo tocase. Desde el momento de la aparicion de ese tumor, se redoblaron los esfuerzos del Dr. *Carrasco* por destruir las materias que lo formaban. Vomi-purgas repetidas y cataplasmas para llamarlo por supuracion à la superficie del cuerpo, se le aplicaron por espacio de cuatro dias; mas, viéndose que aquel tumor no queria ceder se ocurrió à abrirlo, y entónces espelió cantidad considerable de humores que apestaban, quedando perfectamente sana desde aquel momento, para no esperimentar mas dolencia hasta el dia de hoy. De este modo terminó la tragedia de mi familia en 1826, viendo yo inmolada en la flor de sus años

la hija mas digna de ser llorada, no solo de su padre, sino tambien de cuantos la conocian.

La que sobrevive llama hoy dia, con sobrada razon, „*mi segundo Padre*“ al Dr. *Carrasco*. Con efecto, no hay expresiones con que recomendar bastantemente el empeño que tomó este filantrópico facultativo en salvar esa víctima de la ceguedad ó del empeño de desacreditar la Medicina curativa. Hacia ya mas de diez y ocho meses que, à pesar de ser muy numerosa mi familia, yo no habia llamado ni à ese ni à otro facultativo, pues yo sanaba, como sigo hoy sanando, à todos los individuos que la componen, con solo seguir el sistèma del divino *Pelgas*, pero bien à mi costa fue castigado el ejemplo que yo trataba de dar à todos los padres de familia.

Es de Vdes. &c. &c.

(*Firmado.*) SALVADOR CORNET.

Calle de la Plata, núm. 426.

La estrechez de nuestras pàginas, y la abundancia de materiales que poseemos, no nos permite reflexionar sobre el anterior remitido; pero su claridad manifiesta al público sensato, los principios fundamentales; juntamente los benèficos efectos de *la verdadera Medicina curativa*, ya esplicados en la obra recientemente publicada por el Profesor en Medicina y Cirugía *D. Pedro Martinez*. ¡ Desengañaos antagonistas inermes, à la vista de los hechos ! ! !

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

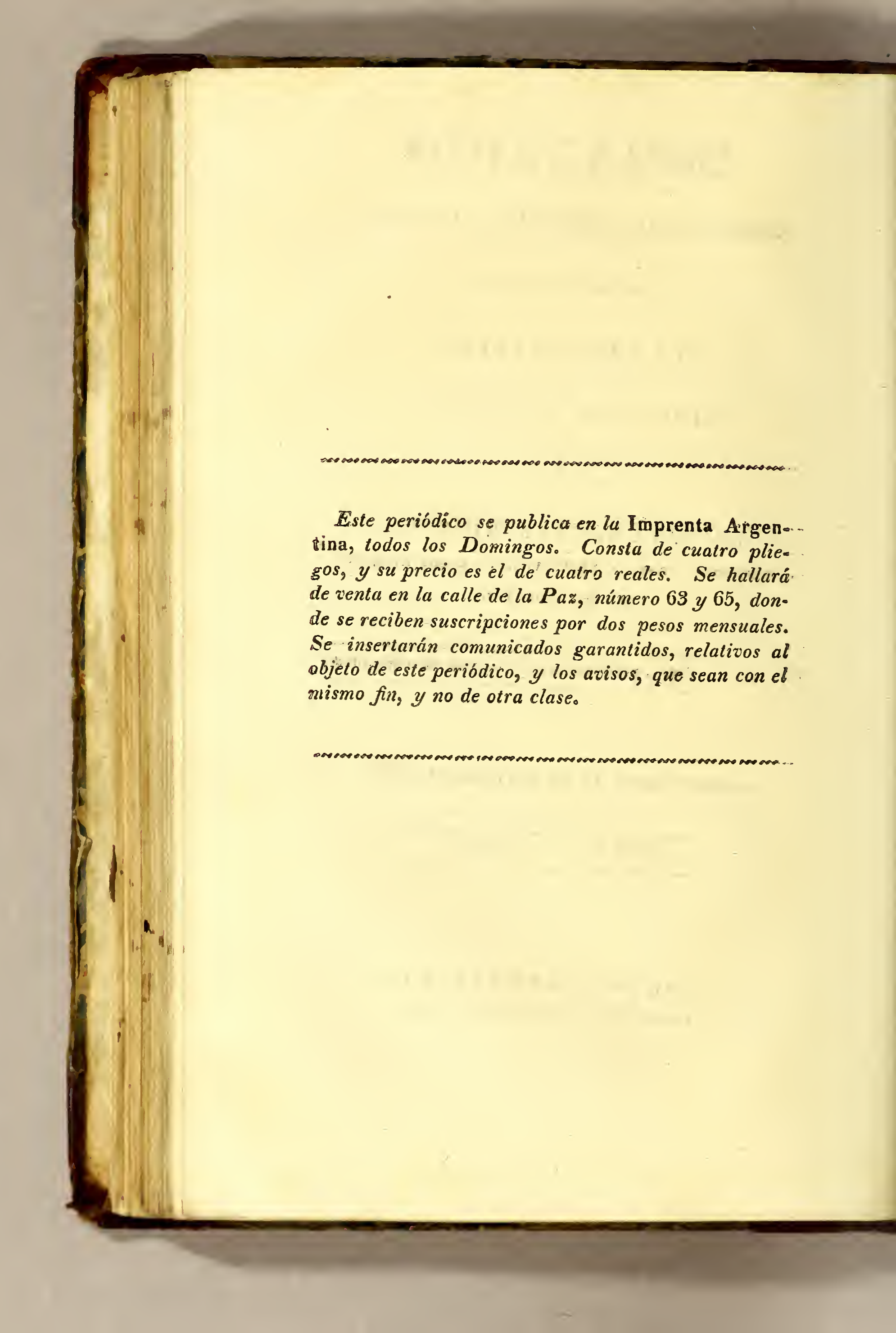
DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

BUENOS-AIRES, 11 DE OCTUBRE DE 1829.

[NUM. 7.] [TOM. 1.°]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.



Este periódico se publica en la **Imprenta Argentina**, *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, número 63 y 65, donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

CONVENCIMIENTO, Y RESOLUCION QUE DEBE HABER AL TOMAR LA VERDADERA MEDICINA CURATIVA.

En las enfermedades crónicas, en que se necesita muchas veces repetir continuamente el uso de *la verdadera Medicina curativa*, ordinariamente se esperimenta una aversion ó repugnancia, que acaba por desvanecerse à medida que el enfermo va recuperando la salud.

Muchas veces esta repugnancia se siente al tomar la medicina; otras al verla, y hasta el nombrarla ó pensar en ella, causa en algunos un estremecimiento estraordinario. Lo moral obra sobre lo físico, y lo físico sobre lo moral. No solamente se dede atribuir, segun nuestro sentir, la repugnancia à la falta de analogía entre la parte humoral y la medicina, sino tambien al recuerdo de las sensaciones que otras veces se han esperimentado al tomarla, y à la especie de obligacion en que se està, si uno quiere curarse del mal que lo aqueja. Todo lo obligatorio, es mas ó menos repugnante con el tiempo. Si à un individuo se le hiciese tomar diariamente un plato esquisito por obligacion, acabaria por repugnarle. ¿Què estraño es, pues,

que con una medicina suceda lo mismo? Sí à los enfermos se les administrase cualquiera de los otros evacuantes conocidos, constantemente, sentirian sin duda una aversion mas invencible, en razon de ser de peor sabor que los prescriptos en la *verdadera Medicina curativa*. Son mucho mas felices en sus curaciones los esclavos de los hombres de fortuna en esta parte que sus mismos amos. Estos, acostumbrados à un trato mas fino, suelen postergar el uso de la medicina cuando les viene la repugnancia, y esto les hace prolongar sus incomodidades y retardar su curacion, mucho mas si tienen la debilidad de creer que con el dinero se compra tambien la salud. No sucede así en el siervo; à este el amo le ordena tomar la cantidad prefijada, à la hora precisa; si no le obedece, le amenaza, y se hace respetar; el siervo toma la medicina, y recibe un bien, que no ha recibido el rico, por que no tiene quien le obligue. Como la medicina, haciendo sus efectos poco importa que se tome obligatoriamente, el criado sana, y el amo queda enfermo. He aquí de que modo en las enfermedades suceden muchas veces los atrasos, y la dilatacion de los dolores de un paciente.

Muchos males resultan de postergar la curacion, sea por estos motivos, ó por otros; y uno de los mayores para esa clase elevada es,

que dejando tomar cuerpo à la enfermedad, mayor numero de dosis se tiene que usar despues, y mayor repugnancia debe naturalmente sentirse.

¿Y por què luego que se sienten los primeros síntomas de una enfermedad, no acudimos à destruirlos con el uso de *la verdadera Medicina curativa?* Evacuando desde luego los humores que empiezan á depravarse, nos veremos libres de hallarnos despues en situacion que por su naturaleza exija fuertes y repetidas dosis, y por consecuencia tambien fuera de la incomodidad, no mui pequeña, de batallar con la aversion y asco que se observa esperimentan los enfermos en las enfermedades de dilatada curacion.

Pero si por desgracia, por no haber acudido à sofocar el mal en su principio, con el uso bien reglado de la *Medicina curativa,* nos viesemos precisados à tomar, para conseguir la salud, un número crecido de dósis, y esperimentàsemos la repugnancia ; en este caso es donde mas que nunca debe obrar el convencimiento, y el enfermo que arrostre con firmeza esa repugnancia que se presenta como enemiga de su restablecimiento, y con una resolucion incontrastable, continúe el règimen curativo segun està prescripto, triunfarà indudablemente del mal, que quiere conducirlo á la tumba. A esa firme è inaudita resolucion que indicamos, es à

la que tantos miles de pacientes deben su curacion, ó al menos la prolongacion de la carrera de sus dias.

¿ Pero, cuantas personas hai en el mundo, aun de aquellas que estàn convencidas de la eficacia de la *verdadera Medicina curativa*, que se debian obligar lo mismo que à los esclavos, para que apreciasen, como se debe, su existencia ? ¿ Cuantos hombres hai à quienes no les hace fuerza la conservacion de su vida ? ¡ Y cuantos degradan así la calidad de racionales !...

Los hechos valen sin duda mucho mas que los vanos discursos. La esperiencia constantemente prueba, que la repugnancia ó aversion à la verdadera Medicina curativa, puede señalarse como un signo de curacion en los dolientes que padecen enfermedades crónicas è inveteradas ; y partiendo de esta reflexion, fundada en la certidumbre de la pràctica, cualesquiera debe combatir el asco con la esperanza de vencerlo al mismo tiempo que se vaya acercando su completo restablecimiento.

No dejarèmos aquí de observar, que no ha faltado persona que tratase de mesclar la *verdadera Medicina curativa* con *jarave de corteza de cidra, de limon,* ú otras cosas que la hiciesen mas apacible al paladar ; pero esto debe considerarse como una heregía Química ; de consiguiente *la Medicina* verdaderamente *curativa*,

no admite innovaciones. Es preciso formarse mucha ilusion para creerse capaz de reformarla; y el que cometa este yerro, si su enfermo se le muere, porque el que le asiste no quiere que le repugne el medicamento que le ha de dar la salud, no culpe despues à la medicina, porque su ignorancia es sola la causa de tal desgracia.

Contestacion a la tercera interrogacion hecha en el Num. 4.

Habiendonos propuesto en nuestro número 6 dar francamente nuestra opinion respecto à las cuatro preguntas hechas en *el nombre de la humanidad* à los señores profesores de la Ciencia Mèdica; y habiendo quedado comprometidos con el público á llenar este objeto, tomaremos por asunto en este artículo la respuesta à la tercera pregunta, pues que la primera y segunda se han contestado en el número anterior. Ella es del tenor siguiente:

—*¿ Qué garantías ciertas ofrecia la Medicina como se practicaba, sistemáticamente, antes que el inmortal Pelgas descubriese la única causa eficiente, morbífica, ó mordáz de las enfermedades ?*

Han dicho mucho á este respecto dos capículos del *charlatanismo desenmascarado*, que insertamos en los números 5 y 6 de nuestro *Se-*

manario, y el artículo 31 de la obra titulada: *Quinta esencia de la verdadera Medicina Curativa*; pero aun podemos añadir algo que nos conduzca à poner de manifiesto, que no ofrecia *garantía* alguna à la sociedad la Medicina practicada segun los sistèmas absurdos que ocupan todavia mucha parte de nuestras librerías.

¿Han señalado los fabricadores de sistèmas la única causa eficiente de las enfermedades?—No; esos señores, siempre han considerado por causa de una enfermedad, otra enfermedad; ó *una ó mas causas ocasionales, ó agentes promotores nocivos.* Partiendo de esta verdad incontrastable, y probada suficientemente; se sigue que no tiene la *Medicina Sistemática* base en que apoyarse. Los que la practican, carecen de fundamento fijo para pronosticar los resultados en la curacion de un enfermo; porque observan à su antojo ó al del sistèma que siguen; por consiguiente *no ofrecen ni pueden ofrecer garantía alguna á la sociedad.*

Uno de los autores que ha escrito menos mal sobre *Medicina Sistemática*, es el Dr. *D. Juan Manuel Venegas*, que publicó la segunda edicion de su obra en Filadelfia en el año de 1827, bajo el título de—*Compendio de la Medicina ó Medicina Práctica.* Este autor hablando de *causæ morborum pág.* 79 dice literalmente, que *la medicina se hace mas impenetrable por la doc-*

trina comun y confusa de las causas. Estas son sus mismas espresiones. El señor *Venegas,* dà, lo mismo que todos los sectarios del error, una enfermedad por causa de otra; v. g. dà por causa del *dolor nefrítico* la *inflamacion de los riñones* (pàg. 290.) ¿Y no le podremos preguntar, cual es la *causa* de esta *inflamacion,* de todas las inflamaciones, y de todas las demas enfermedades?

Visto es, que ningun fabricador de sistèmas señala la *causa única* y *eficiente* de los males que afligen á la especie humana, todos guardan un profundo silencio sobre ella; por consiguiente los mètodos de curacion fundados sobre conjeturas inmensas, como las que resultan de esta falta de conocimiento, no ofrecen seguridad alguna à los enfermos del acierto del mèdico que les asiste. ¿Y habrà *garantías* donde no hay *seguridades?*

Se nos querrà argüir con *las juntas* que se celebran cuando se teme del èxîto en la asistencia de un paciente. ¿Què cuadro es el que presenta una junta, segun se ha acostumbrado celebrarlas?—Unos hombres encerrados en una sala reunidos con el objeto de acordar lo que juzguen mas à propósito para desviar á un semejante suyo del camino del sepulcro. ¿Pero todos ellos reunidos no adolecen del mismo defecto de conocimiento con respecto à la

única causa eficiente, morbífica ó mordaz de las enfermedades, y al modo de desalojarla del cuerpo que padece? ¿Què estraño es, pues, que todos yerren? ¿Y no podrá suceder tambien, que el enfermo haya ya llegado á ser incurable por su abandono, ó por la impericia del mèdico que lo ha asistido desde el principio de la enfermedad? ¿Què *garantías*, pues, resultan de *las juntas?* Las mismas que de las *congeturas;* y ¿pueden considerarse tales *las sentencias de muerte* que se dan por fin de ellas, ó *las dudas,* en caso que se encuentre el enfermo en estado de aliviarlo?

Por otra parte: la divergencia de opiniones que resulta segun los sistemas que sigue cada Facultativo, es otra razon que desvanece la garantía que el enfermo pueda prometerse de la reunion de los conocimientos de todos los Profesores que componen la junta. ¿Sobre todo, se comprometen de un modo cierto à curar al enfermo en un determinado espacio de tiempo? ¿Se obligan á perder el derecho à la retribucion, sino lo curan, ó si se empeora cumplido el plazo prefijado?—No; luego no ofrece en conclusion la Medicina, como la ejercitan los prosèlitos de los sistemas que reprobamos, garantía ninguna positiva à la sociedad.

Nos parece que lo espuesto, es muy suficiente para dejar invenciblemente probado lo que nos-

propusimos al principio de este artículo; esto es, que la Medicina, segun los sistemas establecidos sobre bases construidas al antojo de sus autores, cuyos entendimientos se han perdido en el inmenso laberinto de la incertidumbre, no ofrece á la sociedad ninguna *garantía*, que dè al desgraciado paciente una esperanza sólida de que el Mèdico que le asiste lo sustraerà de los golpes de la enfermedad, y lo apartarà de la senda que conduce à la tumba.

Este es nuestro sentir; así nos lo dicta la conciencia confirmada por la exacta reflexion y la experiencia; y faltariamos al deber de escritores públicos, sino nos expresàsemos sobre un asunto tan delicado, con la ingenuidad que debe investirnos segun la posicion que actualmente ocupamos.—Entretanto, el primer asunto de interes público, *la salud de nuestros semejantes*, se mira por algunos con muy poca consideracion; nada pueden las voces de la verdad, en el ànimo de los que habian de propagarla; el silencio es la divisa de los encargados de ella; y el pueblo hasta el dia de hoy vè morir mas de los que debian!!!

Cotèjense nuestras razones con el instinto natural, puesto que los que deben contestarnos se callan; examínense los hechos que se registras en nuestras pàginas; prescíndase de pasiones è intereses secundarios à la conservacion de

nuestra existencia; y falle el público sobre el mèrito del artículo que nos ha ocupado.

Recomendamos à la atencion de nuestros lectores el capítulo del *Charlatanismo desenmascarado,* que traducimos à continuacion. El derrama una viva luz sobre lo que hemos publicado en nuestro número primero, hablando de lo que puede dañar la preocupacion en las enfermedades; y sobre las observaciones que se registran en el artículo que encabeza el presente. Ademas de las reflexiones que prometemos hacer sobre este asunto, quedarà mucho que reflexionar à los amantes de la humanidad.

Traduccion.

CAPITULO XIV.

„¿ ADOPTARÁN TODOS LOS RICOS ESTE METODO? "

La parte de la sociedad que, en razon de la educacion que ha recibido, parece estar mas al abrigo de los tiros de la preocupacion, es, en ciertos casos, aquella en que este azote ejerce mas imperio. La distancia que separa al rico de la clase ordinaria, no deja llegar hasta èl la fama de unas curas brillantes sino por medio de las mas grandes dificultades. Enseñado desde la tierna infancia à considerar al Mèdico como el conservador de la salud; acostumbrado como lo està à sus fórmulas; no puede entrarle en

la cabeza que exista algo que sea superior al mèrito del mèdico ; el cual, por otra parte, tiene la confianza del pueblo, ó al mènos, de las *primeras casas.* Si al Mèdico que està encargado del rico, se le habla de una curacion asombrosa, conseguida por el uso de este mètodo, no deja de esclamar, empleando todo el arte de la jugleria para inspirar un sentimiento de horror y aversion contra un proceder que cura con prontitud y eficacia,... *¿Lo piensa V...? V. quiere absolutamente matarse.... ¿Quiere V. por fuerza, que yo no vuelva á poner los pies en su casa?....* Y este hombre que ciegamente abandona el cuidado de su salud al Esculapio, que hace alarde de conocer su temperamento, se encamina ácia la sepultura, siguiendo los usos recibidos.

Sí; sería difícil pintar los tormentos que se dan, para impedir que la verdad penetre en las casas que tienen puertas parecidas à las de cochera. Allí es donde la astucia està como en su trono, y hace uso de todos sus recursos con el mas grande aparato; ademanes muy espresivos, gestos, declamaciones, propósitos atrevidos, y acompañados del tono de la persuacion, porque estàn seguros de no encontrar contradictores ; y el hombre opulento demasiado inclinado à distinguirse de la clase comun y que casi se avergonzaria de curarse con los mismos reme-

dios que el vulgo; cambia fàcilmente y cae en el lazo. Efectivamente: ¿como persuadirse que un Mèdico, cuya reputacion es tan estendida y pregonada en las principales casas, no tenga razon en contra de aquel cuya obra no se ha leido ni siquiera el título? Es preciso convenir en que el paso es resbaloso, y dificultosa la situacion, para esta clase de hombres que gustan de dejar à otro el mas importante cuidado; el de atender à la conservacion de una existencia atormentada por una infinidad de enfermedades diversas. ¡Cuesta tanto el desprenderse de antiguas preocupaciones!

Por otra parte; si hay precauciones que usar en la vida, tambien hay que tener presente muchas consideraciones. Tal sugeto que ha usado del mètodo del Sr. *Le Roy*, y con el cual le habrà ido muy bien, en la ocasion tendrà vergüenza de venir en ello; y se hace à sí mismo reo del crímen de ingratitud. Ultimamente cada uno quiere vivir en buena armonía con todos, y no enojarse con nadie. (1) Yo he co-

---

(1) El *qué dirán*, fué en todos tiempos un enemigo de *la verdad* irreconciliable. Esta proposicion es generalmente cierta, en religion, en moral, en política, y aun en la Medicina. Un padre de familia bien convencido, y del todo persuadido de la eficacia de este método, despues de haber arrojado durante muchos años, con él cantidad de bilis; una cierta tarde al anochecer, vino á hacerme una visita,

nocido à un hombre, lanzado (comò suele decirse) en medio de la buena sociedad, que habia visto por sus propios ojos el cambio, casi milagroso, obrado en la persona de *un hidrópico*, cuya incurabilidad absoluta era reconocida por el mèdico mas acreditado del pueblo. Enfermo desde 18 meses, ya el arte no tenia recursos en su favor; èl tampoco tenia esperanza ninguna. En semejante estado se sirve uno de todo; se agarra de todo; fuè entonces cuando se resolvió, por las instancias de los amigos, à usar de *la Medicina curativa*. En el tèrmino de *cuatro dias*, evacuó *cuarenta limetas de agua*. El mèdico que le asistía, no creia à sus ojos; tocaba los brazos, las piernas, los muslos, el vientre, el estómago. El enfermo no estaba entera-

---

probablemente con el fin de no ser visto, apercibido ni reconocido. Antes de tratarse á sí mismo conforme á este método; antes de tratar á una parienta que estimaba mucho, su ingenuidad le incitó á franquearse conmigo. "Tengo (me dijo) en el número de mis amigos, muchos médicos, con quienes me hallo á comer frecuentemente. ¿ Seria posible que el asunto quede oculto bajo el velo del incógnito ?.... Ya V. me entiende....no quisiera quedar mal con los amigos." ¡ Como si la verdad, conociese clases! ¡ como si amigos de mesa bien servida, fuesen amigos! ¡ como si por obligacion, no se debiese atender á la salud, con preferencia á toda otra consideracion! (*)

(*) *No hay peor sordo que el que no quiere oir; ni ciego mayor que el que no quiere ver.* Nota de los EE.

mente bueno por eso en razon que las evacuaciones, aunque muy abundantes, no habian todavía agotado el manantial de la enfermedad. Siguiendo el tratamiento indicado por el mètodo, recobró el sueño y el apetito; las funciones naturales se hacian regularmente. ¡ Y bien ! todo eso se ha obrado bajo los ojos de un observador admirado, y talmente maravillado, que en su primer entusiasmo no sabia à quien decirlo; de buena gana lo hubiera publicado à las paredes, sino habia quien le oyese.... De repente estalla en su entendimiento una revolucion no menos asombrosa, que la que se acababa de ver en el cuerpo del enfermo. "V. ha tenido fortuna; (le dijo) su curacion ofrece todos los caractères de un *fenómeno;* mas V. serà, tal vez, la causa, de la muerte de veinte individuos, à quienes su ejemplo arrastrarà..." ¿ Cómo se habrà hecho semejante cambio en la opinion ? ¿ Lo diremos todo ?

Sucede que en esas reuniones dominadas por preocupaciones, regidas por razonamientos mas ó menos capciosos, compuestas de hombres directamente interesados en retardar la marcha de las luces, citaràn cinco ó seis individuos que han muerto porque han sustituido su voluntad à las indicaciones del mètodo, cuando la enfermedad presentaba en la realidad el obstàculo de la incurabilidad absoluta. Llega la injus-

ticia de ellos, hasta no querer poner en cuenta muchas centenas de personas antes enfermas que deben la salud y la vida únicamente à los medios trazados por el autor de *la Medicina curativa.*

¡Ricos del siglo! Sèanos lícito el gemir aquí sobre el exceso de vuestra ceguedad. ¡Y qué! ¿el pobre se curarà bajo vuestros ojos, á vuestro alcance, y la mas fria indiferencia para el mas precioso de los bienes temporales, os hará desdeñar los medios de alargar una vida, que podriais emplear en el alivio de los desgraciados? ¿Serà la primera vez que la antorcha de la verdad luzca à los ojos del pobre antes de llegar á los vuestros?—Las preocupaciones asi como los sistèmas, no tienen mas que un tiempo; mas las verdades útiles, son de todos los siglos.—Tarde reconocereis esta verdad; pero la reconocereis á puro ver y oir; abrireis al cabo los ojos y oídos; y llegareis al fin à conocer, que es mas ventajoso morir tarde juntamente con el vulgo que morir temprano, víctima de la moda y de las preocupaciones."

Reflexîones.

El capítulo preinserto, llena uno de los mas importantes objetos que nos proponemos—el destruir las preocupaciones de las clases distinguidas de la sociedad. Pocos individuos se

encuentran entre ellas; ó al menos no tantos como debian contarse, que prefieran el curarse con *la verdadera Medicina Curativa,* à morir como suele decirse *con todos los honores de la guerra,* y bajo un tratamiento que no deja de ser erróneo, por estar prescripto por fórmulas pomposas, fruto del antojo, del capricho, ó de la ignorancia.

¿Cuales individuos son mas espuestos à las invasiones de la enfermedad, y de la muerte, que los que poseen una fortuna elevada? ¿Y quienes tienen mas proporciones de sustraerse à los asechos del mal?—

Asi como la abundancia de los placeres, la profusion de la mesa, el ócio y todos los demas estravíos de la vida, pueden ejercer mayor imperio sobre los ricos, y resultarles la enfermedad, por el exceso de goces de esta clase; tambien es evidente, que esta parte de la sociedad tan favorecida por la fortuna està en situacion mas á propósito para librarse de los crueles padecimientos que traen consigo las enfermedades. No sucede asi al pobre indigente; este tiene que conciliar su curacion, con el tiempo que ha de emplear en adquirir el sustento del dia, con sus necesidades domèsticas, y con su indigencia.—Por otra parte, tiene que luchar con el poderoso obstàculo que le opondrà su sencillèz, cada vez que los enemigos

dèl mètodo le hagan sugestiones en su contra; y èstas podràn mas sobre su ànimo, á medida que carezca de un suficiente discernimiento para reprocharlas. Solo una ventaja tiene el pobre sobre el rico cuando està enfermo; y esa es lo poco que puede prometer la miseria à la ambicion. (1)

Si el rico tiene la ventaja de no ceñir su curacion à otras consideraciones, que à la atencion de su salud, y sus bienes le proporcionan una prolija asistencia, al mismo tiempo que la ventaja de un trato ilustrado los conocimientos que puedan formar en su razon, un juicio acertado acerca del règimen de curacion que sigue; tambien tiene contra sí las preocupaciones de la sociedad y la educacion, y esa especie de aversion que hay regularmente al modo de obrar de *la verdadera Medicina Curativa.* Les parece à muchos impropio de su esfera elevada, el ir, y venir à la secreta continuamente; ó al menos no ha faltado quien quiera ocultar su curacion bajo este mètodo, sin duda porque le habrà parecido incompatible con el esplendor de su clase, el estar rebosando en humores depravados. ¡Tanto pueden las preocupaciones!—En todas las clases *hay vulgo;* y las vulgaridades de los que no se creen vul-

(1) Al buen entendedor pocas palabras.

gares, pueden clasificarse en el número de las abyecciones.

Entre las clases elevadas de la sociedad, es donde generalmente se encuentra mas ilustracion; ó al menos aquella concurrencia de nociones generales que resultan del trato y comunicacion distinguida que las fortunas elevadas proporcionan; pero por desgracia entre la gente grande, todo se hace à lo grande, y no gusta mucho de ocuparse del trabajo (que consideran penoso) de emplear algunos momentos en pensar en la conservacion de su salud, ó en el alivio de sus incomodidades corporales cuando las sienten.

Por otra parte; un rico tambien tiene contra sí, lo mucho que tiene la ambicion que esperar de sus riquezas; las contínuas inculcaciones de los usos recibidos en la esfèra mèdica, contra un mètodo, que no solo desordena todos los sistèmas absurdos, sino que pone fuera del alcance de los tiros de la ignorancia, los verdaderos principios, justificando su eficacia, à todo el que tiene la dicha de esperimentarlo practicamente. Si es cierto que hay muchos bienes que no pueden poseerse con el oro, uno de ellos es, el convencimiento. En esta matèria el verdadero modo de adquirirlo, està en prescindir de vanos miramientos; en acercarse à la fuente de la verdad; escuchar la voz de la na-

turalcza que à todos nos hizo iguales; y en considerar que una propia tierra es la que cubre los cuerpos del rico y el pobre heridos por él mismo filo de la espada de la muerte.

¿ Pero estarà el corazon de todos lôs ricos dispuesto à oir este lenguage?—Falta saberlo. La esperiencia constante que tenemos hasta la fecha nos ha hecho ver pràcticamente, que la mayor parte de las personas de fortuna no gustan mucho del plan de curacion que sostiene nuestro Semanario. ¿ Lo diremos? ¿ Y por què nó?—Los que componen la clase mediocre, por lo regular son de curacion cuando se acojen al mètodo general de la verdadera Medicina Curativa; es muy raro el que llega incurable à los ojos del que la administra; pero los que componen las clases distinguidas, generalmente hablando, solo acuden à *la fuente de salud*, cuando han apurado, y han agotado todos los recursos de los absurdos sistèmas, las fuerzas de su naturaleza, y muchas veces hasta su fortuna; dificil es, pues, que se curen de esta suerte muchos ricos. Pero lo que mas nos admira es, el poco interès que por lo regular se toman en investigar lo que les es mas interesante; pocas veces ocupar su atencion en el medio de conservar su fràgil exîstencia, como si tubieran otra vida comprada con el oro, ó como si pudiesen disfrutar de sus riquezas, en el lecho del dolor.

¡Ricos de nuestra edad! He ahí bosquejada la incierta carrera de vuestra vida. Reflexîonad; el autor de la naturaleza no os dió mas que ella sola, y os impuso la obligacion de conservarla à toda costa. No acudais tarde à la fuente de la verdad; convenceos; *una es la causa de las enfermedades; uno el plan de curarlas; una la vida, y una la muerte.*

CORRESPONDENCIA.

Sres. editores del Semanario.

Por navidad del año de 825 le acometió â un hijo mio, de edad de 12 años, una inflamacion de vientre que le hacía estar en un continuo grito, de resultas, segun me dijo èl mismo, de haberse dado un golpe en el borde de un cajon 15 dias antes en casa de *D. José Cabezon.* Despues de haberle dado una dósis de vomipurga, le continuè la curacion con purgantes, dàndole solo vomipurga, cuando el estómago recibia con repugnancia aquellos. A pesar de habèrsele dado de à dos y tres tomas en los primeros 12 dias, tanto la fiebre como la inflamacion parecian de peor caràcter que al principio; pues al tiempo de mirar las deposiciones se ofendia la vista, y el olfato por el vapor que exalaban. En el siguiente dia habièndole dado una dósis de vomipurga de la misma cantidad

que la última anterior, se me quedó sin sentidos à las diez del dia; sobrevinièndole un sudor frio muy abundante, sin que se le pudiese percibir ninguna pulsacion. Así estuvo hasta la una y media; pero á las dos pidió alimento, y se le administró un caldo; despues otro sustancioso con sopas, y mas tarde leche. De este modo se le sustentó con líquidos hasta las diez de la noche, habièndosele disminuido mucho el dolor del vientre, y aparecido la pulsacion proximamente arreglada.

A la madrugada siguiente aparecieron la fiebre y el dolor indicado con tal violencia, que me hizo perder toda esperanza de curacion; pues no podia sufrir sobre el vientre las cubijas, lo mismo que en los anteriores dias, por cuya razon cuando estaba de espaldas tenia que poner cruzadas las manos por debajo de la camisa en forma de arco, dejando un vacio entre èl y el vientre: pero estando convencido yo de que, aunque esta Medicina no puede curar una enfermedad, cuyo poder sea mayor que el suyo, sin embargo la cantidad de virtud curativa que ella tiene, no posee ninguna otra de las conocidas, y tambien de que jamas puede hacer daño administràndola segun las exijencias por las reglas que prescribe Mr. *Le-Roy*, le dí tres dósis en el dia, así como en el inmediato, con lo que desaparecieron los dolores, por cuya ra-

zon solo se le dieron tres purgantes mas en otros tantos dias.

La suma de las dósis fueron 39; tomadas en diez y ocho dias sin interrupcion; y entre ellas 11 vomipurgas.

Me consta que algunas personas que sabian la clase de enfermedad que padecia dicho mi hijo, y del modo que practicaba su curacion, me clasificaban con los epitectos mas degradantes denominàndome hasta asesino de mi hijo, y lo menos que pronosticaban era quedaría en un estado de tisis consuntiva; mas à los 15 dias de haber cesado el règimen curativo concurría à la clase de D. Josè Cabezon tan *robusto cual nunca se habia conocido.* De este modo tuve la fortuna de enmudecerlos por entonces, patentizando con el buen resultado lo absurdo de sus pronósticos, y tambien, con dos nuevas curaciones que siguen à esta (para mí las mas satisfactorias) la eficacia prodijiosa de dicha Medicina.

Sabedora *Doña Josefa Berro de Chopitea,* vecina de Montevideo (que accidentalmente se hallaba en èsta) de cuanto infausto se habia pronosticado con respecto al mètodo de curacion que yo seguia en la enfermedad de mi hijo, y cuan fallidos habian salido; me suplicó la asistiese en la suya de *flujo de sangre* de que estaba padeciendo desde mucho tiempo, con solo

mejorias pasajeras; no obstante de ser asistida de facultativos de primer crèdito.

Antes de principiar su curacion la hice presente que, en el curso de ella, podria aumentàrsela el flujo por un momento, y en tal caso debería tomar un purgante inmediatamente aun cuando poco antes hubiese tomado otro, y si aun asi no se contenia, debería volver à tomar hasta que se desapareciese. Principió, pues, con un vomitivo purgante, y continuó despues con purgantes, hasta que à los pocos dias que habia tomado diariamente una dósis, sucedió lo que yo la habia anunciado como posible. Cuàndo la ví, estaba en cama, pàlida como cera, y se me expresó su esposo manifestando oposicion à la continuacion del uso de dicha Medicina, consideràndola (por aquella novedad) perjudicial para su esposa. Le hice presente que ella habia sido anunciada por mí à su esposa antes de principiar su curacion, encargàndola el uso inmediato y continuado de la misma Medicina hasta que desapareciese. Entonces permitió siguiese tomando, y en efecto con la dósis que en el acto se le dió cesó el flujo, y à las ocho de la noche la encontrè en el costurero tomando una taza de caldo. Esta señora que en todo el curso de su curacion tomaría como cincuenta dósis, tengo entendido que ha quedado buena hasta èl presente.

Impuesta tambien *Doña Ana Pezoa,* que vive calle de la Plata número 189, de la citada cu-

racion de mi hijo, solicitó de mí viese una sobrina suya llamada *Doña Mariquita Montalvo*, (que vive en la misma casa) enferma de *perlesía* hacia tiempo, cuya enfermedad habia adquirido al tiempo de la curacion de otra; y de sus resultas la fuè aplicada *la Medicina curativa* con bastante provecho; pero con motivo de haber suspendido mas del tiempo regular, cuando la ví estaba muy atacada de convulsion y de un sudor copioso sumamente desagradable, ademas de tener los sentidos mentales entorpecidos. Despues que dí mi opinion para que con preferencia à los demas remedios, hiciese uso de la *Medicina curativa*, se me suplicó su aplicacion. À las personas interesadas que la rodeaban las previne que su curacion debia ser larga, y que para conseguirla debería tomar muchos dias sin interrupcion; que si se me daba palabra (tomando primero el tiempo necesario para reflexionar) de no contrariar cuanto yo prescribiese, me haria cargo de su asistencia aseguràndoles desde entonces el buen resultado. Se me contestó que no se discreparía en nada todo lo que yo ordenase, y en este supuesto emprendí dàndola una dósis cada dia. Sin interrupcion tomó nueve dias, y con uno de descanso, otros nueve: dos de vomipurga y una de purgante desde el principio. Despues con dos dias de alta, seis dósis en el órden anterior; y en seguida hasta el fin de la curacion, con dos dias de alta cada

vez, cinco dósis en otros tantos dias; siendo la tercera y quinta purgantes.

A los dos meses del règimen curativo, algunas de las mismas personas, por cuyas súplicas habia principiado su curacion, estában casi pesarosas, porque no veian toda la mejoría que ellas deseaban; sin embargo les arguia yo con la poca que observaban, y la palabra que me habian dado. Cuanto mas iba pasando el tiempo mas se aflijian con, *que la Medicina era ardiente: que tanto aguardiente continuado no podia menos de dañar una entraña:* que en los tiempos anteriores se curaban los enfermos sin hacer uso de semejantes invenciones. Y otras veces: que aunque la Medicina fuese buena, no podia creerse que fuese capaz de curar todas las enfermedades, y por consiguiente ¿cómo podia yo asegurar que era apropósito para aquella? En fin con una porcion de argumentos de esta naturaleza me atacaban muy a menudo, à lo que yo contestaba que ellos hubieran sido poderosos antes de emprender la curacion, pero emprendida bajo la garantía de su palabra, exijía su cumplimiento; por otra parte, que la mejoría que estaba à la vista de todos, iría en aumento mas ó menos ràpido, en proporcion del mayor ó menor uso de la Medicina: que se figurasen habiamos emprendido un viaje de cien leguas, y que apenas estàbamos à las cuarenta;

por consiguiente para llegar á su tèrmino era preciso caminar: que el carruaje fuerte y seguro en que ibámos era la Medicina, sin cuyo arreglado uso era imposible lograr el fin.

Me es preciso decir en obsequio de la verdad, que la enferma escuchaba con desagrado cuanto se arguia en oposicion al uso de *la Medicina curativa*, y que à no ser así hubiera sido imposible su curacion; pues à los ocho meses que habia tomado cerca de docientas dósis los dias de descanso la atacaba en el lado derecho media hora de convulsion por la mañana, y como una hora à la tarde; pero al año quedó sana con docientas ochenta y mas dósis.

El mismo hijo mio, cuya curacion antes he referido, el 7 de enero del presente año, yendo à todo correr en un caballo, y habiendo este dado una costalada, fuè tomado abajo quedándose sin sentido, en tèrminos, que la gente de la era de *Pedro Barrera* de S. Josè de Flores, que estaba presente, lo tuvo por muerto por la mucha sangre que echaba por la boca. Cuando à prima noche regresè de la ciudad à mi quinta, me sorprendió su rostro que parecía una màscara sumamente estraña, y mas la noticia de que la mandíbula superior la tenia rota; efectivamente estaba tanto, que todo el pedazo correspondiente al sitio de los tres dientes de la derecha con inclusion de la primera muela de-

adelante, solo estaba agarrado en el pellejo; por lo que dicho pedazo se movia de tal modo que los dientes tomaban una direccion semi-orizontal.

En el acto le dí una dósis de vomipurga, en cuyo primer vómito, que fuè cerca de la hora, echó un pedazo grande de leche cortada y muy dura, que habia tomado à las 9 de la mañana, y que sin duda con motivo del golpe que recibió à las 11 quedó paralizada su digestion. En la mañana siguiente le dí otra dósis de vomipurga, y à la tarde purgante, así como el dia inmediato otro purgante; pero con motivo de habèrsele consolidado à causa de estar sujeto y reunido ya el pedazo indicado, y asegurarme él que podia alimentarse con sólidos; puesto à la prueba, vimos con asombro todos que era verdad cuanto decía; por lo que omití la continuacion del uso de la Medicina, siguiendo solo con cataplasmas de migajon de pan y buen vino agregando un poco de azucar, las que se le aplicaban desde el principio en la rozadura esterior del mismo paraje, y sobre el empeine del piè izquierdo, cuya carne se le habia corrido en partes, dejando tres hondonadas. El 23 del mismo mes pudo continuar educàndose en el Gimnasio; caminando en el dia 16 cuadras.

Buenos Aires, setiembre 10 *de* 1829.

Firmado—NORBERTO DE QUIRNO Y ECHEANDIA.
Calle de la Victoria, N. 212.

Reflèxiones.

Los casos pràcticos que incluye el remitido preinserto, son, bien mirados, mui à propósito para fijar la atencion de nuestros lectores.

Vèase aquí un padre de familia acriminado por la ignorancia, sin otros motivos que asistir à un hijo suyo en una enfermedad de peligro, y acelerar el mètodo curativo à proporcion de la violencia del mal que padecia...... ¿Pero cual fue el resultado? Hacer ver con la curacion de su querido hijo, que los epitetos atrevidos que se le prodigaban, solo eran emanados de la ignorancia, y de una prevencion poco meditada contra el único mètodo que cura. ¿Què habràn dicho cuando han visto sano y bueno al hijo, los que llamaban *asésino* al Padre? ¿Què han de decir, si los hechos no tienen contestacion? ¿Diràn que es una casualidad? Esto no puede decirse, cuando las curas se suceden con una rapidez que asombra. Pero la ignorancia, así como es atrevida es debil.... se habràn callado, y en su corazon esos vociferadores haràn la justicia debida al procedimiento del Sr. *Quirno*.

Si volvemos la vista àcia el caso de Doña *Josefa Berro de Chopitea*, encontramos que la oposicion de su esposo al uso de la Medicina, cuando se le aumentó el flujo de sangre, si no hubiese sido contrastada por las razones del que la asistia, hubiese continuado padeciendo esa señora un mal que suele seguirse de los mas funestos resultados. Pero venció la razon y la verdad; y la recompensa fue devolverla à su esposo en estado de salud.

La curacion de Doña *Mariquita Montalvo*, tambien nos ofrece algo que decir; y no podemos desentendernos de reprobar el procedimiento de todos aquellos que sin tener conocimiento alguno sobre la verdadera Medicina curativa, y sin otras noticias que lo que han

oido decir à sus antagonistas, se meten à cuestionar sobre lo que no entienden. De aquí puede resultar un mal que debemos à todo trance evitar. Si los que se oponen à este mètodo de curacion tienen algun influjo sobre el enfermo, no es de estrañar que lo hagan vacilar, y màxime cuando en algunas enfermedades, particularmente en estas que son largas y dificiles de curar, hay momentos en que se suelen ver los enfermos fatigados por la calidad de los fluidos depravados que se ponen en movimiento por el estímulo del medicamento. Si en tales circunstancias el enfermo se vè ostigado por las vanas sugestiones de la ignorancia, es cuando necesita un ànimo sereno para combatirlas. En un doliente pocas veces se encuentra la serenidad, y entonces puede triunfar la injusticia. ¡ He aquí à lo que deben muchos enfermos la prolongacion de sus dolores, y muchas veces la muerte! ¿No le hubiera sucedido lo mismo à Doña *Mariquita Montalvo,* si se hubiese mostrado deferente à las estravagantes acriminaciones que hacian à *la verdadera Medicina curativa,* las personas que la rodeaban ?—Bien podia servir de ejemplo este caso para muchos, à quienes seducen los enemigos de la verdad. En otro número hemos dicho, que *la verdadera Medicina curativa se venga en silencio de sus enemigos;* y ahora observaremos, que si por una desgracia, una enfermedad *aguda* les acomete con el aparato de la muerte, y no acudèn à ese mètodo

que detestan, ó la naturaleza no se descarga por una crísis favorable de la causa que la produce se cumplirà nuestro vaticinio ¡ Ojalà lo dudàsemos! Pero ¿cómo dudar de la verdad?....

En la segunda curacion que el Sr. Quirno hizo à su hijo, somos de opinion que, habiendo purificado la parte humoral del individuo enfermo, y depurado del mismo modo la sangre que sirvió de bàlsamo para cerrar sus heridas y unir de nuevo la fraccion de la mandìbula, se aceleró la cura quirurgica, y el estómago libre por otra parte de causa, pudo digerir bien; y por consiguiente no podia carecer el enfermo de fuerzas para resistir la curacion de sus heridas. ¿ A quien se debieron estos bienes sino à la administracion oportuna de *la verdadera medicina curativa?*

Hemos observado, à nuestro juicio, lo mui suficiente para que los enemigos del benèfico plan que tantos hechos lo van justificando, hasta ponerlo fuera del alcance de la duda, no se aventuren à fallar tan ligeramente, lo que despues los avergonzarà, si persisten en el error de creerse capaz de contrastar sucesos que nadie puede obscurecer. Son innumerables los prodigios que ha obrado *la Medicina curativa,* para que pueda sepultarse; ya no es posible anonadarla en el olvido; y el pretenderlo, es lo mismo que imaginar volver dos siglos atras en la carrera de la vida humana.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

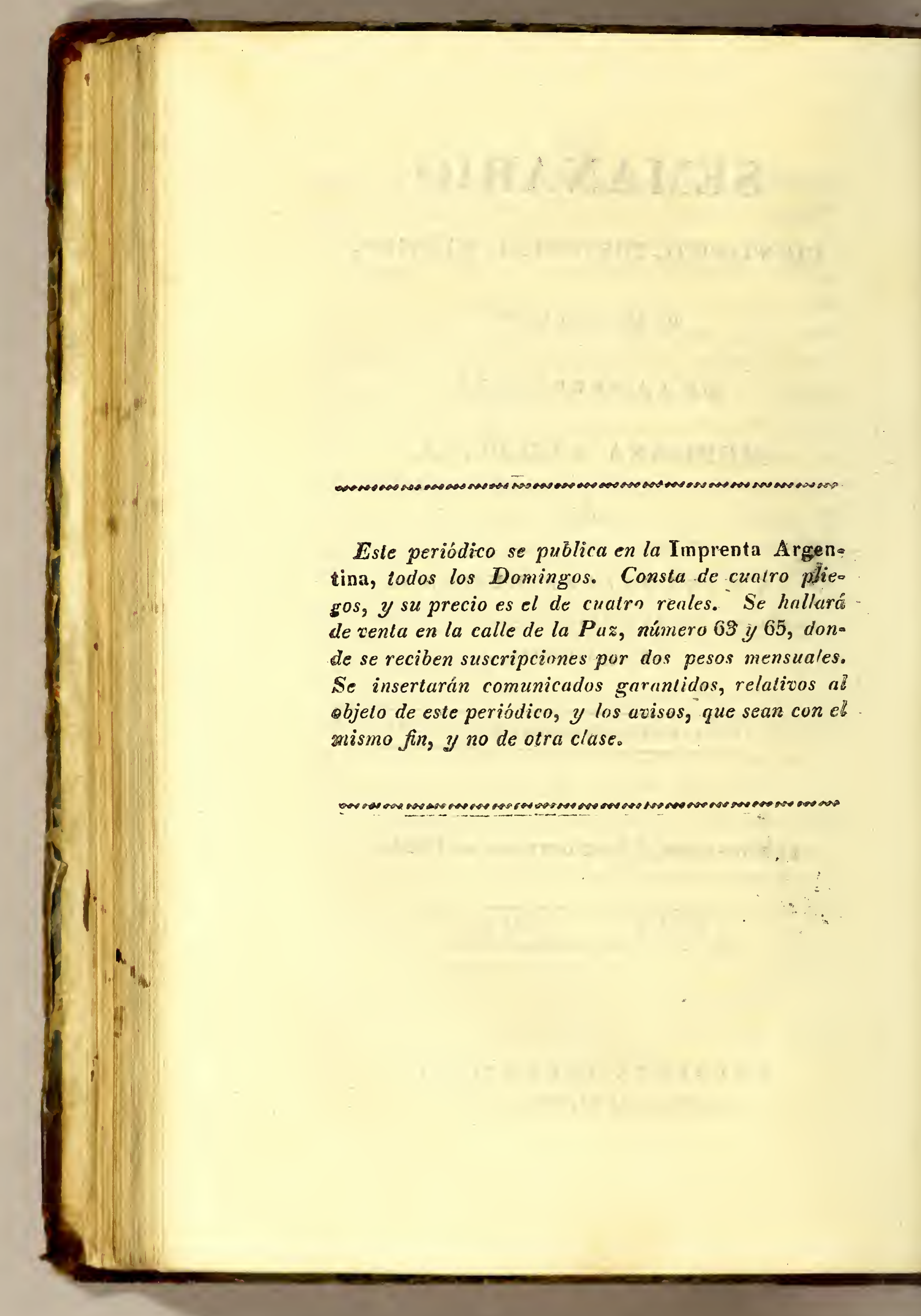
DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

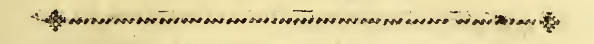
BUENOS-AIRES, 18 DE OCTUBRE DE 1829.

[NUM. 8.] [TOM. 1.°]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.



Este periódico se publica en la Imprenta Argentina, *todos los* Domingos. *Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, número* 63 *y* 65, *donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*



LA VERDAD EN SU ESPLENDOR.

Tenemos bien poco que afanarnos en probar la eficacia de *la verdadera Medicina curativa,* porque pocos pueden ya dudar de que este mètodo preservador y benèfico es el presente mas inapreciable que un hombre puede hacer à la humanidad doliente. La verdad solo se prueba con hechos palpables, notorios, averiguados ó incontestables. Los hechos se acreditan por su propia manifestacion, y se hacen constar por él libre testimonio que deben dar los hombres que se hallan animados de principios juiciosos, siempre que para ello sean requeridos.

Ha mucho tiempo que la *verdadera Medicina curativa* produce los mayores beneficios en casi todas partes de ambos hemisferios, segun las comunicaciones que tenemos; mas à pesar de sus prodigiosas è innumerables curaciones, sus antagonistas sistemados se empeñan todavia en difamarla, y arbitrariamente la atribuyen mucho mal. Pero todo tiene un tèrmino en el mundo. El hombre cuyas miras han sido únicamente aligerar el peso de las enfermedades, precaverlas, ahorrar males à sus semejantes, y ahuyentar de la mayor parte de ellos la muerte prematura;

el que por haberlo logrado tantas veces, ha sufrido todo gènero de trastornos y persecuciones, à consecuencia de las instigaciones de los enemigos de la verdad, no pudo abandonarla à la voluntad de ellos. ¿ Y nosotros lo hariamos? No; nunca abandonaremos una cuestion en que està de un modo tan directo interesada toda la especie humana. Nuestro objeto es, y ha sido siempre, hacer que la verdad brille con todo su esplendor, y sepultar al error en el parage que debe ocupar. No creemos que hasta ahora hayan sido inutiles los medios que hemos empleado para conseguirlo, ni tampoco podemos persuadirnos que la luz del convencimiento no haya disipado las tinieblas que ofuscaban la imaginacion de los adversarios de un plan general de curacion, cuya prodigiosa eficacia no puede obscurecerse, una vez que los hechos son las pruebas.

Para que los antagonistas de *la verdadera Medicina curativa* pretendiesen demostrar algo en contra de los principios infalibles que forman su indestructible base; tendrian que anular hechos pràcticos à millares que los abrumarian, si tuviesen la osadía de intentarlo. Ahora bien; si los hechos no tan solo no presentan nada absolutamente que no justifique la certidumbre de los principios, sino que àntes bien son la consecuencia exacta de la beneficencia

del mètodo *verdaderamente curativo,* y confirman y ratifican su demasiado conocida eficacia, ¿habrà que esperar otro resultado mas que su general adopcion? ¿Con què se convencerian los hombres, si la esperiencia no los convenciese? ¡Desengañaos inermes antagonistas!!!

Nosotros, partiendo de estas consideraciones que, à nuestro juicio, no se escapan al mas limitado entendimiento; y cuando por otra parte tenemos la indecible satisfaccion de ver el incremento extraordinariamente progresivo que toma la verdad, al paso que el error se destruye, no dudamos que pronto veremos establecido del todo en la Amèrica el verdadero y unico mètodo curativo que conocemos, y à quien deben tantos desgraciados la conservacion del mas apreciable de todos los bienes que nos ha dispensado el autor de la naturaleza.

Contestacion á la cuarta interrogacion que en el nombre de la humanidad se ha hecho en el número cuarto de este periódico.

Ofrecimos en nuestro número 5, la ventilacion de las preguntas hechas en el número 4, con el objeto de ilustrar al público sobre la cuestion entablada, y con la esperanza de recibir contestacion; pero ¡oh esperanza mas que

ilusoria! Hasta ahora no hemos recibido mas respuesta que el silencio, en una cuestion que interesa nada menos que à la conservacion de la existencia de todos los hombres. Los encargados de ella yacen en un profundo letargo, y continuan en silencio los mètodos absurdos, despachando à la eternidad muchos que tienen un derecho mui grande à vivir. Esto es innegable; no hai mas que examinar la extraordinaria mortalidad que se observa en nuestro pais, para convencerse; y cotejar este funesto examen con los casos prácticos que continuamente pone en conocimiento del público nuestro Semanario, sin necesidad de investigar las demas curaciones que diariamente se consiguen. Pero volvamos al asunto que da materia à este artículo, en que nos proponemos demostrar con la mayor franqueza nuestra opinion respecto à la pregunta que hemos indicado. Ella es del tenor siguiente:

¿Es, ó no, indispensable y ventajoso á los pueblos adoptar el método general de curacion que proclamamos?

A los pueblos les es indispensable, y ventajoso adoptar en todo la verdad; en esto consiste su felicidad. El error no proporciona mas que ruinas. ¿Que harà, pues, en una materia tan adherente à la conservacion de la vida? Pero si este principio generalmente recibido, es al últi-

mo punto irreprochable, tampoco es menos cierto, que en todos los pueblos hai enemigos de la verdad. Examinemos, pues, las ventajas que *la verdadera Medicina curativa* proporciona à los pueblos que generalmente la adopten; y si á nuestras aserciones quedase algo que observar, solo serà por presentar esta pregunta, de que actualmente nos ocupamos, un cúmulo tan considerable de poderosísimas razones y fundamentos en su favor, que no bastaria un tomo de 500 pàginas para vertirlos.

La verdadera Medicina curativa cura todas las enfermedades que no sean absolutamente incurables, ó mortales de necesidad. Esto solo prueba que es un preservativo superior à todos los conocidos; porque si cura, con mas razon debe preservar. Si algun temerario no conviene en esto con nosotros, estamos dispuestos à probarlo prácticamente, en público, en caso que no se halle satisfecho con los hechos que se leen en la obra recientemente publicada bajo el título de *Quinta esencia de la verdadera Medicina curativa*, y los que hasta ahora ha publicado nuestro *Semanario*.

La *verdadera Medicina curativa ofrece garantias positivas á la Sociedad.* Esto està suficientemente demostrado en nuestro número 6, por un Profesor que en la ilustrada Europa no ha encontrado oposicion alguna à las razones

en que apoya su opinion en esta materia, en los hechos, que nadie puede desmentirlos ; y en nuestro número anterior, por las razones que aducimos en favor de la asercion ya vertida.

La verdadera Medicina curativa establecida en los hospitales de los pueblos, ahorra un crecido número de gastos al erario; y en verdad que el ramo de hospitales no es de poca consideracion en la balanza de la Hacienda pública. Mucho ha dicho, en pocas palabras, à este respecto el autor de la obra recientemente publicada reflexionando sobre el caso 35 de un Oficial del ejèrcito, que despues de haber estado *dos años* en el hospital, se curó furtivamente en *dos meses*, siguiendo las reglas del mètodo en cuyo obsequio escribimos.

La verdadera medicina curativa, en conclusion, adoptada generalmente, curaria las enfermedades crónicas que actualmente existen, à no ser las absolutamente incurables, ó mortales de necesidad. Curadas, pues, las crónicas que presentemente padecen los habitantes, solo habria que curar las recientes; y estas pocas veces resisten 15 dias à un mètodo bien observado, segun los principios que defendemos. De esta consideracion hemos partido, cuando hemos indicado los considerables ahorros que resultarian en los hospitales publicos de la adop-

cion del *plan ó método único que cura*, como los hechos lo manifiestan.

Nos parece haber probado de un modo absolutamente incontestable que *es indispensable y ventajosísimo á los pueblos el adoptar el método general de curacion que proclamamos*; esto es, *la verdadera Medicina curativa; sin minoracion, alteracion, ni excepcion alguna de sus reglas.*— Este artículo podia habernos dado materia para escribir dilatadamente; pero nosotros no podemos ser mas elocuentes que los hechos. Ellos justifican à todas luces nuestras razones, y si no contasemos con su certidumbre, no llegaria nuestra temeridad à estampar lo que nos reprocharian con justicia los que en vano aguardan de què agarrarse para impedir y trabar la marcha que lleva la *Medicina curativa* à su bien merecido engrandecimiento.

Noticias recientemente recibidas sobre la propagacion de LA VERDADERA MEDICINA CURATIVA.

Es tan crecido el número de materiales que nos han remitido nuestros corresponsales de Francia, Italia, España, Portugal, Rio Janeiro, Islas de Cuba, Lima, y de algunas provincias de esta República, que no sabemos à cuales dar la preferencia para su publicacion. Entre ellos

no podemos menos de distinguir dos obras publicadas en Valencia en el presente año de 1829. La una es la *sexta edicion* de la obra de *Monsieur Leroy*, titulada *La Medicina Curativa*; corregida y aumentada con un discurso de *Monsieur Renard*, doctor en Medicina, sobre la influencia de la Medicina Curativa en las enfermedades, y el *Exámen crítico* hecho por *Monsieur C. P. Martin*, ex-farmaceutico ayudante mayor y mèdico de ejèrcito, doctor tambien en Medicina, sobre el estracto del informe presentado al ministro del Interior en Paris. Tanto el Discurso de *Monsieur Renard* como el Exàmen crítico de *Monsieur Martin*, anonadan todo lo que la calumnia, la ignorancia y la envidia han podido hacer en contra de los verdaderos principios apoyados y ratificados por los hechos.

La otra de las dos obras que indicamos, impresas en Valencia en el presente año, se titula así —Casos Practicos *entresacados de la Medicina Curativa probada y justificada por los hechos, y de la Gaceta de los enfermos de Monsieur Leroy, con un apéndice de muchas curaciones conseguidas en España.*—Encabèza esta obra el retrato litogràfico del ilustre PELGAS, con la siguiente inscripcion—

Con su remedio universal y fuerte,
Embotó la guadaña de la muerte.

Esta obra es mui recomendable; encierra en sí una infinidad de casos prácticos de curaciones conseguidas en diferentes partes del mundo; tambien se encuentran muchas curaciones dirigidas por los principales mèdicos de España, y garantidas con sus firmas. En fin es el conjunto mas apreciable de hechos incontestables, que no son otra cosa que un nuevo aumento à la estimacion incomparable que à fuerza de una esperiencia constante, se ha merecido en todos los àngulos del mundo en que ha sido conocida *la verdadera Medicina curativa*; ese método que ha colocado la ciencia Mèdica en una elevacion donde no llegan las diatrivas que la charlataneria de sus enemigos implacables ha propalado desde los obscuros rincones de la codicia, y que ha sostituido la luz à las tinieblas, la verdad al error, la certidumbre pràctica à las congeturas, y la fuente de la salud y de la vida à los sistemas estrafalarios inventados por el capricho, la ignorancia, y el fatuo deseo de figurar en la escena del mundo literario.

Tambien hemos recibido entre los impresos que anunciamos dos tomitos publicados en *Lugano* por el Doctor Luis *Buccellati*, cèlebre mèdico *Italiano*. El uno se titula—*De la Tos, en general*; y el otro—*Reflexiones Médico-Filosóficas, sobre la Medicina Curativa, y sobre el*

modo indigno con que han hablado muchos médicos, y señaladamente el Editor de la Analisis de Medicina, impreso en Milan, con las cuales el doctor Luis Buccellati responde á algunas preguntas que por varios Médicos se le han hecho, y á las insolencias publicadas contra él, para desengaño del público.—Estas obras son mui recientemente publicadas en el idioma Italiano; pero de su traduccion se infieren las persecuciones que su autor ha esperimentado por su adhesion à *la verdadera Medicina curativa*, y la humillacion que ha abrumado à sus detractores.

Por ahora solo nos contentamos con hacer á nuestros lectores este feliz anuncio; reservandonos publicar en nuestro *Semanario* lo mas selecto y florido de los apreciables escritos sobre *la verdadera Medicina curativa*, con que se han servido favorecernos nuestros corresponsales. Nos consta por cartas fidedignas, que de la obra titulada: *La Medicina Curativa*, se han hecho en Valencia *seis ediciones* en el limitado tiempo de *seis meses*, cada una de cinco mil ejemplares. ¡Tal es la benèfica influencia de la verdad en el ànimo de los Pueblos! ¡Tanto pueden los hechos sobre el corazon de los hombres de bien, amigos del adelantamiento de las luces, amantes de la humanidad, y enemigos de los errores y de las congeturas!!!

Pero, ¿no es estraño ciertamente, ver tan-

tos Profesores decididos en otras partes del mundo por *la verdadera Medicina curativa*, y observar al mismo tiempo entre nosotros que los de nuestro pais ni aun se dignan contestarnos cuando les interrogamos en el nombre de la humanidad, sobre la opinion que han formado de la verdad incontestable que tenemos la honra de defender?

Si las noticias que damos en este artículo no pueden nada en el ànimo de los Sres. Profesores, podràn ejercer su poderoso influjo en el público à cuyo conocimiento las elevamos; ellas seràn segundadas por las publicaciones que oportunamente haremos de lo mas interesante; y podremos al fin, con el fallo irrevocable de la opinion pública, titular el segundo tomo de nuestro *Semanario*—TRIUNFO DE LA VERDADERA MEDICINA CURATIVA.

El capítulo que traducimos en este número, de la obra titulada *El Charlatanismo desenmascarado*, parece esclusivamente escrito para aquella clase de hombres, que à pesar de estar viendo curarse todas especies de enfermedades, todavia llega su estupidez ó su malicia à pretender negar que *la verdadera Medicina curativa* sea *un remedio universal.* Oigamos, pues, sobre este punto al cèlebre autor del

Charlatanismo ; à ese hombre inaccesible en los fundamentos de su obra ; à ese genio que ha sepultado el error en los abismos del olvido.

Traduccion.

CAPITULO XXI.

,, *Exposicion de los principales obstáculos que se oponen á la propagaciou de la Medicina Curativa.*

El primero, el mayor obstáculo, el argumento perentorio è invencible, el que se lleva siempre por delante, y con el cual se saca del vulgo el mas ventajoso partido es, que este mètodo, como los medicamentos que prescribe se aplican indistintamente à todas las enfermedades, sea cual fuese su denominacion y los caracteres con que se manifiestan. Cuando los malos mèdicos, parte interesada en desacreditarlo, han repetido este antiguo adagio : *Remedio para todos enfermos, es lo mismo que silla para todos los caballos* ; creen haber publicado una gran verdad ; y al contrario no han proferido mas que una necedad ; ellos han adoptado el adagio, y se ha repetido una estravagancia, aplicàndola à *la Medicina curativa. La panacea universal* (dicen) sería para la Medicina, lo que *la piedra filosofal* para la Química ; en física, el movimiento perpetuo ; en ma-

temàticas la cuadratura del círculo; y en hidrografía la determinacion precisa de la longitud del mar. No hai mas que charlatanes è impostores que se jacten de tener verdaderas *panaceas.*—Esta es la profesion de fè de muchos doctores de tres siglos à esta parte; la tienen consignada en todos sus escritos, y la han hecho repetir por todas las bocas.

Mas ¿se atreverian acaso à decir y afirmar antes de resolver la cuestion con un tono tan dogmàtico, que todos los descubrimientos útiles están hechos; que no queda ya ninguno que hacer; que, examinando este asunto, no se han alejado un punto de las reglas que prescribe una sana lógica; que han leido atentamente los escritos que contienen esta doctrina, y que han comparado ideas con ideas, examinando si se repugnan ó se concilian?—Este es el camino que escoge cualquiera hombre que desea preservarse de las preocupaciones à fin de dirigirse en pos de la verdad.

Antes de responder à tales imputaciones, que no descansan sobre base alguna sólida, és falso el avanzar, que el modo de curar sea el mismo en los diversos estados de enfermedad. Es verdad que el principio es fijo è inmutable; mas el mètodo de aplicacion varía en razon del asiento de la enfermedad, atacada con tinturas evacuantes anàlogas. Las dosis no son las mis-

mas; los grados de fuerza de los evacuantes son diferentes segun las edades y temperamentos; ya es ràpida y acelerada la marcha de la curacion; ya tardía y prolongada, conforme la violencia de la enfermedad, ó la menor tenacidad de los humores. Este enfermo, recobra la salud en cuatro dias; esotro en ocho; y à otros, muchos meses no les bastan. Esos medicamentos no son, pues, como quieren los mal intencionados llamarlos *una silla que viene bien á todos los caballos.*

Establecidas estas observaciones, viene à ser parte integrante su solucion, de una cuestion sencilla y fundamental. ¿ Acaso repugna à la razon el admitir juntamente con el autor de la *Medicina curativa*, que lo ha reconocido y nos lo enseña, que todas las enfermedades, sea cual fuese su denominacion, dimanan de *una única causa*—las materias degeneradas ó corrompidas encerradas en el cuerpo humano en mayor ó menor cantidad?—Ahí es donde no existe contradiccion, y no puede haber repugnancia. Humores degenerados, produciendo fermentacion, desorden, y por consiguiente *enfermedad*; son dos ideas que se concilian naturalmente, y que mutuamente no se repugnan. Todo hombre un poco avisado en meditar, entenderà esta verdad al momento; esta verdad,

que lleva consigo la prueba. Pasemos à la segunda.

¿Repugna à la sana razon el admitir que *una causa única* pueda atacarse y destruirse con *un solo y único remedio?*—Demostrad que esta verdad es absurda, y la victoria es vuestra; toda la doctrina medicinal de *Pelgas* y *Leroy* dà en el suelo, y queda sepultada bajo sus propias ruinas. Volteada que estè, adios consecuencias. Pero como la inteligencia humana une facilmente esas dos ideas, *unidad de causa* en las enfermedades, y *unidad de medio* para destruir sus resultados y efectos, es de creer que se tentarà un arbitrio para que se considere como imposible lo que el entendimiento del hombre concibe sin pena y sin esfuerzo. En vano llamarian à su socorro, los enemigos de esas verdades luminosas, todo el arte de la sofisteria; podrian tal vez, à fuerza de vanos subterfugios, esparcir alguna niebla sobre este principio; pero la verdad no dejaria por eso de ser verdad.

¡*Remedio para todos los enfermos es si la buena para todos los caballos!*—He aquí, pues lo que se dice, como una refutacion incontestable, en esas sociedades, que hacen alarde de ilustracion; quiere decir que al raciocinio se le sustituye una baja y miserable pulla. Dàndole aun el valor que se le quiere, lo que es equivalente á una cosa imposible, es decir, que

no puede ser ni lo uno ni lo otro. ¿Sería, pues, cosa fuera del alcance de las facultades de un artista inteligente, el hallar en los recursos de su genio y de su industria, el modo de adaptar al lomo de nuestros soberbios caballos una silla que viniese bien generalmente á todos? ¿Y el que hubiese imaginado ó inventado lo que otros hubiesen buscado en vano antes, no tendria derechos justamente adquiridos à la admiracion y agradecimiento de nuestros escuderos, ó lacayos? —Pero, ¿cómo agradecer bastantemente al que ha encontrado en sus observaciones, meditaciones, indagaciones, y experiencia, un remedio espeditivo para curar al hombre de sus enfermedades, ó procurarle, á lo menos, un notorio alivio?—Sí, nos complacemos en repetirlo; este gènero de cura, convenientemente aplicado, abraza sin excepcion todas las especies de enfermedades à que està desgraciadamente espuesto el hombre. Las citaciones y testimonios son bien palpables. ¿Pero llevaràn al conocimiento de la verdad à unos entes que pueden llamarse *ciegos y sordos voluntarios,* que en las sociedades y reuniones que frecuentan, creen haber producido un aforismo, habiendo dicho *no es posible?*—He aquí á los hombres que se vanaglorian del título pomposo de depositarios de la Ciencia, y conservadores de los buenos principios.

¿ De donde sale este hombre nuevo, que pretende de por sí solo destruir las antiguas doctrinas? ¿No serà una especie de intruso?—Seguramente que es *falso hermano* un hombre que quisiera que no hubiese mas que para èl solo...(1)

¿Y què me importa á mí, enfermo, y que ardo en el deseo de curarme, que mi médico haya sido ó no embozado en *Montpellier* con la toga estravagante de Rabelais? (2) ¿Què se me da à mí de sus títulos?—No necesito para curarme de título altisonante, ni de un despacho mas ó menos adornado. Cuando estoi enfermo, necesito de un verdadero mèdico que me cure, ó al menos me alivie, y poco cuidado se me da del resto, cuando tengo la dicha de encontrarle.... *Leroy* no tiene vuestra aprobacion ni vuestros sufragios; si los tuviese, creo que por eso le estimaria menos....

¿ Es un falso hermano? Enhorabuena; mas es amigo de la humanidad; si de una parte

---

(1) Esas pequeñas gentilezas se han recogido palabra por palabra de la boca de médicos de diferentes ciudades.

(2) Desde cerca de tres siglos la facultad de Montpeller conserva tan altos sentimientos de respeto y veneracion para este hombre sin pudor, que ningun estudiante está admitido á la dignidad Doctoral sin haber cargado la toga negra hecha pedazos, que usó el dia de su admision al grado de Doctor en Medicina—*Risum teneatis, amici* (*Horacio*).

pierde, està abundantemente indemnizado de otra.

El quisiera (decis) *que no hubiese mas que para sí solo.* ¡Y que! ¿Habeis, pues, jurado ser injustos hasta el cabo? ¡Què malo lo juzgais!—El quisiera, al contrario, que no hubiese mas que para vosotros. El os franquea su mètodo; èl os pone à las claras sus principios y sus estudios. (3) El hace de vosotros, como del público, sus íntimos confidentes. No tiene secreto alguno para todos; os convida en cada pàgina de su obra, à entrar en la via que os indica, y vosotros os haceis sordos. ¿Acaso èl tiene la culpa de que mostreis tanta tenacidad y terquedad?

¡Cuantos enfermos (proferis) han usado esos medicamentos, que no han conseguido alivio! ¡Cuantos otros se han hallado en un estado peor que àntes!

Un enfermo, sin principios fijos, sin experiencia, ó dominado por vanos terrores, sea que los saque de sí mismo, ó los reciba de sus conocidos; sustituye alguna vez su voluntad à la del Mèdico. Experimenta en la accion del medicamento gran fatiga y desasosiego; se dis-

(3) El autor de *la Medicina curativa*, no se contentó con haber proclamado un principio desconocido hasta el dia; sino que dió á la sociedad y á la humanidad en general, los medios mas propios para lograr la curacion de los enfermos. (Véanse sus últimas ediciones).

gusta, y no quiere seguir ya la marcha de la cura tal como està indicada. ¿Con semejante conducta, puede ser estraño que se malogre la curacion que desea?—Puede suceder tambien que la conmocion haya ocasionado revolucion y cambiado el asiento de los humores, por un *metástasis*. Cuando estos del todo nò se han evacuado, indubitablemente el enfermo ha de hallarse en un estado peor que primero. Pero ¿à què atribuir tan tristes resultados? ¿No es al que por su porfia è indocilidad, probó à su mèdico, que era poco digno de los cuidados y saludables consejos que le habia prodigado?

Mas, la última desgracia para un enfermo que se trató por este mètodo, es la de caer en vuestras manos. ¡Con que terrores pànicos recargais su entendimiento! ¡Con que ansia alarmais à su familia! Las mas veces estarà en vuestras manos concluir de hacer el bien que se ha empezado, y os negareis à ello. Pero no os ateneis solamente à eso; imputais una desason pasagera à un modo de curar que necesariamente debe haberla producido; gritais; ladrais; y vuestras injustas declamaciones ¿ de què sirven? ¿De dar à conocer à claras luces el motivo de odio y envidia que os hace obrar.

Pero una vez (dicen) *que uno tomó el tal medicamento, es preciso recurrir á él sin cesar.*

Reflexionemos por punto general, que la

mayor parte de los enfermos que se curan por este mètodo, son personas con las cuales se han agotado cuantos recursos ofrecen los mèdicos y la medicina ordinaria ; hombres cuyo temperamento està ya cansado por las numerosas sangrias, ventosas sajadas, sanguijuelas, dietas, baños reiterados, y otros medios mas ó mènos perjudiciales ; todos, enfermos que no ofrecen mas que mui dèbiles esperanzas al pràctico que cede al deseo de serles útil. ¿Y se querrà ahora que en este estado ya medio de desesperacion se halle lo que ya no existe? ¿Que vuelva sangre à aquel que la perdió por la mordedura de las sanguijuelas que se llenaron la barriga con ella, ó por las ventosas sajadas? ¿No es esto pedir imposibles? ¿Cómo podrà un cuerpo destrozado recobrar una salud vigorosa, como tendria derecho à esperarla el que no hubiese sufrido semejantes ensayos?

....*Es preciso recurrir á él sin cesar.*—Sí; cuantas veces lo exija la necesidad ; mas en vuestras manos estaba seguro el enfermo de sucumbir, y así se hubiese ahorrado de este trabajo. ¿Cual mayor, cual mas preciosa ventaja, que la de conseguir alivio en sus padecimientos cuando no puede esperarse una cura radical? ¿Cuantos de esos seres doloridos pasan años enteros sin necesidad de recurrir al mètodo? ¿No vale mas sujetarse à tomar tres ó cuatro dósis

al mes, que no estorban las ocupaciones diarias, que el bajar antes de tiempo al sepulcro?

....*Es preciso recurrir á él sin cesar.*— ¿Què motivo hai para que el enfermo lo haga? En sí mismo lo encuentra; es porque èl ha esperimentado un alivio sensible y notable. Pero ¿quien lo estuvo curando àntes? ¿De què manos salia?—De las vuestras; y no dispensó su confianza à este mètodo, sino despues de haber conocido por su experiencia y estrema laxîtud, la insuficiencia de los medios que con èl habeis empleado....Confesad, pues, que *vuestro sistema de detraccion no está fundado sino en la inconsecuencia é injusticia.*"

Reflexiones.

¿Què otra cosa que la furia de figurar, y de refutar, puede inducir à los antagonistas de la verdad, à negar que *la verdadera Medicina curativa* sea anàloga para curar todas las enfermedades?—En otro número hemos dicho que *de la intriga y de la calumnia algo queda*; pero tambien suele quedarles à los que proceden de este mòdo la execracion de un pueblo, por justo premio de su culpable atrevimiento.

No podemos prescindir de delatar semejante absurdo ante el tribunal de la opinion pública del modo mas solemne.—Oigannos los que creen, ó hacen como si creyesen, que *la*

verdadera Medicina curativa no es *remedio universal,* y adviertan que al escribir estas líneas no es lo que mas pesa en nuestra consideracion su miserable è infundado reproche, sino ilustrar à un público que no se alucina con vagas sugestiones, sino que àntes bien juzga por los sucesos.

¿ Es posible que en toda la Europa entera, en la Habana, en Lima, en todas partes donde este inestimable mètodo se conoce y se observa, cura todas las enfermedades ; y solamente entre nosotros hai quien se atreva à negarlo? ¿ Y podremos sufrir con frente serena que así se quiera disminuir su mèrito ?—O los que hablan de este modo son mui maliciosos, ó mui ignorantes. Publiquemos, pues, el medio de ponerlos en el punto de vista que merecen.

Señale el que guste de los antagonistas de la verdad, una enfermedad sola de las que pertenecen à la *Ci ncia Médica,* en estado de curacion que no pueda lograrse el mas feliz resultado con un tratamiento reglado bajo los principios de este mètodo. Con los hechos les contestaremos ; y se verà confundido si es suceptible de pudor.

Escribiendo este artículo, nos llegan mas obras impresas en Venecia, con un catàlogo de *casos prácticos* sucedidos en *Bolonia, Castillo de San Pedro,* y en otras muchas partes de di-

ferentes enfermedades todas curadas bajo este mètodo, y garantidas con las firmas de los que han recibido este beneficio.... Pero es echar pelos al mar el figurarse que los que no creen *universal* la verdadera Medicina curativa, entren con nosotros en materia; nada de eso. Lo que hacen es sustraerse de la disyuntiva en que continuamente los ponemos, adoptando un medio bueno ó malo....no hai que pararse en medios....¿Pero, cuales seràn los resultados? Esto es lo que se debe tener presente, para no descollar, y verse sumidos en el lugar à donde van à dar todos los que batallan contra principios justificados por los hechos.

Partiendo de estos fundamentos, que nadie puede desconocer, clasificamos como una arbitrariedad inaudita, el querer destruir un mètodo sin aducir la menor razon en su contra. ¡Pues que! ¿con solo decir *no es posible* se pretende probar otra cosa que la nulidad del que lo dice? ¡Hombres ciegos, y osados! ¿Creeis que la verdad se obscurece con vanos anatemas, ó con aserciones hipotèticas? ¿Os habeis figurado que no es contra vuestra opinion el tratar de sofocarla en una materia que interesa tanto á la conservacion de vuestros semejantes, y al concepto que la Sociedad forma de vosotros? ¿O quereis à viva fuerza que se os crea sobre vuestra palabra? ¿No veis que cualquiera re-

flexiona que hai mèdicos malos, impàvidos è ignorantes como tambien inhumanos, à quienes les hace mas cuenta *el enfermo que no el sano?...* Algo decimos con esto.

Pero lo cierto es, que à pesar de las sugestiones que los enemigos de nuestros principios hacen à los incautos en el seno de la vida privada, *la verdadera Medicina curativa* va propagàndose en nuestro pais à pasos agigantados; porque el Pueblo, cansado de ver morir tantos de sus habitantes, se acoge al medio que ve mas eficaz para curarse de sus enfermedades. (1) ¡ Que dirian algunos si publicàsemos mensualmente el estado de muertos, y la relacion de los curados bajo el plan que defendemos, clasificando las enfermedades que atacaron à unos y otros !—Pues no estàn mui libres de tener este mal rato ; porque si siguen todavia empeñados en negar la eficacia de *la verdadera Medicina curativa* para curar todas las enfermedades, serà preciso hacerlo.

Pero à esos que niegan lo que da materia à nuestras reflexiones, no podremos preguntarles, materialmente hablando : ¿ Si el pan y la carne no es buen alimento para todos los estómagos ? ¿ No seria esta una comparacion bien exacta ? ¿ Por qué, pues, una misma medicina no puede

(1) *Voz del Pueblo, es voz del Cielo.*

ser buena para todos los hombres, y para todas las enfermedades?—Pero este artículo es ya dilatado, y así es menester concluirlo con lo mas concluyente; esto es, con la eterna verdad, que repetimos, de que *donde hablan los hechos, callan y deben callar los argumentos.*

CORRESPONDENCIA.

Sres. Editores—

Por la esplicacion y modó de escribir, conoceràn Vds. la rudeza de quien se les dirige: pero tambien se verà que aunque le falten las luces, le acompaña el buen deseo de ayudarles en la gran obra que han emprendido ante el público, la que no puedo menos que aplaudirla, y tributarles todos los elogios que ella se merece por el bien que se hace á la humanidad, mostràndole un camino por donde se puede marchar con seguridad sin dar en escollos que hasta aquí han estado ocultos à tantos infelices que despues de mil tropiezos han dado en el abismo, como à mí me hubiera pasado sino hubiese abierto los ojos con las luces que el inmortal *Pelgas y Leroy* puso en mis manos el año de 824, en que guiado por su verdadera doctrina me hallo à los 64 años de mi edad, disfrutando de la mas perfecta salud, de la que carecia desde 29 años en que enfermè.

El manifestar à Vds. mis dolencias, mis padecimientos, mis aflicciones y angustias, à pesar de no haber perdonado ningun arbitrio para mejorarme siquiera, sería nunca acabar; lo que dirè à Vds. es, que à los 45 años ya necesitè anteojos; à los 50 casi no me servian; à los 55 no distinguia; à los 59 no veia nada, y ni aun podia firmar porque todo estaba trèmulo, hasta la lengua; y, en una palabra, me hallaba en tales tèrminos, que deseaba la muerte, para descanso de tantas ansias y fatigas como padecia; mis alimentos eran vino, ó caldos, porque cosa masticada no podia pasar ninguna; el sueño mui escaso, la barriga como un noque, pues no podia andar una cuadra, ni montar à caballo; porque si lo hacia (esto es ayudado) me golpeaba sobre la cabeza del lomillo; calambres por todo el cuerpo; y una tos al despertar que casi me ahogaba; una pierna helada desde la pantorrilla hasta la punta del pie, que ni en invierno ni en verano se me calentaba; los compañones con unas como verrugas, que en verano me incomodaban en estremo.—Yo en el dia me hallo con perfecta salud, veo mui bien, como cuanto encuentro à toda hora, trabajo sin fatiga ni desasosiego, duermo tranquilamente, y gozo de una robustez que no envidio en fuerzas y agilidad à ningun mozo de 30 años; gracias al inmortal *Pelgas y Leroy*, que tanto

bien nos proporcionó à mí y à todos aquellos que sigan su doctrina. Con esta esperiencia, he curado infinitos, y en mi casa no ocupo mèdico. En esta peste de viruelas, he hecho prodigios con la *Medicina curativa*.

He leido la obra del Profesor Don Pedro Martinez, y el *Semanario* de Vds., y cada vez me convenzo mas y mas de que por grave que sea la enfermedad, no se debe uno acobardar con la satisfaccion de que curarà. Esto lo dice *Eduardo Salas*, que à costa suya la ha probado en sí, y en todos sus hijos; y no con cuatro tomas sino con docenas de botellas que ha gastado en cuatro años de constancia que ha durado su curacion.

Soi de Vds. afectísimo que B. S. M., y deseo su constancia, aunque todo el infierno se oponga; que no lo dudo.

(Firmado) *Eduardo Salas.*

Calle de Cangallo, número 498.

Esta verídica y sencilla exposicion que por su lenguage se puede llamar interesante, pues se conoce que sólo la gratitud y el convencimiento la produce; nos manifiesta que en todas las clases hay amantes de la humanidad, y hombres dispuestos à sostener la verdad contra los miserables ataques de la calumnia.

Véase aquí un hombre reducido al miserable estremo de *no ver*, despues de tantos años que los padecimientos lo tuvieron abatido. Bien considerado, debia de ser su situacion muy desesperada; y habiera concluido dolorosamente su existencia, si la fortuna no le hubiese proporcionado los conocimientos à que ha debido su restablecimiento. Infinidad de remitidos poseemos de este gènero, dotados, los mas de ellos, de casos muy singulares è interesantes. En todos observamos que brilla aquella sencillez natural de la escasez de luces literarias; pero una elegancia sin adornos con la cual se espresa la verdad, no deja de ser apreciable.

El corresponsal que firma el precedente remitido no duda (segun dice) de la oposicion que encontrarà *el método único curativo*, para establecerse de un modo general; esto deja vislumbrar que tendrà algun motivo muy positivo para vertir este concepto..... ¡ Como se estiende la verdad, y lo que se trabaja (aunque sin fruto) para destruirla!

En el artículo que encabeza nuestro número primero, hemos preguntado si *¿los hombres por vulgares, por preocupados que sean, no tienen ojos para ver, y razon natural para discurrir?* Y ahora se nos ofrece la mejor ocasion para recordarlo. Nuestro corresponsal de la calle de Cangallo, ha satisfecho, con una precision na-

tural y de un modo incontestable, aquella pregunta, en el comunicado que se ha servido dirigirnos. El, segun dice, y lo garantiza con su firma, *hà hecho prodigios en esta peste de viruelas;* mientras que han perecido tantos desgraciados siguiendo las doctrinas sistemàticas. Aquí es donde se debe fijar la consideracion de nuestros lectores. . . . A ellos dejamos reflexionar sobre la luz que arroja este dato. No es ciertamente muy poco lo que se ofrece à nuestra imaginacion en el momento en que escribimos estas líneas; pero algo hemos de dejar por decir, para ejercitar la razon del pueblo sensato.

Como el público està acostumbrado à oir de boca de los hombres del arte un lenguage muy diferente del de nuestro corresponsal, y del de nuestro Semanario; no es estraño que choque con las preocupaciones de aquellos; pero en Medicina, como en todas las cosas, son siempre preferibles resultados verídicos y numerosos, à teorías abstractas fundadas en meras conjeturas.

Cualesquier lenguage es bueno para espresar la verdad justificada con los hechos, y sustituir el convencimiento à la ignorancia; si hay hombres que fundan su patrimonio en tener la verdad oculta, todos los demas ganan en que sea generalmente conocida. La ciencia de los hechos, es, sin contradiccion, la mas perfecta y

útil de todas; patentizarla, y ponerla al alcance de todos con una sencillez igual à la naturaleza, es la empresa mas gloriosa; y si es intentada por un individuo que tenga que luchar con el estorbo de sus pocas luces, es doble mas apreciable. Nunca desmereció la verdad, por ser dicha de este ó del otro modo; ella en todas lenguas es la misma; siempre està escudada por la experiencia, y esta se deja entender en todo el mundo, tanto en las regiones de la ilustrada Europa, como en las incultas familias de la Etiopia. En todas partes la experiencia es el maestro mas aprobado de los hombres, y la defensa mas inexpugnable de la verdad.

A esto se ha atenido nuestro corresponsal, y no ha errado; ha patentizado francamente lo que le ha sucedido, y ha manifestado del modo que le ha sido posible un deseo, que deseamos tenga muchos mas imitadores, aunque contamos con mas de las dos terceras partes de nuestra poblacion animada de iguales sentimientos.

Nota de los Editores.—Con este número concluye la segunda suscripcion.—El repartidor presentarà el recibo.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,
DEFENDIDA, POR LA EXPERIENCIA, DE LOS ATAQUES
PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

BUENOS-AIRES, 25 DE OCTUBRE DE 1829.

[NUM. 9.] [TOM. 1.°]

IMPRENTA ARGENTINA,
CALLE DE LAS PIEDRAS, N.° 31.

Este periódico se publica en la Imprenta Argentina, *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es el de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, número* 63 *y* 65, *donde se reciben suscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

APROXIMACION DE LA VERDADERA MEDICINA CURATIVA HACIA SU TRIUNFO.

Entre las obras que nuestros corresponsales de Europa se han servido dirigirnos, y de que hicimos mencion en el número anterior, se encuentran algunas impresas en el presente año de 1829. Hablarèmos, por ahora, en este número de una de ellas, cuyo título es el siguiente— COLECCION DE CASOS PRACTICOS EN APOYO DE LA MEDICINA CURATIVA, CON UN APENDICE DE VARIAS CURACIONES CONSEGUIDAS EN ESPAÑA.—La publicacion de esta obra interesantísima se ha hecho en VALENCIA, y el editor de ella, en un brillante discurso con que la encabeza, afirma que la *Medicina curativa* està generalmente adoptada en toda *la España;* y á continuacion de este aserto, dice estas palabras. ,, El público ha ,, visto las impugnaciones y defensas que por ,, una y otra parte se han escrito, y sabe el fru- ,, to que han sacado de sus diatrivas, los anta- ,, gonistas de LE ROY, aún peleando con enemigos ,, que, estraños en la ciencia, se defendian úni- ,, camente con el arma de la razon."—¿Y en què parte del mundo la razon no triunfa de la injusticia y de la calumnia? Ella podrà ser

trabada en su marcha por las bajas arterías de la envidia; pero este momentaneo contraste, harà mayor su triunfo, desde que la verdad luzca á lòs ojos del mundo, defendida por la experiencia; por ese escudo impenetrable, contra quien vienen à embotarse los aguzados dardos de la maledicencia.

En la obra de que nos ocupamos en este artículo se halla, bajo el número 1, un discurso tan incontestable como elegante en defensa de *la verdadera Medicina curativa,* cuyas idèas sublimes y sólidos fundamentos, al paso que interesan los sentimientos mas nobles del corazon del hombre, no dejan de vituperar à los enemigos sistemados de la verdad; à esos *pocos* hombres que se han empeñado en anular hechos que todos los dias que nace el Sol pasan à vista y paciencia de ellos mismos.

El discurso, pues, de que hablamos, es uno de aquellos escritos en que sobresale la cultura y la claridad; en que la verdad se vè espresada con todo el fuego de un convencimiento bien establecido, sobre el corazon de un hombre íntegro è ilustrado, y cuyos sentimientos filantrópicos, no han podido resistirse al noble deseo de hacer algo bueno en favor de la especie humana, y colocar la ignorancia en el punto de vista que merece, principalmente cuando se ha atre-

vido à profanar el augusto templo de la razon y la experiencia.

Publicamos à continuacion el discurso à que anteriormente nos hemos referido, y con el cual creemos interesar la atencion de nuestros lectores; principalmente cuando no ha mucho tiempo que hizo el error su primero (aunque inútil) ensayo contra la verdad.

Amonestacion de un FILANTROPO *á la conciencia, al honor y á la humanidad de los señores médicos, en el asunto de la Medicina curativa del Médico y Cirujano Le-Roy.*

> *El hombre comete errores; pero el sábio los reconoce y se apresura á repararlos.*

Señores:

Despues que tàntas plumas infinitamente mas elocuentes que la mia, no han perdonado medio alguno para hacer brillar à vuestros ojos la antorcha de la verdad, y à vista de que sus heroicos esfuerzos no han sido coronados, como debian, con el èxito, debería yo convencerme de la cortedad de mis talentos y no desplegar mis lábios: mas sin embargo, como se trata de abogar por la causa sagrada de la humanidad doliente, no puedo prescindir de hacer el último esfuerzo, dirijiendo un llamamiento pú-

blico *á vuestra conciencia, á vuestro honor y á vuestra humanidad.*

Solo el amor de la verdad y de la justicia ha sido mi guia en esta noble empresa; porque ni tengo el honor de conocer à Mr. Le-Roy, ni me he hallado aun en necesidad de recurrir à su mètodo curativo; y aun dirè mas: no ha mucho que era yo uno de sus mayores antagonistas. Pero mis preocupaciones se han disipado y han cedido à vista de unas curaciones casi milagrosas, de que he sido testigo, conseguidas à beneficio del règimen y de los remedios del *Esculapio francés,* las cuales me han hecho abrir los ojos. A la manera de Tomas, no he creido sino *despues de haber visto y examinado.*

Lejos de mí, señores, la intencion de herir vuestro amor propio y deciros verdades demasiado amargas: me complazco en creer que el lenguaje de la razon y de la filantropía, es el medio mas seguro de convenceros y mover vuestros corazones; así que, sin mas largo preàmbulo entro en materia.

El autor de la *Medicina curativa* afirma y demuestra, que todas las enfermedades del cuerpo humano traen su orígen de una causa única, que es la mayor ó menor depravacion y corrupcion de los humores, y que todas las enfermedades pueden destruirse por medio de evacuantes proporcionados à la intensidad de dichos

humores, à no ser que el discurso del tiempo, ó una continuacion de remedios mal administrados, las haya hecho incurables.

Pero lejos vosotros de adoptar el mètodo curativo de Mr. Le-Roy, levantais el grito contra los remedios que indica, considerandolos como muy peligrosos, y teniendolos por frutos de la impostura y del Charlatanismo. El Consejo de Sanidad del Canton de Vauz ha declarado en *la gaceta de Lausana*, que dichos remedios no eran otra cosa que un compuesto de purgantes y vomitivos violentos, peligrosos por su naturaleza, y sobre todo por el modo con que su autor quiere que se usen; añadiendo à esta diatriba, que los diarios de medicina contienen muchos ejemplos de personas à quienes los referidos remedios han causado inflamaciones en las entrañas, gangrena, y la muerte entre las mas crueles agonias.

Estas aserciones y otras del mismo gènero, estàn ya demasiado bien refutadas por el autor del *Charlatanismo sin máscara* y otros muchos, para que sea preciso repetirlas aquí; mayormente cuando este moderno Juvenal y los demas autores humanos, han impuesto silencio à los detractores de la *Medicina curativa*, los cuales no han intentado siquiera justificarse de las reconvenciones que les han dirijido, ni aceptar su desafio, ni probar que sean unos calumnia-

dores. No entra en mi plan examinar los principios que establece Mr. Lé-Roy, ni la naturaleza de sus remedios; lo que importa es probar de un modo irresistible que *consiguen su objeto*, que es curar á los enfermos, y que por consecuencia son *excelentes*. Por otra parte, su causa ha adquirido ya la fuerza de *cosa juzgada*, pues que ha salido victorioso de las quejas que se han presentado contra èl y sus agentes à los tribunales de París, Orleans, y Amiens, quedando sus adversarios aniquilados bajo el peso de las pruebas, que militan en su favor; lo cual es tan notorio, que seria inútil detenernos en dar los pormenores.

Vosotros, sin embargo, lo que debe sorprender à toda persona reflexiva, persistis en denigrar el mètodo curativo de Mr. Le-Roy, y no cesais de aterrorizar à los enfermos que quisieran acojerse à èl. ¿Y quien serà en este caso el juez supremo, que deba fallar en última instancia sobre una causa cèlebre en que el mundo entero se halla interesado?...La Experiencia; ese señor de los señores, à quien ningun hombre de juicio y buena fè puede recusar....

Abrid, Señores, abrid las obras de Mr. Le Roy, y *El Charlatanismo sin máscara*, que se hallan en el dia en las manos de toda persona ilustrada, imparcial, y que desea conservar ó recobrar la salud. En ellas hallareis y podreis

leer el decreto de la esperiencia, que vuestra sabiduría no os permitirà mirar con desden, y del que no podeis apelar ; allí hallareis un concierto unànime de enfermos europeos y americanos abandonados de sus mèdicos, que en el trasporte del mas justo y enèrgico reconocimiento proclaman à *Pelgas y Le Roy por sus libertadores, y por los bienhechores de la humanidad doliente.*

Mas en estos libros preciosos no hallareis sino el principio de este decreto, que debe ilustraros y cambiar vuestra crítica en elogios. Mr. Le Roy ha hecho un llamamiento à todos los enfermos que ha curado ó aliviado, en el cual les suplica *se tomen el trabajo de redactar un resúmen de los hechos de que tengan conocimiento, tales como hayan ocurrido ; notando el estado de la enfermedad, su orígen, los métodos de curacion que anteriormente se hubiesen empleado, el número de dósis evacuantes tomadas, los accidentes que hayan sobrevenido, y en fin todas las circunstancias relativas á la curacion, y al éxito y aún el no-éxito que á ellas se halla seguido ;* su objeto es hacer que la verdad brille con todo su esplendor, ó poner al error en su mas alto grado de evidencia. De la coleccion de todas estas declaraciones formarà un *coloso* tan firme è incontrastable como las piràmides de Egipto, el que no podreis derribar sino

probando que Mr. *Le Roy, que está pronto á enseñaros los originales de los documentos que ha recibido ó reciba*, es un *fálsario;* y que los enfermos à quienes habeis abandonado ó declarado incurables, y que reconocen y certifican que despues de Dios deben su salud y vida al autor de *la Medicina curativa,* son unos *orates huidos de las jaulas.*

Sois demasiado ilustrados para intentar una empresa tan ridícula è imposible como la de hallar el movimiento perpetuo.... no probareis sin duda à derribar un monumento respetable, cuyos arquitectos son *la verdad, los hechos y la experiencia;* porque Minerva armada de punta en blanco le cubre con su ègida, y reduciria à polvo à los temerarios que osasen llevar una mano profana al depósito sagrado, que es la esperanza y el consuelo de la humanidad doliente.

¡Oh vosotros! respetables discípulos de Hipôcrates y de Galeno, que habeis sido inducidos en error por antiguas màximas y por preocupaciones inveteradas, cesad ya de perseguir al Moderno Esculapio, que despues de haber arrancado sus secretos à la naturaleza, os indica la senda mas breve y segura para curar las enfermedades y estender los límites de la vida; el honor os invita à separaros de una lucha que en el dia no puede tener otro tèrmino que el de

meter la luz bajo el celemin, y sufocar la voz de la verdad. Deponed las armas, despuntadas ya contra el escudo de Palas; ilustraos en fin, domando vuestras pasiones, y coronando al Bienhechor de la Humanidad doliente.

¡ Ah, señores! no os detenga el amor propio; no temais degradaros y desacreditaros en la opinion pública tributando homenaje al mèrito y à la verdad; bien al contrario, esto probaria la grandeza de vuestras almas, y os ceñiría de nuevos laureles. Los hombres mas grandes fueron como vosotros inducidos en error, ó cegados por las preocupaciones, que son el mayor obstàculo que se opone al progreso de las luces y á la perfeccion del entendimiento humano.

La historia nos ha trasmitido aquel bello rasgo de un rey de Macedonia, que absolvió à una muger que habiendo sido condenada, apeló de *Felipe ebrio á Felipe en ayunas*; y en fin, el mas ilustre de los romanos se inmortalizó aún mas que para sus conquistas, por la justicia que hizo à aquella otra muger intrèpida, que osó tambien apelar de *Cesar mal informado á Cesar bien informado*. Y tan nobles ejemplos ¿ serían perdidos por vosotros? ¿ Os hareis sordos à la voz de la humanidad afligida, que *con los hechos y la experiencia en la mano*, apela solemnemente à vuestra conciencia?

Dignaos tambien considerar que una resis-

tencia mas larga, sería inútil; porque la verdad, hija del tiempo, triunfa, tarde ó temprano, y acaba por desvanecer los prestigios. Vuestro interés mismo exige que os apresureis á reuniros à los que defienden la buena causa, para evitar una desercion general, que se verificarà luego que todos los enfermos se hayan desengañado: en vano, para disputar el terreno, citareis entónces el ejemplo de algunas personas ignorantes, pusilànimes, imprudentes ó afectadas de enfermedades mortales, que hubiesen sucumbido por no haberse arreglado exactamente à los preceptos de la *Medicina curativa*, ó haber recurrido á ella fuera de tiempo, y cuando ya no quedaba aceite en la làmpara de la vida. Estos efugios no son ya del caso despues de que un escritor cèlebre los ha refutado victoriosamente. (1) Por cada enfermo, cuya esperanza haya sido frustrada, os citarà Le Roy mil víctimas de vuestros errores, de la sangría, de los baños, y aún de los mejores remedios de la medicina paliativa. Tambien serà en vano querais rivalizar con este hombre, à quien los hechos pràcticos mas asombrosos llenan de un noble orgullo; porque sus principios seguros è invariables han hecho conocer la marcha sencilla y uniforme de la naturaleza, al paso que vuestros

---

(1) El autor de *El Charlatanismo sin máscara*.

principios y sistémas varían cada dia, y os precipitan de uno en otro error, como lo atestiguan la historia y los anales de la medicina. Vuestro mètodo es tan incierto y limitado, que á un sinnúmero de enfermos abandonados por vosotros, despues de haberlos abrumado à fuerza de planes absurdos, les ha restituido la salud la *Medicina curativa*; os seria harto dificil, sino imposible, presentar à vuestra vez un enfermo, à quien hayais restituido la salud, despues de haberle declarado incurable vuestro cèlebre rival.

Mas al paso que hago justicia al mèrito de Mr. Le-Roy, me hallo bien lejos de querer mancillar la gloria de aquellos mèdicos sabios, integros y desinteresados, que siguiendo el antiguo mètodo, han restituido la salud y la vida à enfermos de que ya se desesperaba, han enjugado las làgrimas á una familia desolada, y han tendido à la indigencia una mano compasiva. ¡ Honor y respeto à estos hombres ilustres y sensibles, cuya memoria conserva el infeliz, y cuyo nombre y obras llegaràn à la mas remota posteridad ! Mas ¡ cuan difícil es à un mèdico distinguirse y lograr algun èxito siguiendo las màximas antiguas ! Los doctores mas cèlebres han reconocido que la Medicina, tal como se han empeñado en practicarla, no es mas que un arte conjetural. Para nó estraviarse, y poder

llegar à distinguir lo *verdadero* de lo *falso*, que es la piedra filosofal del entendimiento humano, es necesario quemarse las cejas sobre los libros, consagrar casi toda la vida al estudio, y tener una cabeza perfectamente organizada.

Pero toda esta incertidumbre ha desaparecido despues que Pelgas y Le-Roy, à quienes la antigüedad hubiera levantado altares, han descubierto, señalado y trazado la marcha de la naturaleza: para hacerse uno su propio mèdico, y aun el de los demas, ya no se necesita otra cosa que saber leer, y estar dotado de discernimiento y energía. Conformándose exactamente con los consejos y preceptos de la *Medicina curativa* se vuelve la vista à los ciegos y el oido à los sordos, se hace andar à los cojos, se curan las paralisis, las hidropesias, las ulceras tenidas por incurables, &c. Esta facilidad de aprender à curar, que la envidia ha osado criticar, es el mayor servicio que Pelgas y Le-Roy han podido hacer al Universo: resultado de las sublimes meditaciones de unos ingenios que descargando todo lo que era superfluo ó peligroso, han conservado sabiamente lo único que en rigor era necesario, y se hallaba en armonía con la naturaleza.

Mas, señores, no porque Pelgas y Le-Roy hayan hecho tan señalados servicios à la humanidad doliente, habeis quedado vosotros como

operarios inútiles; bien al contrario: ella implora aun vuestro socorro, y espera de vosotros el complemento de su felicidad: la ignorancia, las preocupaciones y la malevolencia, se adunan para perjudicar al precioso descubrimiento de Pelgas pintàndole con los colores mas sombríos: vuestra es pues la gloriosa empresa de ahuyentar esta turba tenebrosa, que hace todos los esfuerzos posibles para poner estorbos à la marcha triunfante de la *Medicina curativa.* En efecto, ¿cuantos individuos indigentes se hallarán en el campo y aun en las ciudades, que no habràn podido aprender à leer? ¿cuantos tambien que faltos de discernimiento, de juicio ó de energía, sustituirian su voluntad imbècil à los preceptos del mèdico, y se haràn con ello autores de su propia desgracia, con grave daño de los progresos de la verdad? Y por terminar en fin esta triste pintura ¿cuantos malèvolos no existen, que con inaudita perfidia persuaden à los enfermos que està llena de veneno la copa salutífera que contiene el remedio de todas sus dolencias?

Ved aquí, Señores, un dèbil bosquejo de los males que podriais remediar, si quisieseis rendir homenage à la verdad, y reconocer francamente la eficacia del mètodo y de los remedios de Pelgas y Le Roy: si os dignaseis dirigir à los enfermos que quisiesen recurrir à dichos medi-

camentos, no solo llenariais vuestros deberes, sino que os cubririais de gloria; y la posteridad reconocida, señalaria un lugar en el templo de la inmortalidad para los autores de una reconciliacion franca y sincera entre los partidarios de Hippocrates y los de Le Roy. ¡Ah, Señores! un filàntropo os amonesta: dejad ya de ser sordos à la voz de vuestra conciencia, y reconoced las verdades incontestables que confirma la experiencia, y à las cuales rinden Amèrica y Europa un testimonio público y brillante.

Ni temàis que vuestros intereses sean perjudicados; los *buenos* mèdicos reuniràn en derredor de sí à los partídarios del antiguo y nuevo mètodo; las personas que no tengan bastante valor para seguir la senda escabrosa, pero segura, que ha trazado Le Roy, recurriràn á vuestros buenos oficios, y vosotros confortareis y dareis consuelo à las que vacilen en el camino àspero de *la Medicina curativa,* por falta de discernimiento y energía.

Creo, Señores, que seiía superfluo hablar mas sobre el particular; porque sois demasiado ilustrados para no haber comprendido la fuerza de las razones que acabo de esponer. Me equivocarè acaso; pero me parece que precisamente debeis abrazar uno de dos partidos; ó demostrar por los medios que exige la buena fè,

la justicia y la lealtad, que la experiencia no està realmente en favor del mètodo de Pelgas y Le Roy; ó si esto no es posible, ceder à la voz de la *experiencia*. Si persistis en vuestra opinion, à pesar de las pruebas que la contrarian, os esponeis á ser comparados à unos supuestos ciegos que no quieren ver; y aún mas: seriais infaliblemente acusados y convencidos del horroroso crímen de *lesa humanidad*, porque lèjos de tenderle una mano compasiva, habiais preferido quemar vuestros inciensos en el altar de *Momo*. Mas yo creo, señores, que no sucederá así; todo al mènos concurre à persuadirme que no consentireis en tal oprobio; pues aunque hayais podido errar como hombres, no quereis arriesgar à envileceros. Os aprecio demasiado para no esperar que preferireis la gloria de ceder á la poderosa voz de la experiencia y de la humanidad, á la afrenta de cerrarle los oidos; las bendiciones de vuestros contemporaneos, á las maldiciones de la posteridad; y que añadireis un nuevo lustre à este siglo de luces, hollando los antiguos errores y preocupaciones del arte mèdica, y obligando, con esta noble conducta, à la verdad à salir de su pozo.

Tales son los deseos sinceros de

Cárlos Enrique Curchod,
Antiguo Oficial de Artillería.

Todo hombre, en cuyo corazon tiene poca influencia el bien de sus iguales, puede compararse al ambicioso usurero que poco cuida de su opinion y hasta le duele dar el dinero que le han de volver por duplicado. De esta clase hay muchos en el mundo; y eso no debió ocultarse al cèlebre *Oficial de Artillería*, autor del preinserto discurso.

Sin embargo, hay muchos Profesores humanos, en varias partes del mundo que, reconociendo el principio luminoso è infalible en que se funda *la verdadera Medicina curativa*, han hecho, à la afligida humanidad, bienes que dificilmente podrian remunerarse; ellos han tenido que luchar con obstàculos que solo la virtud y la verdad han podido superar. Tal es el poder de la envidia en el corazon del hombre pasionista y lleno de egoismo, que opondrà trabas hasta al bien que se quiera hacer á un igual suyo, siempre que de sus resultas se desvanezca el error en que viva alguno de sus feudatarios.—Es ladrar à la luna, convidar con el desvanecimiento de las tinieblas, á los que entre sus velos densos è impenetrables tienen asegurada su fortuna particular, y una reputacion bien ó mal adquirida.

Las voces del Oficial de artilleria, sus razones mas que evidentes, la aseveracion incontrastable de los sucesos, y la experiencia constante, hija del tiempo, solo tienen influjo en el

ànimo de los hombres de bien, destituidos de pasiones innobles, y dispuestos à hacer bien à sus semejantes; à esos seres dotados de sensibilidad, y que reconocen como la primera de las obligaciones sociales la destruccion de las preocupaciones y del error. Con estos habla *el Oficial de artillería*; con los demas es en vano porque son de aquellos que dicen—

La censura pasa
Y el provecho queda en casa.

Traducimos el siguiente capitulo del *Charlatanismo desenmascarado ó la Medicina apreciada en su justo valor*. El es uno de aquellos discursos que, como dice el cèlebre *Iriarte*, unen la utilidad con el deleite. ¡Ojalà lo lean con detencion los profesores de nuestro país! ¡Ojala pesen sus razones!—A eso anhelamos.

Traduccion.

Pequeñas astucias y habilidades de nuestros modernos Hipócrates, para sustraerse á la censura de sus contemporáneos.

Un medio excelente para escaparse de la crítica de los contemporaneos, es él de identificarse de tal modo con ellos, que los dardos que se atrevan à disparar, caigan al suelo antes de alcanzar à los que se quieran herir con las armas del ridículo.

Cuando *el Aritophanes frances* osó poner en la escena à los Mèdicos de su tiempo, pintó à unos hombres que fueron los de su siglo. Tanto

era lo hueco y absurdo de sus razonamientos; que disponian à sus espensas los espíritus à la risa, como tambien la rareza de su hàbito y de sus modales. Los Mèdicos del siglo de *Moliere* eran personages graves, sentenciosos, y hablaban como por resorte; eran cabezas cargadas dia y noche de un bonete doctoral; cuerpos que no se quitaban las largas togas mas que al tiempo de acostarse. Se les veia con este ridículo trage, montados en sus mulas, andar de un modo pedantesco las calles de la capital de una estremidad à otra. Unas barbas largas, frondosas y encanecidas, daban à sus caras pàlidas y tristes un aspecto venerable. Esto es tan conforme à las prescripciones del príncipe de la Medicina, como cierto que *Hipócrates* en su libro *de Médicos* exige en ellos un aspecto melancólico, pensativo y triste. *Figuram faciei habeat meditabundam ac subtristem.*

Si *Hipócrates* apareciese en el dia, no quedaria poco asombrado de ver à sus secuaces rivalizar en elegancia y futilidad à nuestros *milflores*, y à *los increibles.* (1) El vestido de los Mèdicos de aquel tiempo se parecia mucho à aquel con el cual nos pintan à *los nigrománticos* en la mayor parte de nuestras piezas teatrales, ó en *la fantasmagoria.*—Un Mèdico no podia lograr la confianza, y adquirir una especie de

---

(1) Nombres dados á los elegantes del siglo, y con los cuales se hallan mui honrados.

celebridad, sino despues que la vejez habia principiado à pasar sobre su cabeza la pesada mano de los años. (2)

En el dia, todo se ha cambiado. Un Mèdico es un hombre que entiende de mundo; se le puede consultar con igual suceso, ya sobre una enfermedad, ya sobre la moda del dia; su hàbito es sencillo, natural y elegante; un poco de afectacion, à la verdad, en su porte; pero esta afectacion le està perdonada con tanto mas gusto, cuanto es siempre acompañada de mucho garbo. Vedle entrar en el aposento de una jóven dama de aquellas que padecen de *vapores*; nada de siniestro en su ajustamiento; el gasta los colores del dia; el estrangero lo creerá de buena gana un amigo de la casa muy interesado en la salud de la enferma, y se equivocaría fàcilmente si no fuera por el modo gracioso y algo galante con que la toma el pulso. Se retira un poco, baja modestamente los ojos, pero la dulce sonrisa està en sus làbios. Un *está bien* articulado con aire de contento, disemina un bàlsamo saludable en aquella de quien la imaginacion es mas estravagante de lo

(2) En otros tiempos se decia, y era espresion recibida— *Cirujano, jóven; Médico, viejo.*—En el dia es todo al revez; no se busca sino una brillante juventud para entrar en el aposento del enfermo. Estando la medicina y la cirujia casi como confundidas actualmente, *los jóvenes* darán la ley á los viejos, y *el viejo médico* humillado y confuso temblará ante el escalpelo ó lanceta inesperimentada de un joven escapado de *Saint-Come*, y que habrá sabido amontonar sobre su cabeza ambas calidades.

que està enfermo su cuerpo. Para concluir, se manda una pizca de manzanilla mas, agregada à la bebida del dia anterior; y despues para desarrugar enteramente la frente de la enferma, como el Doctor està perfectamente enterado de las anedoctas de la víspera, y muchas veces del mismo dia, las cuenta con aquella gracia y viveza que le han valido el título de *amable parlador*. Hablarà, pues, de política, pero sin entrar en las grandes discusiones; republicano con los amigos del pueblo. Famoso ministerial con los hombres que no sueñan mas que empleos y dignidades; jamas hombre alguno tuvo mas opinion para sí mismo; nadie supo mejor acomodarse y doblegarse con todos y à todos para ganar.... ¿què?— ¿ *Confianza* ? ¡que disparate! ¿Què serà, pues? ¿ Estimacion? Tampoco. ¡Que torpeza!.... ya caigo.... aguarde V..... dinero.... Sí Señor, dinero; la cosa es muy sencilla.

Ultimamente, en derecho y en razon se deduce que un hombre que habla de finanzas y de presupuestos tan perfectamente como el mas versado en ello, ó como gefe de oficina de contabilidad, que diserta con iguales luces, sobre los grandes resortes de los gobiernos, debe tener una cabeza fuertemente organizada para la profesion que ejerce, si ademas tiene la suerte de aliviar, aunque sea poco, à un pobre enfermo.... ¡Oh! entónces sí que se oyen resonar las trompetas de la celebridad. ¡Cual hom-

bre mas cortes, mas llano, mas dócil, mas afable y mas complaciente para con los enfermos! ¡Que prudente y circunspecto! ¡Que detenido estudio hace de la naturaleza, sin contrariarla nunca! ¡Como asecha la marcha de sus operaciones! Si un medicamento es desapacible al gusto, prescribe al instante otro.... Es mas que un simple mortal; es el Dios de Epidauro investido con la forma humana.... ¡Cuantos mèdicos tienen fama y celebridad, grangeada por los ècos de los salones!!!

Caerà uno en la tentacion de preguntarse à sí mismo, ¿por què, desde *Moliere*, ninguno de nuestros autores ó poetas cómicos, se ha atrevido à presentar nuestros mèdicos modernos en la escena! ¿Acaso el *Aritophanes* francès agotaria tanto esa materia que no quedase nada que espigar tras de èl? ¿Quedaria tan exhausta la mina de los ridículos, que se haya perdido la esperanza de dar todavía con una veta de donde sacar algo? ¿No trabajaria con suceso un autor cómico presentando à un doctor almizclado que, saliendo del cuarto de un enfermo, se mira con satisfaccion en un gran espejo, se contempla de los pies à la cabeza, para ver si algo falta à su ajustamiento, baja la escalera garganteando suavemente una arieta de ópera, y con la ligereza de un pàjaro vuelve à su Wistey (1) con una gracia que le es propia? ¿No

(1) Especie de coche.

hallaria un nuevo *Moliere* amplia materia para ejercitar su talento pintàndonos esas asambleas nombradas literarias ó científicas donde se vê haciendo el primer papel à tantísimos Mèdicos, Cirujanos y Boticarios que jamas escribieron ni compusieron otra cosa mas que memoriales de Farmacia ó estractos de las visitas en casa de sus enfermos; que se vanaglorian del pomposo título de correspondientes de Academias estrañas con las cuales jamas se comunicaron; y otros agregando à sus títulos de Acadèmicos los de Profesores de Medicina Clínica, y correspondientes de Ateneo?—Este està radiando de gloria en ver su nombre escrito en el diario del Departamento, con el título de *meteorologista,* se figura verlo colgado en un clavo de oro à la puerta del templo de la inmortalidad, por haber llevado una exacta cuenta de los dias de lluvia y buen tiempo; aquel ambicionando demasiado los honores de la celebridad, se inquieta mientras no logra el despacho deadmision que en el calendario de su Departamento ha de transmitir à las generaciones venideras sus títulos y calidades seguidos de &c.&c.&c.

¡Que bello cuadro para un autor cómico el que ofrece un mèdico de andar compasado, los ojos bajos, el porte modesto, la voz lànguida y melíflua, que en las asambleas de almas pias y hasta en los locutorios de nuestros conventos, votan desapiadadamente anatemas al osado mortal que con mano atrevida desgarró el velo que encubria las astucias del Charlatanismo! Es, à su parecer, una lesion manifiesta á las leyes de la caridad cristiana; es una heregía monstruosa y abominable digna del castigo del Cielo, y de todo el rigor de las leyes humanas.

Pero, un autor cómico, por mas cómico que sea, tiene consideraciones que guardar; temeria atraerse la ira de los potentados del órden; esos adheridos à todas las sociedades sábias; esos hombres tan versados en la química, botànica, mineralogia, historia natural, que hablan como libros de todas las ciencias; que no ignoran nada, que lo saben todo, menos curarse á sí mismo y à sus semejantes. (2) Un autor cómico no puede ignorar que, cuando ha tenido el talento de identificar su causa con la de su siglò, no queda medio por donde alcanzarle. ¡Como poner en la escena à jovenes Esculapios que son el alma y el adorno de nuestras sociedades! Sería horror, abominacion, infamia. ¿No son los Directores de todos nuestros festines, (3) de todas nuestras tertulias, bailes y partidas de diversion? ¿No son los primeros que se rien à carcajadas en las comedias de *Moliere*, que toman partido en su favor, y contra sus antepasados, cuyas fórmulas, mas ó menos estravagantes, ridiculizan? No temen ya verse llevados à la escena de *un siglo de luces*, como pedantes erizados de griego y latin; han sabido ponerse al abrigo de semejante ridículo; y menos ciertas voces tecnicas, consagradas por el uso, con las cuales aben polvorear à propósito cada consulta, ya verbal, ya escrita, los creerian unos miembros del instituto, al oir un lenguage tan sutilizado. ¡Pobres autores cómicos! ¡que digna de làstima es vuestra situacion! En otros tiempos los ridículos de cada estado y de cada condicion, sobresalian ante vuestro tribunal; vuestra jurisdiccion no conocía límites;

(2) Mas incurable es su enfermedad que la de los verdaderos enfermos.

(3) ¡Que delicadeza en el órgano del tacto para pulsear, saliendo de allí!

mas en el dia, el campo donde podriais recojer muchísimas espigas, os està cerrado, sin esperanza de volverlo à pisar, mientras nuestros Esculapios modernos arreglarán los modales en la sociedad. Sí; despedazad vuestros pinceles, confundid vuestros colores, arrojad al fuego vuestra paleta. Si renaciera *Moliere* de sus cenizas, no cambiaría nada en nuestras habitudes y costumbres. Cuando las preocupaciones han echado profundas raices en ciertos celebros; cuando han envejecido en un solar que les es propicio; la censura y la crítica, por mas sazonadas que sean con la sal de la travesura, no producen ya efecto alguno. Sucede lo mismo que con un hombre en la última estremidad cuya enfermedad ha resistido à todos los remedios conocidos; la naturaleza fecunda en recursos, obra algunas veces una crisis ventajosa y salva un enfermo sobre cuya salud no queda la mas dèbil esperanza.

El siglo actual aguarda esta crisis; ella se operarà inevitablemente; no con los vanos paliativos del ridículo, pero sí con la masa del raciocinio apoyada con la esperiencia y evidencia de hechos aun mucho mas fuertes, que todos los razonamientos del Universo. Cuando *Moliere* hirió à los mèdicos de su tiempo con las flechas del ridículo; cuando los entregó à la risa de sus contemporàneos, y de las generaciones futuras; ¿acaso este genio raro, trascendiente, y que conocia tanto à los hombres y las cosas, atacaria un arte cuya utilidad hubiera sido fundada sobre curaciones ciertas è incontestables? ¿Su evidencia no le hubiera hecho caer la pluma de la mano? ¿No sería el colmo de la injusticia, el esponer à la risa pública à unos hombres que diariamente hubiesen vuelto la salud y la vida à sus conciudadanos?—Mas

no ha atacado la Medicina y los médicos de su tiempo, sino despues de haber conocido la inutilidad ó los peligros de los medios que empleaban, y el champurrado de que cubrian sus fórmulas. Si en su tiempo, como en el nuestro, las tinieblas espesas en que estaba envuelta la Medicina se hubiesen disipado por la aparicion de una luz extraordinaria; por la publicacion de un principio evidente, consolidado por millares de curas mas asombrosas unas que otras; ¿no hubiera sido el primero en bendecir la Providencia, por el descubrimiento de un mètodo tan justo, tan recto, tan poderoso y tan eficaz? En el caso contrario: este espíritu tan lleno de providad ¿no hubiera hecho uso de su tàlento para vengar la ciencia de los sarcasmos, bajo cuyo enorme peso, los mèdicos de su tiempo hubiesen intentado agoviarla? ¡Cómo se hubiese mofado de esos supuestos *amigos de la verdad y humanidad!* ¡Como habria inmolado à la risa pública sus juglerias, su envidia, sus embustes, sus calumnias y sus intrigas bajas y rastreras! Hubiese divertido completamente à sus espectadores, descubriendo à muchos mèdicos, como suelen estar siempre, en guerra unos contra otros, y no unièndose (en detrimento universal) mas que para anonadar un mètodo de curacion general capaz de hacer mil pedazos hasta las ruedas de sus elegantes carrozas."

Reflexiones.

¡A lo que da materia la envidia y la ignorancia! ¡Que pensamiento fuerte y ofensivo no ocurre à la imaginacion de los defensores de la verdad, toda vez que la ven hollada por las astucias de los que debian proclamarla y estenderla!

Cuando el célebre autor del *Charlatanismo desenmascarado* escribió el capítulo precedente,

echando mano de la terrible arma del ridículo, solo dirigió sus ataques à aquella clase de personas mui satisfechas de sí mismas, que todo lo creen sabido, y pretenden cimentar su reputacion científica en hacerse de prosèlitos à fuerza de identificarse (aunque sea aparentemente) con los pensamientos de todos. De esta docilidad, algunas veces involuntaria, resultan males de la mayor trascendencia, principalmente en la asistencia de los enfermos. Si por captarse la voluntad de un paciente (con cualquier fin que sea) el facultativo que le asiste le concede una regular libertad para obrar por sí solo, puede este cometer la imprudencia de excederse, y resultar una desgracia. Somos, pues, de opinion que en cuanto à asistir enfermos, debe procederse con el arreglo mas estricto, y sin dejarles tomarse libertades de las cuales puedan abusar en perjuicio de su restablecimiento. Muchas muertes han causado las consideraciones tenidas con los enfermos, por su clase por amistad ú otros motivos, que no es este el lugar de enunciarlos; y muchos males todavia sucederàn por adoptar algunos facultativos que no debian serlo, las frivolidades de la moda y las demas malas costumbres que traen consigo las preocupaciones de la sociedad y consideraciones imprudentes que no deben tener lugar cuando està de por medio la salud de un hombre atormentado con el cruel peso de los males.

No decimos por esto que un facultativo sea un hombre insociable; pero sí exigimos mucha circunspeccion en la asistencia de los enfermos; una contraccion sin límites; y una observacion exacta y fundada sobre el conocimiento de *la única causa eficiente de las enfermedades.* Sobre todo, debe considerarse, que siendo la vida de un hombre poca para estu-

diar y observar con acierto, los verdaderos profesores no deben perder tiempo en vanas y pueriles futilidades sino antes bien emplear todos los momentos posibles en perfeccionar sus observaciones, pues que en esto consiste su reputacion.

CORRESPONDENCIA.

Sres. Editores del Semanario.

Los admirables efectos de *la verdadera Medicina curativa*, hace mucho tiempo me han convencido hasta la evidencia de la certidumbre è infalibilidad de sus principios; y à la vista del noble empeño de propagarla que Vds. se han propuesto, me he decidido à remitirles el caso que voi a referir, por lo que puede importar al bien de la humanidad doliente.

El dia 26 de julio del presente año, un jóven que vive en mi propia casa, llamado *D. Felipe Costa*, de edad de 18 años, à quien aprecio en sumo grado, se vió atacado repentinamente de una fiebre violenta y terrible que se presentaba con los síntomas mas alarmantes; y obrando una mutacion en su físico tan considerable, que me hizo temer mucho se acercaba el fin de su existencia. Inmediatamente me dirijí al establecimiento de la direccion del profesor en Medicina y Cirugia *D. Pedro Martinez*, al que supliquè, con la mayor brevedad viniese conmigo à ver al enfermo. Así lo efectuó; el cual dijo que la enfermedad era de las mas terribles, y que manifestaba ser de la clase de las *erupivas*. En el momento resolvió se le diese una vomipurga clarificada y decantada, en cantidad de catorce dracmas; hizo los efectos de vómito, y deposiciones por abajo proporcionadas à lo que el facultativo se habia propuesto. La enfermedad seguia en aumento, y el profesor resolvió darle otra toma de la verdadera Medi-

cina curativa purgante; es decir la Tonipurgativa de *Audin Rouviere*; pero urgiendo el caso, y teniendo allí el tercer grado de *Monsieur Le-Roi,* dijo era bueno, y el mismo le dió la cantidad, con una cuchara, de dos onzas y media, segun se espresó.—A las dos horas, empezó à hacer abundantes deposiciones de un color negruzco, y sumamente pestíferas. Se siguieron las reglas que èl prescribió; pero el delirio y gravàmen de la enfermedad iban en aumento. Aquella noche fue fatal; à la madrugada muy temprano llegó el dicho facultativo à visitar el enfermo, y le volvió à administrar quince dracmas de la vomipurga ya dicha. Hizo los efectos abundantes por vómito de un color verdinegro; tomó una taza de tè à las tres horas, y empezó à evacuar materiales poco mas ó menos de la misma clase que habia hecho anteriormente con la toma del tercer grado del purgante. Volvió à la tarde el profesor *Martinez*, y notó una erupcion mui menuda con positos ú hoyitos negros en su centro, y dijo que era una viruela de las mas malignas y que èra de suma necesidad darle una toma de la *Tonipurgativa de Audin Rouviere* en cantidad de dos onzas y media, la que se le administró, juntamente con dos causticos en las pantorrillas. Esta medicina, obró abundantemente de manera que à pesar de la mucha precaucion en el aseo, la casa estaba infectada de miasmas corrompidos. Al dia siguiente por la mañana parecia hallarse mejorado, y la viruela manifestaba disminuir su malignidad. No obstante el profesor Martinez determinó darle otra vomipurga de igual cantidad à la segunda que habia tomado, la que tambien produjo los efectos que podiamos desear. A la tarde volvió el facultativo, y resolvió que al otro dia por la

mañana se le diese otra toma de *la tonipurgativa* de igual cantidad ; es decir, de dos onzas y media, que tambien hizo copiosas deposiciones de humores, no tan pestíferos ; manifestando ya la viruela un caracter mui favorable, pues que todo lo negro habia desaparecido enteramente, y el delirio, y la fiebre se habian extinguido. Ello es, que à beneficio de este plan benèfico, ha conseguido su curacion radical, pues que ha hecho, que de una viruela maligna se haya convertido en benigna; y que no se le conoce en todo su cuerpo, sino unas mui leves señales de su enfermedad. En el dia se halla enteramente robusto, gozando de una completa salud. El enfermo curado firma conmigo el presénte caso, que publicamos para bien de la humanidad doliente, y hemos suplicado al Profesor Martinez se sirva certificar à continuacion sobre la verdad de esta nuestra narracion ó esposicion.

(Firmado) *Salvador Garcia.—Felipe Costa.*
Calle del Buen Orden número 133.

Don Pedro Martinez, profesor en Medicina y Cirugia, encargado por el superior Gobierno de la sanidad del Puerto de esta Capital—

Certifico : Que habiendo sido invitado por los Sres. D. Salvador Garcia y D. Felipe Costa, como tambien por la madre de este, à manifestar la certidumbre de la anterior esposicion, creo de mi deber hacerlo en la forma siguiente :

El dia 26 de julio del presente año fui instado por dicho Sr. D. *Salvador Garcia* para que con la mayor brevedad posible pasase con èl à su casa à ver al mencionado jóven D. *Felipe Costa,* que se hallaba gravemente enfermo. Así lo verifiquè ; hallàndolo con una calentura remitente, biliosa, gàstrica, y con aparato sabur-

roso ó bilioso en primeras vias; el pulso era sumamente frecuente y comprimido, parecido al que se nota en *el Tifo*. Habia modorra, y delirio; y la lengua estaba cubierta de un empaste de color pajiso obscuro. Por todos estos síntomas, como tambien por estar en su mayor vigor la epidemia de sarampion y viruelas, caracterizè, como debia, esta enfermedad por una *flegmasia exântematica* de las mas graves; pues que en estas circunstancias me hallaba asistiendo de esta misma enfermedad à otros muchos de ambos sexos y diferentes edades.

El plan, órden ó método que he seguido está exactamente conforme con la esposicion de *D. Salvador Garcia*, y con los principios que he vertido en la obra que recientemente he publicado; pues que cada vez mas y mas estoi íntimamente convencido por los repetidísimos hechos; juntamente por las nuevas obras de los verdaderos Profesores, observadores pràcticos que acabo de recibir, impresas en este mismo año de 1829 en idioma español, frances è italiano, de los progresos que hace *la verdadera Medicina curativa* en toda España, Francia è Italia, como en diversos hospitales donde es administrada con todas las reglas por los facultativos encargados de ellos; y mucho mas cuando segun se espresa el cèlebre Doctor *Buccellati* son los hospitales *el tribunal de apelacion* donde las opiniones, y la misma razon ceden à la evidencia de los hechos.—El público serà instruido oportunamente *en este Semanario* de todo lo que contienen las interesantes obras indicadas

Es cuanto puedo por ahora decir, è informar, en lo que me ratifico.—Buenos Aires, 22 de octubre de 1829.

(Firmado) *Pedro Martinez.*

Calle de Corrientes número 19.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

DEFENDIDA POL LA ESPERIENCIA DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(*Ars, vel scientia medica, non est conjectura.*)

BUENOS AIRES 1.° DE NOVIEMBRE DE 1829.

[NUM. 10. TOM 1.°]

IMPRENTA DEL ESTADO,
Calle de la Biblioteca, número 89.

Este periódico se publica en la IMPRENTA DEL ESTADO, *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, números 63 y 65, donde se reciben subscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

Extracto abreviado de la obra escrita en italiano por el celebre medico Luis Buccellati.

En nuestro número octavo anunciamos entre otras la interesantísima obrita del doctor Luis *Buccellati*, impresa en *Lugano* (1) bajo el título de *Reflexiones Médico-filosóficas sobre la Medicina Curativa, &c.*; ahora nos parece interesar la atencion de nuestros lectores con el siguiente extracto de dicha obra, que será traducida del *italiano* tan luego como nos sea posible.

El doctor *Buccellati*, en su obra ya citada, contesta á la pregunta: S*i el autor de la Medicina curativa es Empírico* ó S*istemático*.=Empieza por definir lo que, segun su opinion, debe entenderse por *medico Empírico*, y por médico Sistemático, y concluye afirmando que el señor *Le-Roy* es *verdadero sistemático* por lo que pertenece á su doctrina, y en cuanto á la práctica, es un observador exacto y diligente y aun

(1) Ciudad considerable y capital de un canton de Suiza, situada 17 leguas al N. O. de Milan, á 26 grad. 16 minutos de latitud y 46 gra. 6 minutos de longitud.

mucho mas que todos los *clínicos catedráticos* siempre divergentes en sus teorias y sistemas.

Despues contesta à la pregunta=Si *un solo remedio es suficiente para curar todas las enfermedades.*=El doctor *Buccellati* fisicamente demuestra que todas las enfermedades, menos aquellas que proceden de causas esternas como heridas, quemaduras, &c., deben reconocer por caúsa *un estímulo existente en el canal gástrico,* que todas las enfermedades que proceden de dicha *causa, ceden y se curan* desde que ella se quita por un medio propio y análogo para el efecto.=Demuestra fisicamente que de esta *causa real, y no hipotética,* admitida por todos los prácticos del universo, proceden todas làs enfermedades; y que por consiguiente aquel remedio que sea mas análogo para destruir dicha causa, puede bastar para satisfacer *todas las indicaciones curativas;* pues todas las enfermedades que se manifiestan á nuestros ojos bajo tan variados síntomas y aspectos, no son mas que accidentales modificaciones de la *causa morbífica,* y con este objeto se refiere á una obra titulada=*Esencia de las enfermedades,* escrita por el mismo autor *Buccellati.*

Prueba tambien que *los enemigos de la Medicina curativa son malos médicos, enemigos de los reales y verdaderos adelantamientos del arte de curar, y de la humanidad afligida.*

El interes (dice) es el móvil de las acciones humanas; y el de los médicos está en la cantidad de los enfermos, de las enfermedades y de su duracion. Ademas, tan grande es la anarquia, y tantas son las contradicciones que existen en las opiniones sistemáticas, bajo cuyos principios los mèdicos ejercitan el arte de curar, que si la práctica de los unos es buena, peligrosa y funesta debe ser la de los otros; y concluye: 1.º Que el estado de peligrosa incertidumbre en que ha estado la Medicina, es generalmente mas bien un efecto de la conducta moral de los Profesores, que no de la obscuridad y dificultades de la ciencia. 2.º Que por estar los verdaderos y reales adelantamientos del arte en absoluta contradiccion con el interes de los Médicos, el único modo de protegerlos es velar rigorosamente sobre su conducta moral, y no otorgarles por mas tiempo el privilegio que gozan hasta la fecha de ser jueces competentes y sin apelacion, cuando se trata de dogmas de ciencia. 3.º Que reprimiendo los abusos con que se ejercita la Medicina por la mayor parte de los Médicos, se aliviará el pueblo de dos terceras partes de enfermedades graves, *crónicas*, é incurables, y muertes prematuras que llevan tantas víctimas al sepulcro.

Analiza despues las observaciones del por-

fesor *D. Juan Strambio*, sobre una *pleuro-mediastina*, por el doctor *Rasori*, y tratada segun se acostumbra con el *sulfate de quinina* y despues con el ópio. Las reflexiones que el doctor *Buccellati* hace sobre la muerte del mismo enfermo sucedida á continuacion de seis sangrias ordenadas por el doctor *Strambio*, son muy interesantes; particularmente cuando habla de las dos opiniones médicas que se han hallado en gran voga en Europa, de los *estimulantes*, y de los *contraestimulantes*. Unos están persuadidos que con muchas sangrias se pueden vencer las enfermedades inflamatorias, y que todos los remedios deben dirigirse á debilitar el exceso de vitalidad que admiten por *causa de las calenturas*; mientras otros por el contrario hacen derivar las enfermedades de *espansion* ò *concentracion de la fuerza vital*, y traicionan á los enfermos haciéndolos sangrar. Sus indicaciones curativas son dirigidas á llamar á toda la periferia del cuerpo la demasiado concentrada vitalidad que ellos suponen, ó á concentrarla en su espansion.—Combate la opinion de que los remedios del Sr. *Le-Roy*, sean fuertemente *drásticos*, y que de su uso se sigan funestos resultados; refiere muchas curas difíciles obtenidas segun su método, y concluye afirmando que se esperimentan sus remedios en un Hospital público,

y que este es el mejor tribunal de apelacion, donde las opiniones y la misma razon, ceden á la evidencia de los hechos.

Este es el plan de la obrita escrita por el célebre Médico Italiano *Buccellati*. El opina que el modo de protejer los verdaderos y reales adelantamientos del arte de curar, es velar rigorosamente sobre la conducta moral de los Profesores, y no otorgarles por mas tiempo el privilegio que gozan hasta la fecha, de ser jueces competentes y sin apelacion, cuando se trata de dogmas de ciencia. A la verdad que necesitamos violentos esfuerzos para poder conformarnos con que los que profesan una ciencia se hayan de reservar el derecho exclusivo de admitir ó no admitir un descubrimiento benéfico, y reprocharlo, ó ejercerlo con la humanidad. ¿Por qué razon el brazo de la autoridad no ha de intervenir cuando se trata de una materia tan inherente á la salud y felicidad del pueblo? ¿Qué motivo puede considerarse justo para que la *verdadera Medicina curativa*, que está haciendo los mayores beneficios á la humanidad afligida, se vea á la merced de sus mismos enemigos que tratan de sepultarla en el olvido, y el pueblo indigente carezca en los hospitales de este precioso consuelo de los infelices enfermos?.... ¡Hasta cuando se pretende tener imbuidos à los hombres en los errores que

las preocupaciones traen consigo ! ¡Cuando se verà nuestro país fuera de la tutela en que han pretendido tenerlo LOS ARCANOS DE LA CIENCIA MEDICA !!! El brazo de la autoridad lo hará todo.

El doctor *Bucellati* afirma que UN HOSPITAL PUBLICO es el mejor *tribunal de apelacion en donde las opiniones y la misma razon ceden á la evidencia de los hechos*.... y ¿ quién puede dudarlo ? ¿ Quién lo negará á no ser aquellos interesados vilmente en obscurecer la verdad y que viven de los misterios ? ¿ En qué parte mejor que en UN HOSPITAL PUBLICO *probaria la Medicina curativa à sus antogonistas y al mundo entero su eficacia,* y confundiria á esos séres degradados que se empeñan en obscurecer su beneficencia, á pesar de *la desercion general,* que van recogiendo por fruto de su culpable egoismo ?

En fin ; concluyamos un artículo que no puede escribirse sin indignacion. El pueblo conoce sus derechos ; sabe muy bien que puede dar su aprobacion á lo que considere mas justo y vea confirmado con los sucesos. Tenemos, por otra parte, un Gobierno sábio, y que ama mucho la felicidad general. Los que debian hablar están callados, creyendo cansarnos, ó haciendo alarde de mirarnos tal vez con desprecio ; y por último, HAY HOSPITALES PUBLICOS EN BUENOS AIRES, Y AUTORIDAD SUPERIOR QUE PESA-

RA EN LA BALANZA DE LA JUSTICIA NUESTRAS ASERCIONES. *Mas que quisieramos, hemos dicho.*

ADVERTENCIAS BIEN COMPROBADAS POR LOS HECHOS, A LOS QUE PADEZCAN DEL VIRUS SIFILITICO, VENEREO Ó GALICO.

Si fuesemos á tratar la materia de que vamos á ocuparnos en este articulo, con la amplificacion de que es susceptible ; si empezasemos á dilatar nuestra imaginacion sobre la historia de esta enfermedad ; si tratasemos de traer á consideracion de nuestros lectores el diluvio de métodos y modificaciones que ha habido para su pretendida curacion, y el infinito número de autores que se han hechado á cuerpo perdido á descubrir su causa, y tratar de sanar el mal sifilítico ; no dudamos en asegurar, que un volúmen de 300 páginas no bastaria ni aun para siquiera bosquejar semejante esplanacion. No obstante, entraremos á exponer del modo mas sucinto que nos sea posible lo que creamos de mas importancia, para que la humanidad trate de sustraerse, por el medio mas propio y análogo á las necesidades de la naturaleza, de los crueles golpes de esta temible enfermedad contagiosa, y presentaremos en su verdadero punto de vista uno de los peores enemigos

de la especie humana, por mas que digan sus ignorantes apologistas.

De todas las enfermedades que son la desgraciada herencia de nuestra fragil vida, ningunas deben perseguirse con mas conato que las pestilenciales contagiosas; y entre estas las que proceden del virus sifilítico, venereo ó gálico.

La causa de estos males es la misma que la de los demas. *La degeneracion humoral*—Si hai predisposicion *en la causa eficiente morbífica ó mordaz,* puede ser esta fermentada y desarrollada por los agentes nocivos, y producir la enfermedad. Estos agentes pueden ser, el coito con persona enferma, el uso inmoderado de la Venus, &c. &c.; pero no es preciso absolutamente que concurran estos agentes promotores nocivos para que la masa humoral de un individuo se degenere, ò deprave, se fermente y produzca esta enfermedad en su desarrollo, conforme puede producir otra. ¿No observamos que puede una persona enferma estar en contacto continuo con muchas, y no enfermarse ninguna, ò una sola de todas ellas? Pues bien: la que se enfermó tuvo sus humores predispuestos à recibir el contagio venereo. Es verdad, que es expuestísima semejante comunicacion; porque cuando no produzca la enfermedad, al menos empezará á predisponer

la masa humoral, para que despues al menor influjo de uno ó mas agentes promotores nocivos, se desarrolle un mal; y por tanto debemos abstenernos de semejantes excesos; pero para probar que no es la causa eficiente de la enfermedad venerea el virus comunicado, sino una causa ocasional ó agente promotor, basta solo considerar, que *el primero que la padeció en el mundo, no pudo ser contagiado por otro.*

Lo que tiene el nombre de virus es una *serosidad ó fluxion* tan sutíl, que penetra y se trasmite con el mas leve contacto por la absorcion, y tiene tal acrimonia que produce violentísimos dolores, y los demas afectos que provienen del contagio venereo, tal cual se presenta; en unos purgacion, irritacion, inflamacion; en otros úlceras, excrecencias, potros, ó incordios, depósitos &c. El virus comunicado tiene necesidad de tiempo para fermentar y desarrollar la causa eficiente; tambien es necesario alguno para que la *serosidad ó fluxion,* que se convierte en virus en la persona que ha adquirido el vicio, y en quien aparecen sus síntomas característicos, se forme de la depravacion con la homogeneidad del vicio adquirido.

La curacion de la enfermedad sifilítica ó venerea se ha intentado con sangrías, tisanas diuréticas, baños, y algunos astringentes para detener la irritacion, como tambien la purgacion.

Estos medios demasiado inútiles, por no decir nocivos, han sido abandonados como insuficientes, asi como los sudoríficos y otros remedios, fruto de los delirios de unas imaginaciones perdidas en el inmenso laberinto de las mas tenebrosas conjeturas. Al fin creyeron encontrar el gran remedio, escogiendo un metal frio, y al último extremo pernicioso. Lo han modificado de mil modos, ya en sublimado dulce, ya en sublimado corrosivo, ya en mercurio gomoso, ya en píldoras, ò exteriormente en fricciones, &c., como si por el diferente modo de administrar *el mercurio* perdiese este su calidad nociva, ó sumamente perniciosa à la humanidad afligida. *Wanswieten, Swediaur, Fristze, Astruc, Venegas, Besuchet,* y otros autores antiguos y modernos, insisten en probar que ese veneno llamado *mercurio* es indispensable, y absolutamente el único remedio para curar lás enfermedades venereas.

Pero no podriamos dirigirles la siguiente pregunta à esos insignes autores de composiciones mercuriales ... v. gr. el azogue en las fricciones y en el uso del mercurio gomoso, susceptible de incorporarse en los vasos conforme se dividió para entrar en ellos, ¿no está en posibilidad de reunirse en glóbulos más ó ménos gruesos, detener repentinamente la circulacion de la sangre y causar la muerte? ¡Contesten si

pueden los panegiristas de ese perniciosísimo mineral!

Por las observaciones de los partidarios del mercurio por friccion, y á juzgar por lo que dicen, estos medios no corrigen el virus como aquel, pero sus adversarios, como alentados por la contradiccion, han pasado del sublimado dulce al sublimado corrosivo, sin temer administrar interiormente un caústico tal, que en cirugía se emplea para consumir ó quemar la carne fungosa de las úlceras. Se ha administrado con leche, ó haciendo que los enfermos la beban inmediatamente despues de haberle tomado. En seguida se han compuesto licores como los del baron Wan Swieten, á quien, segun la tradicion, se debe el uso interno del mas violento de todos los venenos químicos. Algunos granos del sublimado disueltos en media azumbre de agua así descompuesta hacen un específico que se deberá llamar licor vegetal, porque es preciso un nombre; el jarabe se deberá llamar jarabe anti-venereo; con el jugo clarificado de alguna planta se llamará rob-anti-sifilítico.

Es un error creer que el mercurio y sus preparaciones puedan curar los males venereos. Los humores viciados por el virus no serán ni menos ardientes, ni menos corrompidos luego que estén combinados con el mercurio, ni aún con cualquier otro absorvente que no fuese da-

ñoso, y es por el contrario bien seguro que los estragos que pueden producir estas materias asi viciadas, se aumentan aún por estas preparaciones, insuficientes sin duda y peligrosas por su índole caústica, ó por lo menos muy acre ó mordaz, como se ha visto en diferentes casos.

Las diversas preparaciones del mercurio, tienen sin duda la propiedad de contener la gonorrèa, y la supuracion de las úlceras y los canceres, y de hacer desaparecer en apariencia los dolores, bubones, berrugas, y erupciones; amalgamando, neutralizando, ò embotando por algun tiempo la acrimonia de la serosidad, y poniendo à esta en estado de volver á entrar en circulacion. Este es el resultado de las curas conseguidas de un modo mal entendido con el mercurio. Los que se creen asi curados, no solo no lo están, sino que algunos pueden considerarse envenenados hasta los huesos. Muchos infelices se nos presentan todos los dias á quienes el mercurio prodigado por los Mèdicos que los han asistido, los tiene puestos en la mas horrible situacion ; unos tullidos ; otros sujetos á mil padecimientos, estómago perdido, digestion dificil, gonorrea inveterada, estranguria, disuria, &c. de suerte que el enfermo que trataron los facultativos por este plan abominable, queda sobrecargado con el mal y el remedio; podrá considerarse afortunado sino queda tam-

bien desposeido hasta de los dientes, para triturar el alimento. Ello es, que las consecuencias son siempre funestísimas, por no ser el mercurio capaz de espeler, desalojar ó evacuar la causa eficiente depravada y aumentada por este metal.

No se acomoda mejor la enfermedad venerea con el mercurio que con otro veneno cualquiera. No hai mas que un medio eficaz para destruirla, y este es *la verdadera Medicina curativa* administrada con el mas exacto conocimiento de todas sus reglas, pues su causa eficiente es la misma que la de todas las demas enfermedades. *La verdadera Medicina curativa* no exceptua enfermedad ninguna; penetra en las visceras de la generacion como en todas las demas partes del cuerpo; entra en las glándulas prostatas, en las vesículas seminales, lo limpia y purifica todo disolviendo las materias por ellas derramadas, enrareciéndolas y conduciendolas al canal intestinal por medio del gran sistema de los vasos absorbentes, a fin de poder verificar *la expulsion* por las vias naturales de las escreciones. El plan, órden ó método de *la verdadera Medicina curativa* es tan seguro, que los enfermos recuperan su primitivo estado de tal modo que quedan sin el menor resto de enfermedad, que pueda perjudicarles ni transmitirse à sus mugeres ni á sus hijos; y por consiguiente

cuando dos personas traten de casarse, siempre que ambas ó alguna de ellas padezca esta horrible enfermedad ù otra cualquiera, deberán ocurrir á *la verdadera Medicina curativa* para ser preservados ellos y su prole, de las funestas consecuencias que produce la depravacion humoral.

Una práctica constante nos demuestra muchos enfermos â quienes este plan admirable y benéfico ha hecho arrojar el azogue en su estado metálico. En la obra del profesor *D. Pedro Martinez*, casos 32 y 41, páginas 236 y 257, se encuentran comprobaciones de esta verdad. En una de las obras ùltimamente impresas en Valencia y que anunciamos en nuestro número 8, bajo el título de *Casos prácticos*, entre muchas curaciones conseguidas por varios facultativos en España, se halla (página 424) con fecha 20 de Febrero del presente año, un remitido de un caso estraordinario en Valencia, firmado por D. P. Serraire, médico frances, que á juzgar por su contenido, el enfermo que el dicho facultativo curó radicalmente por el plan que proclamamos, habrá arrojado cuatro ó seis libras de mercurio.—El enfermo era un empleado en real Hacienda, y el caso está puesto por el profesor frances con la mejor clasificacion, y con la mayor prolijidad están hechas todas sus

diarias observaciones hasta el fin de la curacion. (1)

Sean cuales fuesen los síntomas del *mal venereo*, reciente ó inveterado, siguiendo exactamente las reglas prescriptas por las obras que tratan de *la verdadera Medicina curativa*, podrá esperarse una curacion radical.—Entre los medios externos, hai muchos sumamente peligrosos. Las inyecciones, y la introduccion de cualquier cuerpo estraño en la uretra no producen mas que irritaciones è inflamaciones, y pueden dar ocasion á graves accidentes en esta parte. Si hubiese llagas, depósitos, úlceras, excrecencias, &c. se deberán curar quirurgicamente, pero sin perder de vista el germen morbífico para destruirlo por el ùnico medio que hai para conseguirlo, y este es la reglada administracion de *la verdadera Medicina curativa* reiterandola hasta obtener la curacion radical.

Las enfermedades venereas que son de las mas temibles, se miran por las personas poco reflexivas como un asunto de diversion risible, y esto trae terribles consecuencias; por tanto nos hemos tomado, en beneficio del público, el

(1) El que guste imponerse de la certidumbre de esta asercion puede acercarse al establecimiento del profesor D. Pedro Martinez, donde se halla la obra citada y las demas recien llegadas de Europa.

trabajo de redactar este artículo, para que aquellos á cuyo conocimiento lleguen nuestras aserciones traten de sustraerse por el único medio eficaz de los golpes de una enfermedad tan detestable, y tambien de ser envenenados por la fuerte mania de azogar que tienen muchos facultativos. Nos complaceriamos en presentar á nuestros lectores en apoyo de este artículo muchos casos de enfermedades sifilíticas de la mayor consideracion curadas radicalmente con *la verdadera Medicina curativa* ; pero no lo permite la decencia pública, y podria calcularse imprudencia lo que solo sería efecto del amor que profesamos al bien de la afligida humanidad.

LITERATURA.

A LA HUMANIDAD AFLIGIDA.

CANCION.

CORO.

¡ O séres doloridos !
Hoy el llanto enjugad;
Que vuestras crueles penas
Van á finalizar.

Contra vuestra existencia
Conjuradas están

La envidia, la calumnia,
La ignorancia mordaz,
La innoble sed del oro,
Y otras maldades mas....
Pero á estos enemigos
Los vence LA VERDAD.

Coro.

Pronto vereis en triunfo
(¡ Hombres de nuestra edad !)
El presente dichoso,
Que PELGAS inmortal,
Arrancó á la natura,
E hizo à la Humanidad;
Y la envidia, el desprecio
Solo conseguirá.

Coro.

Ya de la *Medicina*
Curativa eficaz
Todos vuestros martirios
Empiezan á temblar,
Porque el ilustre PELGAS,
El humano LE-ROY
Y otros médicos sabios,
Proclaman LA VERDAD.

Coro.

Entre nosotros mismos
Muchos médicos van

Viendo su desengaño;
Y asi abandonarán
Ventosas, sanguijuelas,
El mercurio, el sedal,
Las fuentes, los unguentos
Y otras sandeces mas.
Coro.

Pronto la *Medicina*
Curativa estará
Generalmente usada
En público Hospital.
Y allí los desgraciados,
Mas pronto curará,
Ahorrando à nuestro Erario
Un crecido caudal.
Coro.

Si la envidia rastrera
Os quiere *el bien* quitar,
En el justo Gobierno,
Tranquilos confiad.
El vela en vuestro auxilio;
Y os proporcionará
El bien, que es mas precioso
Para *la Humanidad.*
Coro.

Cesando vuestros males
Volved al dulce hogar.

Y allí con vuestros hijos
Acordes entonad
El verso que trasmita
A la posteridad
Los nombres inmortales
De Pelgas y Le-Roy.

CORO.

¡ O séres doloridos !
Hoy el llanto enjugad;
Que vuestras crueles penas
Van à finalizar.

Parece que las ciencias y su ejercicio en los pueblos libres no debian tener tantas restricciones. Los descubrimientos que se hiciesen y su utilidad, para ser reconocidos del público, no debian tèner mejor comprobacion que los hechos; porque estos nunca desmienten los principios, sino que antes bien los ratifican. En apoyo de estas aserciones traducimos un capítulo del *Charlatanismo desenmascarado* que, aunque muy conciso, da las suficientes ideas para opinar sobre esta materia, à la verdad, no muy indiferente.

Traduccion.

LA VERDAD A LAS MANOS CON EL ERROR.

No es cosa nueva la de que el error y la ignorancia hayan estado en guerra contra la verdad. Esta hija del cielo jamas tomó la ofensiva. Su divisa es producirse por la rectitud y la sencillez del corazon. Este es su carácter distintivo. Tal ha sido siempre, y tal será hasta la consumacion de los siglos. Ella aguarda à pié firme à sus adversarios; no los provoca, por ser demasiado amante de la paz; pero cuando en el exceso de su orgullo ó de su temeridad, estos se presentan en campaña con un aparato guerrero y amenazador, ella piensa solo en resistir à la opresion. Se arma del escudo de la prudencia, y se cubre de la éjide de la sábia circunspeccion Ella aguarda que sus enemigos le hayan lanzado sus primeros dardos; algunas veces los recibe con desden; y otras, antes que use de los propios, recoge los de sus enemigos, y se los devuelve con mayor vigor y fuerza que aquella con la cual se los arrojaron.

¿Creerá tal vez el lector que se han querido echar frases á la ventura? Pues no; ellas tienden estrechamente á un fin. Servirán para manifestar la baja envidia, y las viles é inexpli-

cables intrigas que muchos médicos, cirujanos, oficiales de sanidad, hasta herbolarios tambien, en diversos puntos de la Francia, y notablemente en las ciudades de Lion, Orleans, Tours, Amiens, &c., han urdido para quitar del medio un método de curacion desconocido à las generaciones anteriores, y contra el cual han pretendido dirigir la fuerza ideal de la opinion, la de las administraciones que se acercan mas à la realidad, y en último resorte, la autoridad de las leyes. Pero ¿ què han conseguido ? Desprecio, abominacion y ódio eterno de todos los corazones justos y humanos.

Si escribo para mis contemporaneos, no hago abstraccion de los que vendrán despues de mí. Puede ser que en el número de aquellos en cuyas manos caerá esta produccion, haya alguno que quede agradecido al hombre animoso que se ha atrevido à desgarrar de arriba abajo el velo en que se han envuelto estos pretendidos conservadores de la especie humana.

Existe entre esos *amigos de la humanidad*, una correspondencia no interrumpida ; no es una secta religiosa á lo propio ; pero es algo de semejante. La calidad de correspondiente de Ateneo, ó miembro de sociedades nombradas sábias, dan apertura ó relaciones mas ó mènos

íntimas. Hay, ó puede haber, tambien relaciones de interès general en cuanto al cuerpo á que tienen el honor de pertenecer; pero sin detrimento de lo que se llama el interés personal. La fama de las curas numerosas obradas sobre enfermos desesperados y desahuciados de las personas del arte que los habian asistido, habia conciliado al método del Sr. Le-Roy, muchos partidarios en las diversas clases de la sociedad. La voz que habia corrido, habia sido para esos médicos, cuya ciencia se habia hallado defectuosa, como un grito de alarma. Se han guardado muy bien de atacar la hidra por la cabeza; ella está cubierta de unas escamas contra las cuales venian á embotarse sus débiles dardos. Hablemos sin figura; un hombre revestido de todos los títulos requeridos por la ley, ¿acaso no está en derecho de ejercer su profesion à la sombra de las leyes que lo autorizan á ello? El puede, á pesar de la envidia, consultar, prescribir, ordenar à cuantos le otorgan su confianza, los medicamentos que juzga convenientes. Su jurisdiccion no conoce límites. Puede dirigir sus consultas à cualquier enfermo que las pida, aunque estuviese en los antípodas; puede hacer elaborar, por tal boticario que juzgue à propósito, los medicamentos estimados aptos al restablecimiento de la salud del valetudinario que

le haya consultado ; y puede, libremente, dirijirlos ya directamente ya indirectamenté á la persona para la cual se han confeccionado. Estos son principios de derecho natural, al abrigo de los ataques de las leyes positivas."

Este capítulo nos demuestra que en la Francia habia una especie de Logia, cuyo objeto era dar en tierra con el método inapreciable de *la verdadera Medicina curativa.* Otro tanto podemos decir de lo que sucede en nuestro país; pero si esos hombres obcecados é injustos, han conseguido en la Francia, por justo premio de su atrevimiento, *el desprecio, abominacion y eterno ódio de todos los corazones justos y humanos;* los enemigos de la verdad, entre nosotros, consiguen el vilipendio y la execracion de todos los hombres de bien. Ellos piensan envolver en silencio *la Medicina curativa ;* pero sepan que esta no necesita de su despreciable recomendacion, para ser reconocida y adoptada en un pueblo que no es facil alucinarlo con vagas declamaciones y mamarrachadas pedantescas. Sobra para que nos entiendan los sugetos con quienes hablamos.

CORRESPONDENCIA.

Señores Editores del Semanario.

He tenido el placer de leer los números todos de su muy apreciable periódico, que está en una completa conformidad con mis ideas; y no puedo menos de aprobar, como lo harán todos los verdaderos amigos de la Humanidad doliente, los asertos, los principios, y los hechos con que Vds. enriquecen el conocimiento del público respecto á una materia que, con los mas justos títulos, debe considerarse la primera, por ser su objeto de la mas principal atencion de toda la especie humana—*la salud pública.* Cediendo pues al impulso de mis sentimientos, refiero à Vds. el siguiente caso, el cual creo podrá ocupar un lugar en sus apreciables páginas.

Doña Martina Rodriguez, de edad de 20 años que habita en la calle del 25 de Mayo, casa número 169, hacía ocho años padecía de un estreñimiento de vientre de tal naturaleza que cuando se veia atacada de esta horrible enfermedad se pasaba muchos dias sin obrar absolutamente nada. La acometian accidentes muy alarmantes; y á pesar de haber sido asistida en todo el

tiempo de su enfermedad por varios profesores, nunca pudieron estos conseguir otra cosa mas que momentáneas mejorias. El mal que padecia esta infeliz era manifestado con tan temibles síntomas, que cuando la daba el accidente, se quedaba enteramente sin el uso de los sentidos; y otras veces se le reventaba la cabeza, y se le formaba una llaga de tal estension que se le dilataba hasta la espalda.

En uno de los dias del mes de Setiembre estando asistiéndola el Doctor *D. Salvio Gaffarot*, y otro profesor el doctor *Terry*, me llamaron corriendo de su casa, en la cual creian que era ya llegado el último momento de su vida; tal fué la tenacidad con que la acometió el accidente. En efecto, fuí con toda la agilidad que me permite mi edad, y la encontré sin el uso de los sentidos; y con el estómago y el vientre elevados á una enorme altura. Al momento me encaminé al establecimiento de la direccion del profesor *D. Pedro Martinez*, y supliqué se me diese *la verdadera Medicina curativa* proporcionada á la edad de la enferma, y á la enfermedad que queria conducirla á la tumba. Asi se efectuó. Partí con brevedad; la administré á la enferma la ya mencionada *Medicina curativa*; y esta infeliz que no podia obrar, á las dos horas y media

llenó cuatro vasos de los usuales de los materiales mas negros, fétidos y depravados que puede contener el cuerpo de una persona humana. Continué siguiendo la curacion con *la verdadera Medicina curativa,* que el profesor *Martinez* ha dado *gratis* á esta pobre muger; y á las doce tomas ha quedado otra, sin accidente, y solo siguiendo el plan de precaucion que el profesor citado prescribe en su obra titulada :=*Quinta Esencia de la verdadera Medicina curativa,* ó *el velo descubierto de los arcanos de la ciencia Médica.*

Esta es señores Editores la verdadera esposicion de lo que ha sucedido á la pobre jóven *Doña Martina Rodriguez,* y al comunicarlo á Vds. les ofresco mi mas cordial afecto.

Buenos Aires, Octubre 28 de 1829.

(Firmado)=*Pedro de Esquiroz,* presbítero, calle de la Paz, No. 122.

Nos consta el caso á que se refiere el remitido que acabamos de insertar. Esta pobre muger, que se mantiene con el trabajo de lavar y planchar ha hecho ingentes gastos en los ocho años de su enfermedad, y por último quedó pri-

vada de trabajar. El autor del comunicado ha sido el que la ha socorrido en su miseria; de no, sería víctima hace bastante tiempo. El profesor Martinez la dirigió en su curacion desde que ella pudo levantarse de la cama, y apersonarse al establecimiento de su direccion; le dió gratuitamente la Medicina, y aun se la sigue dando en el plan, órden ó método de precaucion que la ha prescripto y con el cual quedará en poco tiempo curada radicalmente.

La enfermedad que esta infeliz padecia hubiera sido incurable por el plan sistemático de tantos y tantos autores que han ignorado la causa, la *única* causa eficiente morbífica ó mordaz de las enfermedades, y el modo de desalojarla, espelerla, ó evacuarla por el verdadero plan, ó método de la *Medicina curativa*.

Tambien nos consta que los señores profesores que asistian á la enferma, manifestaron al parecer algun disgusto, vituperando el proceder del presbítero D. *Pedro Esquiroz*; no obstante haberla encontrado muy mejorada antes de saber la administracion de dicha medicina; y el doctor *Gaffarot* se despidió enojado para no volverla á visitar; mas el otro mas humano ha presenciado por dos visitas mas que la ha

hecho los admirables efectos de *la verdadera Medicina curativa*, sin mostrar el menor desagrado; antes sí complaciéndose en ver libre á esta infeliz de las garras de la muerte.

Tan laudable nos parece el procedimiento de uno, cuanto reprobable el del otro, principalmente cuando el señor profesor que se despidió mostrando enojo, no habia podido conseguir ventaja alguna siguiendo los otros métodos. Tanto mas digno de vituperio encontramos este modo de proceder en un facultativo, cuanto que hasta ahora guardan todos los opuestos á *la verdadera Medicina curativa* el mas profundo silencio, á pesar de haberlos provocado continuamente á entrar en contestaciones, por medio de la prensa, con nosotros.

No solamente se han mostrado sordos y mudos á las preguntas que les hemos hecho, sino que à pesar de haberles batido por principios incontestables el método mas favorito que emplean con sus enfermos, no han sido capaces ni aún de disculparse. Puede ser muy bien que esos señores digan en los rincones que *nos miran con desprecio*, y por eso no nos contestan; pero digan lo que quieran; lo cierto es, que el pueblo ya está convencido de la justicia que nos asiste; y convencido, no como quiera, sino con hechos, que por mucho que charlen y pateen los *meges*,

enemigos de la verdad, no podrán desfigurarlos. Hay profesores en nuestro país de esos mismos que se inmutan al solo nombre de *Medicina curativa*, que la administran en sus familias cuando hay enfermedades; pero no quieren que este bien se estienda á los demas enfermos que asisten. Hay otros que han hecho sus curaciones siguiendo ese plan que tratan en vano de anonadar; pero aunque en nuestro Prospecto les hemos invitado á que nos comuniquen algo, hasta el presente no se registra en nuestras páginas, ni un solo caso garantido con firma de Profesor, á excepcion del inserto en el número anterior. No se crea que hacemos esta indicacion, porque necesitemos de hechos brillantes para ratificar la beneficencia admirable del plán que defendemos; sino con el solo objeto de hacer fijar al público en esta consideracion para que se conozca entre qué gente estamos, y cuales son *los verdaderos amigos de la humanidad doliente.*

Los particulares nos favorecen continuamente con casos brillantísimos de curaciones conseguidas por ellos en muchas enfermedades, cuyo buen éxito hubiera engreido à mas de un Profesor de esos que se desdeñan de ver su nombre puesto en un *Semanario* de la ciencia Médica. A la verdad que esta consideracion es bochornosa; pero mas injusto sería no hacerla, y pri-

var à nuestros lectores de las reflexiones á que ella dá lugar. Concluyamos : bajo cualesquier aspecto que se mire el silencio de los señores Profesores enemigos de la verdad, esto quiere decir que se dan por vencidos. A la verdad, no hay contestacion ; à los hechos tampoco ; hacen bien en callarse ; pero muy mal el no adoptar ahora lo que, aunque no quieran, tendrán que adoptar despues. La desercion general se va aumentando, y desde que la autoridad fije sus benèficas miradas en los Hospitales públicos, y consultando la economía del Erario con el bien de los infelices enfermos que están en ellos, tome una medida conducente á su alivio, nos prometemos la feliz terminacion de nuestras constantes y asiduas tareas.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

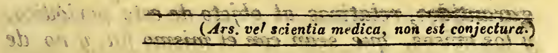
DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

DEFENDIDA POR LA ESPERIENCIA DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.



(*Ars. vel scientia medica, non est conjectura.*)

BUENOS AIRES 8 DE NOVIEMBRE DE 1829.

[NUM. 11. TOM 1º]

IMPRENTA DEL ESTADO,
Calle de la Biblioteca, número 89.

Este periódico se publica en la IMPRENTA DEL ESTADO, *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, números 63 y 65, donde se reciben subscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

LA VERDAD CON LA EXPERIENCIA TRIUNFA; Y LA CALUMNIA SE ANONADA.

La verdadera Medicina curativa, se acerca cada vez mas y mas à su completo triunfo. Vanamente han pretendido los sectarios del error y de la calumnia, envolver en el silencio sus evidentes principios, y sin el número de hechos prácticos que la justifican; sus esperanzas depravadas han sido burladas por el público, y á pesar de sus maniobras subterráneas, tan culpables como atrevidas, el pueblo, cediendo á la incontrastable verdad de los casos prácticos que justifican su eficacia, ha execrado á sus miserables antagonistas, y ha dado al plan general de curacion que proclamamos la mas justa acogida.

¡ Pueblo de Buenos Aires ! ¡ Cuna de la independencia ! ¿ Podreis todavia oir la voz de los enemigos de vuestra preciosa salud, con frente serena ? ¿ Podràn algo la impostura y la calumnia, disipadas como el humo à la vista de los hechos ?=No ; sois justo, ya llegó el tiempo de destruir el ominoso yugo que LOS ARCANOS

DE LA CIENCIA MEDICA habian puesto sobre vuestro cuello sagrado. Ya desaparecen los abusos y los misterios, y al disiparse las tenebrosas sombras del error, brilla cual nunca la luz de la verdad en medio de nuestro hemisferio.=Ese silencio funesto, que guardan los implacables enemigos de *la verdadera Medicina curativa* es la prueba mas irrefragable de su impotencia. Han creido que un silencio contumaz podrá sustraerlos de aparecer ante vuestros ojos en el despreciable punto de vista que deben ocupar; han pretendido á puro callar ocultar la antorcha de la verdad....¡Cuanto se han engañado! ¿Qué supone una tan mínima parte de hombres que por su interés declaman en los sótanos contra los verdaderos principios, cuando todo un pueblo es testigo de unos hechos que los humillan vergonzosamente? ¿Qué valen las rastreras maquinaciones de esos insensatos, cuando los hechos diariamente las desvanecen entre nosotros mismos? ¿Podrá la vana charlataneria de esos hombres sin pudor obscurecer ó destruir la experiencia constante, y desvanecer el juicio de la parte mas principal y numerosa del gran pueblo de Buenos Aires? ¿Podrá estorbar que su benéfico gobierno, eche una ojeada sobre *los Hospitales públicos*, y consultando la economia del Erario con el bien de

la humanidad, aleje de ellos por todos los medios que estén à su poderoso alcance, los sistemas absurdos y enemigos de la vida de los hombres, y haga sustituir un plan de curacion que cuenta con tantas víctimas arrebatadas á la muerte, como los otros métodos han conducido á la tumba? No: nada podrá hacer la inerme ignorancia y la envidiosa calumnia, contra el convencimiento. El gran pueblo de *Buenos Aires*, ha estado por desgracia como todos los demas del mundo, bajo la tutela fatal de los misterios ó arcanos de eso que injustamente llamaron en otro tiempo *Ciencia Medica*; pero ahora que lo es en realidad, desde que el ilustre *Pelgas* sentó la base en que se ha construido el grande edificio de la salud de la especie humana, es en balde que los enemigos de ella y que viven de los abusos, se obstinen en no adaptarse à los verdaderos principios; porque en último resultado tendrán que lamentarse de sus extravios algun dia, y será cuando ya no haya remedio, cuando hasta los mas insensatos de la sociedad hayan desertado de sus banderas, dejandoles en pago de su temeridad, una execracion sin límites, y que llevará á la posteridad sus nombres detestados de millares de séres atormentados por enfermedades que no han sabido curar, y odiosamente maldecidos de todos los hombres

de bien, y de la humanidad doliente y afligida. ¡Enemigos de *la verdadera Medicina curativa!*— Todavia es tiempo de que volvais á la senda de la razon. Ella se presenta anchurosa á vuestros ojos; las espinas de que estubo cubierta se han reducido á polvo desde que la trillan constantemente los hechos que os han hecho enmudecer. Venid á reuniros enderredor de la verdad que os convida á beber en su fuente clara y pura; abjurad esos vicios y errores adquiridos siguiendo una rutina errónea y directamente opuesta à la conservacion de la especie humana; y considerando (como debeis) que á mas de tener la gloria de arrebatar muchas víctimas á la muerte, serán justamente remunerados vuestros trabajos. Esta es la última invitacion que os hacen *los editores amantes de la humanidad;* aprovechad el corto tiempo que os resta; mirad que la generalidad ya no se alucina con voces insignificantes, y que à medida que el convencimiento vá tomando una rapida extension, empiezan à prevenirse los ánimos á no dejarse desviar del camino que conduce à la salud. Desengañaos; ya no os queda mas recurso que confesar la verdad, dejando los absurdos sistemas abandonados; porque todos van conociendo lo que otra vez ya hemos dicho—*una es la causa de las enfermedades; uno el plan de destruirla, una la vida y una la muerte.*

Es propio de la ignorancia y de la envidia atreverse á insultar á los hombres que proclaman útiles verdades: pero tambien es muy natural que el desprecio sea el fruto que recojan. Por el capítulo del *Charlatanismo* que traducimos á continuacion se puede calcular lo exacto de esta asercion. Pero si es cierto que nada pueden los vagos gritos de la envidia, no lo es menos, que los pocos que aparecen como enemigos del plan que proclamamos, descubren un egoismo culpable, y una despreciable charlatanèria.

Traduccion.

DISCUSION SOBRE LAS CALIFICACIONES INJURIOSAS QUE SE HAN PERMITIDO CIERTOS MEDICOS PARA DESTRUIR LA MEDICINA CURATIVA.

Es raro el ver à hombres que, teniendo el derecho en su favor, se dejan llevar de esos movimientos impetuosos, á esas injurias groseras, que dán à conocer *el motivo secreto de una pasion odiosa*; es raro que un médico titulado califique á otro con el nombre de *charlatan, de intruso en la medicina, de saltimbanco, de hombre sin recursos y sin calidades*, de hombre, en fin, que se precia de poseer eminentemente una ciencia, cuyos elementos apenas conocia. Su-

puesto el caso, usaría de un derecho legítimo, y que pueden ejercer juntamente con él, aquellos que no están todavia iniciados en los misterios del arte ; pero, señores, ¡ servirse de esas expresiones odiosas para con un hombre titulado tambien como vosotros ! ¿y por qué? Porque ha trillado nueva ruta en una carrera donde no se habia caminado antes de él mas que à *tientas;* es violar todas las reglas, revolver todas las conveniencias de la sociedad ; es provocar à justas represalias, á unos hombres que el instinto del agradecimiento incita à vengar la verdad de las injurias y sarcasmos, bajo el peso de las cuales quisierais agobiarlo. Y cuando en todos puntos de la Francia, como tambien en tierras extrañas, por el canal de los diarios que os son vendidos, tocais una especie de rebato contra este método y sus adherentes, no habeis observado, sin duda, que en el número podria hallarse una pluma regularmente tajada, y bastante bien aun para haceros sentir la impropiedad, digamos mas, la indecencia de semejante proceder. Sin embargo no os parareis. Caminareis mas adelante ; votareis desapiadadamente anatemas al audaz mortal que se constituyera parte integrante en una causa que habria de serle, al parecer vuestro, extraña. Si jamas llega hasta vosotros su nombre, en vuestros conciliabulos, decretareis,

no llevarle jamas auxilio alguno en el caso que lo reclamase. Será preciso que se resuelva à morir sin vosotros, aunque su vecindad hubiese de escandalizarse... ¡Y bien! Tomó su partido de antemano : *morirá sin vosotros, pero no sin medicina ó sin medicamentos.* Ya sabe que todas las cosas de este mundo son perecederas, y que esta verdad se adopta y se aplica perfectamente á la vida del hombre. Cuando la medicina del inmortal Pelgas y el Médico *Le Roy,* su digno discípulo, no opere ya, entonces, ya no habrá aceite en la lámpara, y por consiguiente tendrá que apagarse de toda necesidad. Pero, entre tanto, aunque yo ande ya por mi décimo cuarto lustro, esento de las enfermedades inherentes á aquella edad, gracias al uso de este método, hallareis bueno que haga uso de un resto de rigor en su declive para ilustrar á mis compatriotas y buenos Mèdicos que quieran cumplir con sus deberes, asi como aquellos que vendràn despues de mí, y para fortalecerles contra vanas diatribas que podrian, con justos motivos, y sin que tuvieseis razon de enfadaros, llamarse *imposturas.*—Hablo con los malos.

Cuando no habeis tenido verguenza de calificar el autor de la *Medicina curativa* con el

título de charlatan, ¿ habeis bien reflexionado que deciais á mas de un millon de hombres de ambos hemisferios—*sois unos necios entusiastas é impostores ; os habeis ligado y entendido con un pícaro para fingir enfermedades que no teniais : para suponer curas que no han existido mas que en vuestra imaginacion, y todo aquello para establecer la reputacion de un saltimbanco que os há vendado los ojos ?* Parece que ignorais, señores, que la mayor parte no le hán visto jamas, y que no le conocen sino por su correspondencia epistolar. Venid en ello ; esta suposicion no puede hallar acceso mas que en cerebros ofuscados por los vapores de una envidia sin ejemplo.

El *señor Le-Roy* es un charlatan, *al decir vuestro.* ¿ Y las pruebas de esta asercion donde están ? Ya os dejais entender ; pretendeis que se os crea bajo vuestra palabra ; quedo, quedo, señores : todos los hombres no tienen la docilidad de vuestros enfermos. Sea permitido á aquellos que no lo son, que os conocen bastante para no querer serlo jamas, examinar un poco mas de cerca la cuestion. Un charlatan, segun la idea mas comunmente recibida, es un falso médico, que se expone al público, ya en un

carro, ya en un teatro, para vender su triaca, ó cualquiera otra especie de drogas; un hombre que reune y amontona la multitud con juegos de pasa, pasa, y triviales bufonerias, para conseguir mas facilmente el despacho de sus mercaderias. ¡ Y bien ! Citad el tiempo, el parage en que este hombre haya corrido las ferias, mercados y plazas públicas. Cuando, y en que pueblo hizo anunciar y publicar con carteles su llegada. ¿ Habeis visto figurar su nombre en alguno de esos carteles que tapizan las esquinas de la capital, ó de nuestras villas de provincia ? ¿ Se ha leido jamas su nombre y las señales de su casa en un diario, ó en otro papel público, como tantísimos otros que corren tras de una celebridad que se les escapa ? A esas señales, yo reconoceria la justa aplicacion y equidad de vuestras calificaciones ; pero como estais en la imposibilidad de administrar esta clase de pruebas, sereis convencidos de falsedad è impostura á los ojos de vuestros contemporaneos, y ante el tribunal de la posteridad.

Es un charlatan decís vosotros : ¡ bueno ! no teneis todavia razon ; pero, ¿ de cuando acá los charlatanes se han atrevido à hacer imprimir sus obras, ofrecerlas en homenage, á los represen-

tantes de una gran nacion; obras que, en el espacio de quince años, han tenido once ediciones, de seis hasta doce mil ejemplares cada una? Si este médico es un charlatan, es preciso convenir en que es un charlatan de nueva especie; es fenómeno bastante raro para fijar vuestras sublimes atenciones. ¿Por qué, vosotros que sois tan hábiles en forjar nuevas voces, no habeis imaginado una, cuya novedad dejase suspensa la admiracion de todos para calificar una cosa tan nueva? ¡Es un charlatan! ¿Quién de vosotros no quisiera serlo á este precio, y desdeñaria una celebridad parecida á la suya? ¿Quién de vosotros, autores los mas preconizados, puede lisongearse de haber visto en su vida salir once ediciones de sus obras? Decidnos tambien la edicion de cual obra ha sido llevada á igual número de ejemplares. ¡Si este hombre, que os esforzais en despedazar, hubiese usado esas estratagemas vulgares, tan conocidas, haciendo sacar en menor número los ejemplares, su obra hubiese llegado hasta la trigesima edicion á lo menos! El público no es tonto, no echa asi su plata en casa del primero que se le presenta. Si el despacho ha sido, pues, tan rápido, es en razon de que los enfermos gustáron mucho de tener las obras de un verdadero mé-

dico à su lado, y de consultarlas cuanto se ofreciese. Es, á pesar vuestro, asi como otros lo han reconocido como yo, un mueble indispensable en la casa.

Supongamos, por un momento, estas consideraciones de por sí bastante poderosas, como meras preocupaciones ; convendreis à lo menos que son de naturaleza de figurar en la clase de preocupaciones favorables, por no decir honorables para quien es el objeto de ellas, y que semejantes sucesos pueden ocupar un lugarcito en la balanza de la opinion, à los ojos de hombres que bien saben que injurias no fueron jamas razones; pero como no sois hombres que se rindan á la fuerza de una preocupacion, por mas legítima que sea, y como su calidad de autor admitido en todas las librerias, menos tal vez en las vuestras, no os hará cercenar un punto de las calificaciones odiosas, que le habeis prodigado ; es preciso que tengais en favor vuestro los motivos mas plausibles y mas decisivos.

¡ Ah ! sin duda, señores, que esta obra hormiguea de principios falsos, erróneos, esplicaciones atrevidas, de aplicaciones enteramente

opuestas á la conservacion de la especie humana. Pero vosotros, que sois, por estado, los depositarios de la ciencia, y los conservadores de las buenas doctrinas; ¿por qué no habeis agarrado de la mano el chicote de una sábia sátira? ¿Por qué no habeis fulminado contra este renovador, cuya supuesta ciencia habia de arrastrar tan funestos resultados? ¿Por qué, en lugar de esas vanas diatribas con que habeis infestado los diarios, no habeis echado por el mismo camino para disipar el error, y mostrar à la Francia abusada, lo peligroso de un método capaz de multiplicar las muertes repentinas sobre todos los puntos de su superficie? ¿Por qué no habeis ejercitado la plenitud de los derechos que dá siempre el imperio de la ciencia y de las verdaderas luces? ¿Y que en la corporacion numerosa de médicos, cirujanos, boticarios que anublan nuestro suelo, no se ha ofrecido un valeroso campeon, un leal y valiente caballero desfacedor de agravios para desmontar este renovador, y hacerle morder el polvo? ¿No se ha presentado alguno en la arena para combatirle hasta no mas, obligarle á confesar su derrota y rebajar el orgullo de sus pretenciones? ¿Direis acaso que de los sesenta mil ejemplares y mas de esta obra, ninguno ha llegado á vuestras manos?=Podriais decirlo, pero nadie os

haria caso. (1) ¿A qué pues este silencio? ¿Por qué no hay medio para emprender su refutacion? ¿Por qué nadie se atreve á hacerlo? Es porque una verdad de teoria, cuando tiene por base, no uno, no mil, no diez mil, pero sí cien mil hechos de práctica, no se puede refutar tan facilmente. Se necesita para ello otra cosa mas que una andanada de sistemas fundada sobre una vana, erronea y fastuosa nomenclatura. Confesad esta vez que ese silencio es una fuerte presuncion que equivale, sino á una prueba clara y evidente, á lo menos á una probabilidad demostrativa de primera clase.

A pesar de eso, no os cansais de arrojar los dardos de la calumnia. ¿Habriais acaso recibido

(1) Un médico visitando un dia á uno de sus enfermos, echó de ver sobre una cómoda un ejemplar de la obra titulada: *la Medicina Curativa.* La abrió, y leyendo el título, esclamó en su acento: ¡sandez! ¡y vd. lee este libro perverso! ¡Oh! voy á administrarle buen remedio; y acompañando la palabra de la accion, lo puso en la faltriquera, y se lo llevó. ¿Cual será la suerte de este pobre libro? ¿Y cual será la suerte del charlatanismo desenmascarado? Si tienen la dicha uno y otro de pasar à la posteridad no será ciertamente à los malos médicos à quienes se darán las gracias; son muchos, pues que mas son los malos que los buenos; tienen en su alcance buenos recursos; y encajan las narices por todas partes.

lecciones de aquel famoso personage de comedia que decia : *calumniad, calumniad mas, calumniad sin cesar, que quedará siempre algo, aunque no sea mas que la cicatriz ?* Hay tantos séres en este bajo mundo, tan fáciles al engaño, que el mayor número quedará siempre para vosotros.

No, por mas que digais, por mas que hagais, no se reconocerá jamas por charlatan el hombre que perseguis tanto. Si él fuera verdaderamente lo que decís, no manifestariais tanta pasion, ni tanto encarnizamiento ; lo pondriais en el número de aquellos hombres de quienes no decís ni bien ni mal ; porque trabajan mas para vosotros que para ellos mismos. (1)

---

(1) Un vendimiador con un regular pasar, vecino de una parroquia del districto de Orleans, de edad de 68 á 70 años, empezaba á sentir las enfermedades que son propias de aquella época de la vida. Como estaba quejandose un dia á un compañero suyo, este indicó el modo de tratamiento, cuyo uso le habia salido perfectamente. El buen anciano padeciendo y valetudinario, tenia en la ciudad un hijo ejercitando un oficio mas elevado, al menos en apariencia, que el de vendimiador. El tal oficio le habia relacionado con unos apóstoles de Esculapio. Llegó por casualidad, se ingirió en la conversacion, y medio entendiendo el intento de su padre, le conjuró por todos los santos, á que no hiciese uso de un método de tratamiento reprobado por todas las

Pero vuestra armonía, vuestra unanimidad en perseguir hasta no mas, á un nombre que quisierais echar con vuestro aliento hasta los confines del *Japon ;* es prueba no equivocada que os hace mucho mal, haciendo mucho bien à los enfermos que se fian de los principios de su método. No, jamas será reconocido por charlatan el que habeis con tanta generosidad gratificado con este título. Pero algo se echa de ver que

---

gentes del arte. A lo que dices, parece que lo maldicen mucho, respondió el buen hombre.... ¡ Oh ! padre, vd. no puede figurarselo. Si ha resuelto vd. el morir, es verdaderamente el camino mas corto.... ¡ Bueno ! ¡ pero conozco á fulano y zutano que lo han tomado y que al presente están buenos ! ¡ Oh ! que no se descuiden ; esa mejoria aparente puede jugarles una mala partida cuando menos lo piensen.— Eso que decìs, merece un poquito de reflexion; no lo pondré en oido de liebre que pierde la memoria corriendo. El buen hombre de vuelta á su casa, hizo este raciocinio : si este remedio fuese tan malo como lo dicen algunos mèdicos, callarian la boca, pues eso les daria parroquianos. Ellos se han desenfrenado contra él ; necesariamente les causa perjuicio, luego debe ser bueno. El anciano se puso en cura, y estuvo bueno al cabo de ocho dias. Estrañando el hijo tan repentino cambio, le dá la enhorabuena, y quiere saber como ha sido. ¿ Con qué quieres saberlo ? ¡ pues bien oye ! he aqui como he raciocinado, y he aquí como he hecho, (refiriéndoselo todo.) Vete á contarlo á tus médicos

se le parezcan los hombres que poseen en supremo grado el talento de hacerse pregonar; que hablan pomposamente de sí, y de sus pretendidos sucesos; que se ven los primeros en nuestras tertulias buscar con monadas estudiadas, cautivar la benevolencia de un sexo, desde largo tiempo en posesion del arte de establecer reputaciones en esa parte. (1) Lo mismo se observa en la conducta de esos hombres que conocen tanto cuan grande es la influencia de un cierto fausto, y cuanto engaña una visita hecha en coche elegante, ó en un caballo ricamente enjaezado. No se sabe como se llama eso en frances, pero los de entre vosotros que tienen á *Hipócrates* en su libreria, y, que, hablando muchas veces griego en nuestro idioma, se han creido entender el

---

(1) No privaremos al lector de una anecdota bastante salada, y que viene perfectamente al caso, para cimentar esta asercion. —Cierto Doctor, creyendo en Dios por beneficio de inventario, asistia cuidadosamente á una buena alma que caminaba á pasos largos hácia la eternidad. La halla, ó se figura hallarla en un estado menos alarmante que antes. Es preciso asignar una causa.... Oigámosle en su lenguage: ¡Oh! señorita, la *encuentro* â vd. muy mejorada; no lo *estraño;* vengo de la casa de la señorita *** que rogó mucho [illegible] Dios por vd.; es á sus fervientes oraciones que debe-de su padre, le [illegible]tros remedios.
[illegible]so de un método de trata[illegible]

idioma en el cual ha escrito, hallarán con todas letras el nombre que conviene mas á la cosa. (2)

Abrid, pues, de una vez los ojos, y cesad de derramar sin razon cosas sin decencia, sobre un hombre que no amais, porque os ha puesto en la senda de la verdad, calificaciones que el instinto moral habria de rechazar del fondo de vuestros corazones; por haberos dado á conocer, mucho mas sábiamente, que los humoristas que le han precedido, la *causa*, la verdadera, la única eficiente causa de las enfermedades. ¿No le pagariais sino con sarcasmos é injurias? ¿Quién hasta el incomparable PÉLGAS descubrió y enseñó esta verdad? Contemplad vuestros anales, corred la historia de las enfermedades humanas, y mostrad el nombre de aquel que la hubiese proclamado primero. Id, moved todos los hurones de libreria; el honor del descubrimiento le quedará porque es de él solo. Os ha dicho que los humores viciados, degenerados ó depravados, han sido, son y serán la causa morbífica de tantas víctimas, pereciendo, unas en la aurora de la vida, otras llegando á la tercera

(2) Entretanto, yo lo llamaré en castellano; *el mas descarado charlatanismo.*

época, ó á la mitad de su carrera. ¡Y para prueba de agradecimiento no recibe de algunos impávidos sino odiosas calificaciones....! ¡Oh! ¡perversidad de los hombres!

¿Pero, ya que sois tan generosos, tan abundantes de calificaciones; cual nombre pondreis á esos enjambres de jóvenes aturdidos, escapados de nuestros hospitales, donde apenas aprendieron el modo de curar una llaga, y que como un torrente devastador se han desparramado en nuestros pueblos y lugares? Las langostas de Egipto jamas causaron tantos estragos. Verdaderos emisarios del ángel esterminador, con su lanceta, su escalpelo y el despacho que recibieron de vosotros, tajan, cortan, ordenan à tontas y locas, confeccionan sin discernimiento, medicamentos cuya naturaleza y cuyos efectos ignoran profundamente, ó dejan el cuidado de ello à una criada ignorante. ¡Hé aquí los ricos regalos que haceis á la sociedad de la cual os preciais conservadores! El punto esencial es, que se opere la entrada de la cantidad determinada en la caja de la comunidad. *Scientia post nummos. El dinero, y despues la ciencia.* El jóven iniciado, con el pergámino en el bolsillo, escoje el local donde juzga que la fortuna y la

íntriga le ofrecerán mas suertes; ¡y cátale médico! En verdad, si muchos de los que se precian de depositarios de la ciencia de conservar la salud no mudan de conducta, son los mas injustos, é inconsecuentes de los hombres, y los peores enemigos de la afligida humanidad.

Este interesantísimo capítulo, nos hace ver que á veces la ignorancia no es tan ingrata como la perfidia. Aquella suele agradecer algo á la ciencia; pero esta, como enemiga nata de los descubrimientos útiles, y de los verdaderos principios no deja resorte por tocar para anonadarlos. No hay diatriva que no dirija; no hay astucia que no ponga en ejercicio; no hay insulto que no prodigue, ni elemento alguno que considere suficiente para satisfacer su venganza. Humillada por el convencimiento; avergonzada por la verdad, su desesperacion la conduce à los extremos del furor.

Esta pasion que ejerce su imperioso influjo en mucha parte del antiguo y nuevo mundo, no quiso ver fuera de su dominio á los enemigos de *la verdadera Medicina curativa;* y asi como en la

Francia, estos insultaban à cara descubierta al benéfico Le Roy, hasta que este con los hechos los hizo á su pesar enmudecer; del mismo modo en Buenos Aires, se declamaba en otro tiempo contra la verdad, se ponian carteles tan inmundos como sus autores, con muertes pintadas, y otras sandeces insignificantes. Pero ¿cual ha sido el desenlace de estos sucesos?—Haber triunfado *la verdadera Medicina curativa* de todos sus enemigos, y haberles hecho conocer, á su pesar, que á la justificada aseveracion de la experiencia que nunca puede desmentir á la verdad, nada puede resistirse; y que el intentar profanar el santuario de la razon con vagas declamaciones, sea en público, ó sea en el seno de la vida privada es prepararse al descrédito y abominacion de todos los hombres justos é imparciales, amantes de la conservacion de su existencia, y enemigos de la mala fé, y de los sarcasmos despreciables de la envidia y la ignorancia.

El capítulo preinserto de la obra titulada *El Charlatanismo desenmascarado ó la Medicina apreciada en su justo valor*, POR UN AMIGO DE LA VERDAD Y DE LA HUMANIDAD, es el último que el público verá en las páginas de nuestro *Semanario*. Pero, al despedirnos de publicar

los discursos de esta interesantísima y elocuente obra, no podemos prescindir de tributar á su autor los mas sublimes elogios, deseando caigan sobre su serena frente todas las bendiciones de la humanidad afligida, que debe considerarlo como la mas firme columna de su conservacion. El ingenio que brilla en todos los capítulos de esta obra, la elegancia y precision de sus discursos, la historia con que está enriquecida, la verdad de sus aserciones, y esa incontrastable firmeza y desprendimiento con que su autor ha hecho hundir en un abismo los arcanos y bajas arterías de los malos Médicos; la hacen superior à los deseos de los amantes de la justicia, y la colocan en una esfera á donde no podrán llegar los vapores fétidos de la envidia, ni la mano profana del atrevimiento y la calumnia.—Deseamos, pues, al autor de tan sublime libro, una felicidad que exceda á sus deseos, y que dilate la carrera de su preciosa vida, para consuelo de los séres doloridos, apoyo de los verdaderos principios, y castigo de la maledicencia.

Por nuestra parte confesamos, que las ideas de este hombre, extraordinarias en sus luces, han colmado nuestras aspiraciones, y creemos que hán sido recibidas de todos nuestros lectores

con el mayor respeto y admiracion.... El carácter que despliega en sus discursos es muy poco comun, principalmente en el capítulo que dejamos inserto; y esta consideracion nos ha impulsado à terminar este artículo con la siguiente composicion acróstica que no podemos menos de dirigir

---

Á LOS ENEMIGOS
DE LA
VERDADERA

Mil y mil veces la rastrera envidia
Ensayos hizo para ver trabada
De la verdad la marcha denodada,
Intentando arruinarla la perfidia.
Con mentir y charlar en los rincones,
Inducir al error se ha pretendido;
Ni otra cosa por premio han conseguido,
A mejor escapar, que maldiciones.

Callando piensa en ocultar su afrenta
Uniéndose contra la especie entera,
Rastreramente la calumnia fiera,
Aunque una útil verdad se le presenta.
Todos los medios que la envidia inventa
Invocan de los hombres en su daño;
Vana es su pretension ; pues el engaño
A vista de los hechos ya se auyenta.

CORRESPONDENCIA.

Señores Editores del Semanario.

El objeto tan plausible que mueve la pluma de vds., no ha podido menos de interesarme, como naturalmente debe ocupar la atencion de todos los hombres que consideran como el primero de sus deberes *la conservacion de su existencia.* Es á este innato sentimiento, que debo haber leido con una asidua meditacion la obra que recientemente ha publicado el Profesor *D. Pedro Martinez, y el Semanario* que vds publican. En este último he visto la invitacion franca que se ha hecho á los particulares que usen de la verdadera *Medicina curativa*; y creyendo hacer un bien á la Humanidad doliente, me he resuelto á remitirme á vds. exponiendo un suceso de bastante consideracion, con el objeto, de que los que

se halen en igual caso, puedan sustraerse de las garras de la muerte.

El dia 17 de Octubre del presente año, como una hora antes de venir el dia, me sobrevino un arrojo espantoso de sangre por la boca, tal que creí firmemente iba á concluir con mi existencia. Es de advertir, que en dos dias anteriores á este fatal suceso, me acometieron fuertísimos dolores en el arca del cuerpo, que me tubieron muy atormentado, y sin poder conciliar sueño ni descanso.

Sobrecogido mi espíritu con este imprevisto accidente, y con la continuacion de arrojar sangre desde que habia principiado á manifestarse, traté de arreglar y disponer mis cosas, por considerar mi mal de un carácter mortal; y llamé al Profesor *D. Pedro Martinez* para que me asistiese y me recetase lo que creyese conveniente á fin de conseguir mi curacion si estaba en la esfera de lo posible.

En efecto; el Profesor *Martinez* vino á visitarme; me observó; notó la sangre que habia

arrojado, y consolándome con que *no era nada*, y que pronto calmaría aquella tormenta, me dijo que era preciso tomase inmediatamente *la verdadera Medicina curativa*, y que con ella me pondria bueno.

A pesar de mi repugnancia al vomipurgante por el natural recelo de que me haría vomitar de nuevo la sangre, el Profesor *Martinez* me hizo tomar una dósis de él clarificado y decantado, la cual me hizo un buen efecto por arriba y abajo. Volvió á visitarme, y me prescribió otra dósis de vomipurga para el dia siguiente, que tambien produjo muy buenos efectos. A otro dia me administró una dósis de *la Tintura tonipurgativa de Audin-Rouviere*, que me acabó de mejorar. Descansé un dia y me prescribió una vomipurga; y al dia siguiente otra dósis de la *tonipurgativa*, ambas obraron perfectamente.

El resultado de estas tomas, correspondió al cálculo del Profesor, y á mis deseos; pues fué tan favorable, que, cuando me figuré que iba á sucumbir, se me han quitado del todo los dolo-

res que me atormentaban, volvió el sueño y el descanso, se extinguió enteramente el arrojo de sangre y quedó libre de aquel grave y temible accidente, objeto principal de mi cuidado, así por no haberlo padecido jamás, como por estar persuadido que era generalmente mortífero.

Esta es, señores editores, la verdadera y síncera exposicion de lo que me ha sucedido; la que vds. se servirán insertar con el objeto que antes he indicado.

Soy de vds. afectísimo S. Q. S. B.

(Firmado.)=*Antonio Isla.*

Calle del 25 de Mayo,

No. 77.

El caso que acabamos de insertar, y que es el último que publicamos en nuestro *Semanario*, es uno de aquellos que deben llamar la atencion de todo lector reflexivo é imparcial, y muy prin-

cipalmente la de los Profesores de la Ciencia Médica.

Si en otro tiempo se hubiesen dado ó administrado á un enfermo de esta clase los medicamentos que à este se han prescripto, se tendria al profesor ó director de la curacion por un delincuente, atribuyéndole haber cometido un crimen de lesa-facultad, pues que infundadamente se creia que esta clase de medicamentos eran sumamente nocivos ó perjudiciales.

En la *hemoptoe*, los autores sistemáticos mas clásicos antiguos y modernos, prescriben como remedios generales, sangrias, ligaduras en brazos y piernas, bebidas diluentes, remedios incrasantes anodinos, el extracto de ratania, los ácidos minerales, como el ácido sulfúrico dilatado en agua ó en la tintura de quina, el alumbre, la agua vulneraria astringente que llaman *del Papa*, inmersiones ó fomentos de agua helada en las pudendas, mucha quietud, alimentos frescos, nobles y ligeros, &c. &c.=Este es el plan erróneo, que inútilmente se ha seguido antes de haberse descubierto por el inmortal Pelgas, la única

causa eficiente morbífica ó mordaz de las enfermedades; como lo manifiestan repetidísimos hechos claros y evidentes que no dejan duda alguna al mas incrédulo.

Nos consta que muchos enfermos *hemoptoicos*, han sido curados por el plan, órden, ó mètodo de *la verdadera Medicina curativa*, y entre estos algunos, cuya enfermedad era crónica è inveterada como se puede ver en el caso número 9, página 187 de la obra titulada=*Quinta esencia de la verdadera Medicina curativa ó el velo descubierto de los arcanos de la Ciencia Medica*, recientemente publicada.

Mucho podriamos hablar sobre lo impropio de los medios que, segun las doctrinas sistemáticas se han empleado para curar esta clase de enfermedades, mas ¡ para que detenernos en reprobar, lo que todos los dias reprueban los hechos ! ¿ No tenemos contínuos ejemplos de esta verdad ? ¿ No está bien analizado y probado en las obras que tratan de *la verdadera Medicina curativa*, que una es sola *la causa de las enfermedades, y*

mo solo el medio propio y análogo para destruirla? ¿No justifican los hechos estas eternas verdades fundadas en la misma naturaleza de las cosas? ¿Acaso es un ejemplo que puede desmentirse el caso que acabamos de insertar, y que no puede, sobre esta materia, dejar vacilante la opinion de ningun hombre de buen sentido? — Pues bien; hemos concluido por nuestra parte; el público reflexionará sobre la justicia de nuestras razones, y se ratificará en que ningun axioma es mas infalible que *la verdad*, cuando es probada y ratificada por los hechos. A esto no hay oposicion; el que intentase negarlo, mereceria el mas justo vituperio, y era digno de mandarlo á vivir entre *los orates*, ò locos.

SEMANARIO

CIENTIFICO, HISTORICO, CLINICO,

DE LOS PROGRESOS

DE LA VERDADERA

MEDICINA CURATIVA,

ó

LA NATURALEZA HUMANA,

DEFENDIDA POR LA ESPERIENCIA DE LOS ATAQUES PRETERNATURALES.

(Ars, vel scientia medica, non est conjectura.)

BUENOS AIRES 15 DE NOVIEMBRE DE 1829.

[NUM. 12. TOM 1.º]

IMPRENTA DEL ESTADO,
Calle de la Biblioteca, número 89.

Este periódico se publica en la Imprenta del Estado, *todos los Domingos. Consta de cuatro pliegos, y su precio es de cuatro reales. Se hallará de venta en la calle de la Paz, números 63 y 65, donde se reciben subscripciones por dos pesos mensuales. Se insertarán comunicados garantidos, relativos al objeto de este periódico, y los avisos, que sean con el mismo fin, y no de otra clase.*

Llegamos por fin al término de la carrera de nuestro SEMANARIO. Su marcha incontrastable ha colocado *la verdadera Medicina curativa* en el puesto distinguido que debe tan dignamente ocupar.

En valde los sarcasmos, prodigados por personas bien conocidas, en el seno de las familias, han pretendido ofuscar la brillante luz de la verdad: en vano se ha sacado de los mas polvorosos rincones un planfleto muerto en el año de 1825 por el general desprecio del público, y resucitado hoy por elfatuo deseo de figurar como opositor con ideas, unas inconexas y otras *agenas*; pero unas y otras despreciables y tan falsas, como la noticia de haber fenecido el ilustre *Monsieur Le Roy*. (1) Los hechos que justifican los verdaderos principios, los hechos, y nada mas que ellos, han triunfado por conclusion, de esas perversas maquinaciones; y los temerarios que con

(1) Asi dice el autor del *libelo infamatorio*, contra los principios fundamentales de *Pelgas* y *Le Roy*, sostenidos por tantos y tantos verdaderos profesores, observadores de la naturaleza, y amantes de la humanidad; titulado— *Impugnacion á la teoria y práctica de Le Roy*—y del cual se venden varios ejemplares incomplet s, engañando al público con sus manifiestas absurdidades é imposturas.

mano audaz han pretendido profanar el seno augusto de la verdad, yacen execrados de toda la humanidad, que por medio de *la verdadera Medicina curativa*, ha conseguido sustraerse de los golpes con que la muerte queria anonadarla, valiéndose de la incierta mano de la ignorancia.

Nunca ha aparecido la clase médica de nuestro país, en un punto de vista mas desfavorable ante la opinion de las naciones cultas, que cuando se ha encontrado en ella un ser, tan olvidado de sí mismo, que ha llevado el exceso de su atrevimiento hasta el estremo de querer indicar al grande Médico y Cirujano Le Roy, la senda que debia haber seguido para escribir su obra inmortal.—Esta vilipendiosa circunstancia, que de por sí sola es bastante para formar el concepto mas despreciable del aventurero panfleto que la contiene, no ha producido à su autor otro bien, que el desengaño, aunque tarde, de lo poco que pueden las vagas declamaciones y las embusterias sobre el ánimo de un pueblo donde existen tantos habitantes curados de sus enfermedades por *la triunfante Medicina curativa*, como sepultados por la ignorancia.

El pueblo de Buenos Aires, à quien nunca le fué indiferente la conservacion de su salud, es testigo ocular de las curaciones prodigiosas è innumerables, conseguidas con *la verdadera Medicina curativa*; nadie ha podido obscurecerlas, n

las obscurecerá, y por consiguiente ha triunfado de todos sus inermes y envidiosos antagonistas.— Uno de ellos, el mas impávido, tuvo la osadía de poner en la Gaceta Mercantil del 29 de Octubre del presente año, un aviso en que dijo, que estaba el método proscripto en Europa. Le desmentimos solemnemente; y lo invitamos al establecimiento de *la verdadera Medicina curativa*, en la calle de la Paz, números 63 y 65, donde se le hará ver su impostura, con varias obras dadas à luz por respetables profesores prácticos en su país nativo que es LA ITALIA, donde se halla establecido para oprobio suyo; y con otras publicadas en este presente año en España, de donde transcribimos literalmente el siguiente discurso de *Monsieur Renard*, con el cual cerramos los trabajos de nuestro SEMANARIO, puesto que los repetidìsimos *casos prácticos*, han hecho triunfar á *la verdadera Medicina curativa* de sus implacables enemigos, en todas partes donde ha sido administrada segun sus reglas.

La ignorància, calumnia é impostura,
Y la inhumanidad, con cruel envidia,
Son siempre la señal de la perfidia;
Mas su voz, atrevida, necia, é impura
Se acalla, se confunde y aun se asusta
Al nombrar solo LA VERDAD *augusta.*

DISCURSO

DE Mr. RENARD,

Doctor de Medicina en la Facultad de París.

SOBRE LA INFLUENCIA

DE

LA MEDICINA CURATIVA

EN LAS ENFERMEDADES.

"*Videtur autem mihi maxime de hâc arte dicturum oppo tere vulgo, ac plebis hominibus nota dicere.*
Hip. de vet. Med. IV.

Las multiplicadas especies de medicamentos inspiran en general tanta repugnancia, que las personas ilustradas han tomado de ello ocasion para poner en ridículo esas formas mas ó menos complicadas, que con tanta frecuencia producen efectos contrarios á los que se esperaban. Nada pareció en un tiempo mas chocante y propio para hacer resaltar el ridículo de la Medicina, que el título que Gedeon Harve, dió en 1695 á una de sus obras: *Ars curandi morbos expectatione* (Arte de curar las enfermedades por espectacion). En dicha obra anuncia el autor que va á descubrir las vanidades, inepcias, artificios é imposturas de los médicos; mas yo no quiero entretener á mis lectores con la crítica que dicho médico hace de sus compañeros.

Stahl, que tan profundamente habia inspeccionado la historia de las enfermedades, ha fijado el verdadero sentido de lo que se llama *Medicina-espectante y Medicina-operante*, acompañando los preceptos con ejemplos. Pero fórmese sobre este punto la opinion que se quiera, y por mas respetable que sea la autoridad de aquellos célebres médicos, yo diré sin embargo con Buvart y con el famoso Chirac, miembro de la Academia de las Ciencias, y con todos los médicos que juzgan con imparcialidad à vista de la observacion y la práctica-médica ; que la espectacion, cuyo objeto es esperar las operaciones sucesivas de la naturaleza para decidirse, es un método de curar que hace aun muchas víctimas. Los prácticos se alucinan muchas veces con respecto á sus crédulos enfermos ; y sea la enfermedad reciente, sea que la reputen incurable, prefieren estar en espectacion y esperar mas bien que obrar. De aquí estas palabras que con tanta frecuencia oimos : *es preciso ver que carácter toma la enfermedad ; es necesario esperar el buen tiempo, respirar los aires del campo, &c.*

Esto proviene en el primer caso, si no de ignorancia (cuya voz pareceria quizá demasiado fuerte,) de defecto del arte, que no ha descubierto aun la causa de las enfermedades ; y en el segundo, es un efugio ó prete-to dorado, y un pequeño y último consuelo que los enfermos re-

ciben de los médicos, los cuales por lo general reconocen entonces la insuficiencia del arte, y aun sus defectos, despues de haber apurado los recursos de la naturaleza por métodos ó remedios opuestos á los que esta reclama. Se vé pues, que la medicina espectante y la paliativa, no pueden razonablemente aplicarse sino á aquellas personas cuya curacion no es ya posible, ó á las que carecen del valor y confianza necesarios para tomar los únicos remedios capaces de salvarlas. La Medicina espectante, de la cual se abusa, y cuya indicacion paliativa no se conoce bien, no presenta por lo comun sino casos desgraciados, y favorece la complicacion de las enfermedades. La Medicina operante, al contrario, y principalmente la que tiene por objeto atacar la causa material y eficiente de las enfermedades, y simplificarlas cuanto sea posible, logrará siempre sobre aquella una superioridad incontestable. ¡ Honor eterno á la medicina operante, y á los médicos ilustrados y veraces, que, dirigiendo siempre sus miras á los progresos de un arte conservador, y al bien de la humanidad doliente, se han pronunciado por la afirmativa en esta cuestion !

Se echa en cara á la Medicina, y por lo comun con gran fundamento, que es fecunda en remedios vanos, superfluos, ó sacados de entre los venenos mas activos ; y que obra sin otro fin particular, que el de lucrar y honrarse

con lo que frecuentemente es obra de la naturaleza.

Ciertamente serían un bello objeto de un tratado las enfermedades agravadas por un régimen poco meditado, ó por el abuso de remedios contrarios, cuando hubiera debido limitarse al uso de los que tienen mas eficacia para combatir las afecciones morbosas. La anatomia patológica que pone á nuestra vista las diversas alteraciones. orgánicas que causan las enfermedades, prueba con evidencia cuan superfluas ó dañosas son todas esas misturas mas ó menos variadas de medicamentos, tanto indigenos como exôticos, que suelen tomar el lugar de los remedios tan bien indicados por las mismas afecciones, y que se encuentran en el gran libro de la naturaleza. Las observaciones de Vans-Wieten, Boerhaave y otros muchos prácticos, muy recomendables por sus luces y su sagacidad, prueban de un modo concluyente que la mayor parte de las enfermedades, deben atacarse no por la espectacion, sino con remedios activos capaces de auxiliar los saludables esfuerzos de la naturaleza. *Quó natura vergit, eo ducendum est.*

El aparato digestivo, se compone: 1.º de la boca y sus accesorios; 2.º del canal alimentario, que comprende el esófago, el estómago y los intestinos; 3.º del higado, órgano de la secrecion de la bilis; 4.º del páncreas, que segrega el suco

pancreàtico; 5.º del bazo, cuyas funciones no están determinadas con exactitud, pero cuyas afecciones patológicas (morbosas) son harto frecuentes, como lo prueba la observacion atenta de los síntomas de las enfermedades, y la inspeccion de los cadáveres; 6.º del aparato urinario, formado de los riñones, las arterías, la vegiga y el canal de la urétra; 7.º del peritóneo, en fin, de donde nacen el mesenterio y los omentos. Estas partes influyen de tal modo sobre todas las funciones de la economía animal, y sobre la produccion de las enfermedades en general, que no deben causar grande admiracion los graves síntomas con que estas se manifiestan, y su marcha ordinaria hacia un término funesto; cuando el mèdico no emplea los medios que son mas adecuados para precaver sus ulteriores progresos, y descuida el evacuante propio mas ó menos reiterado, y otros medios auxiliares que conoce la Medicina-operante. "Estas circunstancias, dice un autor moderno, son las mas propias para propinar los evacuantes, los cuales fijan la incertidumbre, y dirigen hácia los intestinos una fluxion que amenaza igualmente á cada uno de los órganos."

El objeto de los evacuantes en general, es provocar por las vias superiores é inferiores evacuaciones mas ò menos abundantes, y determinar asi, de un modo provechoso para la economía

animal, la espulsion de las diversas materias que embarazan los órganos gástricos, y todas las partes que constituyen el organismo: los fastos de nuestro arte, reconocen pocos medios farmacéuticos tan recomendables. Los antiguos habian contraido tal amor á los métodos evacuantes, que en cierto modo habian adoptado un remedio para cada humor que superabundaba en los órganos; y asi es que contra la bilis tenian sus colagogos (remedios que evacúan la bilis); la linfa sus hidragogos (que evacuan las aguas y las serosidades del cuerpo); mismo modo habian inventado los panquimagogos, que creían propios para arrojar á la vez todos los humores, cuya superabundancia podría llegar á ser perjudicial al cuerpo humano; en fin, su teoría médica parecía no descansar absolutamente sobre otra base, que la de los específicos purgantes.

Posteriormente, sin admitir esta distincion imaginaria de los purgantes, que los antiguos creian adecuados para obrar sobre tal ó tal sistema de la economia animal, ó à evacuar ciertos humores propios para destruir la salud, se reconoció generalmente que habia pocas enfermedades en que no fuesen favorables. Su utilidad se funda evidentemente en la importancia de las evacuaciones intestinales, para el espedíto ejercicio de las funciones de la vida; de donde viene sin duda que los animales se purgan por una especie de

nstinto, cuando se ven atacados ó amenazados de alguna enfermedad. Tan imperiosa es la necesidad de las evacuaciones, que su supresion, si se prolonga demasiado, no deja de ser seguida de los mas funestos desórdenes: cuya universalidad proviene manifiestamente de la gran influencia que el conducto alimentario ejerce sobre las otras vísceras. Destinado en cierto modo á continuar las operaciones que principia el estómago, viene á ser como este, un centro de reparaciones y elaboraciones de todos gèneros, y de acciones y reacciones simpáticas: es el principal foco en donde se repara y mantiene continuamente la existencia; y de consiguiente, todas las alteraciones que sufre, deben tambien sentirse en los diferentes sistemas de la economia animal.

La impresion de las sustancias propias y eficaces purgantes sobre el canal intestinal, á trae á él de todas partes y con mas abundancia los diferentes fluidos, y en cierto modo concentra alli las fuerzas vitales. Estos remedios son muy provechosos en casi todas las afecciones morbosas, sea que residan en el órgano cerebral, en los de pecho y bajo-vientre, en los de los sentidos, ó en la periferia del cuerpo; y los efectos que producen, se esplican facilmente por la evacuacion de los humores alterados, ó de una serosidad mas ó menos acre, y acaso tambien por las relaciones simpáticas de los nervios y el cerebro. Pero

esta última esplicacion, es puramente hipotética.

Bordeu habia llegado á conocer perfectamente esta correspondencia que las entrañas guardan no solo con la cabeza, sino con todas las partes del cuerpo, y asi es como daba razon de los buenos efectos del flujo de vientre en las enfermedades de los ojos y de los oidos, en la apoplegia, epilepsia, &c. Este ilustre médico observa que la misma naturaleza sigue comunmente este régimen, cuando no es auxiliada por el arte para libertarse de los esputos, las jaquecas, dolores de costado, &c.; y de ahí el peligro de las constipaciones ó estreñimientos tenaces, cuyos inconvenientes se estienden à todos los otros sistemas de la economia animal. Tanto mas deben procurarse las evacuaciones en las enfermedades catarrales en general, cuanto consta por la experiencia fisiológica, que la accion aumentada de un sistema, desvia por lo comun los diversos puntos de irritacion que podian existir en los otros.

Baillou hace mencion de una señorita, que habiendo sido atacada de una estrema dificultad de respirar, recibió grande alivio luego que se la administró un purgante: ¿por qué pues no se continúo el mismo método hasta la perfecta curacion? ¿Quién ignora la influencia de la relacion del los intestinos con los otros órganos? ¿Quién

no sabe que las enfermedades en general afectan sus crisis por esta via?

Pelgas, de ilustre memoria, autor del descubrimiento de la causa de las enfermedades; descubrimiento que ha dado ser à un verdadero sistema médico, bien conocido en nuestros dias bajo el título de *Medicina curativa,* ha sobrepujado á nuestros respetables antecesores, que con el auxilio de los evacuantes, á que acudian con mas frecuencia que los modernos, curaban tantos enfermos, como se matan ahora impunemente con las sangrias locales y generales, con la dieta, los baños calientes, y otros mil remedios que por lo comun sirven para prolongar las enfermedades. Este método, publicando el descubrimiento de la *causa* de las enfermedades, revelando la composicion de los evacuantes propios para estraerla de los cuerpos enfermos, y sustituyendo en fin la esperiencia en lugar de la hipótesis, puede contribuir mucho á los progresos de la Medicina-práctica.

Los purgantes hidragogos, cuya eficacia publíca la fama, tienen calidades enérgicas que se esparcen hasta el sistema vascular, y tienen la propiedad de desembarazar la sangre y demas fluidos de los principios heterogeneos ó perjudiciales á la salud. Y aun acredita la esperiencia que aplicándolos con método y conocimiento

de la *causa* de las enfermedades, se consigue precaverlas, y se curan muchos enfermos desahuciados ó abandonados por los partidarios de los sistemas opuestos á esta doctrina. ¿Y por qué estos evacuantes tienen la propiedad de curar, mas bien que los otros medicamentos? Porque trasladan á las entrañas, y espelen los humores que afectan los diferentes órganos ó vísceras. En general estos remedios, y los que ocasionan grandes sacudimientos en los sistemas orgánicos, contribuyen muy particularmente á restablecer las funciones de los absorventes.

Por este mecanismo es como los eméticos, y los purgantes drásticos ó resinosos hidragogos, obran algunas veces con tanta prontitud en las hinchazones edematosas, hidrópicas, &c. &c. Un práctico de Paris refiere haber asistido à una muger que hallándose afligida por una hidropesia, que habia resistido á los remedios ordinarios, reclamó los consejos de dicho médico, el cual la curó con sumo de coloquintida. Esta es ocasion oportuna de referir un hecho alegado por el célebre Mr. Cruikshank. Tratabase de un individuo que tenia una rodilla estraordinariamente entumecida, por una acomulacion de synobia; en lugar de cremor de tártaro, se le administró por inadvertencia una cantidad considerable de tártaro antimoniado de potasa (emético). Esto le ocasionó un violento vomito, que

le duró mas de cuarenta y ocho horas ; y cuando las convulsiones estraordinarias fueron terminadas, se halló que la hinchazon de la rodilla habia desaparecido enteramente. Juan Hunter asistia á un enfermo atacado de un bubon que habia llegado á su madurez, de modo que estaba ya resuelto á practicar cuanto antes la abertura. En este intérvalo tuvo el enfermo ocasion de entrar á bordo de un bajel, y habiendo sufrido en el mar nauceas y vomitos, desapareció el bubon, la operacion se hizo inútil, &c. Sirva de aviso à los señores Médicos-cirujanos que acuden primero á los instrumentos punzantes y cortantes, que à los medios curativos que suelen eximir á los enfermos de operaciones tan crueles como peligrosas.

Muchos mèdicos muy recomendables por su sagacidad y franqueza, confiesan que no hay cosa mas quimérica que la creencia en que están muchas personas que se complacen en atribuir á los vegetales en general, mil virtudes que no están demostradas. Y á vista de tal confesion de parte de unos hombres tan ilustrados y sínceros, ¿se confiará aun en la pretendida eficacia de tantos medicamentos que los médicos administran, creidos de que han de curar á los enfermos? La esperiencia prueba al contrario, que á los que no perecen víctimas de dichas confecciones farmaceúticas, se les agravan las enfermedades,

y aun se hacen incurables. Es pues evidente que todo lo que se ha escrito sobre la materia, proviene de la exageracion ó del entusiasmo de los antiguos, que asi como los modernos, tenian interes en preconizar una multitud de sustancias medicinales, algunas de las cuales tienen ciertamente varias propiedades; pero se las generaliza demasiado.

Y de esta diversidad de opiniones entre los mèdicos, ¿què deberá pensarse, sino que los juicios de los unos y de los otros, estarán siempre en contradiccion con la observacion y la esperiencia, mientras se desconozca la *causa* primordial ó intrínsica de los fenómenos patológicos, y los remedios eficaces para combatirla? *Sublata causa tolitur effectus.*

Confesemos que nada es mas propio para inspirar al hombre una reflexion humillante sobre sí mismo, y los sentimientos de la mas profunda melancolia, que el espectáculo de una enfermedad cualquiera, que aunque con lentitud, lleva infaliblemente al enfermo al sepulcro; y á la cual no se oponen de ordinario sino los socorros mas inciertos y precarios, al paso que auxiliando á la naturaleza con evacuantes propios, y siguiendo un régimen conveniente, se logra desterrar un manantial fecundo de accidentes, de ilusiones y de errores. En estos casos es cuando el mèdico debe olvidarse de su malhadada borla de doctor,

que es lo que por lo comun hace creer la infalidad, y ejercer sobre sí mismo una severa censura, estableciendo al momento la reforma conveniente. Critíquense pues los médicos á sí mismos, y no dejen este cuidado á los que les tratarán con menos consideracion.

Cuando el célebre STAHL cambió el aspecto de la Medicina-práctica, declamó con ardor para que se desterrasen de la therapéutica, ó el tratamiento de las enfermedades, esas teorias oscuras y falaces que hasta entonces habian desviado el arte de curar de sus mas altos destinos. "Yo quisiera, decia, que una mano intrépida emprendiese la obra de limpiar este establo." De sí mismo confiesa que si de habia sometido al yugo de Silvio, habia sido bien a su pesar.

¿Qué confianza podrá tener el médico clínico en los diferentes métodos que se usan en el dia, cuando no están fundados en la *causa* de las enfermedades? Cuando el enfermo escapa de la muerte, es muy dudoso si el arte le ha salvado, ó si no ha hecho mas que auxiliar los esfuerzos de la naturaleza. ¿Y quién asegura que no ha sido la naturaleza sola la que le ha curado, y que los remedios no han retardado la curacion? ¿Quién sabe en fin si existe alguna relacion fortuita y accidental entre la energia de los medicamentos y la disposicion actual del enfermo, de suerte que en todo otro caso semejante, dichos

medicamentos hubiesen mas bien perjudicado que causado ningun provecho?

Aun se hace á los médicos otro cargo muy fundado, cual es el de ser tan fecundos en medicamentos mas ó menos compuestos, de cuyo éxito no pueden responder, como ingeniosos en sistemas brillantes y efímeros. Nada dista tanto de lo que enseña la esperiencia médica, como esas ficciones fantásticas de que los médicos procuran rodearse, y que Hipócrates habia proscripto espresamente.

Stahl se queja con razon de este aparato de nociones fútiles con que se recarga diariamente el arte de curar, y que solo sirven para entorpecer sus progresos. "A un mèdico, dice, que solo emplea en sus enfermos los delirios de su imaginacion, y no combate la devoradora fiebre sino con frívolos razonamientos, podria reprocharsele como Séneca à los sofistas, que su saber se reducia á vanas sutilezas, y no servia sino para dar suelta á las pasiones que hubiaren debido refrenar." El espíritu humano se degrada cuando quiere sustituir los informes resultados de miserables combinaciones al órden real de las cosas, y se envilece con esas hipotesis vanas, que solo sirven para familiarizarle con el error, y que al fin se desvanecen como sombra delante de la esperiencia y de una razon tranquila é ilustrada. Este falso esterior de la ciencia médica, que ha

sido sucesivamente objeto digno de las sátiras de Plinio, Montaigne, Bacon, Rousseau, Moliere, Fontenelle, Condorcet, Menard y de muchos publicistas modernos, no ofrecerá jamas sino instabilidad, jactancia, conjeturas, disputas interminables, rivalidad llena de disenciones y exasperacion, combates eternos de amor propio, materias fin para sinrazones y burlas.

La observacion que avanza continuamente con lentitud, pero á paso firme, nos hace reflexionar sobre nosotros mismos; se logra asi reducir à sus justos límites algunas ideas demasiado generales, y se llega poco á poco á principios mas sanos y conformes á la verdad. ¿A qué esa esteril profusion de medicamentos, á qué el gasto inútil de erudicion que hacen ciertos autores, En sus mètodos de curacion de las enfermedades en general, preconizando alternativamente remedios tan multiplicados como perjudiciales à la economia animal? Todos estos métodos despreciables, y los discursos frívolos y versatiles con que procuran afianzarse, ¿no deberian desaparecer á vista de una inclinacion mas respetable, cual es la de observar con atencion la marcha de la naturaleza que propende á una resolucion benigna, y auxiliarla simplemente por los medios mas propios para favorecer los movimientos saludables que ella misma escita? ¿Por qué se han de economizar aun con tanta fre-

cuencia en las historias de las escuelas mas célebres de Medicina, y en la conducta de tantos mèdicos, señales tan marcadas del espíritu de partido, del ódio y de la envidia, que tan de ordinario divide à los hombres, y hace que los unos desechen indistintamente lo que los otros no cesan de admirar con imparcialidad? A fuerza de quererlo esplicar todo, han atestado la medicina de teorias vanas y de hipotesis, y se han desviado de la verdadera senda de la observacion y la esperiencia. Pero entre tanto, estas que son las únicas capaces de desengañarnos del pretendido éxito de tantos medicamentos antiguos y modernos, nos conducen directamente al principio fundamental de todo mètodo de curacion; que consiste en ausiliar la naturaleza, proporcionandole los medios mas propios para desarrollar sus esfuerzos saludables con el empleo de los evacuantes, un règimen conveniente, y los otros preceptos de la Higiene.

Sin ironía ni animosidad puede asegurarse que la poli-farmacia, ha tenido siempre el mismo partido que el error; y que el arte está atestado de fórmulas y remitidos; y de aqui tomaba Bordeu ocasion para decir con mucha gracia que en la cabeza de ciertos médicos, habia mas drogas que en un gabinete de historia natural. El furor de medicinar con especíﬁcos ha sido tan universal, que la therapeútica se ha posesionado

de los objetos mas asquerosos que ofrece la naturaleza; hasta el escremento de perro se ha puesto en contribucion, con el altisonante nombre de *album grecum*. Se han buscado con empeño las cosas mas raras y extravagantes, y este delirio aun no se ha calmado. El buen Montaigne se burlaba con razon de los médicos de su tiempo: " Hasta la eleccion de sus drogas, decia, tiene algo de misterioso y divino: el pie izquierdo de una tortuga, los meados de un lagarto, el escremento de un elefante, el higado de un topo, la sangre del ala derecha de un pichon blanco, y para los pobres que padecemos de cólico (¡ con tal desprecio abusan de nuestra miseria!) las cagarrutas de raton pulverizadas, y otras iguales pataratas, que mas bien semejan á cosa de encanto que á una ciencia sólida."

¿Qué significan aun esos remedios mas ó menos compuestos, designados ridículamente con el impropio nombre de píldoras policrestas, píldoras *sine quibus*, polvos simpaticos, polvos de alegria, polvos universales, polvos de los tres diablos, electuario de castidad, hostietas varoniles ó de magnanimidad, ungüento de los apóstoles, emplasto de manusdei, católico doble, católico sencillo, &c.? Con este aparato de recetas vanas y seductoras, pretenden los médicos atacar los síntomas mas graves.

El arte se ha empobrecido mucho con tan fastidiosas inutilidades.

¿ Qué significan esas frases triviales, que se encuentran en todas las obras de Medicina, hablando de las virtudes de los vegetales? ¿Qué tal planta es vulneraria, desobstruyente, aperitiva ó hepática; que desmenuza el cálculo en la vegiga; que facilita el parto ó evita el aborto, corrige la demasiada abundancia del menstruo, dulcifica la acrimonia de la pituita, cura de la mordedura de las serpientes; que dispone á la alegria, á la venus, &c.? Tal es aun en nuestro siglo la gerigonza escolástica y rancia de muchos graves doctores de nuestra facultad. Si mientras disputan con tan defectuosos principios, resiste la naturaleza à sus métodos y triunfa del mal, se atribuyen el éxito y se aplauden à sí mismos.

Mas no es sólo con sus errores con lo que los mèdicos han dado que reir. Sus frecuentes contradicciones, sus disputas escandalosas, han dado materia á la diversion de los filósofos de todas las edades. Bien sabido es el dicho epigramático de Montaigne á este propósito: "Si vuestro médico os prohibiese el dormir, el uso del vino ò de cualquier manjar, no os dé cuidado, amigo, que yo os proporcionaré otro que no sea de su opinion." Y en efecto: ¿cómo es posible ponerse de acuerdo en una materia cubierta ha tanto tiempo con la densa nube de tan quimèricas hipótesis? He aqui un pasage extraordinario de las obras de Sidenham, que prueba que un médico

recetador ha sido justamente comparado à un ciego armado de su palo: "Hiere indistintamente y al acaso, á la enfermedad ó al enfermo." Yo creo que este pasage esplica claramente que todos los remedios, cualesquiera que sean, son inútiles ó perjudiciales á los enfermos, si no tienen la propiedad de destruir la *causa* eficiente de las enfermedades. Mas oigamos á Areteo y à Sidenham: el primero diçe, que muchos enfermos no curan hasta que los médicos se despiden. "No me avergüenzo de confesar, decia Sidenham, que en la curacion de las calenturas, cuando no conocia con toda claridad la conducta que debia observar, creia casi siempre obrar con prudencia, tanto con respecto al enfermo como por mí, manteniéndome à la espectativa." (Sin embargo, la duda y embarazo de este gran práctico no deben autorizarnos á seguir su ejemplo en circunstancias semejantes,) "En efecto, continúa, mientras yo me ocupaba en descubrir la enfermedad, y buscaba los mejores medios que podrian oponérsele, solia ella curarse por sí misma (sin duda porque las fuerzas médicas de la naturaleza eran superiores à las del arte), ó se presentaba bajo una forma que me manifestaba con evidencia cuales eran las armas con que debia combatirla. Por otra parte, es un hecho que el mèdico no siempre debe dirigirse á curar (esta paradoja solo es aplicable á las enfermedades in-

curables); pues hay ocasiones en que un tratamiento indiscreto, produce algunas veces mayor mal que el que se trata de evitar." "Mas bien quisiera yo, decia STOLL, que no se probase ningun medio, que recurrir indiscretamente á medios que no tienen relacion alguna con la causa ni con el carácter de la afeccion, y que se oponen y embarazan los saludables esfuerzos de la naturaleza." (¡ Cuantas pruebas de estas dos aserciones ofrece el uso ordinario de los paliativos !)

¿ A qué pues ese lujo, de que ciertos prácticos hacen alarde con tanta ostentacion y magnificencia, en la prescripcion de los medicamentos? GAUBIO recomienda que se empleen con preferencia los remedios baratos, siempre que tengan las mismas propiedades de los caros. Sin embargo, como observa este cèlebre médico, es necesario tener alguna condescendencia con el uso de los ricos, los cuales no tienen fé en las sustancias de poco valor: de aqui el uso medicinal de las esmeraldas, la invencion de las píldoras doradas, plateadas, &c. En fin, todos saben el antiguo adagio: *Vulgus vult décipi, decipiatur.* Tales son los fraudes, tales las arterías que se emplean aun en nuestros dias, y que se tiene la audacia de presentar como prueba de un amor síncero del bien público. Se procura ocultar los

móviles que dirigen á muchos de los que se llaman amigos y conservadores de la humanidad; mas el público lo penetra: *amor nummi*, el amor al dinero.

¿De qué sirve multiplicar los medicamentos, aun cuando son superfluos? Esta precaucion, se dice, tranquiliza á los enfermos que se hallan temerosos; y la humanidad manda que se les consuele cuando no hay esperanza de curarlos. Pero en semejantes circunstancias, ¿no dirán los críticos que si la medicina no es saludable para los enfermos, es buena para el médico; y que este es el obstâculo que se opone à que se sostituyan generalmente á la medicina paliativa, remedios que obran curaciones inesperadas?

Otros médicos hay que para hacer un vano alarde de su habilidad é instruccion, complican sus fórmulas, y adaptan por dicirlo asi, una droga á cada síntoma de la enfermedad. Pero este procedimiento es ilusorio y aun peligroso, porque regularmente las sustancias se neutralizan por su aligacion, mezcla ó combinacion. Y ¿cual será el médico que estando cierto de las propiedades de un medicamento, se atreva á decidir que su modo de obrar no se contraría asociándole á otro? ¿Quièn puede apreciar las descomposiciones que resultan de las misturas de las sustancias, en esas recetas polifarmacèuticas, á cuya

vista se indigna el verdadero médico, y se horroriza al considerar la incoherencia y la larga nomenclatura de las drogas que las componen? *Summa medicina his minimè medicamentis*. A lo que principalmente debe atenderse es à las *causas*, cuya destruccion debe arrastrar consigo la de los sìntomas. Tal es la máxima de Hippócrates, y de los verdaderos observadores. Y en efecto, á la destruccion de la única *causa* pròxima y eficiente de las enfermedades, es á la que los prácticos deben dirigirse; porque todo tratamiento que no produzca este resultado, será inútil ó peligroso.

¿No podrá en cierto modo decirse de las virtudes medicinales de los remedios paliativos, lo que se ha dicho de las aguas minerales, cuyo uso quizá ha tenido origen y ha sido consagrado por la ignorancia y la superstición? Los antiguos, dice Plinio, creian que en cada fuente de agua mineral, residia y atendia à su custodia una divinidad tutelar y amiga de los hombres. Pero sin embargo, las mas celebradas, por lo comun, no llegan de mucho á su reputacion; y los médicos que aconsejan su uso, quieren mas bien creer de buena fé sus exageradas virtudes, que hacer constar su utilidad con esperimentos positivos.

Mas al presente nos hallamos bastante instruidos por la esperiencia, para saber lo que en medicina debe pensarse de todos esos vanos remedios, preconizados por la prevencion, el error y la avaricia. Tambien se ha de observar que las aguas minerales, son en cierto modo el último recurso de los enfermos y de los médicos ; pues estos, como observa Stahl, encuentran en ellas la justificacion de su ignorancia, y los enfermos la de su ciega credulidad. Si las aguas no producen todo el buen efecto que se desea, lo que sucede con sobrada frecuencia, de ello concluyen los médicos falsamente que la enfermedad es incurable.

Prosper Martian, uno de los hombres que con mas acierto han restablecido la antigua práctica de la observacion, se pregunta: por qué en el dia son las crisis mas raras que en lo antiguo; y halla la causa en el abuso de los refrigerantes. Freind trata tambien de insensatos á los que fundan en semejantes remedios toda la esperanza de curarse ; y Brawe de Hánover, que escribió tambien sobre esta materia, se espresa así : *Sed usitassimis etiam in febrium curatione medicamentis antiphlogisticis, si ultra quam febris postulaverit, illis utaris, accidis præsertim et natro*

coctics, febrium vires infringi ipsæ que crises difficiliores reddi poterunt. (Dissert. de coctionis, atque crisis impedimentis, &c.)

Hay tanta tendencia á abusar de los refrigerantes, porque el síntoma de muchas enfermedades agudas, es una sed abrasadora. Los prácticos han podido observar esta sed extraordinaria en los niños que tenian sembrada de aftas la membrana mucosa intestinal: las tisanas de cebada que se les prodigaban, no hacian mas que aumentar el incendio de los órganos internos; lo cual prueba que los médicos se equivocan con mucha frecuencia, tomando la sed de los enfermos, como una indicacion para emplear remedios refrigerantes.

¡Cuantos errores se adquieren y acreditan, admitiendo métodos defectuosos! ¡Cuantos esfuerzos mal dirigidos, cuantas vigilias se pierden! El espíritu humano llora sobre sí mismo, cuando piensa en el tiempo consumido inútilmente, en los trabajos de una multitud de hombres, siempre engañados y siempre crédulos.

Algunos autores se habian ensayado en hacer esta feliz reforma de la medicina práctica; mas Pelgas y su sucesor Le-Roy son los que han desempeñado dignamente esta tarea, que Stahl habia indicado. ¡Qué servicio han hecho estos

dos hombres á la medicina y á la cirujia, demostrando que refiriendo como lo hacen todas las enfermedades á una sola é identica *causa*, se las puede destruir con una sola clase de remedios! Pero ah! ¡cuantos sarcasmos y anatemas les ha acarreado esta noble y grandiosa empresa ! ¡ Tan cierto es que la senda que guia á la inmortalidad está sembrada de abrojos, y que el hombre de mèrito extraordinaria, sobre todo si choca con intereses particulares, no llega á ella sino despues de haber arrostrado los mayores obstáculos !

Arreglándose á los principios de PELGAS, consiguió por fin MR. LE-ROY, establecer su doctrina médica, probando la unidad é identidad de la *causa* de las enfermedades, con mas de sesenta años de práctica entre su maestro y él, honrosamente sostenida por numerosos y brillantes sucesos que ha hecho públicos. Este precioso descubrimiento atrajo de todas partes, como debia suceder, à su tutor y propagador la estimacion, el respeto y la admiracion de infinitas personas; pero al mismo tiempo la venganza y el ódio de otras muchas, tan injustas como faltas de humanidad. Tal suele ser la recompensa de los hombres que se proponen el bien general por blanco de sus acciones, ó se abren un camino à la gloria descollando por entre sus rivales. Los médicos

en general afectan no conocer bien la *causa* única de las enfermedades (por motivos que cada uno cree conocer): lo cual los arrastra à cometer con los enfermos faltas tal vez imperdonables.

El práctico que mira con indiferencia la *causa* primitiva de las enfermedades, es como un ciego; procede por tentativas inciertas, y se estravia tanto mas, cuanto que solo el acaso es el que le lleva alguna vez al camino verdadero de la curacion. El examen detenido y profundo de la *causa*, es el que hace mas exactas y rigurosas las combinaciones del arte, como observa el sabio y juicioso FERNEL. A la manera, dice, que los filósofos contemplan atentamente todos los objetos de la naturaleza, y estudian y trabajan por conocer sus causas, por razon de que no se puede tener conocimiento perfecto de una cosa, cuyo origen se ignora; asi tambien los médicos, cuyo principal objeto son las cosas que se dirigen á la curacion de los enfermos, deben conocer principalmente la *causa* eficiente de las enfermedades, pues sin este conocimiento no les será posible precaverlas ni destruirlas.

Se ha dicho que la medicina debe estar cubierta con el velo del misterio, y pronunciar sus oráculos desde el fondo de un antro sagrado. Las personas ilustradas, se ha añadido, no necesitan

instruccion, y para el pueblo es peligrosa. Mas yo no soy de esta opinion ; y antes bien creo que la medicina no debe ser misteriosa, y que el médico debe ser un práctico de buena fè, y aplicar una teoria luminosa á las lecciones de la experiencia. Con lo cual queda bastante indicado que el mèdico jóven, debe desconfiar de sus limitados é inexactos conocimientos, y que muy á menudo podria preferirse la opinion de un enfermero, y aun mas de una hermana de la caridad, envejecida en la meditacion y el ejercicio de la mas útil de las artes.

La observacion y la experiencia diaria prueban de un modo convincente, que el problema general que un mèdico se habia propuesto resolver á principios del último siglo, se halla completamente resuelto en el método que trata con tanta claridad de la *causa* de las enfermedades : *Dada una enfermedad, hallar el remedio.* Los modernos, á quienes parecia imposible la solucion de una cuestion tan general, dijeron que esta probaba mas presuncion que sabiduria El que sostiene una tésis no está obligado á dar razon de su proposicion ; le basta con satisfacer à los argumentos de su antagonista. La doctrina de que hablo, *probada y justificada con hechos,* como puede verse en las obras de su autor, no solamente

ha resuelto la cuestion que hasta entonces habia parecido insoluble á sus impugnadores, sino que demuestra cada dia la verdad de sus aserciones, con un número prodigioso de hechos notorios é incontestables. Lo que no puede dudarse es, que el que se defiende en justicia, no está por lo comun obligado à probar en derecho, ó à presentar sus títulos de posesion ; à lo que si está obligado, es à responder à los argumentos del demandante. Ahora bien : ¿ qué podrá objetarse à la multitud de hechos prácticos con que se enriquece cada dia la doctrina enteramente restituida à la *Medicina curativa?* Al impugnador toca empezar la disencion, pues al que sostiene le basta únicamente con decir *sí* ó *no*. ¿Cuales son, repito, las objeciones que los antagonistas ó mas bien los enemigos de esta doctrina hacen á sus principios, hallandose fundada en la esperiencia y la observacion? Cuando cualquiera me propone un argumento que tiene por invencible, yo tengo un derecho à callar, y puedo obligarle á que pruebe en debida forma las proposiciones que siente. . . . . . Esto es lo que ha hecho y hace aun cada dia el inestimable autor de que hablamos. También me parece que al sustentante puede compararsele à un gobernador de una plaza sitiada, que se halla cubierto con sus

fortificaciones: el sitiador debe destruirlas; el sitiado no tiene obligacion de ponerse à descubierto, porque es al sitiador à quien toca abrir brecha en las baterias, á fin de poner al sitiado á descubierto. El que se ciñe á sostener el problema de que se ha hablado, no necesita recurrir á las maximas filosóficas generales ó particulares para la prueba; y cuando se nos oponen algunas maximas filosóficas, no nos toca á nosotros probar de un modo claro y distinto que dichas maximas se conforman con nuestro dogma, á nuestro adversario pertenece el probar que le son contrarias. "El buen sentido, dice un sabio controversista, conviene y se conforma con todas las leyes divinas y humanas, para imponer al que perturba una antigua posesion la necesidad de esplicar sus pretensiones y presentar sus títulos. Solo con negarse à ello, es desatendido todo litigante. Tal es el reglamento y estilo del derecho."

Los autóres mas recomendables en medicina, confiesan que en general los paliativos solo producen efectos momentaneos en muchas enfermedades; que las escitaciones pasageras que de ello resultan, son por lo comun seguidas de una debilidad todavia mas peligrosa. Esto demuestra, añaden, hasta que punto son insuficientes los socorros ordinarios de la medicina. Y puede ser tam-

bien que en este existan unos límites que aquella no podrá jamas traspasar, sin que de ello pueda acusarse á otro que al hombre, que á las veces lleva sus escesos hasta el último grado de estupidez y de locura. Ved ahí de parte de los médicos una confesion bien síncera, relativa á la insuficiencia y á los peligros de los medios que emplea la medicina paliativa en la curacion de las enfermedades.

¡Qué cargos no se hacen al médico que en la curacion de una enfermedad, de la que no ha podido descubrir la *causa*, ni el verdadero caracter, ni la reunion de los síntomas, propina una mezcla monstruosa de sustancias combinadas al acaso, ó prodiga medicamentos propios para invertir la marcha de la naturaleza, ó producir nuevas afecciones!

El doctor Reil, profesor de la Universidad de Halle, en su tratado sobre el conocimiento y curacion de las calenturas, ha publicado tambien una doctrina particular sobre su *causa* proxima. Su principio fundamental es que las enfermedades, miradas en general como afecciones de todo el sistema orgánico, provienen esencialmente de alguna alteracion de la materia animal; y que la causa inmediata de la calentura &c., no es otra cosa que una alteracion, cuyo efecto necesario es una mudanza en la accion de los órganos ataca-

dos. Estas mudanzas, añade, que son los solos indicios que tenemos de la existencia de la enfermedad, nos presentan los únicos signos por donde podemos distinguir las especies ; mas la causa que la produce, que era la que únicamente podria hacernos conocer la naturaleza íntima de este afecto, se ha escapado hasta ahora al examen de nuestros sentidos. (Pero no ha podido escapar á la sagacidad de PELGAS y LE-ROY.

Al presente está ya decidida esta cuestion. Una enfermedad cualquiera, proviene siempre de la alteracion recíproca de los fluidos y los sólidos, y esta afeccion se ataca destruyendo el principio corruptor de los humores. ¿Y no será mas acertado consultar la esperiencia que nos prueba la verdad de esta asercion, que entregarse á hipótesis y aserciones vagas sobre las causas y curacion de las enfermedades? ¿Nos deberemos atener al testimonio de ciertos autores que han desconocido y desconocen aun este punto fundamental de la medicina practica? No.

La doctrina fundada en los evacuantes analogos, sufre grandes contradicciones como las han sufrido en todos tiempos la mayor parte de los descubrimientos útiles en las ciencias y artes. No hablaremos de las injustas persecuciones que la malevolencia y el espíritu de partido han sus-

citado contra los autores de inventos importantes, contra esos génios privilegiados, cuyas útiles tareas fueron con frecuencia recompensadas con la proscripcion; pero véamos sin embargo cual fué la suerte de la quina en la época en que los españoles la hicieron conocer en Europa. En aquel tiempo unos la miraban como un remedio bajado del cielo, y otros como un veneno; la animosidad aumentó las preocupaciones, y ha sido necesario cerca de un siglo para fijar las opiniones sobre su verdadero uso. Y ¿no ha sucedido lo mismo con el sistema de los evacuantes? ¡Qué divergencia de opiniones! ¡Cuantos sarcasmos llenos de veneno! ¡Cuantos anatemas y execraciones no ha vomitado la plebe-médica contra el venerable autor de esta doctrina y sus partidarios!

Mas es de esperar que al fin se acaben las preocupaciones contrarias á los evacuantes de este método. En efecto, la insuficiencia y el peligro de la mayor parte de los otros remedios; la eficacia de los evacuantes, de la naturaleza de los que prescribe *la Medicina curativa*; las admirables y muneroşas curaciones que por su medio se han logrado y logran cada dia; las muchas enfermedades de todas clases, para las que son remedios capitales; sus buenos efectos en las enfer-

medades quirurgicas mas molestas; la salud, la fuerza, la alegria que dan à los que los usan; tantos beneficios han podido por fin abrir los ojos á un sinnúmero de personas, que eran víctimas de las preocupaciones y del error. No tardará á concederse unanimemente á estos medicamentos el primer lugar entre los remedios mas eficaces: ya no se da crédito alguno a esas declamaciones vanas, a esos peligros soñados ā que, segun muchos médicos ignorantes, se esponen las personas que los toman; antes por el contrario, todos van conviniéndose de que precaven y destruyen la mayor parte de los males de que se les supone autores; y que si por acaso dañan alguna vez, es, como sucede en todas las cosas buenas, cuando estan adulterados, mal aplicados, ó tomados sin regla; ó en fin, cuando no pueden ser de ningun provecho.

El hombre que concibió el primero la idea de llamar al exterior del cuerpo una afeccion que causaba sus estragos en el interior; establecer un punto de irritacion, hacia donde poder dirigir ventajosamente en ocasiones las propiedades vitales; mudar de sitio, ò generalizar en cierto modo el centro de la irritacion morbífica, dispersando sus elementos, y distribuyéndolos entre un numero mayor de órganos, formando habitual y

continuamente salidas por donde se derrame una materia morbosa; una serosidad, cuya evacuacion es incontestablemente útil; este hombre, digo, halló uno de los dogmas mas importantes à la práctica de nuestro arte: esta idea se debe á HIPÓCRATES.

Pero los médicos y cirujanos que han seguido las huellas de este célebre práctico, manifestando los mismos principios ¿no han hecho aun mayores servicios à la therapéutica, introduciendo en la práctica evacuantes que obran á la vez sobre todos los emunctorios, y sobre todos los òrganos escretorios y secretorios de la economia animal, para evacuar los humores alterados ò la materia morbífica, *causa* productora de las enfermedades? Con frecuencia se vé que los sudoríficos, propuestos por el PADRE DE LA MEDICINA y sus secuaces, carecen de eficacia sin el socorro de la purga análoga mas ó menos reiterada; mientras esta se basta de ordinario á sí misma (siendo bien administrada), para triunfar de las enfermedades que mas han resistido á la medicina hippocrática.

En órden á las emisiones sanguineas que se practican de muchos modos, una sola suele constituir al paciente en un estado incurable: y los daños que causa son muy dificiles de reparar.

¡ Cuantos ejemplos tristes pudieran citarse ! En cualquiera estado que se halle, y por mas robusto que sea el sugeto, sucede con sobrada frecuencia que esas sangrias mas ó menos repetidas, son muy perjudiciales ; pues debilitan, enervan, envejecen, disminuyen la fuerza á la circulacion, impiden la digestion, y arrastran á los enfermos á la hidropesia, ú ocasionan afecciones catarrales, &c. En fin, debilitando el sistema nervioso, producen fl tos, hipocondrías, y toda suerte de enfermedades nerviosas.

Pero ¡ cuantas ventajas nos presenta la doctrina contraria ! Algunas imprudencias han dado á sus antagonistas campo para vituperarla ; mas todos los ataques que han dado, lejos de haber debilitado su crédito, le han adquirido en grado eminente la estimacion y la confianza pública. El tiempo, que es el único destructor de estas preocupaciones, la propagará mas y mas, y la hará prosperar mal que les pese à los envidiosos, Sus detractores han pretendido obscurecer la verdad de sus proposiciones : no es este lugar de demostrar lo sofístico de sus argumentos, mas yo apelo sin vacilar al testimonio de la voz pública, *vox populi, vox Dei,* y al sentimiento íntimo de cada individuo imparcial, á quienes no se haya imbuido con falsas preocupaciones, ó alar-

mado la conciencia con escrúpulos quiméricos.

Los triunfos que este mètodo logra cada dia, prueban de un modo irrevocable que la teórica y la práctica tienen entre sí una relacion tan estrecha, que concurren aunadas à producir las mismas ventajas ó los mismos resultados. La obra está concluida, y se ven ya sin temor los varios contratiempos que pueden atacarla; mas no conmoverla.

La medicina evacuante, y por consecuencia curativa, tiene ventajas inapreciables sobre la paliativa; y yo me convenzo mas de su utilidad y de lo fútil de las objeciones de sus adversarios, á medida que la practíco mas. Proscribirla porque no pueden sanar à todos los que recurren á ella, es carecer de sentido comun; reprobarla o disfamarla porque ha sido mal aplicada por algunos atolondrados ò ignorantes, es faltar à la equidad, es dejarse llevar por el espíritu de partido, siempre ciego, y siempre inclinado á dañar.

Si algo hay en el dia que pueda perjudicar á este régimen, no tanto son las objeciones de sus adversarios, cuya futilidad se ha demostrado tantas veces, como el mal uso que acaso pudiera hacerse del medicamento.

Un antiguo práctico, el sabio Bosquillen, con quien estudie clínica largo tiempo en el hospital

general de Paris, pero cuya vasta erudicion era sobradamente sistemática; este médico, repito, que en la mayor parte de las enfermedades abusaba de las emisiones sanguíneas, decia hablando de la purga, que prescribiéndola sucede con frecuencia que se pierde tanto como se gana. Con efecto, la purga debidamente administrada, acelera la curacion de los enfermos, y puede al mismo tiempo perjudicar á los intereses de los médicos y boticarios que especularian en la duracion de las enfermedades, lo que acaso no se presume; y de consiguiente la observacion del doctor, aunque fuese cierta con respecto á los médicos, no tendria aplicacion á los enfermos, y sería falsa en el sentido que la daba su autor.

Y ¿por qué habemos de sorprendernos de que se haya recurrido al empirismo, á la medicina fundada en la esperiencia, cuando se ha reconocido la impotencia del arte, y cuando, con mengua de este, se vé constantemente el buen éxito de aquel? ¿Hay algun derecho para desechar unos remedios cuya bondad y eficacia acreditan cada dia mil esperiencias felices, despues de mas de sesenta años que los propinan dos hombres que en cierto modo han sabido reconocer en ellos mas bien el efecto que debian producir, que todo su valor y mérito; remedios empleados en otra época, mucho tiempo antes y

despues de HIPÓCRATES, y restablecidos por estos modernos prácticos bajo un mètodo nuevo que con todo acierto han sabido darles? La humanidad doliente los reclama, y puede ser ayudada con ellos por razon de que su eficacia está probada, y que no son secretos: ademas han sido introducidos en la práctica por verdaderos médicos que han ejercitado el arte de curar, despues de haberse sometido â las formalidades legales. ¿ Dónde pues está el empirismo en este caso? ¿ Se le confundirá tal vez con la verdadera y útil observacion? Evitemos, si es posible, confundir lo que jamas debe mezclarse, como tambien el abuso de las palabras, y todo lo que puede conducirnos à desconocer los verdaderos principios.

Unos sistemas quiméricos, que solo se apoyan en conjeturas, no podrân jamas formar una ciencia. Estaba reservado à PELGAS reconocer el verdadero principio constitutivo de una ciencia verdadera; principio que se funda en las leyes de la naturaleza; y parece que estaba escrito en el libro del destino que este principio, sin el cual no puede existir el verdadero arte de curar, sería un dia descubierto é ilustrado; porque hasta nuestra época ningun libro de medicina nos habia hablado aun de la *causa* de las enfermedades, sino à lo mas de un modo vago é insignificante.

Algunos mèdicos aprobados ¿ hubieran creido desacreditarse entre sus cólegas, si con el fin de hacerlos útiles al mismo arte que los desecha, hubiesen tomado la defensa de los remedios que los anti-filantropos no han podido proscribir? No faltan, como ya he dicho, en la historia de este arte tan fecundo en conjeturas y disputas interminables, ejemplos de descubrimientos útiles y prácticas nuevas, que habiendo sido desechadas en su principio han entrado despues en el dominio de la ciencia, viniendo à ser los monumentos mas ilustres de esta, y testimonios incontestables de la injusticia de los hombres.

¿ Cuantos anatemas y proscripciones no se han lanzado contra el antimonio, el mercurio, la quina, la inoculacion, &c. al tiempo de su introduccion en la práctica ? Se habia injustamente condecorado con los pomposos títulos de panaceas y especíﬁcos à todos esos frívolos recursos médicos, antes que la identidad de la *causa* eficiente de las enfermedades, y de los remedios mas eficaces para combatirlas, nos fuesen revelados. ¿No sería mejor confesar su influencia que canonizar el error, y erigirlo en dogma médico ? ¿ No es mas útil emplear unos remedios usados con buen suceso por mas de sesenta años, para acabar de conocer sus ventajas, precaver los abusos, y ha-

cerlos útiles á la ciencia, que vituperarlos por prevencion y por injusticia, y desecharlos sin examen?

El Oraculo de Cos, y despues de él el sabio Mead, nos imponen como un precepto el informarnos hasta de las personas de la plebe, para saber si poseen algun secreto ó receta que pueda ser útil para curar; y dóciles á este aviso, recojemos diariamente una série de observaciones, para acreditar la ninguna malignidad, y la eficacia de los evacuantes del método purgativo.

Dichos medicamentos, administrados con prudencia (en igualdad de circunstancias), y modificados segun la edad, el temperamento y demas circunstancias del sugeto, ofrecen los resultados mas ventajosos en la curacion de los diversos afectos patológicos (enfermedades), aun de los que el error y la ignorancia se atreven con frecuencia á declarar incurables. Y ¿no es una preocupacion ciega ó criminal, mas siempre funesta á la humanidad doliente, el preferir unos medios tan inciertos, á los remedios cuya composicion es conocida, y que todos los dias, y en casi todos los paises obran á nuestra vista curas desesperadas en gran número de enfermos?

No tan solo deben ocupar estos medicamentos un lugar distinguido entre los medios usados en

la curacion de las enfermedades, sino que merecen una preferencia señalada. Estos remedios, ademas de que ejercen su accion sobre toda la estension del canal alimentario, escitan la accion de los vasos absorventes; y por este efecto secundario, atraen los fluidos de todas las partes del cuerpo, promueven una evacuacion abundante de serosidad, y son por consecuencia de suma utilidad en las enfermedades agudas ó crónicas. Pero en las obstinadas, es indispensable á las veces continuarlos por largo tiempo.

Pues ¿por qué estraña fatalidad se han de querer desechar unos remedios que llenan con suavidad, energía y eficacia, las indicaciones necesarias para curar radicalmente las enfermedades?

Estos remedios, por el tono que dan y por las revulciones ventajosas que obran, fortifican á los enfermos, y entonan los sistemas por una rápida y sucesiva comunicacion de su poderosa energía. Está probado por informaciones las mas exactas, que algunas personas debilitadas por la enfermedad, ó por el régimen infructuoso, han recobrado con su uso todas sus fuerzas; lo cual es muy facil de comprender, atendido que la evacuacion de los humores corrompidos deja las vísceras en libertad, dá tono à los vasos, y por una consecuencia inmediata y necesaria facilita la circulacion y la respiracion, ayuda á la diges-

tion y á la nutricion, promueve la orina, y restablece el sueño, las fuerzas y la salud. Estos remedios obran pues poco á poco, con poder y eficacia.

Si obrasen con violencia, como vociferan falsamente aquellos cuyos intereses y amor propio perjudican, solo producirian irritacion (cuando se vé que la combaten de un modo maravilloso) y entónces no habria evacuacion ni absorcion, ó producirian sobre-purgas; sin que en ninguno de los dos casos pudiese continuarse su uso.

Si su accion fuese tan débil como la de otros evacuantes, sus efectos se limitarian á la evacuacion de las materias contenidas en los intestinos; y es necesario tambien que obren con bastante energía para restituir al estómago y á los intestinos la sensibilidad, y la contractilidad que han perdido por su maceracion en unos líquidos de mala calidad.

En fin, estos remedios obran con eficacia, pues que promueven la evacuacion de los humores no solamente por las grandes vias, sino por todos los emunctorios de la economía animal.

Concluyamos pues, que tal método apoyado en hechos prácticos tan numerosos como incontestables, sobre todo cuando se sigue un régimen analéptico ó fortificante, no puede dejar de ser coronado con el suceso mas brillante, y merece

por tanto la preferencia sobre todos los medios empleados hasta el dia. Y si en contraposicion de estos evacuantes se presentan otros medicamentos que obren mas curaciones, tambien deberemos adoptarlos, aun cuando estèn en la clase de *secretos.*

Si se dirige una mirada general y reflexiva sobre todas las observaciones de la medicina práctica, que concurren en apoyo de la doctrina médico-purgativa, no puede menos de reconocerse en este régimen un medicamento, que suple por decirlo asi todos los medios therapéuticos, y que produce en todos los casos curas prontas, radicales y sin recaida; de lo cual acabará de convencerse el que quiera descender al exámen particular de cada una de dichas observaciones. Se observa en efecto que los métodos paliativos mejor combinados, vienen á hacerse inútiles y aun dañosos; y al mismo tiempo se vé un sinnúmero de enfermos, que abandonados ó desahuciados por los médicos de mas crédito, han logrado al fin una cura pronta y radical con el uso de estos evacuantes preciosos, y acaso incomparables hasta el dia."

El discurso que tenemos la satisfaccion de haber insertado, y con que concluimos las tareas de nuestro *Semanario,* es uno de aquellos escritos

en que no se encuentra una línea que desechar. La firmeza de sus razones; los conocimientos de historia, Médica con que está enriquecido; su explicacion clara y elocuente; todo lo hace recomendable, y lo pone fuera del alcance de los tiros de la ignorancia y de la maledicencia. En fin, este discurso de Monsieur Renard, tiene su verdadero elogio en sí mismo; y los amigos de la humanidad, le tributarán todo el honor que él se merece.

Los editores del Semanario, que no han tenido otro objeto en vista al tomar la pluma para escribirlo, que el bien de sus semejantes, protestan solemnemente, que sus deseos por la felicidad del pais y su aversion á los abusos, que particularmente ha habido en la Ciencia Médica, han sido los objetos que los han conducido á escribir. Su voto constante fué siempre hacer triunfar en la opinion pública *la verdadera Medicina Curativa*, de todos los sistemas absurdos, y de todos sus enemigos; lo han conseguido, y dan por bien empleados sus trabajos.

Al poner fin á nuestras tareas, nos apresuramos á anunciar que se está escribiendo una obra, bajo el titulo de Certeza de la Ciencia Medica, justificada por los hechos, ó el triunfo de la verdadera Medicina Curativa, sobre las

RUINAS DE LA IGNORANCIA. Esta obra no dejará nada que desear, tanto à los amantes de la humanidad, como à los verdaderos Profesores de Medicina, y será publicada tan luego como sea posible, y con ella se ratificarán mas y mas, los principios fundamentales, que se han establecido en la obra titulada—*Quinta esencia de la verdadera Medicina Curativa,* y las razones y hechos que se hallan vertidos en aquella y en nuestro Semanario.

Los que subscriben suplican á los lectores, se sirvan cotejar las observaciones que se hallan explanadas en este periódico, y los hechos que contiene con cualesquier escrito, diatriba ó crítica injusta ó mordaz que se dirija en contra de la *verdadera Medicina Curativa.* Asi el juicio será exacto y se conocerá de que parte está la justicia; al mismo tiempo que sus pocos é inermes antagonistas quedarán confundidos, y llevarán hasta la tumba la negra nota de haber sido enemigos de la verdad, con perjuicio de toda la especie humana.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL PRIMER TOMO.

Paginas.

PROSPECTO.

No. 1.º

No. 2.º

Paginas

No. 5.º

No. 6.º

No. 7.º

Paginas.

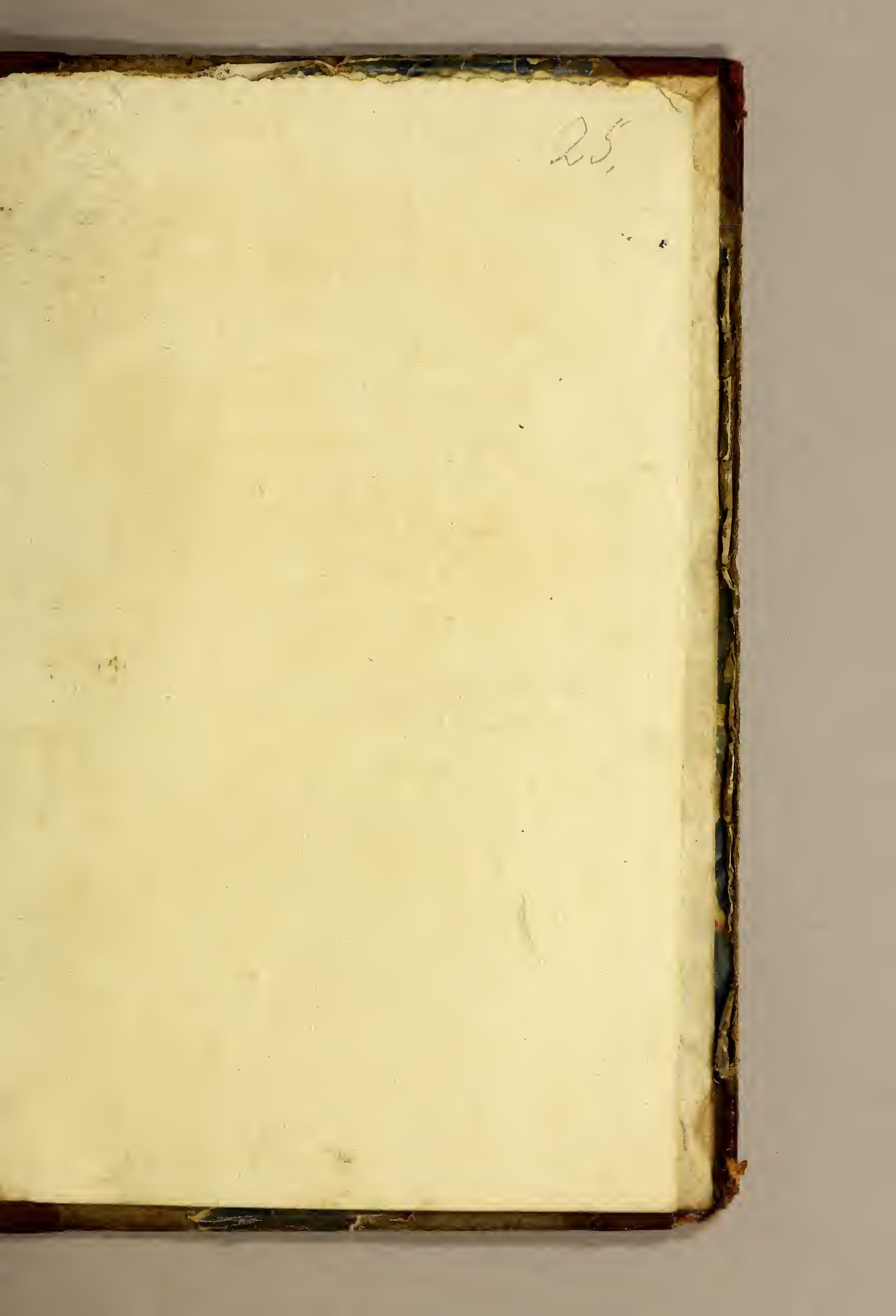
No. 8.º

No. 9.º

No. 10.

No. 11.

96-39


25

